Lucas Fernández Piedrahita

HISTORIA GENERAL

DEL

NUEVO REINO DE GRANADA

TOMO III

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

LIBRO OCTAVO

EL ADELANTADO DON ALONSO LUIS DE LUGO SALE DE ESPAÑA PARA EL NUEVO REINO, Y ARRIBA AL CABO DE LA VELA.—LOS YALCONES Y PAECES TOMAN LAS ARMAS Y MATAN A LOS CAPITANES AÑASCO, OSORIO Y AMPUDIA.—PASCUAL DE ANDAGOYA SE APODERA DEL GOBIERNO DE POPAYAN, DONDE BENALCAZAR LO PRENDE.—REBELANSE LOS SUTAS Y SIMIJACAS Y FORTIFICANSE EN DOS PEÑOLES.—HERNAN PEREZ DE QUESADA MUEVE GUERRA A LOS PANCHES, CON VARIOS SUCESOS.—JERONIMO LEBRON PROSIGUE SU JORNADA HASTA LA CIUDAD DE VELEZ, DONDE LO RECIBEN.—ALTERASE HERNAN PEREZ CON LA NOTICIA, Y LEBRON SE PREVIENE, HASTA QUE, REMITIDAS LAS DIFERENCIAS DEL GOBIERNO A LOS CABILDOS DE SANTAFE Y TUNJA, QUE NO LO RECIBEN, VUELVE A SANTA MARTA, SENTIDO DE LA REPULSA: FULMINA CAUSA CONTRA LOS CONQUISTADORES DEL REINO Y REMITE PRESOS CON ELLA A LOS CAPITANES CARDOSO Y JUAN DEL JUNCO.

CAPTULO I

CON LA NOTICIA DE QUE SE PREVIENE ARMADA EN FRANCIA PARA LAS INDIAS, MANDAN AL ADELANTADO LUGO QUE VAYA A SU GOBIERNO: HACESE A LA VELA Y TOCANDO EN LAS CANARIAS Y EN LA ESPAÑOLA, DA FONDO EN EL CABO DE LA VELA, DONDE COBRA CON VIOLENCIA EL DOCEAVO DEL QUINTO DE PERLAS.

ES TAN VARIA la condición del hombre, que no encuentra el discurso estado en que tengan quietud sus deseos: posee apenas el bien que apeteció, cuando la posesión le es tormento del que le falta; y apenas lo espera cuando en la esperanza halla la fatiga de no poseer el que deja. Todo lo yerra la humana inconstancia, si se agrada más de lo que se espera que de lo que se goza, porque su apetito desestima siempre las mayores conveniencias que tiene; y si aplica la inclinación a las comodidades de poseer, también lo yerra, porque su ligereza hace más aprecio de los males que se consiguen que de los bienes que para su daño le faltan. ¡Oh instabilidad de los hombres, y quién podrá negar tus movilidades! Anhelaba Duarte Pacheco a la gloria de gran capitán, consíguela con aplausb de todas las naciones de oriente, y malcontento de lo que goza, pasa a la Europa y cambia sus felicidades por los ultrajes con que lo trata Lisboa. Gobernaba un mundo Hernán Cortés, porque supo ganarlo el valor de su brazo, y ambicioso de más fama, pasa al África y desconfían de que gane la plaza de Argel quien supo sujetar tantos reinos. ¿Cuánto más gloriosamente hubiera acabado Bolestain en las conveniencias de su retiro que muriendo a violencias

del acero por salir de la sujeción de vasallo? No hay hora en los tiempos en que no hayan dejado ejemplares de esta verdad las historias; y en ésta veremos al adelantado don Alonso Luis de Lugo trocar la veneración y riqueza que gozaba como gobernador en el Nuevo Reino, por los trabajos y desaires que experimentó como reo en esta corte. A Jerónimo Lebrón, que por no contentarse de su gobierno, donde le obedecían con respeto, pasó después de varios peligros por el desaire de verse ajado donde fundaba los intereses de su dominio. A muchos caciques sujetos a una muerte horrorosa por no haberse contentado de una sujeción tolerable. Y finalmente veremos correr avenidas de incendios, sangre y enemistades, por no contenerse el corazón humano, ni dentro de los ceñidos términos de la posesión ni de los dilatados espacios de la esperanza.

La fama de las riquezas que gozaba por este tiempo la nación española en las Indias había hecho tal conmoción en las extranjeras, que incrédulas antes de sus hazañas, y emuladoras ya de su buena fortuna, intentaron de la parte de Inglaterra y Francia inquietar los mares y costas de aquellas partes, haciendo presas y robos en contravención de las paces capituladas entre sus príncipes y el nuéstro, porque siempre el interés es el escollo en que se rompen las palabras de aquellos reyes. Confiaban en que por aquellos medios no se hallarían menos adornadas sus coronas, que lo estaba la de nuestro emperador Carlos V, como si la legitimidad del dominio no fuese quien da todo su lustre a la majestad. Estas noticias llegaron a los oídos de nuestro monarca, y relación de los vasos que se aprestaban en la Normandía para impedir los pasos y navegación de castellanos y portugueses, a que se juntó la nueva de una escuadra de doce navíos que tenía a punto el general Roberto Baal para continuar los robos de la América. Y aunque de parte de los embajadores de Castilla y Portugal se le representaron al rey

Francisco estos daños que amenazaban, respondió que no tenía menos derecho la corona de Francia que las otras de la cristiandad para navegar los mares y asentar paces y buena correspondencia con los reyes de las Indias. Pesaba más en su pecho el ansia de desquitar su mala fortuna rompiendo las treguas, que la obligación del empeño en que estaba, y así brotaron los labios los designios que representaba su disimulo; con que se trató vivamente de impedir la empresa de Roberto Baal, que se facilitaba por la mala disposición de sus embarcaciones y poca experiencia de los pilotos para la navegación que intentaba.

Para este efecto se despacharon por el Consejo diferentes órdenes para la guarda de las costas de Indias, y por que el adelantado don Alonso Luis de Lugo tenía ya todos los despachos para pasar a su gobierno del Nuevo Reino y Santa Marta, y se retardaba en su partida más tiempo del que quisieran los señores del Consejo, ya fuese por la violencia con que se deja la corte, que deleita con tormentos, que suaviza la ambición, ya por el embarazo de llevar las compañías de gente que había capitulado conducir consigo, se le mandó que luégo saliese de estos reinos y no se detuviese en las Canarias más tiempo de treinta días, con pena de diez mil ducados. Y por cuanto en la gobernación de Santa Marta se había introducido el abuso de hacer esclavos los indios, se le ordenó asimismo que so graves penas lo prohibiese y pusiese en libertad a los que no la tuviesen, aunque fuesen habidos en guerra justa. Con estas órdenes tan apretadas apresuró su jornada el adelantado, y con poca diligencia que puso en llevar gente de Andalucía, halló cuanta había menester y mucha más que pretendiera llevar se la facilitara el ansia que había en la provincia de enriquecer en las Indias; y de los españoles que le siguieron fueron muchos hijosdalgo y personas de lustre, que con la esperanza de acrecentar su caudal en tierras nuevas gastaron en galas y plumas la mayor parte que

tenían de presente; y para que se viese cuánto pretendía señalarse el adelantado en la obediencia de su rey, despachó delante a Juan Benítez Pereira, su teniente general, con orden de que sin detenerse en la costa pasase luégo al Nuevo Reino a gobernar en el ínterin que llegaba, que no se consiguió por haber enfermado el Pereira en el camino y haber muerto en el pueblo del cacique Melo cuando subía por el río grande. Y por no perder el estilo de hacer lista de las personas que ocurrieron a la memoria y fueron con el adelantado, nombraremos algunas con el sentimiento ordinario de no tener noticia de todas.

Era el adelantado cuñado de Juan Pérez de Cabrera, caballero bien conocido, a quien nombró por su maese de campo y por capitanes a Rodrigo de Anaya, su hermano, Fernando de Montoro, a Figueroa y Lorenzo Mejía, quienes llevaban en sus compañías a Francisco Manrique de Velandia, natural de Nájera, que fue vecino de la ciudad de Tunja, donde casó con doña María Herrezuelo; a Fernando Suárez de Villalobos, hijo del fiscal del Consejo de Indias, de su mismo nombre; a los tres hermanos, naturales de Ronda, don Pedro, don Cristóbal y don Gutiérrez de Ovalle, que después de varios accidentes fue vecino de la ciudad de La Palma y cabeza de una familia noble, que de presente se conserva en el Nuevo Reino y en quien siempre se han hallado personas de valor para el empleo de las armas; Juan de Requelé o Riquelme, Hernando de Velasco y Angulo, que casó con doña Catalina de Bohórquez; Juan de Lescano, Francisco Gutiérrez de Murcia, Julián Roldán, natural de Utrera; Martín de Vergara, excelente músico y vecino que fue de Vélez, donde casó con doña María del Castillo; Diego de Salas, que volvió a estos reinos; Juan de Penagos, señor de la casa de Estaños, en jurisdicción de las Cuatro Villas; Gómez de Castro, que se avecindó en Tocaima; Juan de la Peña Montoya; Juan de Chávez, marido que fue de doña Eufrasia Antolínez de Bur-

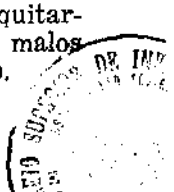
gos; Juan de Carvajal; Francisco de Henao; Pedro Gallego y Francisco de Trejo, que se avecindaron en Tocaima y después en Ibagué; Diego Sánchez Farfán; Antonio Martínez, encomendero que fue de Chilagua; Valderrama; Alonso Ruiz de Alvaro Martín, vecino que fue de Ibagué; Melchor Alvarez, de nación portugués; Juan de Yecla; Francisco Franco; Juan Antero; Miguel de Morales; Francisco de la Sierra, que se avecindó en Tunja; Mejía, vecino que fue de Tocaima; Juan de Berrío; Antonio Fernández, que casó en Tunja y fue padre de doña Beatriz de Herrera; Francisco de Barajas, cuyos servicios fueron muchos y el premio ninguno, en que fue aun más desgraciado Antonio Cabrera de Sosa, pues habiéndose ejercitado en aquellas guerras más de cuarenta y tres años con excesivo valor y trabajos, no consiguió mudanza en su corta fortuna y mucha pobreza, porque en aquellos tiempos los que gobernaban la tierra más atendían en las vacantes a premiar las lisonjas de hombres malsines que méritos de los que servían desinteresados. Pero ¿cuándo no lamentaron las edades esta desigualdad de los que gobiernan con ambición y codicia?

Con la más de esta gente salió el adelantado Lugo del puerto de Cádiz, y con buen suceso lo tomó en las Canarias, donde, por el conocimiento que se tenía de su persona y las noticias de las nuevas provincias que se comprendían debajo de su gobierno, se le agregaron algunos de los soldados de más porte de las islas y personas de mucha experiencia que allí había, como fue Juan de Mayorga, antiguo conquistador de Cubagua y vecino que fue después en la ciudad de Vélez con doña María de Casalla, su mujer, en quien tuvo por sucesor de su encomienda un hijo de su propio nombre y siete hijas. Con esta prevención, buena copia de caballos y otros ganados, acomodó su gente y demás pertrechos en los tres navíos que sacó de España y en otros dos que allí fletó para este efecto, y siguiendo la ruta que pareció más

segura por entonces tocó en la isla La Española. Allí tuvo noticias el adelantado de que Juan Pérez de Cabrera, Rodrigo o Fernando de Anaya y los tres hermanos Ovalles se habían ligado con juramento para que en cualquier accidente que se les ofreciese estuviesen tan recíprocamente unidos a la defensa, que cada cual muriese por los demás y todos por cualquiera de ellos; de que no sintió bien el adelantado, pareciéndole que de llevarlos en su compañía podría resultar algún grave inconveniente contra su autoridad, o porque las materias del dominio son tan celosas de suyo, que aun de sombras menores forman cuerpos de delitos, y así determinó dejarlos en aquella isla, como lo hizo, y con la demás gente que presumió no ser de tan levantados espíritus, prosiguió su viaje, y con buen tiempo arribó al cabo de La Vela, primer escalón de su gobierno, donde había entonces un pueblo fundado, como dijimos, por aquellas personas que trataban en la pesquería de perlas, en que asistían tres oficiales reales para el cobro de los quintos; un contador, que lo era Pedro Díaz de Castro; tesorero, Francisco de Castellanos, y Alonso Díaz de Gibraleón, factor. Y habiendo en él tomado tierra la gente de la armada, después de setenta días de navegación, fue recibido el adelantado con todas las demostraciones debidas a su persona, al oficio de gobernador de aquellas provincias y con vitualla suficiente, que no fue de poco alivio después de tan dilatado viaje, y en partes tan estériles.

Era molestado por estos tiempos el cabo de La Vela de los indios guanebucanes y cocinas, que demoran en sus confines, por ser dueños de los jagueyes, de donde se proveían de agua los españoles, no habiendo en otra parte pozo ni fuente en que poderlo hacer, y de que resultaba mucho perjuicio a causa de las muertes que sucedían en los encuentros continuos que se tenían con los indios, dispuestos siempre a impedir las aguas. Y

por aliviarlos de trabajo tan considerable, mandó el adelantado a Martín López y a Juan de Mayorga, caudillos de experiencia, saliesen por diferentes partes y pusiesen freno a aquellas naciones, lo cual se ejecutó con buen suceso; y habiendo tenido suerte feliz en algunas surtidas, amedrentaron de suerte a los indios, que desde aquel tiempo en adelante bebieron sin susto el agua que antes compraban a precio de mucha sangre. Y en tanto que este castigo se ejecutaba, pareciéndole al adelantado que, en conformidad de las capitulaciones hechas con su majestad, se le debía el doceavo del quinto de las perlas que sacaban, mandó que los oficiales reales cumpliesen enteramente con el tenor de aquella capitulación; pero como ésta no debía de hablar tan especialmente que comprendiese con claridad lo que demandaba, o faltase alguna condición de las que se expresaban en la real cédula, lo contradijo el tesorero Francisco de Castellanos, aunque los dos compañeros vinieron llanamente en lo que pretendía el adelantado. Y aunque sobre este punto hubo diferentes alegaciones, demandas y respuestas, todo vino a parar en que, mal sufrido el adelantado de la resistencia que hacía el tesorero a los ruegos y amenazas de que se había valido, le echó mano públicamente un día que altercaban sobre esto mismo en la aduana, y quitándole violentamente la llave de la caja real, llamó la justicia y regimiento y en su presencia sacó la parte de las perlas que decía pertenecerle por capitulaciones y merced de su majestad, dejando los recibos y los demás instrumentos y diligencias que le parecieron convenir para su resguardo, de que, sentido el tesorero, dio quejas en el real Consejo, haciendo relación de la violencia que se le había hecho para quitarle las llaves, principio de los descréditos y malos sucesos que se le recrecieron al adelantado.



CAPITULO II

LOS YALCONES Y PAECES TOMAN LAS ARMAS Y MATAN A LOS CAPITANES AÑASCO Y OSORIO, Y DESPUES A JUAN DE AMPUDIA.—BENALCAZAR VUELVE A SU GOBIERNO Y PRENDE AL ADELANTADO ANDAGOYA, QUE SE HABIA ENTRADO EN EL CON ENGAÑO.

DEJAMOS en Timaná y Popayán a los capitanes Pedro de Añasco y Juan de Ampudia, confirmado el primero por gobernador, y nombrado el segundo por Lorenzo de Aldana, después que dio vuelta a Quito, en conformidad de las órdenes que tenía de don Francisco Pizarro; y como ya estaba abierto el camino de las provincias equinocciales al Nuevo Reino de Granada, beneficio que se debió a la actividad del adelantado Benalcázar, era tan grande la fama que corría de las riquezas de Bogotá y tesoros que le quitaron al Tunja, que todos los conquistadores de Popayán y del reino de Quito trataban de transportar a él las mercaderías y ganados con que se hallaban, soñándose poderosos con los intereses del cambio. Uno de éstos fue Pedro López, mercader poderoso, que convoyado del capitán Osorio y de diez y seis hombres, salió de Popayán la vuelta del reino, con gran cantidad de ropa, caballos, yeguas, negros, plata labrada y diferentes armas, que eran los géneros de más estimación en aquellos tiempos, y esto tan sin recelo de los indios que ocupaban las provincias que habían de atravesar, por haberse dado de paz, que sin prevención de más escolta llegaron hasta la quebrada de Apirmá, de la provincia de los yalcones, hombres guerreros y de tan fiera resolución en los peligros más arduos, como lo mostró la expe-

riencia en la guerra que llamaron de los pijaos, pues teniendo por lamentable principio el que se nos ofrece relatar, fue la primera muestra de las insolencias y rebeliones que obraron después las naciones de los pantagoros. Casi por el mismo tiempo había salido de la villa de Timaná el capitán Pedro de Añasco, la vuelta de Popayán, a comprar armas y caballos, con el mismo fin de comerciar en el reino, llevando en su compañía dos hombres de a caballo, hasta doce infantes y algunos indios amigos, con que, marchando a la ligera, llegó a alojar en el valle de Aquirga, de los mismos yalcones.

La ocasión, pues, de estas dos presas que se les iban a las manos, y la soberbia de los indios que, avergonzados de la servidumbre en que estaban sin haber hecho antes la última prueba del esfuerzo, los tenía coligados con los paeces, los empeñó en que tratasen luégo de no perder tiempo acometiendo a los dos capitanes antes que llegasen a unirse. Con este fin, pues, y para disponer más bien su hecho, le salieron de paz algunos yalcones al capitán Osorio, y otros al capitán Añasco; pero por más que éstos desmentían su traición con rendimientos, la traslució por las afectaciones un indio principal de los amigos, y diósela a entender al capitán Añasco, aconsejándole que, pues no tenía más que dos caballos, se volviese a Timaná; mas él, despreciando todo lo que pudiese oler a cobardía, siguió su viaje hasta llegar algo tarde a un tambo distante poco más de dos leguas de Apirmá, donde los presentes que recibió de dos indios que allí le esperaban fueron un leoncillo muerto de tres días y cuatro mazorcas de maíz tierno, que admitió por último desengaño de la conspiración de la tierra; y aunque uno de los de a caballo le decía volviesen a ganar el abrigo de una montaña vecina que dejaban atrás, estuvo tan lejos de hacerlo que, prevenidas las armas, se quedó en el tambo satisfecho con poner centinelas en

los caminos. Pero como éstas fuesen muertas por los yalcones al romper del día, y Añasco despertase al ruido, montó luégo en su caballo, y con Baltasar del Río y el otro compañero salió al encuentro al escuadrón de bárbaros que lo buscaba, y cerrando con él los tres caballos, aunque bastó el rechazo de las picas contrarias para que en ellas quedasen muertos los dos que lo acompañaban, no fue poderoso a detener el choque el capitán Añasco, pues aunque mal herido y falto de riendas para gobernar su caballo, rompió por todos con su lanza, y tan colérico, que atravesado el escuadrón volvió segunda vez sobre él, pero con tan mala suerte que matándole el caballo y cayendo entre las tropas enemigas, quedó prisionero para mayor desgracia.

Los infantes y los indios amigos, a fuer de españoles, hacían maravillas en su defensa; pero siendo las lanzas contrarias tan ventajosas en número, prevalecieron contra las pocas espadas matando a casi todos sus dueños, y siendo tan sumamente infelices los que aprisionaban vivos, que a unos sacaban los ojos, a otros empalaban y a muchos desollaban para despique de su venganza y gula, de suerte que pudieran contarse por dichosos los que recibieron tantas lanzadas que apenas dejaron blanco para otras y murieron luégo. De todos ellos, así españoles como indios, después de haber peleado valerosamente, apenas pudieron escapar Cornejo y Mideros, que librándose de la multitud de los bárbaros llegaron a la villa de Timaná, de donde, por haberse adelantado confusamente la noticia del suceso, había salido Pedro de Guzmán Herrera con tres caballos a correr el país y certificarse de lo que se decía; pero como una noche diesen sobre él los indios a tiempo que tenía el caballo con maneotas y no pudiese aprovecharle, fue también muerto, desgracia que no pasó a los compañeros, pues más bien prevenidos tuvieron lugar de volver a Timaná con la certeza de la

fatalidad, aunque no de toda ella, porque ignoraban que, muerta la gente del capitán Añasco, habían pasado los yalcones a la quebrada de Apirmá, donde, cercando al capitán Osorio y a sus diez y seis infantes, dieron sobre ellos con tal coraje que por más que hicieron en su defensa los mataron, menos a Serrano, que salvó la Providencia para que llevase la nueva a Popayán, mientras los bárbaros (después de comerse los cuerpos muertos y robado los bienes de Pedro López, que traspusieron en una gran cueva que hay en uno de aquellos montes, que hasta hoy no se ha encontrado) conducían al capitán Pedro de Añasco por todas las plazas y mercados de la provincia, y cortándole un día un brazo y otro día otro, y así todos los demás miembros del cuerpo, lo iban atormentando, hasta que, probados todos los accidentes del susto, pasó por toda la sustancia del riesgo el que fue uno de los más famosos conquistadores del Perú.

Ejecutadas estas atrocidades por los yalcones y paeces, se derramaron por sus pueblos a la celebración de grandes fiestas y banquetes que hicieron por la victoria, juramentados de defenderse hasta morir de cuantos españoles saliesen de Timaná y Popayán a la venganza, para lo cual se prevenían de armas, disponían trincheras y fosos, cortaban los caminos de que menos se aseguraban, y ponían impedimentos en otros para detener la marcha de los nuéstros y pelear ventajosos contra los caballos. Llegado Serrano a Popayán, dio la nueva de lo sucedido al capitán Juan de Ampudia, que gobernaba la tierra, y éste, irritado del atrevimiento, determinó salir al castigo con sesenta infantes y caballos y algunos perros bravos, que eran las armas que más prevalecían contra los indios. Con esta disposición y mucho recato llegó a la provincia, y reconocida la quebrada de Apirmá, donde fue la muerte del capitán Osorio, hizo apretadas diligencias por saber la parte donde ha-

bía cargado el mayor número de los indios; pero ellos, que anticipadamente tuvieron noticia de su entrada, tenían ganadas las cumbres de las sierras, y en ellas prevenidas muchas emboscadas, esperando ocasión de lograrlas con daño de los españoles, de que se descubrieron brevemente señales, pues habiendo parecido dos espías del enemigo en una ladera, y despachando el capitán doce hombres a cogerlos para adquirir noticias de lo que pretendían saber, se hallaron embestidos del enemigo, que ocupaba una de las emboscadas, por lo cual les convino retirarse haciéndoles rostro aunque les cargaron tanto, que mataron a Paredes, que por valiente y pretender él solo sufrir toda la carga del enemigo, pereció en la demanda.

Juan de Ampudia, que estaba a la mira y no sufría en su ánimo ver el peligro de los suyos sin aventurarse él primero, salió con su gente al socorro, y de tal manera fue apretando al enemigo con las lanzas y ballestas, y lo que importó más, con la ferocidad de los perros, que de la matanza que hizo en sus tropas junto a un arroyo en que se dio la batalla, corrieron sus aguas por largo espacio tintas en sangre, de que, amedrentados los pocos que se libraron del encuentro, volvieron las espaldas, dejando prisionero un cacique de los paeces, que dio aviso al capitán Ampudia de las emboscadas, fortificaciones y demás defensas que los indios tenían dispuestas para sustentar la guerra; y como se le ofreciese perdón de la vida si guiaba a los nuéstros por caminos seguros, y el cacique lo prometiese, fue siguiéndolo el campo con el fin de ganar la eminencia de una loma en que podía temerse mucho embarazo; pero cuatro mil indios que pudieron convocarse la tenían ya ocupada esperando en ella a los nuéstros armados de lanzas, hondas, dardos y macanas, y dábanles grandes voces al subir, preguntando si iban gordos, porque los esperazan para la ostentación de un famoso convite. A ninguna de estas cosas respondían

los infantes que iban delanteros gobernados de Francisco García de Tovar, hasta que, ganada la cumbre y llegados los caballos en que sobresalían Juan de Ampudia, Luis Bernal y Hernán Sánchez Morillo, todos a un tiempo y apellidando a su patrón Santiago, cerraron con los enemigos, y ellos con nuestros españoles, con tanto coraje de ambas partes que por más de una hora estuvo neutral la fortuna, hasta que esforzándose más los nuéstros a pesar del mal terreno en que combatían los caballos, y viendo los enemigos los muchos muertos y heridos que caían de los suyos, dejaron el campo forzados.

Los nuéstros quedaron victoriosos sin más daño que el de un español muerto y algunos heridos; pero tan fatigados todos, que apenas podían tenerse en pie, y por esta causa, necesitados de quedarse en el mismo sitio de la batalla, aunque poco favorable a su seguridad, pues conociéndolo así el enemigo al siguiente día con la gente que le acudió de todas partes, determinó revolver sobre ellos antes que, desamparada la loma, pudiesen mejorarse de puesto, como lo hubieran conseguido, si atento el capitán Tovar al designio, no le saliera al encuentro con cuarenta ballesteros y rodeleros que acometieron sin temor a la vanguardia en el repecho; a poco rato se halló cercado por todas partes del numeroso ejército de los contrarios, que con temerosa grita cargaron a un tiempo; pero fue tanto el esfuerzo del capitán Tovar y los nuéstros, y tan militar disposición la que guardaban los ballesteros en conservarse unidos y ojear las picas con sus jaras, que habiendo muerto y herido más de quinientos, pusieron en huída a los restantes, siendo esta segunda victoria de las más famosas que se ganaron a esta nación, así por haberla conseguido sin caballos como por la desigualdad del número de los combatientes, aunque los perros, que ayudaron como siempre, fueron gran parte para alcanzarla, y para que el capitán

Juan de Ampudia, sin encontrar lanza enemiga, fuese marchando mientras los yalcones y paeces, alistada la más gente que pudieron de sus pueblos, volvieron a mostrarse más formidables que antes: tanta era su ferocidad y copia de gente, y tan poco el escarmiento que habían sacado de las derrotas pasadas.

Con esta disposición de armas y en fe de la resolución que habían tomado de no sujetarse más a los españoles, le enviaron a decir al capitán Juan de Ampudia con un prisionero indio que se saliese luego de la provincia o se dispusiese a pasar por la misma fortuna que habían corrido los capitanes Añasco y Osorio, en que manifestaron bien lo poco que habían aprovechado nuestras armas para quebrantar su altivez; y el capitán Ampudia reconocía que para contrastarla necesitaba de mucha más gente que la que tenía, por lo cual acordó volverse a Popayán castigando de paso a los paeces; pero ellos y los yalcones estaban ya tan prevenidos cuanto pudieran estarlo las naciones más bien disciplinadas en guerras, pues habiendo observado en las batallas anteriores el cansancio con que los nuéstros quedaban después del combate por sustentarlo siempre armados, y que no pasando de uno cada día, lo mismo era para los españoles tenerlo contra mil que contra diez mil indios, dispusieron dividirse en dos batallones que peleasen uno en pos de otro en caso que el primero fuese desbaratado, y que para este fin tuviesen ocupados dos pasos principales y poco distantes del camino que iba a Popayán, para donde presumían haría brevemente su retirada el capitán Juan de Ampudia. Son los escarmientos los más sabios preceptores de la milicia, y por las premisas de sus malos sucesos discurrieron este designio los yalcones y lográronlo bien, pues determinado ya Juan de Ampudia, como dijimos, a volver a Popayán, en que convenía su gente, y estando para partir le instó mucho el capitán Tovar en que se

apresurase a ganar la cumbre de la primera sierra que tenía delante, por ser puesto muy ventajoso para el primero que la ocupase, y porque tenía por mala señal no haber visto en todo aquel día alguno de los enemigos que tenían cercanos.

Pareciole bien al capitán Ampudia el consejo; pero por más que Tovar solicitaba se apresurasen a la facción, lo ejecutaban tan detenidos los nuéstros, que a pocos pasos oyeron el rumor del enemigo, que con más diligente cuidado había ganado la eminencia, donde se divisaban sus numerosas escuadras, y para rechazar a los nuéstros despedían tantas piedras la cuesta abajo que los precisó dividirse en cuatro tropas para escapar del riesgo, a cuyo tiempo, lograda la pretensión de los indios, bajaron con espantosa vocería y rompieron la batalla, en que, con el favor divino, hicieron los nuéstros hazañas increíbles y memorables, prosiguiéndolas con tal tesón que a pesar de las que obraban sus contrarios, los desbarataron con gran mortandad de los más valerosos, aunque Francisco de Tovar quedó con tres heridas y Juan de Ampudia con diez; pero no terminó aquí su desgracia, pues pasando adelante se encontraron con el segundo escuadrón, que se componía de más gente que el primero, donde convenía pelear con el mismo valor que antes para no perderse; pero como tenían las fuerzas tan quebrantadas y la sed rabiosa los afligía, no hacían poco en detener el ímpetu rabioso con que eran acometidos de tanta infinidad de bárbaros. Muchas veces probaron a romper por medio de las lanzas, y otras tantas conocieron la imposibilidad de dar paso adelante, aunque fuese para la muerte, con que resueltos a retirarse en demanda del abrigo de los caballos de que no se pudieron aprovechar en el sitio que guerreaban, lo fueron ejecutando con el mejor orden que podían; pero como el capitán Juan de Ampudia era hombre grueso y sobre quien cargaba el peso de las heridas, no pudo caminar de suer-

te que el enemigo no alcanzase a matarlo a lanzadas y pretendiese llevarse su cuerpo, que no pudo conseguir, pues aunque heridos y tan fatigados los españoles, revolvieron tan unidos y coléricos a la defensa, que con silencio y valor lo recobraron, y por que no se lo comiesen lo lanzaron en un río. Era el capitán Ampudia natural de Jerez de la Frontera, de buen entendimiento, muy práctico en la guerra de Indias y que sirvió con crédito en las conquistas del Perú y Nuevo Reino de Granada, en cuyos términos murió dejando tan extendida fama de sus crueldades entre los indios de Cali y Timaná, como lastimosa memoria de su muerte entre los españoles del Nuevo Reino y del Perú, que sentida entonces mucho más de los suyos, y vueltos al sitio de la primera batalla, acordaron dejar aquella noche los toldos armados y atados algunos perros que ladrasen, y silenciosamente partirse a Popayán, como lo consiguieron caminando con tanta priesa y recato que cuando los bárbaros los echaron menos ya estaban cerca de la ciudad, donde se hizo especial sentimiento por la muerte de su gobernador.

Ya por este tiempo el adelantado Pascual de Andagoya, olvidado de la orden que tenía del rey para entrar en lo que estuviese descubierto por el marqués Pizarro y sus capitanes, se había dado tanta priesa en Panamá para salir a la conquista del río de San Juan, que con una buena armada había arribado por el mar del sur a una ensenada en que entran muchos ríos que bajan de la sierra, muy cerca del puerto de Buenaventura, donde, reconocido por la demarcación de la tierra tener cercana la provincia de Cali, tomó tierra, y marchando al tino por los caminos más ásperos que al parecer pueden hallarse en todo el mundo, con pérdida de dos caballos y fatigas intolerables de su gente llegó a la villa de Cali, adonde fue bien recibido, y, presentados sus despachos, admitido al gobierno de la provincia, sin que se repa-

rase en que en toda ella no había tal río de San Juan. Desde allí, con la noticia de los descubrimientos en que andaba el capitán Jorge Robledo y de que tenía poblada la villa de Santa Ana de Anserma, despachó al capitán Miguel Muñoz a que tomase posesión de ella en su nombre y la llamase de San Juan de Anserma, y consiguientemente despachó a Popayán, donde asimismo lo recibieron a tiempo que vuelto Robledo de sus descubrimientos, pasó de Anserma a Cali, y pensando escapar de los recelos que tenía de Benalcázar, dio la obediencia a Pascual de Andagoya y con menos prudente acuerdo le presentó cuatro mil castellanos de oro de los que había adquirido en sus conquistas, y dejando sus cosas al parecer aseguradas, volvió a Cartago, de donde, sosegados algunos pueblos que halló alterados, despachó al capitán Alvaro de Mendoza a descubrir noticias de lo que había de la otra parte de la cordillera nevada, que viene a ser la en que de presente está el páramo que llaman de Ruiz, desde cuya cumbre vieron algunos caminos que atravesaban al río grande de la Magdalena y valle de Neiva, y pareciéndoles que no era cordura pasar adelante sin caballos, volvieron a Cartago a hallarse en el repartimiento que hacía Robledo de los indios de la provincia.

Dispuestas así estas cosas, y cuando más empeñado estaba el adelantado Andagoya en procesar contra Benalcázar, a que asistían los vecinos de Cali y Popayán, por trampear los delitos que el nuevo gobernador ignoraba y Benalcázar sabía, arribó éste al puerto de Buenaventura sin haberse detenido en Panamá, y de allí prestamente salió para Cali, donde ya corría la noticia de su ida, y ésta había puesto a Pascual de Andagoya en tanto cuidado que no excusaba diligencia que hacer buscando auxilios para resistirle; pero como su derecho fuese tan flaco y entre hombres sea tan connatural la inconstancia, ya deseaban los más

que llegase Benalcázar y le repetían cartas al camino haciéndole los ofrecimientos que en semejantes lances hacen todos aquellos que se sienten culpados, de los cuales prendió Andagoya algunos, empeñado en despachar gente de guerra, para que en el estrecho paso del monte impidiese la entrada a Benalcázar; y como en tales debates civiles todo se dice y nada se hace, llegó en el ínterin a Cali, donde los parciales de los dos adelantados estuvieron muy cerca de llegar a las manos, si algunos religiosos que se interpusieron no ajustaran que Benalcázar presentase sus provisiones en Cabildo, y que si en él pareciese admitirlo quedase en la gobernación, y si no, permaneciese en ella Pascual de Andagoya, en que vino con gusto Benalcázar, pues aunque su justicia era clara y la porción principal de la gente de Cali estaba ya de su parte, su pretensión era tomar la posesión del gobierno sin ruido de armas, como lo consiguió luégo que el Cabildo reconoció la justificación de sus derechos, de que resultó prender al adelantado Pascual de Andagoya y llevarlo a Popayán por usurpador de ajena jurisdicción, donde lo tuvo preso hasta el año siguiente de cuarenta y uno, en que a instancia de don Juan de Andagoya, su hijo, lo puso en libertad el licenciado Baca de Castro. Desde allí ordenó a Pedro de Ayala que partiese a intimar las mismas provisiones a Jorge Robledo, y con orden de que a la villa de Anserma no la nombrasen de San Juan sino de Santa Ana, como se llamaba antes. Mas Jorge Robledo, que con ansias de mandar deslucía muchas buenas prendas que en él se hallaban, pasándose de Cartago a Anserma, escribió a Benalcázar recibiéndolo por gobernador y pidiéndole no diese crédito a sus émulos, en tanto que lo desengañaba de su buen celo, y partiéndose luégo con cien hombres a esguazar el Cauca por el paso de Irra, en continuación de sus conquistas, dio motivo a que desde entonces se dijese que iba alzado.

CAPITULO III

REBELANSE LOS SUTAS Y SIMIJACAS, FORTIFICANSE EN UNOS PEÑONES, VA CONTRA ELLOS EL CAPITAN JUAN DE CESPEDES, Y DESPUES DE MUCHOS COMBATES CEDEN CON LASTIMOSO ESTRAGO AL VALOR DE LOS ESPAÑOLES.

NO PUEDO entrar en este capítulo sin quebranto de la poca curiosidad de los primeros escritores de esta conquista, que tan de paso tocaron este suceso, siendo una de las empresas más dificultosas que se ofrecieron en el Nuevo Reino, la de allanar las naciones que por este tiempo se rebelaron; donde proceden tan omisos en lo principal que apenas refieren el cabo que debeló las fortificaciones de los Sutas y Simijacas, sin hacer casi memoria de las personas que se ocuparon en aquella guerra, sino refiriéndolas confusamente debajo del nombre genérico de españoles, oscurecen los méritos de los que tan a costa y riesgo de sus vidas la emprendieron y concluyeron gloriosamente; pero habremos de pasar por este olvido como se pudiere y referir solamente aquellos pocos soldados de que tenemos noticia, como fueron Alvaro Suárez de Deza, Alonso de Olalla Herrera, Juan Gómez Portillo, Pedro Galeano, Nicolás Gutiérrez, Juan de Angulo y Pedro Barranco, siendo así que pasaron de ciento los infantes que siguieron a Juan de Céspedes en esta facción. Esto supuesto, es de advertir que antes y después de la guerra del Tundama intentaron algunas provincias relevarse del pesado yugo de la servidumbre, o porque naturalmente sea

amable la libertad, o porque el dominio de aquellos primeros conquistadores fue tan intolerable a los indios que en los más pusilánimes introdujo bríos para armar su propia flaqueza de un valor extraño y para tener por menos mal perder la vida en el sangriento furor de la guerra, que sujetarse a extorsiones tantas como experimentaban en la hostilidad casera de la paz.

De éstos fueron los sutas y tausas, situados a la entrada de la provincia de Ebaté, que determinados a recobrar su libertad con las armas (último remedio en la desesperación que se hallaban) ocuparon el peñón de Tausa, inexpugnable al parecer, porque próbida la naturaleza lo ciñó de peña tajada, dejando en su cumbre sitio espacioso y capaz para más de cinco mil indios de estas dos naciones vecinas, que se fortificaron en él con todas sus familias, víveres y pertrechos para muchos días, fiados en que el sitio inaccesible de suyo los defendería de cualquiera invasión enemiga, y que para la entrada, que era una sola y peligrosa, bastarían sus fuerzas, pues aplicando los tiros de sus armas y muchas piedras que previnieron, no intentarían los españoles empresa tan arriesgada y en que tenían por infalible su perdición. Con esta noticia y la de que a su imitación se iban alterando otras naciones, mandó Hernán Pérez de Quesada, cabo que por entonces gobernaba el reino, que fuese el capitán Juan de Céspedes con dos compañías de infantes al castigo de los sutas y también de los simijacas, que con el mal ejemplo se habían fortificado en otro peñón no menos áspero. Con esta orden llegaron los españoles a Tausa, y habiendo reconocido el peñón por diferentes partes, solamente descubrían una entrada, pero tan derecha y de subida tan dilatada que no les pareció posible la empresa, aunque a la defensa se hallasen cuatro indios solos, respecto de ser la senda tan angosta, que solamente podía ir un hombre por ella con el riesgo de que, deslizándosele

algún pie había de volar muchos estados y hacerse menudas piezas, peligros todos que, puestos en consideración, amedrentaran el ánimo más arrojado para desistir del intento; mas en nuestros españoles hizo tan poca impresión, que todos los días intentaban la subida en diferentes ocasiones, aunque por la defensa que aplicaban los indios con armas y piedras que arrojaban desistían del empeño tantas veces como lo emprendían, y aun hubo día que salieron tres o cuatro heridos, de que otros escarmentaron para retirarse muchos pasos.

Con tan poco fruto se les pasaron como éste muchos días, porque ni hallaban medio para la empresa en que no encontrasen riesgos notorios, ni convenía a la reputación española desistir del intento hasta allanar el peñón, pues de no ejecutarlo así, sería ejemplo para que las demás naciones perseverasen en los sitios fuertes que habían ocupado, y los indios pacíficos tratasen de imitarlas en la rebelión, que empezaba a cobrar fuerzas en todo el reino; y de allanar el peñón, que tenían sitiado, necesariamente habían de flaquear las esperanzas de los demás rebeldes, temiendo ver sobre sí el castigo que se ejecutase contra los tausas. Forzados, pues, de este inconveniente, y haciendo pundonor de que no se les imposibilitase empresa alguna a su esfuerzo, determinaron proseguir la guerra y asaltar el peñón con más cordura que la que hasta allí habían mostrado, pues no había otro medio que el de subir por la senda que dijimos, y así, poniéndose por delante un rodelero, y en pos de él una ballesta, y con este orden enhilados los demás combatientes, y con los cuerpos inclinados a la tierra todo lo posible, por el riesgo de las piedras, dieron un día principio al avance, a que los animaba mucho Pedro Barranco, mancebo de poca edad y mucho valor, que siendo el primer guía de todos caminaba con tanto brío que no fueron parte los tiros de piedras, flechas y dardos para que se detuviese un solo

punto ni suspendiese el paso que llevaba desde los principios, porque los ballesteros, diestros en aquel ejercicio, hacían en los contrarios daño bastante a desflaquecer algún tanto la oposición, con lo cual procedía tan entero Pedro Barranco, que ya se hallaba casi en parte donde sus manos pudieran ayudar mucho para una ilustre victoria. Mas, como no hay fortuna constante aun en las dichas más cortas, acaeció que una gran piedra de las que caían de la cumbre lo encontrase tan de lleno, que despeñándolo hasta lo más profundo del peñón lo hiciese pedazos con lástima de los compañeros, porque su valor descubría esperanzas de mayores hazañas.

Sin que esta desgracia llegase a engendrar temor en sus ánimos generosos, los irritó más a emprender la venganza, y aun quizá porque ayudaba mucho al intento hallarse en estado que la vuelta les había de salir más peligrosa que la subida, por lo cual, sin desfallecer un punto, siguieron el camino comenzado expuestos a cada paso a un fin lastimoso, por la dificultad de la senda, de que no les convenía apartar los ojos, como por la cantidad de tiros y piedras que sobre ellos disparaba el fogoso ardimiento de los moscas, que unidos en su defensa se embarazaban con la multitud que concurría para el efecto, siendo su vocería tanto más importuna y crecida, cuanto más los nuéstros se les iban acercando, pues socorridos de las ballestas con buenas suertes pudieron llegar a parte más anchurosa, donde haciendo alto, y apartándose unos de otros, hallaron la ocasión de venir a las manos. Aquí se empezó a desembarazar el valor de los españoles, mostrando cuán ventajosamente proceden las espadas de pocos contra las macanas y dardos de muchos; y este primer encuentro, a que ocurrió la mayor parte de los enemigos, fue causa de que hallando menos oposición, la infantería de la retaguardia pudiese por un lado ganar la eminencia, y acaudillada de Juan

Gómez Portillo y Pedro Galeano, llegase en dos tropas a tan buena ocasión que rompiendo a un tiempo por la multitud de indios, aunque en su defensa hicieron cuanto estilaba la disciplina militar de su costumbre bárbara, fue tan grande el estrago de las espadas en los desnudos cuerpos y el miedo que ya les había ocupado los ánimos cortos, que en breve tiempo perdieron aquel muro inexpugnable de la naturaleza que habían elegido contra el destino de su mala fortuna.

Como ya el temor no consentía discurrir a los moscas, que con la obediencia podían salvar las vidas y con el rendimiento evitar el peligro, fueron muchos los que pensando librar por los pies, se despeñaron de aquellos riscos; tan poderosa es la turbación en pechos cobardes, pues cuando tiene presentes los riesgos prefiere a los discursos los desatinos. Espectáculo tan lastimoso fue éste, que puesto a los ojos de los que se conservaban vivos, pudo enfrenarlos para no imitar a los muertos y para que eligiesen por menos mal sujetarse a los que ya tenían por invencibles contra todas las máquinas del arte y de la naturaleza; y así, dejándolos pacíficos en sus poblaciones, y asegurados para lo futuro, resolvieron pasar la guerra a Simijaca, encomienda que gozó después Gonzalo de León, cuyos servicios en tierra firme fueron muchos, y por ellos mereció este premio en que le sucedió un hijo de su mismo nombre, y después su nieto don Gonzalo de León Venero, de cuya ilustre prosapia, unida a la de los Guzmanes de Carmona, se conserva ilustre descendencia. Y aunque de las informaciones que Jerónimo Lebrón hizo después contra los conquistadores del Nuevo Reino, consta que los caciques de Suta y Tausa, engañados de las promesas y seguridades del capitán Juan de Céspedes, le dieron lugar para que con su gente llegase a la cumbre, y que la correspondencia fue coger los pasos del peñón y pasar a filo de espada la mayor parte de indios que lo

ocupaban, no conteniéndose solamente con semejante estrago sino pasando a despeñar nubadas de a quinientos indios juntos, tengo por más verosímil la relación que hemos seguido de Castellanos, en la parte que refiere este suceso, y por muy sospechosa la de quien, sentido de que no lo admitiesen al gobierno del Nuevo Reino, tiró a despicarse apasionado de lo que no pudo conseguir ambicioso.

Allanados los tausas y sutas, como se ha dicho, pasó el campo español al peñón de Simijaca, distante más de catorce leguas, donde asimismo se habían fortalecido los naturales, por ser el sitio no menos elevado y áspero que el de Tausa; y en confianza de que no podría prevalecer su rebelión con la defensa anticipada, prevenidos ya de toda la vitualla que necesitaban sus tropas, esperaron el asedio de sus contrarios, asegurados de la victoria por la noticia que tuvieron de que la poca oposición que hicieron los tausas en la senda que tenía el peñón fue la causa de su ruina, de que inferían que no siendo menos estrecha y dificultosa la que tenía el fuerte que habían ocupado, les era empresa muy fácil no permitir que los españoles hiciesen pie en ella ni ganasen la cumbre de la suerte que habían ocupado la otra.

Así a lo menos lo dictaba toda buena razón, si no militaran contra aquellas disposiciones humanas las fuerzas divinas, que declaradamente auxiliaban a los españoles, porque era llegado el tiempo de que por este medio que eligió la Providencia se sembrase en aquellas tierras la semilla del Evangelio para coger copiosa cosecha de predestinados. Por otra parte, discurrían los nuéstros hallar medio para facilitar aquella facción, y ninguno se les ofrecía de mejor calidad que el que habían logrado en el peñón de Tausa, porque éste de Simijaca ni era menos áspero ni tenía más camino que el que habían hallado los moscas de aquel país para fortificarse en él, siendo lo res-

tante de peña cortada donde solamente se reconocía la diferencia de estar el primero en tierra limpia y escombrada, y levantarse éste entre un bosque espeso, tan privilegiado entonces de la violencia, que encadenándose sus árboles unos con otros por medio de una cantidad inmensa de bejucos cuyos sarmientos correosos ligaban las ramas, lo hacían casi impenetrable a los rayos del sol y le daban disposición bastante para el suceso dichoso que diremos.

Los nuéstros, pues, recelando estos inconvenientes, pusieron sus tiendas a poca distancia de la ceja del montecillo, y antes de romper la guerra quisieran por buenos medios excusar los daños que forzosamente habían de seguirse a la obstinación de los simijacas, y así les dieron a entender que su intención era de admitirlos de paz, asegurándoles que, sería firme, y se pondría reparo a las quejas que justificasen tener de sus encomenderos, pues aquélla era la intención del rey nuestro señor, y que de no hacerlo así, supiesen que la causa de las calamidades en que habían de verse sería la repulsa que diesen a los buenos partidos que les ofrecían, pues aunque más confiasen del sitio fuerte que tenían, no lo era más que el de los tausas, ni eran más valerosos que aquéllos, y los que tenían de presente por enemigos eran los mismos que tantas veces habían triunfado de sus armas, recuerdo el más formidable, y que obra con más eficacia en hombres cobardes y acostumbrados a malas fortunas. Pero, ¿de qué sirve esta prevención, ni otras, en quien antepone la libertad a la muerte, porque sabe que no es vida la que respira al arbitrio de ajena voluntad? Despreciaron, pues, los simijacas, todos los partidos propuestos, escarmentados quizá en la quiebra de los primeros con que se dieron de paz; y confiados vanamente en sus armas, no solamente excusaban tratos con los nuéstros, pero daban las respuestas con tiros envueltos en amenazas, de que mal sufri-

dos los españoles y desconfiados de que por buenos medios podría allanarse aquella nación irritada, determinaron apretarla de suerte que la obligasen a recibir por fuerza los partidos que con tanta obstinación despreciaba.

Seis o siete días después de esta resolución gastaron sin fruto, probando a ganar la cumbre con asaltos continuos, que no hacían efecto, porque era tanto el desvelo que los indios tenían de noche y de día en defenderse, que sin perder punto en el manejo de las armas, mostraban que la pérdida de los tausas más les había servido de estímulo para animarse que de aviso para rendirse. El torbellino de piedras y flechas que descendía de la cumbre por instantes era de suerte que al español más brioso hacía sacar pies, y aun pasara a más si no fiara del escudo cuanto perdía del ánimo; mas, considerando que todas las veces que acometían al fuerte provocaban a los moscas a que repitiesen los tiros de piedras y flechas, y que de la continuación había de resultar que se hallasen sin munición cuando el asalto fuese de veras, designio o cautela que podía fiarse de la incauta barbaridad del enemigo, mostraban a cada hora semblante de combatir el fuerte, y consiguientemente los indios aplicaban su defensa con más brío, reconociendo que luégo se retiraban sus contrarios, y sin discurrir que la que imaginaban cobardía era traza en que había de consistir su ruina, como lo mostró brevemente el suceso, pues luégo que sintieron los nuéstros no bajar las rociadas de piedra tan espesas como a los principios, y que algo debía fiarse a la contingencia, bien armados todos de escaupiles, espadas y ballestas, con rodeleros que les hacían espaldas, en la misma forma que acometieron a los tausas, dieron principio a la empresa por la senda angosta que rayaba en los peñascos.

Guiaba este avance el capitán Alonso de Olalla Herrera, de quien ya dimos noticias, hombre resuelto y valeroso, sin que fuesen bastantes los

tiros que recibía en el escudo ni para que desigualase los pasos con que subía ni para retirarse del firme propósito que llevaba de ganar la cumbre; pero poco antes de llegar adonde pudiese aprovecharse de la espada, se le opuso una tropa de gandules, que con picas tostadas le resistieron, de suerte que al tiempo de mejorarse, a fuerza de botes que le dieron, y perdido el puesto en que no pudo sustentarse, fue precipitado desde lo más alto del risco; mas, con tal feliz suceso, afianzado en el favor divino, que como las copas más levantadas de los árboles del bosque que ceñían la peña estaban engarzadas de bejucos, lo recibieron en su densa trama, deteniéndolo para que no cayese sobre las piedras que lo esperaban en lo más bajo. Y aunque del golpe quedó lisiado de una pierna, en recuerdo del beneficio del cielo, escapó la vida, que gozó después muchos años dejando para memoria de suceso tan prodigioso el nombre del Salto de Olalla, que se conservará siempre en aquella provincia.

Los cuatro compañeros que sucesivamente le seguían, de quienes eran Alvaro Suárez de Deza y Nicolás Gutiérrez, viendo a los simijacas tan embarazados con Olalla y no perdiéndose de ánimo con el mal suceso, se valían de las jaras confiando en contrastar la resistencia que les hacían, hasta que, a pesar suyo, ganaron puesto, donde, unidos, pudieron usar de las espadas embarazando a los enemigos en tanto que llegaba Céspedes con sus infantes, que menos impedidos de la oposición a causa que los delanteros recibían toda la carga de los contrarios, los socorrieron en tan buena sazón, que a tardarse más quedaran deshechos; porque viendo los indios que aquellos cuatro españoles tenían casi ganada la cumbre, y que en el rechazo consistía su libertad o su muerte, cargó toda la multitud en confuso tropel con macanas, picas, piedras y bastones, y con furia obstinada avanzó, de suerte que aunque los nuéstros se hallaban necesitados de algún descanso contra

el afán de la subida, hubieron de atender a lo más preciso; y así, habiéndose mejorado en cuanto pudo su diligencia, rompieron por el escuadrón de los contrarios, bañando las piedras de la sangre de aquellos miserables, hasta que ganaron la eminencia el peñón. Entonces, desesperados los simijacas de hallar piedad en los nuéstros, y viéndose perdidos donde se juzgaban invencibles, despreciando las vidas que por todas partes veían arriesgadas, pues tenían por mayor tormento la sujeción que la muerte (o digamos que fue temor el que los movía, por que se agrade más la vanidad de los vencedores) se precipitó la mayor parte de ellos donde con su sangre dejó escrita entre los extranjeros la impiedad de los españoles, y entre los nuéstros el fin lastimoso de su obstinación, y la provincia quedó tan sujeta, que en sus países no se han visto más señales de alteración.

CAPITULO IV

ROMPEN LOS PANCHES POR LAS FRONTERAS DE LOS MOSCAS: ENTRA EN SU PROVINCIA HERNAN PEREZ DE QUESADA, Y AUNQUE LES MUEVE GUERRA CON BUENOS SUCESOS, NO QUEDAN SUJETOS.

PERDERSE talvez en brazos de la desgracia, lance fue por donde pasaron las naciones más belicosas. Los godos y españoles, cuando se diferenciaban, alternaron estos reveses; pero rendirse de suerte a una desdicha, que no aspire el ánimo a probar el desquite, cobardía es que la naturaleza esculpió por afrenta de pechos afeminados. Aun el valor gobernado por la prudencia se arriesga a la segunda fortuna a pesar de un accidente contrario. Gaspar de Coliñi, desamparado de la dicha, se levantó más formidable siempre que las lises de Francia lo vieron caído; y si Julio César en la guerra de Pompeyo guiara sus resoluciones por la resulta del primer encuentro, no lo aclamaran victorioso en la segunda batalla; y si éste suele ser dictamen de un cabo prudente, ¿cuánto más vivamente lo abrazará el brío, que falto de consideraciones no tiene más consejero que su arrojo, ni más fin que su venganza? A ésta aspiraban los panches, nación belicosa (como dijimos al principio), después que Gonzalo Jiménez de Quesada, quebrantó su ferocidad con las armas españolas, obligándolos a que doblasen la rodilla a Sacrezazipa, rey de Bogotá, golpe que no cabía en el disimulo de sus espíritus guerreros. Todas las demás desgracias abraza sin desesperación la tolerancia de los hombres; pero adorar en el trono a quien vieron los ojos en el

desprecio, tormento es que no cabe en toda la capacidad del sufrimiento. Reventó al fin la mina de sus bárbaros designios contra los moscas, viéndolos faltos de caudillo real que los coligase para su defensa, como si de la ruina de aquella monarquía no se hubiese levantado otra, que si venció a los moscas como a enemigos, los había de defender como a vasallos.

Había entre los panches algunos pueblos que asentaron paces con Gonzalo Jiménez de Quesada, prestando fidelidad a nuestro católico rey; y no atreviéndose éstos a declararse como los otros, solamente dieron consentimiento a la empresa, prometiendo no desampararlos en lo secreto, no tanto por sospecha del castigo que pudieran temer como por el empeño de la palabra dada a que no debían faltar, como que la vergüenza de romperla pesase más que la notoriedad de la venganza a que aspiraban. De éstos eran los síquimas, tocaremas y calandaimas; pero las demás naciones de ambalemas, sasaimas, napoimas, guataquíes y otras muchas que habitaban aquellos terrenos fragosos, descubiertamente coligadas y eligiendo como caudillo superior al Bituima, pidieron paso a los tocaremas, y por esta parte a la de Calandaima entraron en los confines de Bogotá y Sutagaos, y abrasando los maizales y demás sembrados oprimieron de suerte los pueblos de Tibacuy, Subia, Tena, Cipacón y Bojacá, que después de cautivar mucha gente para alimento de su voracidad, pasaron a cuchillo a cuantos, desconfiados de sí mismos o desprevenidos para la fuga, dieron en sus manos. ¡Oh, qué de infortunios se conjuraron en aquellos tiempos contra los moscas! ¡Ni al abrigo de los españoles que obedecían aseguraban la vida, ni en la oposición de los panches, que siempre aborrecieron, excusaban la muerte! Pero, ¿cuándo las declinaciones de una monarquía dejaron camino seguro al que cayó con ella?

Al mismo tiempo que las tropas de los panches arribaron a los confines de los moscas, los tocaremas, por asegurarse y desmentir toda sospecha, despacharon correo que diese cuenta en la ciudad de Santafé de la intempestiva invasión de los suyos, disculpando la entrada por sus tierras con decir que más había sido efecto de la violencia que de su consentimiento, pues se hallaban dispuestos a obedecer las órdenes que se les enviasen en desquite de atrevimiento tan grande, y en conformidad de las paces que tenían juradas, pareciéndoles que con este aviso sanaban la traición en que eran los primeros cómplices, y con darlo a tiempo que los panches hubiesen pasado la montaña lograrían la pretensión de no impedir el buen suceso que esperaban, pues por más diligentes que precediesen los españoles a la defensa, no podían llegar a tiempo que desvaneciesen la celeridad de los suyos en ejecutar los designios violentos de su fiereza. Casi a un mismo tiempo entraron en la ciudad de Santafé el correo de los tocaremas y muchos moscas de los que salvaron la vida en los pies, con el aviso de los estragos y muertes que había padecido su nación; y como ésta de suyo es medrosa, y, aunque no lo fuera, las adversidades que en tan breves días había padecido, bastaran a acobardarla, viéndose en esta ocasión todos los pueblos de la sabana desarmados para enemigos tan poderosos, y faltos de rey natural para el recurso, desamparadas sus casas se entraban en tropas a resguardarse en la ciudad como si ya tuviesen sobre ellas las armas de los panches, siempre fatales para sus vidas.

En gran cuidado puso a Hernán Pérez de Quesada la nueva alteración de los panches, así porque la tenía por nación de las más belicosas del reino como porque sujetarla por armas, respecto de ser toda su provincia tan áspera, siempre había parecido a su hermano difícil, y por esta causa había dicho varias veces que aquella fiereza

más necesitaba de halagos para domarla, que de violencias para oprimirla. Pero como el disimulo en los agravios disminuye la buena opinión con los amigos que ignoran los motivos, y aumenta el atrevimiento en los contrarios, que atienden al semblante con que se reciben, a que se juntaban los clamores de los bogotaes, afirmando desampararían las tierras si no se castigaba con tiempo aquella insolencia, llamó a consejo a sus capitanes para resolver lo que debía hacer en aquel aprieto; y aunque algunos de los de Benalcázar nacían poco aprecio de la propuesta, inclinados más a que no se entibiase la conquista de El Dorado a que tenían persuadido a Hernán Pérez, y decían que cincuenta hombres sobraban para el castigo de cualquiera nación de indios, por belicosa que fuese, y que las empresas más arduas no debían posponerse a las de menos consecuencia, como era la de los panches, pues de perderse esta solamente se dilataba el señorío de una provincia pobre, y de faltar a la otra se aventuraba el acrecentar a la monarquía española la porción más considerable de las Indias; con todo eso los capitanes de Frederman y Quesada (que no estaban enseñados a guerrear con las naciones de Quito, Cajamarca y el Cuzco, menos hábiles para las armas que los moscas, como se experimenta hoy dentro de las mismas provincias del Perú, sino con los tayronas, goajiros y muzos, y con otras naciones valerosas del río grande y Llanos de San Juan, que no exceden a los panches) fueron de parecer que pospuesta otra cualquiera facción se procediese al castigo de éstos. Decían: **Que la seguridad de aquel reino no consistía en lo obrado hasta entonces, sino en desarmar a los panches enemigos, que puestos en la frontera siempre habían aspirado a su dominio. Que si estando unidas las fuerzas españolas corrían las campañas de Bogotá tan atrevidos, ¿quién bastaría después de divididas para que no intentasen dar la nueva ciudad al sa-**

co y al incendio? Que las provincias de El Dorado, más tenían de representaciones varias de la idea que de noticias verdaderas para desvanecer discursos tan cuerdos. Que si era cierta esta máquina que apoyaba la codicia, ya se habían encontrado con ella, pues todas las señas de El Dorado se hallaban en los espacios de aquel Nuevo Reino. Y, finalmente, que se debían inclinar primero a esta empresa, que pedían los moscas, para que trocasen en amor a los españoles el odio con que los miraban como a opresores de su libertad.

Siguiose este parecer como el más sano, y aunque en el número de la gente que había de entrar al castigo disentían los del Perú, porque, enseñados a pelear a caballo, aborrecían la empresa en que si se excusaban perdían crédito y si la admitían se obligaban a marchar a pie por la aspereza del terreno a que no estaban acostumbrados; sin embargo de cuantas razones alegaban convinieron, con el sentir de los más, en que eran precisos doscientos infantes, treinta caballos y cuatro mil moscas de las milicias veteranas de Sacrezazipa, todos a cargo del mismo Hernán Pérez, por que no se levantasen competencias sobre cargo tan principal. Con esta resolución empezaron apresuradamente las levas a cargo de los capitanes oficiales, de que la mayor parte eran del Perú, por la inclinación con que Hernán Pérez los miraba, si bien no pudo excusar de aquella lista a los capitanes Céspedes, Antón de Olalla y el Zorro, hombres que tenían bien conocido el ánimo y tierra de los panches, y aunque ninguno de todos ellos ignoraba el trato doble de los tocaremas, pareciéndoles dilatar el castigo para tiempo más oportuno disimularon con el correo, y cargado de promesas y agradecimientos lo despacharon con orden de que los pueblos pacíficos no se moviesen hasta tener aviso de lo que determinaba Hernán Pérez. Los primeros que dispusieron su ejército fueron los moscas, en que se hallaba un buen tercio de guechas

de los que solían guarnecer los presidios de las fronteras, y ningún movimiento de éstos ignoraban los panches, porque los bogotaes, menos cautelosos que los españoles y persuadidos a que los tocaremas y calandaimas procedían sin doblez, no recelaban darles parte de las prevenciones que se hacían en Santafé; y como no hay disposición ni traza que participada al enemigo no se desvanezca, porque en tanto son acertadas las resoluciones de la guerra en cuanto las apoya el secreto, luego empezaron a discurrir los panches que no eran poderosas sus fuerzas para oponerse a los españoles, ni para que, divididas en muchas partes, se conservasen.

Decía el Bituima (que era hombre de madura edad, y que entre los suyos tenía ganada mucha reputación): **Que la ventaja de los caballos no tenía equivalente reparo, como lo había mostrado ya la experiencia en dos ocasiones. Que la constancia en el combatir de la infantería española era tanta, que siempre contrastaría cualquier batallón de panches en que no concurriesen unidas cuatro partes más que la del ejército cristiano, pues aunque los moscas eran poco guerreros, al abrigo de los españoles adquirían el valor que les había negado la naturaleza. Que con que no hiciesen más que acometer a tiempo y retirarse con orden militar, bastaría para ponerlos en confusión; además, que los guechas, bien disciplinados en las guerras pasadas, siempre habían sido grandes para enemigos de los panches. Que éstos se habían visto dos veces hollados de la soberbia española, y necesitaban primero de perder el temor concebido, que de aventurarse a la contingencia de una batalla, porque los que han sido vencidos pelean con sólo un corazón y los vencedores con dos, uno que deben al valor heredado y otro a la fama adquirida. Que las resoluciones del corazón no salen siempre tan acertadas como las del discurso, ni lo más honroso debe seguirse todas las**

veces por mejor, sino lo más conveniente; y así tenía por mejor medio elegir un sitio fuerte donde congregada toda la nación se defendiese, sin que la necesidad los pusiese en obligación de dar batalla a sus contrarios, pues levantados con facilidad los bastimentos de la provincia, forzosamente habían de retirarse dentro de pocos días, o perecer al desabrigo de país tan estéril y montuoso.

Este parecer fue bien recibido de los cabos que se habían hallado en los pasados encuentros; y aunque algunos bisoños quisieran la resolución menos templada para su juventud, pareciéndoles debía fiarse de sus bríos y de la multitud de sus escuadras (dictamen que de ordinario enamora a los que no han visto una vez el rostro al enemigo), hubo de prevalecer el consejo de Bituima y acertaron donde Jerjes hubiera acertado también, si como oyó a Demarato Lacedemonio lo poco que debía fiar del poder que llevaba en la guerra que emprendía, no se dejara lisonjear de la arrogancia de la muchedumbre para sentir después de vencido más la pérdida del consejo que la ruina de su ejército. Tanto como esto importan las advertencias de un buen discurso, y los panches, que veneraban a Bituima por oráculo de la guerra, recogidos víveres para muchos días y taladas las sementeras, trataron con más desvelo de su defensa por la vecindad con que ya campeaba el ejército español. Tendíase la población del Bituima por unas lomas altas y vecinas a otras eminencias que formó la naturaleza, de tierra avolcanada en que se mezclan algunos pedazos de tierra viva con que se impide la subida y el tránsito de unas a otras, si no es por sendas muy angostas y peligrosas aun faltando enemigos; porque corriendo con torcido curso un arroyo que nace de las montañas de Síquima y otros que se le juntan por diferentes partes, precisa a que por todas sean los caminos a media ladera, y por consiguiente derrumbaderos o pasos voladores que miran a la profundidad

por donde corre el arroyo, tan amparado de las peñas, que descubre muy pocas entradas para el esguazo y ninguna en tiempo de lluvias. En una, pues, de aquellas lomas que miran de frente a Bituima y forman una cuchilla bien dilatada, se fortificaron los panches bien proveídos de armas, piedras y vituallas para su defensa; y porque las naciones de los nimaimas, ambalemas, guataquíes y otras colocadas a la parte del Ríonegro, no podían fácilmente concurrir con sus familias, fueron avisadas para que, eligiendo los sitios más ventajosos, sólo tratasen de una guerra defensiva, para que, fatigado el ejército español con el trabajo, o se dividiese abriéndoles camino para algunas surtidas, o entero diese vuelta a Santafé, repasando la montaña en que libraban las esperanzas de mejor suceso sin llegar a la batalla.

Por otra parte, el ejército de españoles y moscas, gobernado por Hernán Pérez (sin tener cierta noticia de la parte en que se alojaba el enemigo, por el engaño con que procedían los confidentes en los avisos) entró a la provincia por la montaña de Jaque, pareciéndole que las demás entradas hallaría, con el embarazo de la prevención de los panches, expuestas a la defensa, siendo así que estaban libres y que en este reparo jamás discurrió aquella nación que cegó Dios para su conveniencia, pues es cierto que si cayeran en que la oposición de sus armas había de ser en los caminos y entradas de la montaña, se dificultara muchísimo la conquista por la facilidad con que pudieran rechazar cualquier tropa, que forzosamente había de marchar sin orden por aquellas angosturas y malezas. Miraba a dos fines Hernán Pérez en esta resolución, y eran pasar su ejército sin peligro de la otra parte del monte, y entrado en la provincia correrla toda y salir por Tena o Tibacuy, donde estaban más baqueanos los españoles y no necesitaban de guías para la marcha. El primer fin se logró con facilidad por no haber encontra-

do en toda la montaña enemigos que le inquietasen. Y para el segundo halló tan desproveída la tierra y tan desamparados los pueblos, que apenas hubo quien le diese noticia en que fundar alguna determinación; pero imaginando que la conmoción de los panches era general, y que las demostraciones debían ser ásperas respecto de los delitos y daños hasta allí hechos, mandó que como fuesen encontrando las poblaciones quemasen las casas y abrasasen los campos sin perdonar ni aun los árboles frutales que tenían los indios para su recreo.

Así lo ejecutaba su campo, aunque trabajado con el afán intolerable de los caminos; y habiendo llegado a Nimaima, desamparada de sus vecinos, hallaron una mujer enferma, que les dio noticia del sitio a que se habían retirado, con determinación fija de defender la libertad hasta el último trance; quemaron el pueblo, que encendió más la ira del enemigo, y enviaron delante una tropa de treinta infantes y doce caballos a cargo del capitán Cardoso, que fue siguiendo todo el ejército al paso más largo que pudo, y no habría caminado una legua cuando descubrió en una colina no muy levantada, aunque bien pedregosa, el campo de los nimaimas que, con alaridos y voces, pretendían manifestarse, y aun pareció convidaban a llegar a las manos, en que no fueron perezosos los nuéstros, pues avanzando a toda priesa se trabó un bien reñido combate, en que si hacían maravillas los españoles, no excedían a los panches que, como fieras acosadas, se entraban por las lanzas y espadas sin temor de la muerte. Iba Cardoso a caballo, y como se empeñó el primero y el sitio pedregoso le desayudaba, fue mucho no quedar muerto o prisionero, porque asaltado de los gandules, pretendían cogerlo a manos, en que no hallaba poco embarazo el jinete; pero dando de espuelas al caballo y jugando el pie con el estribo dio con él tan gran golpe en el rostro de uno de

sus contrarios, que derribándole los dientes lo privó de sentido, y arrastrando al otro, que se había asido de aquél, tuvo lugar para sacar la espada y darle tan buena herida en el brazo que se halló libre para socorrer a los suyos a tiempo que, mezclados con los enemigos en la pelea, necesitaban bien de su valor, y la victoria estaba tan dudosa que la perdieran si, recelosos los indios de que se les acababa todo el cuerpo del ejército español, no hubieran desistido de la contienda, retirádose con gentil denuedo y pasádose de la otra parte del río que tenían vecino, con que aseguraron las vidas por la dificultad del esguazo para infantes y caballos; y aunque los muertos no pasaron de setenta y de los nuestros salvaron heridos diez o doce, los nimaimas se derramaron por las asperezas de la provincia dejando el campo a los nuéstros, en que se aventajaron mucho Gómez Nieto y Romero de Aguilar.

Libres ya los nuéstros del primer encuentro del enemigo, y habiendo tenido otros dos semejantes a él, muy cerca del Ríonegro, en la loma que al presente se llama de Enrique Vélez, en que dieron muestras de su valor los soldados de Benalcázar, manifestando que las obras no desdecían de las palabras (aunque desengañados del concepto errado que habían hecho de los panches), pasaron en demanda de Bituima por la relación que ya tenían de algunos prisioneros, de que en aquella parte estaba fortificado el mayor concurso de la nación. Iba fatigado el campo con la penuria del bastimento y con el continuo trabajo de más de treinta días que había gastado desde que salió de Santafé; pero persuadidos los infantes de Hernán Pérez a que el último lance que restaba para sujecionar la provincia era el presente a que se encaminaban, marcharon con buen orden, y al segundo día se hallaron a vista del enemigo, que con fuegos y voces daba a entender el poco aprecio que hacía de los nuéstros. Deseoso entonces Hernán Pérez

de justificar más sus acciones, les despachó un indio de Bojacá, bien entendido en el idioma de los panches, a que de su parte los convidase con la paz, que es el mejor fruto de la guerra, y que de no admitirla, ni las condiciones que pareciesen justas, les protestase que todos los daños y hostilidades causados en aquella guerra no serían tanto por los estragos padecidos en Bogotá y Sutagaos, como por su obstinación bárbara. Pero como ya ésta los tuviese sordos para toda conveniencia que no fuese de su entera libertad, respondieron: **Que se hallaban cansados del trato caviloso de los españoles. Que no ignoraban que contra el derecho natural de las gentes habían despojado a los reyes de Bogotá y hécholos morir sin respeto a las paces que habían asentado con ellos. Que bien reconocían la grandeza del rey de España por los envíos de gente que había hecho a tierras tan remotas como las suyas, y que se persuadían a que gobernaba con justicia; pero que prestaba poco sujetarse a su imperio, porque la distancia hacía que ignorase las tiranías que sus ministros usaban con los vasallos más retirados. Que no soltarían las armas de las manos sin haber defendido sus hijos y provincia de la esclavitud infame que padecían las demás naciones. Y, finalmente, que tenían por el medio más conveniente para todos que los españoles dejasen la tierra, y cada cual gozase el dominio en que lo había constituído la naturaleza; y que si éste no les pareciese el mejor, llegasen a las manos y se desengañarían de la cosa que les tenía el no gobernarse por tan saludable consejo.**

Con esta respuesta se acercaron los nuéstros a la cuchilla del monte en que los panches se descubrían, y ocupando algunos puestos eminentes, los más vecinos, en que asegurarse de las piedras, y donde pudiesen aprovechar las ballestas, pusieron sus tiendas en frente de sus contrarios, y alojados ocuparon los dos primeros días en corres-

ponder con jaras a cuantos tiros recibían de flechas, no siendo el daño tan considerable como el ruido de los moscas y panches, que parece habían reducido la guerra a voces. Mas, en este tiempo, reconocido el terreno y consideradas todas las partes por donde podía asaltar al enemigo, no se hallaba alguna que estuviese libre de mucho riesgo ni que diese lugar a valerse de los caballos, miembro el más principal del cuerpo de aquel ejército; pero teniendo por forzosa la empresa en cualquier forma que se aventurase, pusieron en orden los nuéstros al ejército de los moscas con cincuenta infantes de escolta, para que provocando a los panches los sacasen de los puestos aventajados que ocupaban; mas ellos, escarmentados en la derrota pasada de los tocaremas y síquimas, se estuvieron fijos, sin dar señal del menor movimiento. Los moscas entonces, presumiento que esta cautela, tan fácil de penetrar, nacía del temor concebido de los panches a sus armas, cobraron tal brío que imprudentemente se fueron avanzando a la cuchilla con intención de acometerlos en sus fortificaciones; pero en breve término se desengañaron de que no eran ellos sino los españoles los que reprimían el coraje de los panches, porque habiendo cargado con desorden a las sendas angostas que daban paso a la cuchilla, fueron recibidos con tal carga de flechas y piedras que, muertos más de setenta de ellos y heridos más de ciento, volvieron las espaldas tan confusos que no bastaron los infantes de escolta para detenerlos aun en parte segura del alcance que temían.

Mucho sintió Hernán Pérez de Quesada este revés por el brío que los contrarios habían de cobrar con suerte tan favorable, y para el reparo mandó que por diferentes partes acometiesen los españoles, enhilados unos en pos de los otros y bien resguardados de rodeleros para que, divertida la fuerza del enemigo, o gastase la mayor parte de sus municiones de piedra, que eran las más temi-

das, o dispusiese lance alguno de llegar a batalla. Ejecutose el designio con valerosa constancia de los españoles y guechas, en que murieron diez o doce de éstos y cinco de los nuéstros, si bien se desquitó el daño con el que hicieron las ballestas matando más de ciento de la parte contraria; mas fueron tantas las piedras que bajaban por todas las partes que acometían los españoles, que los precisó a desistir de la empresa y retirarse con el mejor orden que les fue posible, después de seis horas que duró la porfía y la resistencia de los panches en terreno cálido y cuando el sol hería con la mayor actividad de sus rayos. Aquella noche, pareciéndoles la mejor coyuntura a los panches para el intento, enviaron quinientos gandules para que, emboscados en la concavidad de una de las quebradas que allí había, diesen al romper el día en los cuarteles de los moscas, que alojaban algo apartados del campo español, y ejecutáronlo tan diestramente que, aunque fueron sentidos, no por eso dejaron de hacer gran daño en los moscas, en tanto que algunas compañías españolas llegaron al socorro. Riñose con porfía más de una hora, y advertido Hernán Pérez de que la fortuna le ofrecía la mejor ocasión de llegar a batalla, mandó a los capitanes Céspedes, Nieto y Montalvo de Lugo que ocupasen el camino por donde forzosamente habían de retirarse los quinientos gandules o los que ocupaban la cuchilla del monte habían de pasar para socorrerlos.

Cumpliose con puntualidad esta orden, y por otra parte, trabada la batalla entre los quinientos gandules y las compañías de Olalla y el Zorro, a cuya sombra peleaban ya los moscas con más coraje, fueron apretando a los panches, que guerreaban con igual fortuna; pero como el número y la dicha estaban de parte de los nuéstros, y los guechas compitieron este día en disciplina y valor con los más aventajados, empezó a prevalecer

el campo español y desmayar el contrario, retirándose a tiempo que le pareció poder asegurarse en la cuchilla, y apenas lo ejecutaba cuando se halló cortado en la ocasión que más necesitaba de unirse a sus parciales. Aquí, viendo su perdición los quinientos gandules, y confiados en que todas las fuerzas de su nación cargarían en su ayuda, hicieron rostro a las dos tropas que los cercaban, y a treinta perros que no habían podido aprovechar hasta entonces, y pelearon tan deseperadamente que sin tener socorro de los suyos, por consejo del Bituima, que reconoció su ruina en la asistencia de un empeño tan inconsiderado, sustentaron la batalla más de dos horas, siendo acometidos de tanto número de contrarios, hasta que, rotos de todo punto y muertos más de trescientos, sin los heridos, escaparon los pocos que restaban, por aquellas laderas y quebradas, sin que los moscas ni españoles siguiesen el alcance o porque lo fiaron de los perros, o por temor de que los contrarios que estaban a la vista los cogiesen desordenados. Murieron en esta batalla más de cien indios moscas, sin los heridos, que fueron muchos, los más en la primera surtida, y de los españoles quedaron flechados más de treinta, aunque ninguno herido de muerte.

Animado Hernán Pérez con este buen suceso ordenó que al día siguiente se continuasen los acontecimientos en la forma que antes, si bien con daño de los suyos, que no ganaban palmo de tierra por más aliento que cobraban con el pasado suceso. Pero aunque todas estas facciones salían poco favorables a los nuéstros, considerando los panches que las piedras, en que más asegurada tenían su defensa, iban faltando, y que, reconocido por los españoles, los apretarían de suerte que se hallasen obligados a dar batalla o perderse dentro de sus mismos alojamientos, por la estrechez que tenía en ellos el número crecido de su gente, resolvieron ejecutar un ardid con que, per-

didas las esperanzas de los nuéstros, desamparasen la provincia o diesen principio a otra igual empresa (más difícil entonces, porque empezaban las lluvias, siempre rigurosas en aquel país desabrigado). Para este designio dispusieron que cincuenta gandules diesen una alarma falsa a media noche en los cuarteles de los moscas, para que, desvelado el español en su defensa, tuviesen tiempo de pasar sus familias de la otra parte del arroyo a sitio no menos ventajoso y más proveído de piedras que el que dejaban, y en que no tenían poca parte los tocaremas y anolaimas, que de secreto los favorecían. Los cincuenta gandules ejecutaron el ardid tan diestramente, que habiendo hallado dormidos los centinelas y muerto más de treinta indios moscas a golpe de macana, pusieron el campo en tanta confusión que los cabos no sabían dónde acudir, ignorando con la oscuridad y las voces el número de los enemigos y la parte cierta donde cargaban sus tropas, hasta que, al romper del día y cuando ya se habían retirado libres los cincuenta gandules, vieron desamparada la cuchilla, y reconocida de los nuéstros hallaron ejecutado con buen suceso el ardid de los panches, que fortificados ya de la otra parte, daban grita a los españoles. En semejante lance prorrumpió Francisco de Carvajal en quejas y admiraciones de que la juventud del general Centeno hubiese librado las reliquias del ejército real del Perú de las astucias de quien había militado con Fabricio Colona en Italia; y en esta ocasión ponderaban los cabos la bien dispuesta estratagema, y cuánto se había de dificultar aquella conquista respecto del arte militar con que se iba doctrinando aquella nación belicosa.

Discurrieron, pues, lo que debían hacer en este caso, y considerada la falta de víveres y el rigor con que iban entrando las aguas, donde la guerra de las inclemencias del cielo no halla resistencia en los corazones de polvo, resolvieron dar la vuel-

ta a Santafé, reservándose para ocasión más oportuna. Pero antes de ejecutarlo acordó Hernán Pérez que el capitán Venegas con cincuenta infantes y diez caballos fuese a quemar la población de Bituima, y de allí pasase a obrar lo mismo hasta Anapoima, desde donde, siguiendo las orillas del río Bogotá, marchase hasta unirse con el ejército, que habiendo de pasar por Tocarema le saldría a esperar en Tena. Partió luégo Hernán Venegas con su gente, sin que el ejército se moviese hasta ver ejecutada la orden, por no dar aliento a los panches para que obrasen alguna surtida desesperada, viendo a sus ojos arder sus casas y asolar sus huertos; pero ¿qué habían de obrar, amedrentados ya de las armas superiores que mirában, sino sufrir aquel desaire por no pasar por una servidumbre? Abrasó el incendio las casas, y mientras Venegas marchaba la vuelta de Anapoima empezó Hernán Pérez a levantar su campo encaminado a Tocarema, suceso el más feliz para los panches, cuando ya medían la porfía de los extraños por la obstinación de los propios. Y aunque no faltó entre ellos quien aconsejase seguir el campo español, procurando hacerle todo el daño posible en la estrechez de los pasos, ellos estaban tan escarmentados de las cautelas contrarias que, juzgando ser éste nuevo ardid para sacarlos a batalla, no se movieron hasta tener aviso de que habían llegado a Tocarema.

En esta población ajustició Hernán Pérez dos capitanes, los más culpados, y otro de Anolaima, y disimulando con los demás cómplices en la alteración de los panches, pasó a Tena, más proveído de vituallas, para esperar a Hernán Venegas, que habiendo con celeridad asolado algunos pueblos y últimamente el de Anapoima, desamparado de los vecinos con ocasión de la guerra, aunque aprisionó algunas mujeres y familias que se hallaron en las casas de campo que había en las caídas del río y en La Mesa alta, que hoy se llama de Juan Díaz,

llegó el día siguiente a Tena, donde, junto el ejército de los nuéstros, tomó la vuelta de Santafé, no muy gustoso, pues aunque fue así que causó espanto general en toda la provincia y siguió la empresa con todo arresto, no por esto sujetó ni redujo a paz otras poblaciones fuera de aquellas pocas que se dieron a Gonzalo Jiménez de Quesada, y el daño que obró en el país no pesó menos que los que se experimentaron en el campo español; pero contentose con el hecho por haber sido contra nación tan belicosa, y desamparó por entonces la empresa, que tenía reservada el cielo a las fortunas de los capitanes Hernán Venegas y Antón de Olalla, como se dirá en su lugar.

CAPITULO V

PROSIGUE SU JORNADA JERONIMO LEBRON, CON VARIOS SUCESOS, HASTA EL VALLE DE OPON.— MUESTRA GRAN VALOR UN INDIO EN DEFENDERLE EL PASO. Y FINALMENTE LLEGA A LA CIUDAD DE VELEZ.

POR desembarazarnos de diferentes acaecimientos que concurrieron en este año de cuarenta, dejamos a Jerónimo Lebrón con su ejército bien fatigado en la Casa de la Sal, si bien con más ciertas señales de mejorar terreno, por las que descubría en los moradores de aquel país, y porque la dilación era lima sorda contra su gente, pues con ella crecía más la necesidad de vituallas, dispuso que el capitán Luis de Manjarrés, sin perder tiempo, se adelantase con su compañía talando la serranía dilatada que se habían encontrado (tanto más alta cuanto más la subían), hasta dar vista al paso volador, que llamaron estos soldados el de Manjarrés, porque desde que ganaron la cumbre reconocieron ser la bajada tan peligrosa, que cualquiera que la intentase había de volar muchos estados, respecto de ser la singla prolongada por donde iban de peña tajada y de profundidad grandísima. Fuéronla reconociendo algunas leguas, hasta que dieron en una quiebra que hacía, no tan derecha como lo restante de la cordillera, ni tan dispuesta para dar paso por ella que no mostrase peligro y dificultad para descender a un valle que tenía delante, cercado todo él de eminencias peñascosas y más altas que las que hollaban; mas, reparando en que no se descubría tránsito más seguro que el de este puerto, valiéndose de pies y manos para asegurar-

se, bajaron gustosos por la buena fortuna de haber escapado ilesos.

De allí a tres días llegó todo el campo al mismo sitio, reconocido por las señas que habían dejado los delanteros, donde hizo alto, confuso en la resolución de aventurarse por él, a causa de que no parecía posible bajar los caballos sin despeñarse. Pero el capitán Millán con los azadoneros que llevaba, fue labrando escalones y gradas en las partes que permitía la peña, y en la más baja dispuso gran cantidad de ramas de helecho y otras plantas de que formó una cama de dos estados de alto, para que en caso que deslizase algún caballo de los que tan fatigados iban, lo recibiese en su blanda fajina y no peligrase tanto como si diera en el duro suelo, con que aseguró el descenso de suerte que ya parecía menos dificultoso el conseguirlo. Gastose en esta obra todo el día, aunque los que se ocuparon en ella fueron muchos, y al siguiente, quitadas las sillas y frenos, fueron guiando los caballos de uno en uno, y animándolos con voces por la arriesgada senda, y ellos, con el tiento que en tales casos enseña el natural instinto, bajaron sin desgracia, menos la que se experimentó en dos yeguas, que sin poder tenerse fueron rodando hasta dar en la fajina de helecho, que les aprovechó poco, pues quedaron de suerte estropeadas que sólo sirvieron de alimento a la gente necesitada del ejército, que las tuvo por socorro bien considerable.

Luis de Manjarrés, que se había adelantado como legua y media del paso volador, dio sobre ciertas casas vecinas a la sierra de Atún, donde halló algún bastimento, y desde una colina vieron los suyos a distancia de media legua otras casas de más consideración; y recelándose de que al sentirlos retirasen las vituallas sus moradores, se adelantaron siete soldados, que fueron Morán, Juan de Cuenca, Antón Pérez de Lara, Antón Pérez de Portugués, Pedro Machetero, Pedro Carras-

co y otro que llamaban Santo Domingo. Estos, con toda ligereza, repecharon la cuesta, y los desarmados indios, que impensadamente reconocieron la gente extraña en sus tierras, desamparadas las casas huyeron turbados; y como a este tiempo desmayaba el día y la noche entraba tempestuosa de agua, relámpagos y truenos, habiendo hallado razonable cena resolvieron quedarse en una de las dos casas, sin el cuidado de poderles sobrevenir accidente contrario. Mas los indios que huyeron, convocando prestamente mucha gente feroz de la que habitaba la sierra de Atún, antes que entrase el día tenían cercada la casa en que dormían los nuéstros, ajenos de semejante suceso, y poniéndole fuego por diferentes partes con mucha grita, avisaron a los que estaban dentro del riesgo en que los tenía puestos su confianza. Pero ellos, reconociendo su peligro, acuden recobrados del susto a las armas y a la puerta, rompen por el desordenado escuadrón de bárbaros, llenan la tierra de sangre y espanto, repiten los golpes de las espadas para amedrentar a los que miran cargados de flechas y lanzas, crecen la grita y alboroto hasta penetrar los oídos de los compañeros que alojaban más bajos, y despacha Manjarrés a Valenzuela con doce arcabuceros para el socorro, antes que la inundación de bárbaros ahogue en su muchedumbre a los siete combatientes.

Parte Valenzuela aceleradamente y en tanto que llega (porque era bien penosa la subida) crece el rigor de la pelea con los siete, con hazañas dignas de eterna memoria, si lo que obró el valor y la fortaleza de cada uno se hubiera participado con la pluma a nuestras edades. Antón Pérez de Lara, derribando cabezas por la cuesta abajo, se señala mucho, hasta que, resbalando los pies con la lluvia y sangre, cae entre sus más fieros enemigos, que luego lo cercan. Salta con suma ligereza sobre él un gandul de presencia agigantada, que ayudado de otros que le asisten, se lo lleva sin

tocar el suelo ni poder valerse de sus bríos; no le queda más recurso que el de la lengua, y a grandes voces llama a Morán para que lo ampare en aquel peligro. Hiere la voz en los oídos del amigo a pesar del estruendo marcial que resuena, y acrecentado de ira con el dolor que la enciende, se arroja en el mayor concurso de los contrarios por socorrer a quien lo llama afligido. Abre camino por las contrarias puntas, y poniendo los ojos en el monstruoso salvaje, le abre con el acero las entrañas, por donde despide la vida con una voz tan descompasada que al grito se acobardan sus tropas de tal suerte que dejan a Lara ileso y con armas, porque ni prisionero las suelta, ni los indios tratan de quitárselas con la codicia de llevárselo vivo, o porque caer, asirlo y socorrerlo fue tan prestamente, que no dio lugar a ejecutar más acción en los contrarios que la de retraerse de la furia de Morán. Y no sé que tenga Roma más causas para celebrar a su Horacio, que las que tiene España para aplaudir varón tan ilustre, porque si los aplausos se miden por las obras, nunca podrá competir el vencimiento de tres curiacios con el triunfo de mil enemigos. En fin, libre ya Lara de la tragedia infeliz que le esperaba, llega Valenzuela con su compañía disparando los arcabuces en socorro de los siete, que se alientan de nuevo cuanto los indios, quebrantados ya, se desaniman con los traquidos de las armas que ignoran, y retirándose a lo más fragoso de la encumbrada sierra, dejan la victoria en manos de los siete, que si bien todos heridos, ninguno de suerte que peligrase.

Este accidente puso en cuidado a Luis de Manjarrés, y considerando que en los contornos de aquel paraje había más poblaciones, y que sería fácil a los indios volver con más crecidas fuerzas y causar algún daño en su gente al tiempo de repechar la sierra, mandó que veinticinco arcabuceros, con munición suficiente para la empresa, pro-

curasen en la siguiente noche ocupar la cumbre para asegurar la subida; hiciéronlo así, caminando con la oscuridad, tan diligentes, que antes de rayar el día eran dueños de la mayor eminencia, y fue tan acertada la orden que a muy breve rato de llegados descubrieron muchos escuadrones de bárbaros, que al son de sus fotutos y entre la vanidad de sus medias lunas, caminaban en demanda de ellos, y a vengar la muerte de su cacique, que lo fue aquel gandul a quien le quitó la vida Morán. Aquí se descubrieron las dos huestes, la una de veinticinco infantes y la otra de innumerable multitud de infieles, que en aquel campo raso dilatándose a los primeros rayos del sol en forma de media luna, los fueron ciñendo y estrechando a que hiciesen rostro por todas partes, pues en todas era igual el ceño de los contrarios; pero bien prevenidos de balas y postas, dieron las cargas de la arcabucería sucesivas y con estampido tan extraño para los indios, que con el asombro y daño que sentían, sin penetrar la causa de que se originaba, se les fue resfriando aquella primera cólera que llevaban y convirtiendo en un pasmo que no les permitía dar paso adelante.

Faltábale ya munición a uno de los infantes con la continuación de las cargas, y acudió a un barril de pólvora que estaba dispuesto para la provisión, y como la priesa que tenía era mucha, se descuidó tanto con la cuerda encendida que llevaba en la mano que prendió en la pólvora que tenía sacada y le abrasó el rostro, barba y cejas, y aun no paró aquí su desgracia sino que de las centellas que se habían levantado dieron algunas en el barril, que estaba sin cubierta, y prendiendo en él con el estruendo que acaece en tales infortunios, levantó al miserable en alto, esparciéndolo en pedazos, de cuyo espectáculo infeliz, atónitos los indios, y pensando que era llegado el fin del universo, volvieron confusamente las espaldas, siguiendo los nuéstros al alcance hasta entrarse por

las poblaciones de Atún (entonces grandes, ahora ni aun pequeñas), y viendo sus moradores que la gente extranjera iba con determinación de apoderarse de ellas, o para última señal de su desesperación, o para detener el paso a los nuéstros, y correspondiéndose unos a otros, no quedó en menos de dos horas pueblo ni caserío en todos aquellos collados, valles y laderas, que no publicase su barbaridad entre las cenizas, negando albergue a los nuéstros en qué poder ampararse de las inclemencias del tiempo, que fue muy sensible, por ser tan frecuente en aquel país la molestia de las aguas. Pero consolados con haber hallado en los campos cantidad de maíz, la recogieron en unos pajizos albergues que fabricaron, esperando en ellos a Manjarrés, que llegó luégo, habiendo dejado a Jerónimo Lebrón en las primeras casas vecinas a la sierra de Atún (de que ya dimos noticia), donde se detuvo muy poco tiempo, por no ser bastante las vituallas que había en ellas para la gente que llevaba, y había de esperarla de la diligencia que hacían los que iban adelante, no porque toda corriese por cuenta del capitán Manjarrés, sino de Blasco Martín y de Pedro Téllez, caudillos que también salían del campo a correr los contornos del camino que llevaban.

Con estas fatigas, que se divierten con esperanzas de mejor fortuna, llegaron todos a verse juntos en las sierras de Atún, donde alojaron algunos días para que se aliviase la gente, y éstos fueron aquellos solamente que duró la vitualla; y pensando hallarla más adelante se levantó el campo siguiendo su ruta con trabajos tan grandes que aun siendo el capitán Luis de Manjarrés hombre infatigable, y que en los infortunios más sensibles divertía su pena y la de todos con donaires, mostrando siempre el rostro sereno en las adversidades y socorriendo con lo que tenía a los más desconsolados, para que se armasen de sufrimiento, en esta ocasión, rendido al trabajo y miseria hu-

mana, se quedó enfermo en el campo, y en su lugar fue nombrado Diego Paredes Calvo (que después vivió larga edad en la ciudad de Tunja) para que con treinta infantes se adelantase hasta Opón, valle que dista de la sierra de Atún catorce leguas, de caminos cenagosos, de montañas ásperas, tristes y ajenas totalmente de alivio, porque la inundación de las aguas se continuaba a todas horas. A éstos, pues, seguía todo el campo con suma debilidad, extremo a que lo habían reducido el hambre y las enfermedades que le son consiguientes, y más cuando para sustentarse no reparaba en comer culebras ni escarabajos y otros animales asquerosos y contrarios a la salud, como se experimentó brevemente, pues murieron más de setenta soldados en el espacio corto de aquella montaña, donde sucedió que habiéndose encontrado Pedro Niño con siete ratones que los indios del país tenían guisados en una olla con raíces de bijao, tuvo tales ascos que no se atrevió a probarlos aunque su hambre era mucha; mas otro soldado menos escrupuloso le dio por ellos sesenta y cuatro castellanos de oro fino en dos chagualas, y se los comió con más gusto que si fueran gazapos.

Ya dijimos cómo Jerónimo Lebrón había prohibido, con pena de la vida, que ninguno matase caballo ni otro animal doméstico de servicio; pero como la necesidad no respeta leyes, amanecían los más días muertas algunas mulas o cortados los labios, para que la fealdad obligase a sus dueños a matarlas y venderlas en aquel aprieto. Y aunque sobre este desorden se hacía diligente pesquisa, nunca pudo saberse más de la causa que aquello que por los efectos se manifestaba, de que se infería que en el delito concurrían los más del ejército, y sirvió al fin de poder mantenerse hasta Opón, de donde, pasados estos lances, salió Pedro Téllez con la gente que se hallaba menos débil hacia el nacimiento del río de aquel valle, en demanda de víveres, y a pocos días dio con ciertas ca-

sas proveídas de algún maíz, yuca y otras raíces de que tomaron a placer; y al tiempo que volvían con la carga y llegaban al río que forzosamente habían de repasar, se hallaron asaltados de algunos indios con tal osadía que les convino soltar las cargas y aprovecharse de las espadas; pero como los indios esgrimían las macanas con ventaja, fueron forzados a desamparar el puesto no pudiendo resistirles; tanta fue la determinación y valor con que acometieron los bárbaros, y tal su presteza, que sin aprovechar a los nuéstros espadas y rodelas, fueron cinco de ellos heridos con fieros golpes y de tres muy crueles que dieron a Carrasco murió aquella misma noche; y de todos fuera lo mismo si en la ocasión no los socorriera el cielo, pues al mismo tiempo iban en seguimiento suyo seis soldados, que llegados al río y viendo el aprieto grande de los compañeros, trataron luego de ponerse en su ayuda. De éstos era Alonso Pérez, aquél de quien dijimos haber sido desjarretado y haber escapado del riesgo para mayor desgracia suya, pues no sufriendo dilación en las obras se arrojó al río por socorrer a los amigos, donde, combatido del agua fue blanco de sus contrarios, para que, atravesadas las entrañas con una flecha, acabase la vida entre las ondas.

Otro soldado cuyo nombre se ignora, fue también muerto con Carrasco, después de haber hecho uno y otro las diligencias que permitió la priesa y el sitio para morir como cristianos; pero los cinco compañeros de Alonso Pérez, temiendo el riesgo del río, no quisieron aventurarse a esguazarlo, si bien lastimados de la porfía con que los bárbaros apretaban a los nuéstros, uno de ellos, que fue Valenzuela, sacó lumbre con mucha brevedad, y tan buena maña se fue dando con el arcabuz, que obligó a los indios a retirarse de la ribera, dando lugar a los que habían quedado sanos para que reparasen a los heridos, aunque todos más cargados de palos que de bastimentos, no

siendo el más bien librado Pedro Téllez, pues afrentado del suceso y habiendo descansado cuatro días, con más copia de infantes y más bien apercibido de armas, siguió el rumbo que llevaron los enemigos que lo habían retirado, velándose ya como debía para no ser asaltado de repente hasta pasar la sierra; mas, habiendo descubierto a la banda de Guane crecidas poblaciones, y satisféchose de las pasadas injurias en algunos lugares que halló más a mano, aunque le mataron un soldado tuvo por buen acuerdo no empeñarse más en la tierra, y con esta resolución dio vuelta al campo para dar cuenta a su gobernador de lo que había descubierto.

Alentados todos con el aviso de Pedro Téllez, y viéndose más reformado el capitán Manjarrés, se dispuso a seguir la misma ruta con cincuenta infantes, dejando el ejército en el Valle de Opón hasta que volviese con más ciertas noticias de la tierra y poblaciones que se habían visto. Y continuando su jornada, sucedió que en el repecho de una sierra por donde se encaminaban vieron los suyos algunas labores y casas que denotaban la cortedad de sus moradores, y determinados a saquearlas reconocieron que forzosamente había de ser subiendo por una senda que no daba más lugar que el suficiente para ir unos en pos de otros, por la estrechez que de ambos lados formaba la densidad de los cañaverales. Mas, no reparando en este inconveniente, por haberse hallado en otros iguales, acometieron la empresa, y cuando más empeñados estuvieron en la subida divisaron en uno de los reventones que hacía la cuesta un gandul de hermosa disposición y grandeza, que confiado en el esfuerzo de sus brazos y en el bastón que tenía en las manos, correspondiente a la estatura del cuerpo, mostraba que puesto en la senda bastaría él solo para defender el paso a los nuéstros. Pero como esto fuese de poco cuidado para los de la vanguardia, se fueron para él, como les cabía

por suerte, poniendo delante las rodelas para recibir los golpes y lograr las tretas, a que el gandul, que en fuerza y bríos no parecía tener quién le igualase, correspondió de suerte y se dio tal maña y priesa en jugar el bastón, que en breve tiempo los obligó, a golpes, a que volviesen cayendo unos sobre otros, por la cuesta abajo, con tanta facilidad como fue la confianza que tuvieron los nuéstros.

En ninguna de las naciones tiene tanta cabida la presunción de no parecer menos como en la española, motivo con que siempre se ha hecho famosa, y ahora que se hallaban hombres de tanto crédito ajados de un indio solo, visto es que la reputación adquirida encendería su enojo para volver cada cual a repetir el combate con más cólera, como con efecto sucedió; mas, como ya la fortuna había echado la suerte contra ellos y el gandul tenía cogida la cuesta y las piedras, por más que intentaron su venganza no solamente éstos sino otros de los que no habían entrado en el primer lance, rodaron despedazados los escudos y afrentados de no poder sustentar el combate con un hombre solo, que con desahogo y marcial despejo se desembarazaba de ellos y aun le sobraba fuerza para acciones mayores, pues con la repetición del bastón que jugaba a dos manos, había destrozado y arrasado las más robustas cañas que había por la una y por la otra parte de la senda. Fue éste uno de los desengaños que dio el cielo a nuestra nación en diversas partes de las Indias, para que reconociese que la sujeción y conquista de reinos tan dilatados no se debía a su valor, porque excediese a la fuerza y número inmenso de aquellos infieles, sino porque obraba asistida de causa suprema para alumbrar por este medio aquella gentilidad que por tantos siglos vivió en las sombras del engaño. Y volviendo a la contienda en que dejamos al gandul fue tan porfiada, que en el tiempo que se gastó en ella lo tuvo la reta-

guardia para llegar antes de acabarse, y viendo Diego Rincón, uno de los que iban en ella, que era un solo enemigo el que embarazaba el paso a más de veinte hombres, dijo arrebatado de cólera a los demás compañeros: **¿Cómo es posible que un indio sea poderoso a detener tan valerosos soldados, cuando cada uno de los que me oyen está acostumbrado a vencer numerosos ejércitos de esta nación cobarde? Ténganme por uno de ella, si dándome lugar no fuese yo solo quien lo haga desamparar el puesto con la muerte.**

Eran más cuerdos los que oían, y sin darle satisfacción a su arrojo, le dijo Diego Paredes Calvo: **Señor Rincón, allí tenéis la breña y el mantenedor, remitid a las manos la ejecución de los retos, que todos quedaremos agradecidos de que nos déis libre el paso matando ese gandul, de quien os podemos asegurar que da barata la leña con el bastón que esgrime, y se da tal maña con él, que pienso, aunque lo miráis embotado, habéis de confesar brevemente que tiene filos para cúalquiera que se le mostrase bravo.** Luégo Diego Rincón, prevenido lo más bien que pudo de espada y rodela, comenzó a subir la cuesta, como mancebo que era, suelto, robusto y animoso, y apenas se vio cerca del gandul cuando le dio la rodela con ánimo de recibir el golpe en ella y entrarle luégo con la espada; pero saliole muy contrario el suceso al discurso, porque el golpe que recibió en el escudo fue de manera que, sin poder resistirse a él, lo obligó a que desatinado volviese rodando la cuesta abajo, con tal risa de los compañeros que pudieron celebrar el suceso como desquite de la afrenta en que los había puesto el gandul. Diego Rincón, más encendido en cólera entonces, y persuadido ya a que era el empeño de más consideración, volvió en demanda de su enemigo, a quien halló firme en el puesto, y no menos confiado en sus manos que al principio, aunque algo más fatigado con el cansancio en que lo había puesto el

combate de tantos, y al tiempo que lo vio dispuesto para ofenderle se le entró prestamente adonde el alcance del bastón fuese por los últimos tercios y cubierto de la rodela, con la rodilla puesta en tierra, reparó el golpe menos fuerte que lo había sido el primero, y, tendiendo el brazo, al mismo tiempo hirió con el estoque al bárbaro en el muslo izquierdo, el cual, luego que se vio herido y fatigado, volvió las espaldas a Rincón, que luego partió en su alcance, con tan acelerado curso de ambos contrarios que aunque los demás compañeros subieron prestamente, no pudieron divisarlos con la vista ni socorrer al amigo, por no saber la senda que habían tomado por aquellas malezas; pero a breve rato lo tuvieron de vuelta con el estoque bañado en sangre y tan vano de la victoria, que blasonaba no ser poderosos ejércitos de gigantes para embarazarle el paso, y que todo lo visto en la primera contienda fue sombra de lo que pasó en la segunda, donde solamente su brío pudiera haber triunfado de gandul tan valiente, que acometiéndole con desesperación y rabia nunca vista, confesó muerto a sus plantas la ventaja de su brazo con el estruendo que hizo el membrudo cuerpo cayendo en tierra.

Manjarrés, que tenía valor para no envidiar otro alguno y entendimiento para divertir aquella plática de que podían despertarse picazones en los suyos, dijo con presteza, reduciéndolo todo a donaire: Es tan cierto lo que dice el señor Diego Rincón que yo oí el golpe que dio el cuerpo del gandul, por señas que al movimiento tembló la tierra, y aun ahora de oír la relación estamos todos temblando; y añadió que podía blasonar con seguridad de que tenía brazo tan fuerte que valiendo por ciento, se dejaba atrás los dieciocho de los nueve de la fama. Esto dicho con gracia natural, de que era dotado (a lo que ayudaba mucho ser balbuciente), sosegó el ánimo de todos, reduciendo a pasatiempo lo que en realidad fue hazaña dig-

na de un corazón español, y que siempre la acompañó con otras iguales que lo hicieron famoso. Más divertidos con estas burlas, llegaron a las casas y sembrados que habían visto y no hallaron gente, de que se conoció haber sido la intención del gandul impedir la subida a los nuéstros en tanto que su familia tuviese lugar de salvarse, como lo demostró el suceso. Allí descansaron aquella noche, y al siguiente día prosiguieron en su trabajosa jornada hasta llegar al valle que llamaron del Alférez los primeros descubridores de Quesada. Este valle dista quince leguas de la sierra de Opón, donde habían dejado a su general, a quien dieron luégo noticia de todo lo acaecido para que marchase en su seguimiento, pues ya se descubría más vitualla por aquellas provincias que pisaban, habiendo muerto de hambre más de ochenta hombres desde que se apartaron del río grande; y por que en ninguna parte faltase nueva desgracia, se ahogó Diego Hermoso en el esguazo del río de este valle del Alférez, sin que diese tiempo a socorrerlo el arrebatado curso de las aguas.

Viéndose ya incorporado todo el ejército en este sitio, y con más socorro de víveres, pasó adelante el capitán Manjarrés hasta entrar en otro valle que llamaron de La Grita, porque a todas horas de la noche y del día la daban sus naturales a los nuéstros con acometimientos y surtidas que disponían con arte y valor en los pasos más estrechos, poniéndolos en mucho desvelo, aunque éste no fue poderoso para preservar de la muerte a un soldado llamado Palomares, a quien se llevaron vivo en uno de los reencuentros que se tuvieron, con justo sentimiento de su desgracia. Pero apuntándola en el número de tantas como se han referido, salieron del remate de las montañas caminando ya con más alivio por descubiertas serranías, aunque tan altas y estériles de agua que se vieron en grandes aprietos por no haberse prevenido de vasos en qué llevarla, que es el único

remedio de los que caminan por tierras secas y de la calidad de aquella en que se hallaba Manjarrés, que fue uno de los que más a pique se vieron de morir de sed; y como ya se les hubiese muerto el guía que sacaron del río grande, y no hallasen noticia ni señal de la tierra que buscaban, eligieron por medio para conseguirla preguntar por señas a los indios que aprisionaban en los encuentros, en qué parte de aquéllas hallarían a otros hombres blancos y con barbas como ellos; y habiendo entendido los bárbaros la pregunta, respondieron también por señas que distaban de allí dos soles, que son dos días de camino, señalando con la mano a la parte de la ciudad de Vélez, nueva que les dio tal ánimo y esfuerzo para caminar aquello poco que restaba después de tan dilatados trabajos, que al siguiente día dieron vista a la ciudad sin que sus moradores lo previniesen, aunque se hallaban con la confusión de algunas noticias que habían dado los indios de paz, por aviso de otros que no lo eran, de que iban españoles nuevos con general que los gobernaba, a que unos no daban crédito y otros dudaban fuese algún gobernador nombrado por la Audiencia de Santo Domingo, y aun éstos presumían que el viaje había de ser más dilatado en caso que saliese cierto lo que se decía; con que todos se hallaban por entonces bien descuidados de los nuevos huéspedes, hasta que éstos, entrando por las calles y haciendo salva con los arcabuces, alteraron la ciudad, concurriendo luego todos sus vecinos al estruendo; mas viendo que lo causaba gente de la costa, y con ella muchos amigos y compañeros de sus antiguas fortunas, fueron recibidos con los brazos abiertos, agasajados y hospedados con gran cariño; y porque supieron del capitán Manjarrés del estado en que dejó a Jerónimo Lebrón con su gente, despacharon el mismo día a algunos de los vecinos, que le salieron al encuentro con buen refresco que llevaron los indios amigos, y fue tan

bien recibido, como se puede inferir de la necesidad que tenía de él; con que, reforzando de ánimo hasta los más débiles, prosiguió sin detenerse un punto y con buen suceso entró en la ciudad de Vélez.

CAPITULO VI

QUESADA Y LEBRON COMPITEN SOBRE EL GOBIERNO CON RIESGO DE ROMPER EN BATALLA: REMITEN SUS DIFERENCIAS A LOS CABILDOS, Y CON LA RESULTA DA VUELTA LEBRON A SANTA MARTA.

LUEGO que se vio Jerónimo Lebrón en la ciudad de Vélez, y advirtiese que en la celeridad consistía el buen fin de su pretensión, dispuso que los regidores se juntasen a cabildo, y ante ellos y el alcalde ordinario (que lo era entonces el capitán Alonso de Poveda) presentó las provisiones de la Audiencia de Santo Domingo, que fueron llanamente obedecidas de todos, y en su conformidad despacharon aviso a las ciudades de Tunja y Santafé, dando noticia de la entrada del nuevo gobernador, que para Hernán Pérez fue nueva de gran disgusto y mucho más después que supo haberlo recibido los de Vélez sin contradicción alguna, cuando había tantas razones para no hacerlo; y como aun de solas apariencias suelen valerse los que se acostumbran al gobierno, para que sirvan de impedimentos y excusas que los mantengan en la dulzura del dominio, se resolvió con parecer de los que más lo asistían, a que no fuese recibido en el reino aunque sobre ello se aventurase la quietud en que estaba. Y por que no se presumiese que de su parte faltaba al ajuste que ofrecían los medios más suaves, eligió dos caballeros de autoridad para que en su nombre fuesen a representarle a Jerónimo Lebrón lo que había resuelto, determinación que a muchos pareció arrojada antes de examinar las provisiones de la Audiencia; pero es golpe muy sensible dejar el

mando aquellos que lo fundaron con la espada. Ninguno gobernó con más crédito ni menos interés que Francisco de Almeida, y ninguno rehusó tanto poner en manos de Alonso de Alburquerque, que le sucedía, el bastón que había exaltado sobre la India oriental. Los elegidos para esta función fueron Guzmán de Avellaneda y el capitán Antón de Olalla, de quien hemos tratado en otra parte, y marido que fue de doña María de Orrego, ascendientes de los señores de Bogotá y de otras familias nobles que hay en aquel reino.

Llegados a Vélez estos dos caballeros, y habiéndose visto con Jerónimo Lebrón, de quien fueron bien recibidos, el Antón de Olalla, bien instruído en que se encaminasen las materias con prudencia y deseoso que se debiese a su disposición la pretensión que llevaba, le propuso el gusto que todo el reino mostraba de que persona de tales prendas como las suyas fuese a gobernarlos y ponerlos bajo su amparo; y que siendo Hernán Pérez de Quesada, en cuyo nombre iban, el que se hallaba con más deseos de que todo se encaminase a satisfacción suya, le pedía que antes de acercarse más a la ciudad de Tunja le diese noticia especial de los despachos y nombramientos que llevaba, para no errar en la resolución que debía tomarse en materia tan ardua; porque si en el título se expresaba que gobernase el Nuevo Reino, estaba presto a obedecer pecho por tierra las órdenes de la Audiencia, como era obligado, mas si no iba en esta forma el despacho, estaba con resolución de proseguir en el gobierno, como teniente que era de Gonzalo Jiménez, su hermano, hasta que fuese nueva orden de la Audiencia o gobernador nombrado por el rey. Que esta determinación no solamente era suya como interesado en el mando, sino tan general en las personas de más porte que había en el reino, que aunque él quisiera cederle el bastón, no lo consintieran ellas, estando ya repartidos los indios y tierra, como de gober-

nación separada de Santa Marta, sobre que tenían despachados poderes y dineros a Castilla. Que aquélla era la sustancia de lo que iba a proponerle, sin que por ello se pretendiese faltar al respeto debido a su persona; además, que siendo la diferencia entre caballeros y de una misma nación, sería fácil remitirla a su majestad, eligiendo en el ínterin algún medio justo que estuviese bien a entrambas partes.

Jerónimo Lebrón, que era hombre entendido y miraba ya el fin a que tiraba esta embajada, respondió a Olalla: Que no extrañaba en su estilo la razón que todos tenían para alabarlo, pues las palabras eran siempre los mejores intérpretes de la nobleza y de los procedimientos; pero que reparaba mucho en que siendo la intención suya tan sana como se la aseguraban los mismos, la vistiese de las razones frívolas y aparentes que alegaba Hernán Pérez para no recibirlo en el gobierno, materia tan delicada, que a pocos lances descubrió señales de inobediencia a los mandatos reales. Que su título no sólo comprendía la gobernación de Santa Marta sino todo aquello que estuviese por descubrir y descubierto. Que afirmar Hernán Pérez que aquel Nuevo Reino estaba separado de la costa era tan incierto como lo sabía y lo dijera el mismo Hernán Pérez, si no pretendiera sustentarse en el gobierno contra justicia. Que desmembrarlo de Santa Marta, no tocaba al arbitrio de los vasallos, aunque lo ganasen, sino a la suprema autoridad del príncipe, cuya resolución se debía aguardar para obedecerla, y en el ínterin no introducir divisiones en términos que corrían tan unidos. Que no era materia menos errada haberse repartido las tierras y los indios a título de gobierno separado de su cabeza, que lo era Santa Marta, aunque en aquel punto no llevaba intención de innovar en lo hecho por no desabrir las voluntades de los que tan merecido tenían el premio. Que los trabajos que había padecido siguiendo las pi-

sadas de Gonzalo Jiménez, le habían dado los mejores informes de los méritos de los primeros descubridores para aplaudir en vez de revocar el galardón debido a sus hazañas. Que la gente que llevaba con él no iba fiada en la ruina de otros para su conveniencia, porque toda era de espíritus tales, que no admitiría premio ninguno que primero no se debiese al valor de sus lanzas en las dilatadas provincias que se descubriesen de nuevo, pues aunque era así que por su parte deseaba verlos acomodados, este afecto no era de inconveniente para que los que ya estaban en el reino no se prefiriesen como los más antiguos en el servicio de la corona; y que, pues, era así, que su título comprendía aquellas provincias sin que sobre ello se pudiese oponer duda que no dictase la malicia, y que su intención era sencilla y tan conforme a lo que podía apetecer la gente del reino, siempre sería culpado Hernán Pérez en elegir los medios de la inobediencia, pudiendo acrecentarse de méritos con la mudanza de parecer tan descaminado, pues de no hacerlo así, y estar fijo en su primera resolución, tuviese entendido que él no había de consentir en que se abajase la autoridad de la Audiencia que lo había nombrado.

Antón de Olalla, que le había estado atento, o porque reconoció fuerza en sus razones, o porque su comisión no se extendía a más que lo obrado, no replicó a cosa de cuantas Lebrón le dijo; pero Juan de Avellaneda, en quien tenía más lugar la cólera que la prudencia, con más alteración de la que debiera, poniéndose en pie y mal reportado en las acciones, le dijo con mucho brío: Que vuestra merced venga con despachos más que suficientes y todo lo demás que representa, importa muy poco, si el título no expresa este Nuevo Reino, y así lo que le podrá estar mejor es no moverse de esta ciudad ni dar paso adelante, porque tengo sabido de buena parte que cuantas diligencias intentare para conseguir el gobierno le han de ser de muy

poco fruto. Eso será (replicó Lebrón), **si vos y otros de semejante capricho fueren los consejeros de Hernán Pérez: id con Dios y válgaos el privilegio del mensajero, que ni yo tengo de apresurar el paso por lo que digo, ni suspenderlo por lo que decís, sino proceder de suerte que sin perjuicio del puesto tiente todos los medios templados antes de poner esta diferencia en las armas.**

Con esta respuesta se salieron de la sala, Avellaneda con desabrimiento y Olalla muy en gracia de Lebrón por su prudencia. Tomaron postas, y llegados en dos días a Santafé, dieron cuenta de la intención de Lebrón, de la gente que llevaba y cómo descubría en las palabras ser hombre de valor y de cabeza, por lo cual debía Hernán Pérez gobernar aquella materia con más arte del que hasta allí había usado. Con esta advertencia pareció enviarle otros dos caballeros sagaces que más árduamente manejasen el negocio a que iban: éstos fueron Juan de Cabrera, cuya prudencia y valentía era notoria, y Baltasar Maldonado, de quien hemos tratado largamente y de quien fueron hijas doña María y doña Ana Maldonado, que estuvo casada con el capitán Francisco de Avendaño, encomendero de Tinjacá, y la otra con el tesorero Gabriel de Limpias, por concierto y diligencia del presidente Antonio González, que tomó a su cargo ampararlas en la orfandad que padecían con la muerte del padre y del hermano.

Bien instruídos estos dos capitanes en lo que habían de obrar, llegaron a la ciudad de Vélez, donde fueron bien recibidos de Lebrón por la noticia que ya tenía de sus personas; y habiendo conferido porfiadamente y a solas el negocio a que iban, no fue posible convenirse, porque Lebrón cerró la puerta a cualquier medio que no se encaminase a recibirlo luego por gobernador; y ellos, que tan diferente orden llevaban, se despidieron con poco gusto. Y aunque no faltó vecino de Vélez que

aconsejase a Lebrón prendiese a Cabrera, por ser quien gobernaba el cabildo de Tunja, respondió: que no era acción digna de quien él era, obrar de esa suerte contra quien solamente interponía ruegos y súplicas, ni era de prudentes médicos aplicar el fuego antes que la herida pidiese cauterios. Que doce horas tiene el día y no había que desconfiar de que se mudasen en menos tiempo los corazones del reino, cuando la razón podía enseñarles el engaño con que discurrían ciegos. Esta respuesta a los suyos dio lugar para que Maldonado y Cabrera hubiesen de volver a Santafé con la misma resolución que llevaron Olalla y Avellaneda, que oída y consultada por Hernán Pérez, escribió a Lebrón una carta cuya sustancia era: Que los cabildos de Santafé y Tunja deseaban conferir en sus acuerdos las causas y razones que había para ser o no admitido al gobierno; y que como esta diligencia no podía lograrse sin que primero se viesen los despachos que tenía, le suplicaban se fuese a la ciudad de Tunja, donde presentándolos como era obligado y vistos por los capitulares, se daría la orden más conveniente en servicio del rey, pues para el mismo efecto quedaba ya él de camino para dicha ciudad, donde, con los demás vecinos de aquel reino, le serviría con todo rendimiento, menos en aquella parte que interviniese alguna determinación justificada de los cabildos de las ciudades.

Recibió la carta Jerónimo Lebrón, y reconociendo que su infantería y caballos se habían reformado y hallaban con disposición para cualquier empresa a que lo animaban los más vecinos de Vélez, agregados voluntariamente a sus compañías con promesa de asistirle en cualquier trance de paz o guerra, salió de la ciudad con doscientos infantes, los más de ellos arcabuceros, y más de cien caballos, que formaban una buena compañía de lanzas; y como ya todos representasen en sus fantasías que aquellas diferencias no daban señales

de ajuste sino evidencias de algún rompimiento, iban con todas las prevenciones que suelen llevar hombres prácticos y que recelan consiguiente la guerra por causas que anteceden. Descubríase la sospecha por el orden con que marchaban bien proveídos de pólvora y balas, y con los caballos armados no menos para la defensa que para la ofensa, siendo así que la tierra estaba de paz y sabían los vecinos de Vélez que en toda ella no había más riesgo que el que pudieran concebir de la gente española de Tunja y Santafé. De todo esto no faltó entre los mismos quien diese aviso a Hernán Pérez, por ser la plaga común de que no pueden librarse las guerras civiles, y así, fingiéndose ignorante de la noticia y con pretexto de recibir magníficamente a Lebrón, salió de Santafé con otros doscientos infantes y más de cien lanzas de aquellos que más afectos se le mostraban, y todos hombres de tanto valor y ejercicio en la guerra que podía fiárseles empeño de más consideración que el que amenazaba, y porque sabía que el capitán Antonio Díez Cardoso era amigo de Jerónimo Lebrón y hombre de tanto ánimo y séquito que pudiera hacer algún movimiento en su ayuda, quiso antes de partir asegurarse de aquella sospecha y llamándolo de su pueblo de Suba, distante dos leguas de Santafé, con el pretexto de que necesitaba de su persona para defensa de aquella ciudad, le ordenó que no saliese de ella.

Era ya entrado el año de cuarenta y uno, y casi a un mismo tiempo partieron Lebrón desde Vélez y Pérez de Santafé, aunque éste sin orden militar, por que no se pensase que el negocio que lo llevaba a la ciudad de Tunja se había de determinar con las armas y no por medios de paz, si no fuese en caso que para justificar sus acciones tuviese la disculpa de ser provocado. Y en una quebrada pedregosa, que aun no dista un cuarto de legua de la ciudad de Tunja, se dieron vista los dos campos a tiro de mosquete, y reparando allí Je-

rónimo Lebrón en la multitud de indios que ocupaban las colinas y laderas del contorno sin haber sido convocados, y que aquéllos eran los anuncios más ciertos de que en aquel sitio amenazaba algún encuentro de batalla a que pretendían asistir para ver el remate de ella, hizo alto, y exhortando su gente a la propia defensa y de su gobernador, la ordenó en forma, con ánimo de llevar el negocio a todo trance. Esta diligencia, que tan patente fue a Hernán Pérez y a los suyos, los irritó de suerte que les fue preciso hacer lo mismo, esperando cada cual de los dos cabos a que su contrario se moviese primero, para no ser culpado en acción tan descaminada, y por que más se justificase la razón de cada uno iban y volvían a un mismo tiempo los escribanos de uno y otro ejército, haciendo las protestas y requerimientos que parecían convenir a sus generales, para que los daños y perjuicios que resultasen en deservicio del rey fuesen por cuenta de quien pretendía determinar con las armas los derechos y acciones que consistían en papeles. Estas diligencias judiciales daban lugar para que se mezclasen los ruegos y súplicas de algunos sacerdotes que intervenían exhortando los dos campos a que dejadas las armas ajustasen sus diferencias por medios que no provocasen la indignación real, que siempre se mostraría severa en castigar a quien fuese causa de aquel rompimiento.

Entre los que menos bien sentían de aquellas alteraciones y deseaban más convenir a los dos cabos, era el capitán Gonzalo Suárez Rondón, hombre resuelto, y de quien podía fiarse el reparo de aquellos males que amenazaban, y con esta buena intención y la certeza que tenía del fin en que había de parar la desunión de los españoles, tomó gran a pechos reducirlos a no llevar el negocio por armas, que habiendo sosegado a Pérez, se fue al campo de Lebrón, y, fiado en su buen celo, le habló en esta forma: **Bien creo, señor, de las noticias**

que os habrán dado de mi persona los mismos que os provocan a ejecutar un arrojo, que os hallaréis en obligación de pensar que trato solamente de preferir el servicio del rey a mis conveniencias y a las que os representan algunos lisonjeros que piensan medrar entre las borrascas de una guerra civil, de que pretenden haceros cabeza. De mis palabras pasaréis al conocimiento de mi intención, pues sois tan advertido: y si en ellas se viere doblez, no quiero que valgan por despertadoras de vuestra prudencia y obligaciones. El negocio que os ha traído a este reino no está de presente tan desesperado que necesite del fuego y del hierro para que os disculpe de haber despreciado los medios suaves con descrédito vuéstro. Si tendéis la vista por esas campañas, las veréis cubiertas de enemigos simulados, entre quienes vivimos con las armas en las manos y el riesgo a los ojos. ¿Qué pensáis que los arrastra de sus casas, si no la novedad de nuestra división, esperando de ella la libertad a que aspiran? Si vencéis, como aseguran los que os engañan, bien se ve que no será tan sin daño vuéstro, que no perezca la mayor parte de vuestro ejército para conseguir victoria tan dudosa. De aquí sacaréis que la muchedumbre de estos bárbaros solamente espera el remate de la batalla para triunfar a su salvo de los que quedaren perdidos con la misma victoria que ganaren. Decidme, pues: ¿Quién podrá entonces refrenar la osadía de tantas naciones? ¿Quién librar las ciudades del saco y del incendio? ¿Quién reducir otra vez las provincias sujetas a nuestro rey y perdidas por nuestra culpa? Y si unidos todos aun no estamos libres de peligro, bástenos el ejercicio cotidiano de la guerra en que nos vemos, sin moverla entre nosotros mismos, para que resulte en favor de nuestros mayores contrarios.

Pero pasemos (prosiguió) por que no sea infamia de la nación española matarse amigos con amigos y hermanos con hermanos. Demos que sea

lícito seguir el ejemplo afrentoso de las parcialidades recientes del Perú, entre Almagros y Pizarros por el gobierno, y que éstos bárbaros, a vista de nuestro destrozo, no intenten movimientos en su conveniencia y que a vos os suceda todo como os lo pintan los que os despeñan: ¿qué gloria pensáis añadir a vuestra casa con la victoria? Sabed que ninguna, pues no la ganáis contra enemigos de vuestro rey sino contra vasallos suyos y tan fieles que en su real nombre y a costa suya le han ganado este reino; y nunca podréis libraros del castigo correspondiente a la culpa de haberle inquietado o perdido las tierras que le estaban sujetas. Yo confieso que para desmembrar cualquiera provincia de las unidas a Santa Marta, es necesario siempre decreto del príncipe; pero éste, que por su naturaleza es imperio separado de aquella costa, bien se ve que por sí mismo está desunido, sin que necesite de real declaración para ello, si no fuere en caso que su voluntad sea de agregarlo a Santa Marta, no de dividirlo. Y, sin embargo, sobre este punto tenemos presentados poderes en el Real Consejo, donde se resolverá lo que pareciere más conveniente, y en el ínterin, siendo vos servido, podréis presentar el título que traes en los cabildos, encaminando el negocio con maña, pues oyendo vuestro derecho pienso que no faltarán en lo posible a serviros. Y si os pareciere dura la propuesta, reparad en que no es menos duro mover inquietudes en que a buen librar nos perdamos todos; y que ceder en este caso a la prudencia por no alborotar la tierra os podrá servir de mérito el más grande para los premios que debéis esperar de la real mano de nuestro monarca.

Halláronse presentes a esta propuesta los capitanes Ortún Velasco y Luis de Manjarrés, que no disentían del parecer de Gonzalo Suárez, y esforzándolo cuanto les fue posible con ruegos, templaron de suerte a Jerónimo Lebrón que reducido ya a seguir aquel medio, respondió: Que importaría

mucho, antes de resolverse, que Hernán Pérez y él hablasen solos y a pie en medio de los dos campos por que las materias se ajustasen con más templanza y secreto. Pareciole buen principio éste a Gonzalo Suárez, y tomando a su cargo ajustar las pláticas, habló a Hernán Pérez que no deseaba otra cosa para asegurar su pretensión sin alborotos; y así luego que se dio la forma de verse, fue al sitio señalado con los capitanes Juan de Céspedes, Gonzalo García Zorro, Gonzalo Suárez Rondón y Juan de Cabrera, sin más armas que las espadas al cinto, y de la misma suerte concurrió Jerónimo Lebrón acompañado de Luis de Manjarrés, Ortún Velasco, San Millán y Jerónimo de Aguayo. Allí, habiéndose saludado cortesmente Lebrón y Pérez, se apartaron de los demás, y habiendo conferido con mucha reportación sobre el negocio, en que no faltaron promesas grandes de parte de Lebrón para ganar la voluntad de Pérez de Quesada, como primer móvil que era de la gente de aquel reino, no consiguió más que la ordinaria respuesta de que la determinación de lo que pedía tocaba a los cabildos y que siendo acuerdo suyo el recibirlo, él estaba presto a darle obediencia primero que otro alguno, por más afecto que se le mostrase; con que resueltos ya todos a seguir aquel dictamen, montaron a caballo con muestra y apariencias de amistad, y habiendo llegado a la ciudad de Tunja fue aplaudido Lebrón con tantas demostraciones que no echó menos las que se le debieran hacer estando colocado en la silla del gobierno. Allí se valió de todos los medios y trazas que pudo prevenir un hombre tan sagaz como él era, para encaminar su pretensión al fin deseado, y pareciéndole que ya no le restaba diligencia que obrar, presentó sus provisiones en cabildo, que, vistas y conferidas, se dieron por no bastantes para admitirlo al oficio de gobernador, no sé si fundados en razones menos jurídicas que voluntarias.

Restábale a Lebrón saber la voluntad del cabildo de Santafé, que era la cabeza del reino, no haciendo caso de la determinación favorable de Vélez ni de la contraria de Tunja, y fundaba alguna esperanza en los recelos que tenía Hernán Pérez del capitán Cardoso, que a la sazón era regidor y dejaba de ser alcalde ordinario (que parece lo más cierto y no lo que dice Herrera al capítulo primero del libro nono de la década sexta).

Propúsolo así, porque no podía Hernán Pérez resistirse a esta última diligencia, en conformidad del asiento que se había tomado, y hubo de venir en que luégo saliesen para Santafé, de cuyo cabildo se esperaba la conclusión de aquellas diferencias. Hiciéronlo así todos, ya sin aquel estruendo de cajas y forma militar que se había observado desde Vélez hasta Tunja, y puestos en Santafé presentó Lebrón sus despachos en cabildo, a los cuales se mostró tan opuesto el contador Pedro de Colmenares, que como si la determinación de no recibirlo pudiese peligrar, hablaba por instantes a cada cual de los regidores en secreto; pedía seguridad de los votos y ponderaba de suerte el servicio que se haría al rey no admitiendo las provisiones, que bien claramente mostraba la intención de asistir con fineza a Hernán Pérez en cuanto pudiese. A ninguno persuadía tan eficazmente como al capitán Cardoso, siendo así que no mostraba éste disentir de los demás, o persuadido a que era injusta la pretensión de Lebrón, o porque, receloso como todos los demás interesados en el repartimiento que se había hecho de los indios, no quería exponerse al arbitrio de un gobernador nuevo, que sentía no haberse podido hacer; pero fuese por algunas de estas causas, o lo más cierto por la instancia de Colmenares, él se mostró contrario a las pretensiones de Jerónimo Lebrón y convino con todos en que no se admitiese al gobierno ni se le permitiese hacer pie en aquellas provincias.

Menos sintió Lebrón hallarse sin el gobierno que sin el apoyo de Cardoso, y depositando uno y otro en el corazón, suplicó de la determinación, y acordose que no había lugar, por cuanto los despachos que presentaba no comprendían con especialidad aquel reino, ni convenía que las parcialidades y alborotos que empezaban a introducirse en la tierra se avivasen con tal novedad, de que no podía seguirse ningún servicio a Dios ni al rey. Y aunque no desistió de hacer nuevos requerimientos, no por eso mejoró su causa, antes obligó a que Hernán Pérez le ordenase con graves penas que no hablase más en aquella materia, ni alborotase la tierra. Con esta repulsa propuso que pues era notorio el trabajo y gastos que había tenido en aquella jornada y el número de gente y caballos que había entrado en el reino, se le permitiese ir en demanda de nuevas conquistas con la gente que había ido con él, o por lo menos con aquella que voluntariamene quisiese seguirle, pretensión que parecía bien fundada si no fueran perdidas las voces que se dan a la fortuna cuando ya una vez tiene vueltas las espaldas. Mas, esto no se le permitió, o porque los conquistadores estaban lejos de repartir con otros el fruto que esperaban, o porque Lebrón, viéndose desairado y con gente, podía causar nuevos recelos en Pérez de Quesada o renovar en el reino las inquietudes que le habían atajado con arte; y así, por no dejarlo del todo disgustado, dieron orden de que se volviese a la costa, y para ello se le comprasen los esclavos, armas y caballos, más los géneros de ropa que había llevado, por precios excesivos que se ajustaron por la voluntad de los dueños; con que, bien proveídos de oro y plata Lebrón y algunos de los suyos que le siguieron, y entre ellos los capitanes Cardoso y Juan del Junco, a quienes persuadió se fuesen con él, pues estaban de partida para Castilla, empeñando su palabra de no mostrarse ofendido con ellos por lo obrado en Santafé, bajó por Tocaima

al río de la Magdalena, donde le estaban dispuestas embarcaciones, llevando un buen trozo de gente de la de Quesada para que lo escoltase en la provincia de los panches.

Serían hasta veintícinco personas las que siguieron a Lebrón, sin los caciques Melo y Malebú, que sin apartarse de él y bien aprovechados del caudal, dieron vuelta a sus pueblos en el bergantín de Lebrón, que prósperamente tomó puerto en la costa de Santa Marta, de donde pasaron a la ciudad, y en su puerto hallaron navío para Castilla, en que dispusieron su embarque Cardoso y Juan del Junco. Mas, pareciéndole a Lebrón que la mejor traza de justificar sus acciones ante el rey sería hacer criminal resolución de los cabildos del reino, fulminó causa contra sus conquistadores y especialmente contra los Quesadas, Cardoso, Alonso Martín, Junco, Maldonado y Céspedes, sobre los desafueros, crueldades, muertes y tiranías ejecutadas con los indios, cuyo proceso pára en el archivo de Simancas, y de cuya relación apasionada tanto se vale el obispo de Chiapa en la que hizo de la destrucción de las Indias. Y con esta prevención prendió a los dos capitanes, diciendo que no pretendía impedirles el viaje, pero convenía que fuesen presos con los autos que remitía al Consejo, en que por traidores había sentenciado a pena de muerte y confiscación de bienes a todos los del Nuevo Reino, siendo éste el medio más común que los ministros de Indias eligen para entrampar (digámoslo así) los desafueros que ejecutan cuando los fieles vasallos del rey, para más servicio suyo, se oponen a los excesos que obran, fiados en la autoridad de los puestos que ocupan. No había dado malas muestras Jerónimo Lebrón, ni su pretensión había sido tan fuera de los términos del derecho que no tuviese muchos visos de justificada; y, sin embargo, por la resolución última que tomó el Consejo en esta materia, dice Herrera en el fin del capítulo que citamos, que era tanta la hincha-

zón de los gobernadores y ministros de las Indias por aquel tiempo, que cuanto presuponían o imaginaban les parecía lícito y justo: palabras bien dignas de notar, y que si hablaran de presente solamente, dejaran campo para repetirlas de nuevo.

Eran los dos capitanes Cardoso y Junco de los que no se amedrentan con amenazas, y supieron representarle con tanta resolución el trato doble que había usado con ellos, que al fin, después de muchas réplicas, vino Lebrón en que fuesen a España haciendo pleito homenaje de presentarse en el Real Consejo de las Indias, donde habiendo llegado (a tiempo que la Corte estaba en Valladolid), se recibió tan mal la resolución de los cabildos y procedimientos de Cardoso por querella que dio el fiscal, que fue luégo preso y confiscados sus bienes, remitiendo sobre ello despachos a Santafé, donde viendo cuán favorecida era la causa de Lebrón, muchos de los que le habían sido contrarios mudaron de opinión, y entre todos se señaló el contador Pedro de Colmenares, así apoyando las quejas de Lebrón como culpando las acciones de Cardoso, y aun tuvo arte para que se le agregasen en administración las encomiendas de Suba y Tuna. Pero el capitán Cardoso se defendió tan bien, que después de varios lances, hacienda y tiempo que gastó en el pleito, fue dado por libre, y aunque portugués de nación, declarado por fiel vasallo de su majestad y restituído en sus bienes y encomiendas, sobre que se le dieron despachos y cédulas muy honoríficas, con que volvió pobre y victorioso de sus émulos al Nuevo Reino, donde también tuvo pleito largo sobre la restitución de los tributos de sus encomiendas, que habían entrado en poder de Pedro de Colmenares, y alegaba ser suyos, causa de que siempre quedasen enemistados.

Mas volviendo a Lebrón, luégo que el navío salió de Santa Marta para Castilla, trató de irse a Santo Domingo huyendo de que lo hallase allí el adelantado Lugo, de quien ya tenía noticias que

había llegado al cabo de La Vela. Con esta determinación, dejando el gobierno al obispo Angulo, partió para La Española bien acrecentado de caudal y libre de los vacíos en que los gobernadores peligran con el mando y la codicia, donde pasó lo restante de su vida con quietud y conocimiento de lo bien que le había estado la repulsa que de su persona hicieron los del Nuevo Reino, pues con ella pudo librarse de las calumnias que siguen los puestos, dicha que no tuvo el obispo Angulo, pues con el pretexto de que el cabo de La Vela se comprendía en la jurisdicción de Santa Marta, fue allá después de la partida de Lugo, y, sin que bastasen los requerimientos que sobre ello le hicieron los oficiales reales, abrió el arca y sacó de ella mil quinientos pesos que dijo debérsele de suplementos de su obispado, acción mal vista en el Consejo de Indias. Con lo cual y otras diferencias que había entre los gobernadores de Santa Marta, Venezuela y Cartagena, se experimentaban grandes inquietudes en tierra firme y ponían en cuidado al Consejo para el reparo, si bien no era esto lo que más instaba sino las armadas de corsarios que por aquellos tiempos corrían los mares haciendo algunas presas y habían saqueado la Burburata, pueblo que dista sesenta leguas de la ciudad de Coro, sobre que el rey envió a Francia el año antecedente a Diego de Fuenmayor, su criado, para que con la asistencia de su embajador, que lo era un caballero borgoñón, procurase que se recogiesen los corsarios, a que respondió el cristianísimo rey Francisco lo que dijimos arriba, con que se trató (además de los reparos que se habían dispuesto) de formar en Sevilla una armada de Averías que cortase aquellos designios y asegurase las costas de las Indias.

LIBRO NOVENO

EJECUTANSE VARIOS CASTIGOS EN EL CACIQUE DE TUNJA Y OTROS SEÑORES.—JORGE ROBLEDO PROSIGUE SUS DESCUBRIMIENTOS HASTA FUNDAR LA CIUDAD DE ANTIOQUIA.—HERNAN PEREZ DE QUESADA ENTRA A LA CONQUISTA DE EL DORADO CON MAL SUCESO.—JERONIMO DE AGUAYO FUNDA LA CIUDAD DE MALAGA.—EL OCABITA Y LUPACHOQUE SE REBELAN Y FORTIFICAN, Y DESPUES DE DIFERENTES ASEDIOS SE RINDEN AL CAPITAN RONDON. EL ADELANTADO LUGO SE PREVIENE PARA SUBIR AL REINO, MANDA FUNDAR EL BARBUDO Y ENCAMINANDO SU EJERCITO POR EL VALLE DE UPAR, LO CONDUCE HASTA LA CIUDAD DE VELEZ.—JORGE ROBLEDO SALE PARA CASTILLA, PRENDELO EL ADELANTADO HEREDIA Y COMPITE CON BENALCAZAR SOBRE LA CIUDAD DE ANTIOQUIA CON POCA FORTUNA, EN CUYO INTERMEDIO SE FUNDA LA CIUDAD DE ARMA, Y LOS FRANCESES SAQUEAN A SANTA MARTA Y CARTAGENA.

CAPITULO I

CON LA SOSPECHA DE QUE SE REBELA LA PROVINCIA DE TUNJA, PRENDE HERNAN PEREZ A AQUIMINZAQUE Y A OTROS CACIQUES, QUE POR SU ORDEN MUEREN AJUSTICIADOS.

POR más de ochocientos años lloraron muchos ojos los estragos con que los moros del Africa en menos de tres meses inundaron con sangre las dos Españas, para que se acreditase que es fiera tempestad la de las desgracias cuando el cúmulo de los vicios de un reino ha llegado a irritar el sufrimiento divino. Y en algunos meses más veremos en este libro tan conjuradas las calamidades contra todos los indios del Nuevo Reino por la misma causa, que ni les corra tiempo en que no restalle el viento de la persecución que los asuste ni tengan provincia en que no sople el huracán de las adversidades que los oprima; que ni armados encuentran libertad que los conserve, ni rendidos sujeción que los asegure, para cuya relación infausta es de advertir que con la muerte de Quimuinchatecha, último rey de Tunja, que fue pocos días después que pasó del trono a la prisión (accidente el más grave de que adolecen los reyes), se hallaban las provincias de su señorío tan fatigadas, que ni esperanzas descubrían de verse libres de una esclavitud perpetua a que las destinaba el concepto que habían hecho de la buena fortuna de los nuéstros. Y aunque luégo, más a instancia de ellas que suya, colocaron al sobrino Aquiminzaque en la silla del tío, era ya tan limitado el dominio que podía prometerse por el que habían introducido los españoles, que más era fan-

tástica la dignidad que verdadera, pues aunque bárbaro reconocía que cuantos agasajos experimentaba no tenían más fin que el obligarle a descubrir algún tesoro de los que imaginaban heredaría con el cetro. Este conocimiento, y el pesar que le causaba la opresión de sus gentes en todas partes por la codicia de algunos españoles, a que se juntaba el dolor de ver quebrantados y rotos los pactos hechos con el tío, y de hallarse falto de fuerza humana para el reparo de tantos males, lo acongojaban de suerte que muchas veces determinó retirarse donde las consideraciones de su pena no despertasen al ruido de las noticias de su desgracia, y hubiéralo ejecutado así a no estorbárselo algunos vasallos que vivamente deseaban conservar aquellas reliquias últimas de sus antiguos reyes, como si a las coronas que tanto pesan y han empezado a caer, no fuera connatural el precipicio hasta el último centro de la desdicha. ¡Rara ambición la del corazón humano! En la más corta fortuna confía, y en el infortunio más crecido no desespera.

Con esta mira trataron de casarlo conforme a nuestra ley con la hija del elector de Gámeza, uno de los más grandes señores que entonces había en la tierra, y ajustados los conciertos (que entre ellos corren con muy pocas condiciones), concurrieron a la ciudad de Tunja todos los caciques sujetos y algunos de los que no lo estaban, para celebrar las bodas conforme a su estilo, que más consiste en la muchedumbre que se junta a los banquetes que en otra demostración particular que se halle. Pero como el dominio adquirido más con la espada que con la razón, siempre engendre celos en quien se teme de verlo deshecho por los mismos medios que se introdujo, puso en cuidado a Hernán Pérez este concurso universal de que no tenía experiencias, y habiéndolo comunicado a su gente, que ya se componía, como se ha visto, de los que entraron con su hermano Gonzalo Jimé-

nez, con Benalcázar y Frederman, fueron varios los discursos que sobre el caso se hicieron, si bien todos miraban a la total ruina de Aquiminzaque, sin más examen que el indiferente que les ofrecía la vista. Los vecinos, que ya eran de Tunja (donde por desgracia fatal de su clima es costumbre formar gigantes de las sombras que se conciben), ponderaban a Hernán Pérez el peligro que amenazaba la vecindad de aquella muchedumbre que había concurrido junta. Fingían tratos imaginarios de unos con otros en perjuicio de los españoles, sin más averiguación que la que había hecho su antojo; y reducidos los más de ellos a que habían oído decir que todas eran prevenciones anticipadas para rebelarse, esforzaban sus discursos ponderando por cautelosas algunas acciones y circunstancias, que gobernó el accidente.

¿A qué propósito (decían) **concurrieron tantas escuadras de bárbaros poco há al tiempo que se dieron vista los ejércitos de Lebrón y Hernán Pérez? ¿Pudo tener otro que el de hacerse dueños de todo en caso que redujesen a las manos las diferencias del gobierno? ¿Quién puede dudar que previsto el estrago que habían de padecer los españoles unos de otros en tan civiles discordias, concurrirían a ser árbitros de todos, fabricando de nuestra ruina su libertad? Si esta esperanza no les facilitara la empresa que hoy se teme, ¿quién fuera bastante a que pareciesen delante de ejércitos armados los que se retiran de pocos españoles desnudos? Si el odio a nuestra nación lo traen sobrescrito en los semblantes, ¿qué más prueba para saber que la venganza la tienen esculpida en los corazones? Verdad es que los han vencido nuestras armas; pero si no los tiene a raya el castigo, sólo servirá la victoria de recuerdo a su enojo para que ensangrienten más su crueldad cuando hallaren la ocasión de nuestro descuido. Y aunque todos estos indicios no descubriesen su culpa, ¿qué más clara noticia puede esforzarlos**

que la que nos tiene dada uno de su misma nación, de que procede infielmente Aquiminzaque y corren peligro nuestras vidas mientras no se aseguran con su muerte? Esto fundaban en la disposición de un indio que por gozar una de las mujeres que tenía el cacique en su gentilidad, discurrió que no podía hallar entrada su apetito mientras viviese aquel hombre, que lo enfrenaba con el respeto. Por otra parte, los capitanes del Perú, acostumbrads a ver monarcas más grandes sujetos al dogal y al cuchillo, y a teñir las espadas en sangre real, sin más razón que faltar a ella, esforzaban este parecer cargando poco el juicio en el modo de elegir más cuerda resolución que la de hacer un castigo genieral en los cabezas de las provincias, siendo la primera que pasase por esta desdicha la de Aquiminzaque, como único móvil que era de todas. No discurren de otra suerte los que aprenden los primeros rudimentos en la escuela de la injusticia; y es tan poderoso el ejemplo de los superiores que obran mal, que aun no deja a los súbditos el camino dudoso de proceder bien.

Los demás cabos, que no miraban tan apasionadamente la causa de los miserables tunjanos, si bien se inclinaban a la conveniencia común de los suyos, no juzgaban tan desesperados los remedios que no pudiesen hallarse sin ensangrentar la espada al impulso engañoso de una sospecha. No tiene duda que éste fuese el más generoso y acertado dictamen; pero manifestábanlo con tanta tibieza que sólo pareció ser de los capitanes Olalla y Venegas, que se mostraron totalmente opuestos al sentir de los primeros: **¿Qué peligro puede ser éste** (decían) **a que deba ceder la piedad, que no sea menos que los que tiene vencidos nuestro valor? ¿A qué fin se han de ensangrentar las manos en los rendidos, cuando supieron templarse las iras en las batallas? Si éstos, que son ya menos, no causaron recelo a nuestra nación cuando fueron más, ¿cómo pueden obligarnos cuando so-**

mos muchos a obrar lo mismo que despreciamos al tiempo que fuimos pocos? Si empresa tal como la de haber ganado este reino fue gloria, ¿quién no teme que indignidad como la de romper la fe prometida al Zaque será nuestra infamia? Si pretende, como se dice, recobrar su imperio perdido y su libertad oprimida, eso podrá obligarnos a la defensa de las propias vidas, mas no al estrago de las ajenas. Si no es traidor el que aspira al recobro de su estado en tiempo hábil, aunque precedan rendimientos a que le obligó la violencia, ¿qué derecho puede alegarse que no condene de injusta la muerte de este cacique por los medios que propone la conveniencia? No todo lo que conviene es lícito: menester es que se midan la justicia y la conveniencia, que si ésta sobra, importa poco cuando aquélla falta. Si ya nos viéramos cercados de sus escuadras; si la evidencia nos desengañara de nuestro peligro, aun pase que aspirásemos a su ruina en el fervor de una batalla; pero porque asistió donde lo llevó la curiosidad de ver cómo los nuéstros peleaban entre sí; porque celebra sus desposorios con tan crecido concurso, costumbre que suele ser del país; porque un indio depone lo que pudo dictar la enemistad o el engaño; porque se imagine que pretende rebelarse y que puede ser, ha de condenarse un príncipe que tiene derecho a que le defendamos la vida? Eso no, que se manchará nuestra fama con la sangre que derramaren sus venas; eso no, que daremos ocasión a las naciones extranjeras para que llamen tiránico un dominio asentado con tan justo título como tiene nuestro rey en las Indias; y sobre la resolución apasionada que se tomó con Sacrezazipa, nunca podrá ser disculpa a su clemencia la repetición de un error continuado.

Bien claro desengaño manifestaban estas palabras, si la atención de quien las oía no se divirtiera en sus intereses; mas hicieron tan poco efecto en sus ánimos, que los más vinieron en que Her-

nán Pérez ejecutase aquello que pareciese más conveniente, guardando el orden judicial en la causa. Y éste, que pudiera ser el reparo mayor de tantos inocentes, fue el que más facilitó su desgracia, pues como se hallasen mal contentos algunos vecinos de Tunja, o porque los caciques de sus repartimientos resistían más con razón que con armas al señorío despótico que empezaba a introducir, o porque no les daban todas aquellas cantidades de oro que quisieran, y presumían sacarlas de los nuevos sucesores que entrasen en los cacicazgos, apoyaron de suerte el riguroso dictamen de los del Perú, que deponiendo de oídas y presunciones mal fundadas contra el cacique o capitán de cuya ruina presumían acrecentar su caudal, dieron motivo a Hernán Pérez para que tomase una resolución tan sangrienta que pasara en silencio con mucho gusto, a no haber sido la venganza que tomó el cielo tan manifiesta, que me fuerza a repetir el suceso para que si otros conquistadores se inclinaren a seguir los pasos precipitados de los primeros, se encuentren con los castigos que hasta el día de hoy lloran sus descendientes, y sepan que si las historias deben relatar las glorias de sus hazañas para la imitación, no por eso deben callar la fealdad de sus malas obras para la enmienda. Fue, pues, la resolución de Hernán Pérez, que luégo y con toda prevención fuesen aprisionsados Aquiminzaque y los caciques de Toca, Motabita, Samacá, Turmequé, Boyacá y Suta, y otros algunos señores y capitanes que más afectos se les mostraban, para que en todos se ejecutase el decreto cruel que le dictó la sinrazón de sus consejeros. ¿Pero a qué fin prevenciones de tantas armas contra sujetos inermes cuando para más copiosos ejércitos, y puestos en defensa, sobraron pocos días antes veinte españoles, que rompieron sus tropas y aprisionaron en su mismo alcázar a otro cacique más poderoso, si no para enseñarnos que donde la razón milita, pocos

hombres cuerdos se aseguran la victoria, y donde la injusticia gobierna muchos capitanes arrojados dificultan la empresa, porque la conciencia mala les pinta en la seguridad que buscan el riesgo que temen?

Prevenidas, pues, las compañías, conforme a la orden que tenían de Hernán Pérez, cercaron las casas de Aquiminzaque (y llamo las casas, porque aun el nombre de palacios se ahoga en la borrasca de infortunios que padecen los reyes) y con espanto de aquellas naciones amedrentadas echaron mano de él y de los demás que llamaban cómplices en el movimiento general que amenazaba la tierra. Y como en sucesos de esta calidad sea el axioma común decir que en la presteza consiste el reparo, sin valerse de más forma judicial que haber escrito las deposiciones que dijimos haber hecho algunos encomenderos mal contentos de sus tributarios, en que los del Perú fundaban la justificación del hecho, fue condenado Aquiminzaque a que en la plaza pública le fuese cortada la cabeza por traidor, y que los demás caciques y capitanes pasasen por la misma pena de muerte, aunque con diferentes géneros de suplicio. Esta sentencia se les notificó luégo, dándosela a entender por medio de sus farautes, y éste fue el traslado que les dieron de la acusación de los que más aborrecimiento les tenían, causando en los presos el sentimiento que se debe considerar en quienes pocos días antes se vieron absolutos legisladores, y en tan breve tiempo habían de poner las cabezas en el teatro de un cadalso al arbitrio de un verdugo como reos. Quien menos acongojado se mostró fue Aquiminzaque, respondiendo con entereza de ánimo al escribano: **Decidle al capitán mayor, que de más a más le debo este beneficio que hoy me hace de quitarme de una vez la vida que de tantas me quitaba, y que pues me hizo cristiano cuando me quitó este reino temporal, no me apresure tanto la muerte, que por su culpa pierda el eterno.**

Quien supo así explicar la conveniencia de lo que esperaba y el desprecio de lo que poseía, grandes prendas tuvo para rey, ningunos delitos tuviera para reo. Acudió luégo el licenciado Juan de Lezcames, y dispuesto lo mejor que pudo en aquel día, al siguiente, habiendo tomado las bocas de las calles la gente de a caballo, salió de la prisión Aquiminzaque en una mula enlutada y asistido de la infantería española que lo conducía a la muerte, en vez de la guarda numerosa que solía asegurarle la vida; y habiendo llegado al cadalso prevenido desde el día antecedente, le fue cortada la cabeza, pena que recibió con tanto ánimo que pareció diligencia de su cuidado.

No causó este acto menos admiración en los nuéstros que lástima y sentimiento en los vasallos que asistieron a su muerte pasmados de aquel asombro nunca visto en sus provincias, y manifestose más esta verdad viendo que a golpe tan sensible como el que padecían, no se oyó rumor ni queja en la plaza que publicase aquel dolor por común con los demás, que tan continuadamente habían experimentado. Hay algunos sentimientos de primera magnitud, que se recatan de los labios porque solamente caben en los dilatados espacios del corazón, donde así entorpecen los conductos que dan paso al dolor, que ni respiran para la queja ni se alientan para el sollozo. Allí, pues, sepultaron los indios su congoja sin dar más señal de que les faltaba ya la única esperanza que tenían, que la de retirarse inmediatamente a sus casas, donde el silencio de cada uno fue la voz que publicó la desgracia de todos. Este fin tuvo el último Zaque de Tunja, y en la realidad dichoso, porque murió bien instruído en nuestra fe y como buen católico dijo en los últimos términos de la vida que partía gustoso y agradecido: gustoso, porque el reino que esperaba de la misericordia divina no estaba sujeto a violencias ni mudanzas, y agradecido por haberle abierto camino sus émulos para

pasar de las sombras del engaño en que había vivido, al centro de la misma verdad que había ignorado. Sería este príncipe de hasta veintidós años de edad, de mediana estatura, buen rostro y disposición, y de tan claras muestras de ingenio que, cultivadas con la enseñanza española, fuera de mucha conveniencia vivo. Al día siguiente imitaron su fortuna los demás caciques presos, y a otros cabos y capitanes se les dio garrote en diferentes partes, sin que apenas librase pueblo alguno de aquellas provincias que no sintiese los efectos de tan sangrienta determinación. ¡Lastimoso espectáculo! Donde más se necesitaba de halagos para imponer el yugo suave del Evangelio, qué de rigores para que por tantos años se haya dudado si fue verdadera la conversión de aquellas almas.

CAPITULO II

VUELVE A SUS DESCUBREMIENTOS EL CAPITAN JORGE ROBLEDO Y CON VARIAS FORTUNAS LLEGA HASTA LA PROVINCIA DE HEBEJICO, DONDE FUNDA LA VILLA DE SANTAFE DE ANTIOQUIA.

DEJAMOS a Jorge Robledo esguazando el Cauca por el paso de Irra con ochenta infantes y veinte caballos para proseguir sus conquistas, porque a la verdad era el capitán que por entonces más gloriosamente se ocupaba en ellas, y también dejamos al adelantado Benalcázar tan cuidadoso del estado en que podía tenerlas, como al mismo Robledo de saber la respuesta que de Popayán le habían vuelto los mensajeros que despachó con el capitán Pedro de Ayala, para lo cual pasó a Picara, donde recogió los tributos pertenecientes a los encomenderos que tenían en depósito aquellos indios; y desde Paucura (enviados a Cartago los capitanes Vallejo y Alonso de Villacreces a tomar noticia de la respuesta de Benalcázar) dispuso que saliese un cabo con cuarenta infantes y caballos, y atravesada la Sierra Nevada reconociese si había camino para el famoso valle de Arbi. Estos, después de muchos días que ocuparon en examinar países desiertos de la cordillera, volvieron diciendo haber encontrado una aldea del valle, que sorprendieron al cuarto del alba, y tomados algunos prisioneros hubieron de retirarse por los muchos flecheros que les iban cargando en ocasión que ni tenían caballos ni forma de conducirlos por la fragosidad de la sierra, y Vallejo y Villacreces dieron vuelta asimismo con la respuesta de Benalcázar en que

le ofrecía socorro de gente cada vez que necesitase de ella para sus conquistas. Con este buen despacho y aquella noticia de las dificultades que tenía la sierra para transitar por ella, la fue costeando hasta la provincia de Arma, donde le salieron solamente dos caciques, aunque los llamó a todos: el uno anciano con barba dilatada y blanca, cosa bien extraña entonces, y el otro mancebo, de buen arte, con el rostro pintado de azul, amarillo y negro, y el cuerpo embijado según su costumbre para defenderse del sol con la frialdad de la bija y calidad que tiene de comprimir las carnes. El anciano le presentó una olla de oro y el mancebo una vara larga de que pendían muchos platillos del mismo metal, y por ser la tierra en que acaeció esto muy áspera, se despeñaron dos caballos y los indios alzados hicieron presa de algunos indios vivanderos del campo español, que se comieron luégo.

Salido de Arma Jorge Robledo, se encaminó al pueblo de la Pascua y de allí a Pueblo Blanco, donde sosegó la alteración en que estaban sus moradores, y visto que tampoco podía atravesar la sierra por aquella parte, marchó quince leguas más por un país despoblado hasta dar en Cemifara, provincia que alló levantada, y aunque se le tomó algún oro y muchos prisioneros, con haberlos acariciado y puesto en libertad se dio de paz, y desde allí despachó a Juan de Frades con veinte hombres a que otra vez descubriese el Cauca para demarcar los terrenos. Este encontró ciertos pueblos cuyos moradores, en sintiendo a los nuéstros, se lanzaron al río y pusieron de la otra ribera, dejando algunos prisioneros y cantidad de algodón con que volvió brevemente Juan de Frades, de que se alegró la infantería por la necesidad que tenía de aquel género para escaupiles. Con esto pasó el campo al pueblo de Las Peras, donde también halló de guerra a sus vecinos, y porque

no admitían la paz fue contra ellos el capitán Alvaro de Mendoza, que ya servía el cargo de alférez general desde que salió de Cartago, y como la aspereza del terreno no permitía caballos, llevó infantes que saqueasen el lugar, y al dar la vuelta se encontraron con hasta cuatro mil gandules sin más armas que cordeles, ollas y pedreñales, pero comunicados por intérprete se dieron de paz y manifestaron ser los cordeles para atar a los nuéstros, los pedreñales para despedazarlos, y las ollas para cocerlos. Esta diligencia, que lograba siempre Robledo con su buena gracia, y el riesgo en que se ponía a cada paso emprendiendo conquistas de hombres feroces con tan poca gente, atribuyeron siempre sus émulos a una ambición desordenada, afirmando haberla manifestado después, pareciéndole que con semejantes arrojos obligaba al rey a que lo sacase de la sujeción de otro, que fue el tema en que dio hasta encontrar con su perdición.

Diéronle estos bárbaros noticia de otros pueblos poco distantes, adonde envió a Juan de Frades para que descubriese el camino, y a pocas leguas halló un lugar en que alterados poco más de mil gandules que lo habitaban, salieron a él a tiempo que se había fortificado en lo más elevado de una peña, desde la cual hablándoles por intérprete los dejó maravillados de la extrañeza de gente forastera, por no haberla visto hasta entonces, y así, dejadas las armas se llegó a él un indio con una corona de paja sutilmente labrada, de que salían vistosos penachos, y habiendo perdido parte del temor concebido, después de hablar con el intérprete llamó a otros de los suyos y dispuso llevasen a los nuéstros socorro de víveres, y al siguiente día fueron juntos donde estaba Robledo, que informado de todo fue luégo a su pueblo, que llamaron de La Sal, por la mucha que hallaron labrada en pilones, y sosegado el país despachó a Jerónimo Luis Tejelo para que con veinte infan-

tes y doce caballos atravesase la cordillera de las sierras nevadas por una abra que se divisaba en ella, lo cual ejecutó puntualmente, y dando un día al romper del alba en el primer pueblo que tenía por aquella parte la entrada de un famoso valle, fue descubierto, y salieron a él tocando alarma más de mil indios, que pelearon con los nuéstros hasta herir seis infantes; pero ellos, tan asombrados de su traje y valentía, que finalmente huyeron dejando el pueblo a su arbitrio. De todo el suceso dio aviso Tejelo a Robledo, en cuyo tiempo volvieron reforzados de gente los indios, y con dardos de palma, hondas y flechas, que se tiran despedidas de un palo de dos palmos de largo, que llaman estolica, pelearon hasta hora y media con tesón admirable, huyeron tan escarmentados que no volvieron más, y Robledo pudo llegar sin embarazo a la noticia de la abundancia de semillas, perros mudos, conejos y frutas que había en el país; y a éste, que aunque angosto, tiene todas las calidades para ser bueno, y sus naturales llamaban de Aburrá, llamaron los españoles el valle de San Bartolomé, donde la riqueza de sus sepulcros ha sido grande y su fertilidad y temperamento han obligado a que de presente se haya fundado una buena villa.

Ahorcáronse algunos de los naturales de este valle con sus propias mantas en la entrada de Tejelo, y en los alojamientos de Robledo, después que llegó a él, estando casi ahogados otros dos de los prisioneros, fue preciso cortar las mantas para librarlos, y preguntada la causa impulsiva de semejante atrocidad fue muy de notar haber respondido que lo hacían espantados de ver los gestos, barbas y traje de los españoles, que fue el motivo que les propuso el demonio para que, ilusos, diesen en brazos de la desesperación. Con esta abundancia de víveres, tuvo lugar Jorge Robledo en más de veinte días para despachar diferentes tropas de infantes y caballos por distintas partes

a descubrir tierras, y siempre en demanda de Arbi; pero viendo que todas le salían despobladas, desamparó el valle de Aburrá a los veinticuatro de agosto y repasando la cordillera, después de marchar seis días por países desiertos, dio sobre el Cauca, en cuyo descenso difícil encontró un pueblo en que halló pilones de sal tan altos como la estatura de un hombre perfecto, y bajando de aquél a otro, apresó gran cantidad de ropa de algodón tejida y pincelada con varios colores de que se vistió su gente, y supo de su cacique que más adelante hallaría tierras muy ricas de oro en sepulcros y tan pobladas de gente como yerbas tenía el campo, para donde le daría seguros conductores que aceptó Robledo, y con ellos y cuarenta infantes y caballos despachó al capitán Vallejo para que descubriese algo de lo que refería aquel cacique, lo cual ejecutó prontamente, caminando ocho días por sierras tan frías que temieron perecer en ellas, hasta que dieron en un río de tal profundidad que apenas desde los peñascos de su ribera podían divisarle las aguas, que corriendo por entre otros iguales con temeroso estruendo, ponían espanto a los nuéstros.

Tenía este río por puente un árbol de ochenta pies de largo, del grosor de seis hombres juntos, que cargando sobre una peña que mediaba entre las dos riberas daba disposición para que desde su extremidad se hubiese formado lo restante del puente de bejucos entretejidos de tres palmos de ancho la trama, con barandillas de que pudiesen asir con las manos para asegurarse de los columpios, por donde no pudiendo pasar los caballos hubieron de dejarlos y pasar los nuéstros siguiendo una senda que, terminada a dos leguas en otra vuelta del río, los obligó a pasar otro puente de bejucos, y a otras dos leguas los condujo otra senda a unos bohíos, donde la poca gente que los habitaba se puso en defensa, aunque resistió poco, dando lugar a los nuéstros a que, ganada la cum-

bre de una colina, descubriesen desde ella grandes valles y poblaciones de que daban evidentes muestras los humos; pero a pocas horas de detención oyeron tal ruido de bocinas y tambores, y tan confuso estruendo de guerra entre numerosas escuadras de indios que se iban incorporando y avanzando a la colina, que acordaron retirarse al puente, aunque con mucho riesgo de que se anticipasen los indios a cortarlo, pues para el efecto llevaban hachas de piedra; y aun con todo, por verse apretados los nuéstros, cargaron de manera sobre él, que como por lo angosto solamente daba lugar a transitarlo de uno en uno, se les quedó un español entre los indios, en cuyo favor revolvió Juan de Torres, que ya estaba en salvo, y de puro valiente murió a manos de ellos, pues tirando a terreno al paso del puente no solamente hicieron la muerte de este español, sino que hirieron los más de ellos, y no habiendo hecho poco en librar así del primer peligro, llegando al otro puente murieron otros dos de los heridos, confesándose con sus compañeros, a falta de sacerdote, porque en semejantes lances sigue muchas veces el temor los consejos del aprieto. Por esta causa resolvieron despachar luégo aviso de lo sucedido al capitán Jorge Robledo, pidiéndole negros que cargasen los heridos y víveres, porque de otra suerte no era posibe pasar de aquel sitio en que a no haberse aprovechado de los caballos, hubieran perecido.

Los indios se hallaban tan maltratados del encuentro, que también tuvieron por conveniencia no seguir a los nuéstros y darles tiempo para que con el socorro de vituallas y negros que les remitió Robledo pudiesen pasar a incorporarse con él y sentir la fatalidad de los muertos, por quienes hizo decir muchas misas, manifestando en la piedad que tuvo con ellos y en la templanza y desinterés con que usaba del mando y de las victorias, ser temeroso de Dios y digno de mejor fortuna

que la que tuvo; y fue caso bien singular que al tiempo que se celebraban las exequias, según la disposición que permitían aquellos montes, llegase el español que se había quedado entre los indios en el tránsito del primer puente, con espanto de cuantos lo veían, por haber certificado la gente de Tejelo que quedaba de suerte que no era posible escapar; y fue el caso que al tiempo de caer Juan de Torres del puente, se embelesaron tanto los indios en verlo y los enajenó de suerte el gozo que tuvieron de ello, manifestado con saltos y visajes, que el español tuvo lugar de irse a una peña en que pretendió ocultarse, pero como no era posible respecto de que lo cubría tan mal que los muchos indios que por allí andaban lo habían de ver forzosamente, encomendóse de corazón a María Santísima, invocándola en su imagen de Guadalupe, y dejose caer por la peña abajo, y como a esta Señora todo le es fácil, y nuestros aprietos sean para con su piedad los más eficaces intercesores, librole la vida de aquel peligro en que, para recuerdo del beneficio, perdió la espada y rodela, y hallose tal de puro gozo, que sin saber lo que se hacía se empeñó en repechar la eminencia de una sierra muy alta, y encontrose en ella con el camino que siguieron los compañeros, y llegando desalentado de hambre adonde se habían despeñado los caballos, daba saltos de placer y gracias a María Santísima de que estando ya en salvo le hubiese reservado el pie de uno de ellos, en que royendo halló sustento para llegar al alojamiento de su campo.

Jorge Robledo, que no deseaba otra cosa sino emplearse donde lo arrastraba su espíritu, con la relación que se le había hecho trató luégo de entrar en aquella provincia con toda su gente, de que se alteraron mucho los cabos, diciendo era conducirlos a una muerte infalible; pero él, representándoles la honra que ganarían en seguirlo y la infamia que debía esperarse de volver atrás, el inte-

rés que tenían a la vista y la desventura en que vivirían siempre por no aventurar algo, suma infelicidad para los que nacieron con honra, les dijo finalmente: que pues él, teniendo con qué pasar en su casa, por sola la conveniencia de su gente se exponía el primero al riesgo, no haría ella mucho en que por derrota que pareciese menos fragosa, pasase adelante, pues no hallándola a propósito, él también se conformaría con lo que pareciese a todos. Sin resolver sobre la propuesta se acordó que Alvaro de Mendoza fuese a descubrir camino que no pudo sino tierra muy áspera y despoblada, menos algunas casas solitarias en que se halló maíz y algunas campiñas de albahaca con la hoja más pequeña que la de Castilla. Con esta mala noticia y los peligros que se representaban en caso que se abrazase el parecer de su capitán, le requirió su gente dejase la empresa, pues necesitaba para ella de cuatrocientos hombres por lo menos, y no era prudente acuerdo que para dar en brazos de un infortunio se fuesen todos por la senda de una temeridad, como ello era cierto, y tanto, que obligó a Robledo a conformarse con su sentir, para lo cual determinó atravesar otra vez el Cauca en balsas de guaduas, ocupación que le embarazó cerca de ocho días por tener solamente doce nadadores de que necesitaba con precisión para el efecto de conducirlas, respecto de que los que no sabían nadar se habían de meter de tres en tres o de cuatro en cuatro, entre dos guaduas gruesas, atadas por las cuatro puntas, llevando para guiarlas un nadador por delante y otro por detrás, traza con que se facilitó el tránsito del río, aunque siempre se tuvo por temeraria, y Robledo consiguió salir del cuidado en que lo tenía haber metido su gente en parte de tanto riesgo y difícil retirada.

Atravesado el río y no pudiendo hallar ruta por su ribera, repecharon algunas sierras ásperas en que se despeñaron otros dos caballos que dieron carne para algunos días, hasta que desde lo alto de una de ellas descubrieron una provincia o va-

lle cuyos naturales se pusieron luégo en armas auxiliados de la fragosidad de la tierra, pero Robledo, enseñado a vencer dificultades al impulso de su atrevimiento, entró en el valle a pesar de la resistencia que halló en los pasos más estrechos haciendo varias protestas para que lo recibiesen de paz; mas viendo que los curumenes no hacían caso de ella, diciendo no dejarían las armas hasta comerse a los forasteros, resolvió dejar los caballos por no dar lugar el terreno para valerse de ellos, y con sola su infantería dio tan fieramente sobre la muchedumbre divisa en dos batallones, que mató y aprisionó a muchos, y por los intérpretes supo de ellos que adelante había grandes provincias, que con ellas tenían guerras para comerse unos a otros (último fin a que aspiraba la estolidez de aquellas naciones), y habiéndole dado a entender la brutalidad de semejante acción, y lo que les convendría tener conocimiento del verdadero Dios y cosas semejantes dichas de paso, los licenció y pidió fuesen amigos o les haría más cruel guerra que la que habían experimentado, y asegurando ellos la paz prometieron volver con todos los señores del país; pero viendo que en muchos días no cumplieron la promesa, despachó al capitán Vallejo a prender la gente que hallase para tomar noticia de lo sucedido, y logrolo aprisionando algunos de los que habían sido sueltos, de quienes supo que la causa de no volver había sido porque el señor más poderoso de toda la tierra no quería amistad con los españoles. Con esta noticia y reconocida por Jorge Robledo la falta que tenía de herraje para pasar adonde precisamente había de necesitar de los caballos, dispuso formar unos fuelles de los borceguíes que se hallaron entre su gente, uniéndolos y plegándolos con sus arquillos y paradas, que hicieron de algunos tablones en que se sentaban los indios, y de unos árboles blandos por la parte interior se cortaron cuatro partes acanaladas que, juntas y apretadas, se calafatea-

ron con algodón para perfeccionar los fuelles, en que pusieron los cañones que habían de entrar en el fuego, hechos de una olla de cobre. La tobera forjaron de una pala de hierro, y cuando temían todos que el trabajo gastado en este instrumento saldría infructuoso por falta de maestro, dispuso la Providencia que los fuelles soplasen tan bien que de algunas cadenas y estribos que se hallaron de hierro labrase muy buenos herrajes uno de los infantes que entendía del arte, y otro que había sido puñalero, los clavos en que parecía haberse de hallar más dificultad.

Con este socorro, que tuvieron por grande, salió Robledo con cuarenta infantes y caballos del valle de Curumé, dejó en él con veintitrés a su alférez mayor Alvaro de Mendoza, y a dos días de marcha arribó a la provincia de Hebéjico, adonde los naturales, noticiosos de su entrada, habían dejado sus casas derramándose en tropas armadas por los campos. Llamolos Robledo y obedeció solamente uno, aunque temblando de la vista de los nuéstros, hasta que asegurado con palabras y obras pudo volver a los suyos. Al día siguiente parecieron otros afectando amistad, y cautelosamente persuadían a los nuéstros a que prosiguiesen su marcha para lograr los víveres que su nación les tenía dispuestos; pero el capitán Robledo procedió con recato hasta la entrada del valle de Arbi, en que al abrigo de grandes poblaciones lo esperaba un escuadrón de hasta cuatro mil gandules, puestos en batalla, sin otros muchos que ocupando las cumbres lo confundían todo con el estruendo de tambores y gritas desordenadas, a tiempo que acercados los nuéstros al escuadrón que ocupaba la mayor parte de un llano, procuraban por medio de intérpretes persuadirlo a que admitiese la paz. Mas viendo Robledo que ninguna diligencia prestaba, y que del campo enemigo procuraban dos gandules acreditarse de valerosos, burlándose de los nuéstros con diferentes salidas

que hacían, acompañándolas de visajes y demostraciones en señal de menosprecio, mandó a Pedro de Barros que montado en su caballo con un pretal de cascabeles y un alano de trailla, fuese a espantar aquellos bárbaros, como lo consiguió, pues asombrados de lo que veían huyeron, y no solamente ellos sino otros que desde la eminencia de un peñasco hacían el mismo desdén de los españoles, por causa de que acercándose Barros y soltando el perro, que luégo despedazó uno de los más atrevidos, puso a los demás en tanto temor que, de allí en adelante, procedieron con aquel respeto que aprenden a tener los cobardes en la escuela de los peligros.

No por esto desistía Robledo de convidarlos con la paz, antes para conseguirla despachó a Pedro de Matamoros con diez caballos, a que aprisionase algunos de los contrarios, como lo hizo volviendo con ocho, a quienes asimismo ofreció amistad, que no admitieron por decir que sus caciques no querían paz sino guerra; pero sin embargo los licenció contentándose con poner una gran cruz en lo más alto de la loma, y pasar a otro valle vecino en que también sus moradores andaban de guerra, porque la pretensión del espíritu ambulativo de Robledo era no dejar parte alguna por descubrir. Mas viendo la dificultad que hallaba en vencer el paso de una sierra dio vuelta en demanda de otro rumbo, y en una quebrada se encontró con algunos indios que intrépidamente le salieron al paso y preguntaron lo que pretendía en aquellas provincias. Y habiendo respondido que su pretensión era quedarse en ellas y poblarlas, porque todas eran del rey de Castilla, le replicaron: que si ni el rey que nombraban, ni ellos, habían hecho las casas en que los naturales vivían, ni plantado los árboles que tenían en sus huertas ¿cómo se atrevían a decir que toda la tierra era de aquel rey no conocido? Que luégo se fuesen de ella o se los comerían en caso que no lo hiciesen. Robledo, enton-

ces, despreciando sus amenazas con otras, les dijo, por último, que obedeciesen al rey de Castilla y pusiesen la cruz en la misma loma de donde la habían quitado, porque de no hacerlo así los había de matar a todos, de que resultó parecer la cruz al día siguiente puesta en la parte que estuvo antes, y Robledo, sin hacer pie en tan famoso país, determinó volver a Curumé con designio de nuevos descubrimientos a que el desorden de su ambición lo llevaba.

El hambre, que tantas veces ha dado alientos para matar a los mismos que no los tienen para vivir, puso en tal aprieto a los que habían quedado con Alvaro de Mendoza, que despreciada la consideración de ser tan pocos, los obligó a salir la vuelta del Cauca en demanda de víveres, y encontráronse a las primeras jornadas un pueblo amparado del poderoso escuadrón de tantos indios, que los obligó a pelear hasta quedar mal herida la mayor parte de los nuéstros; y aun pasara a más el daño si cuatro ballesteros que iban con ellos no hubieran hecho destrozo tan considerable en los enemigos que les quebrantasen el orgullo, de suerte que aun al encarar solamente las espadas, o semejante instrumento, cejaban cobardemente, aunque curiosos de reconocer el origen de su temor, en soltando la jara acudían a registrarla siguiéndola por el rastro como perros de muestra; y finalmente desampararon el puesto dejando en manos de los españoles alguna vitualla, que recogieron con la pérdida de un infante que se despeñó por estar la población en la cumbre de un repecho muy resbaloso. Por el mismo tiempo el capitán Robledo, atravesada la sierra, entró en el valle de Penco, donde con el aviso que tuvieron anticipadamente de los indios de Curumé, no había quedado hombre con hombre en toda la tierra, de que resultó precisarlo a pasar al descubrimiento de Purruto y Guaramí, con peligro de perder todos los caballos en la fragosidad de una sierra, de don-

de lo volvió su inconstancia a Hebéjico, que halló puesto en armas y con resolución de darle batalla; pero él, tomando puesto ventajoso y fortificándose lo mejor que pudo, mandó que al romper del día siguiente los capitanes Vallejo y Pimentel diesen en los escuadrones contrarios, como lo ejecutaron con muertes de muchos de ellos y ningún daño de los nuéstros.

Con este buen suceso pasaron luégo con Robledo a la Loma de la Cruz, donde estuvieron cercados tres días por tenerles tomados los pasos el enemigo, a quien viendo aumentado de fuerzas cada día y dificultando el tránsito de una montaña que tenía delante con peligros tan notorios, los precisó la necesidad a que lo emprendiesen de noche con el mayor secreto que les fue posible, y consiguiéronlo tan felizmente que cuando llegaron a la cumbre bastó la maravilla de verlos sus contrarios donde les parecía imposible, para que se pusiesen en huída más de dos mil que allí estaban de guardia, dejando el paso libre a Robledo para juntarse con Alvaro de Mendoza después de veinte días que ocupó en los descubrimientos que van referidos. Unidos, pues, todos en Hebéjico, y pareciéndole al capitán Jorge Robledo que para los fines que tenía premeditados bastaban los descubrimientos hechos, propuso a su gente la conveniencia que se les seguiría de que poblasen allí una ciudad, y abrazáronlo con gusto, viéndose ya tan fatigados de trabajos y guerras continuas, para lo cual se recogió gran parte de víveres de que alimentarse en el ínterin que fructificaban las sementeras que dispusieron luégo, aunque en ello hubo no pocas dificultades, pues nada se conseguía que no fuese a lanzadas. Fundose, empero, una villa, que se llamó Santafé de Antioquia, y tomada posesión de ella en nombre del rey y del adelantado Sebastián de Benalcázar, fueron electos regidores el capitán Juan Vallejo, Francisco de Avendaño, Juan del Busto y Francisco Pérez

Zambrana, que nombraron por primeros alcaldes ordinarios al alférez general Alvaro de Mendoza y a Diego de Mendoza.

Hecha la fundación en la forma que se ha dicho y repartidos solares y tierras a los pobladores, viendo que los indios, después de sesenta días en que repetidamente se les había ofrecido la paz, se mostraban más contumaces en seguir la guerra hasta acometer algunas veces a la villa, dispuso Robledo que el capitán Pimentel con buen golpe de gente fuese contra el valle de Péqui, y el capitán Vallejo con treinta infantes contra el pueblo de Las Guamas, abundante de riquezas y de gente guerrera, y ambos capitanes obraron de suerte que Pimentel, con el castigo que hizo en los de Péqui, y se debió todo a la ferocidad de los perros, muy a propósito para las hostilidades que usaban los nuéstros en la fragosidad de aquellas tierras, los dejó tan sujetos que no intentaron nuevas alteraciones; y el capitán Vallejo, dando en el pueblo de Las Guamas al último cuarto de la noche y peleando esforzadamente a la luz de unos hachones de paja con que lo recibieron los enemigos hasta matar a su cacique Zuburruco, en cuyo valor tenían toda su confianza, desbarató sus tropas y sorprendió el lugar con gran presa de oro, ropa de algodón y muchos prisioneros, aunque obligado a retirarse brevemente por las tropas reforzadas de gente que cargaban de nuevo, a quienes dio a entender Robledo que todas aquellas hostilidades les hacía porque no admitían la paz que tan bien les estaba, a que respondían que sus caciques no la querían, y ellos sí desde que llegaron a Nori y Buriticá los cartagineses que condujo el licenciado Badillo; pero asegurando nuevamente Robledo que no recibirían mal de su gente y soltando los prisioneros, se pacificó la provincia, de que se dieron gracias a Dios y en reconocimiento de tan gran beneficio se cantó una misa solemne en la Loma de la Cruz.

CAPITULO III

VUELTO EL CAPITAN MALDONADO DE LA JORNADA DE LOS PALENQUES, SALE HERNAN PEREZ DE QUESADA AL DESCUBRIMIENTO DE EL DORADO CON MAL SUCESO, Y EL CAPITAN AGUAYO FUNDA LA CIUDAD DE MALAGA

COMPUESTAS al parecer de algunos las cosas del Nuevo Reino con la muerte de Aquiminzaque, cacique de Tunja, y el castigo general de sus provincias, como las inclinaciones humanas no se contengan dentro de los términos de la posesión, por feliz que sea, y mal escarmentado Hernán Pérez de la trabajosa jornada que el año antecedente hizo a la Casa o Templo del Sol, en que le ofrecían oro todas las naciones del reino, y en que perdió tiempo y gente sin más fruto que haber dado vista a la provincia de los chitareros, en que después se fundó la ciudad de Pamplona, trató luégo de abrir nuevo camino a su fortuna arrojándose a la conquista y descubrimiento de El Dorado, cuya falsa noticia y apetecido nombre ha sido tantas veces ruina de la nación española en el dilatado espacio de los Llanos de San Juan. Y por que sepamos el motivo con que se han empeñado tantas ansias de la ambición y codicia, es de advertir que al tiempo que Sebastián de Benalcázar y su gente conquistaron la gran ciudad de Quito, hallaron en ella un indio natural de Bogotá que les dio noticia de todo aquello que dejamos dicho en el primer capítulo del cuarto libro acerca del reino de Cundinamarca, con cuya relación y las señas que les dio el indio de la parte por donde habían de guiar su jornada,

salió Benalcázar del reino de Quito en demanda de El Dorado, que fue el nombre que dio a la nueva conquista, y sin detenerse en las provincias equinocciales más tiempo que el preciso para fundar las ciudades de Popayán y Cali, pasó aceleradamente por las asperezas de las montañas y extendidos campos de Neiva hasta llegar al reino de Bogotá, donde (como ya vimos) halló a Quesada y a Frederman apoderados de todo él; mas no ocultando él ni su gente las noticias que los habían guiado a aquellas partes, con las cuales se conformaban otras que habían movido a Frederman y a los suyos, añadiendo que en las provincias de El Dorado eran tan poderosos y ricos los hombres, que salían a campaña quinientos mil combatientes, todos con armas de oro, así ofensivas como defensivas, se le recrecieron tales deseos a Hernán Pérez de conseguir aquel descubrimiento que partido el hermano y los otros dos generales, trató vivamente de disponerse para la empresa con la mayor prevención que le fuese posible.

Para este fin le fue muy conveniente la arribada de Lope Montalvo de Lugo al reino con ochenta hombres prácticos en las entradas de los Llanos, como dijimos, y la vuelta que por este tiempo dio Baltasar Maldonado del descubrimiento de los palenques y Sierra Nevada, con otros cuarenta infantes ejercitados en aquella facción, que fue de las más peligrosas que se ofrecieron; y para referirla es de saber que habiendo los primeros conquistadores hecho reparo muchas veces en que desde algunos montes de tierra fría y otros de la caliente, que habitaban los panches, tirada una línea visual que desde Santafé corriese sobre los valles de Síquima y Bituima, se divisaba hacia la provincia de los pantagoros una sierra elevadísima, que en los días claros y despejados de vapores manifestaba a larga distancia estar toda ella cubierta de nieve, entraron en curiosidad de

averiguar los secretos que se podían ocultar en tierra tan señalada; y como para semejantes empresas siempre estuviese pronto el capitán Baltasar Maldonado, caballero de los más afectos a los Quesadas, con facilidad se prefirió a otros muchos que se ofrecían al descubrimiento, y con setenta hombres que llevó lo más breve que pudo salió a la empresa, y atravesada la provincia de los panches, esguazado el río grande con canoas y penetrado el país de los pantagoros, declinando a mano derecha del valle de Las Lanzas, en que después se fundó la ciudad de Ibagué, comenzó a repechar fragosidades noticioso quizá de que la senda que abrió Aníbal sobre la nieve de los Alpes no solamente fue tránsito para Italia sino camino que dejó a la posteridad para que lo siguiese con la imitación, el valor y la constancia; y así, vencidas muchas sierras inaccesibles y encuentros de gente feroz que las habita, aportó finalmente después de caminadas más de sesenta leguas a las faldas de dicha sierra, que hoy corre con el nombre de Páramo del Ruiz, tan armado de fríos, que aun para el tránsito de Santafé a las ciudades de Antioquia y Anserma no ha permitido el rigor de sus hielos la continuación del camino que por ellos abrió poco después la industria.

Descubierta, pues, la Sierra Nevada, y reconocida por tierra inhabitable, si no es para dantas y ciervos, de que abunda con exceso, pasó Maldonado a inquirir la sustancia de los pueblos confinantes (que son aquellos mismos a que dio vista Alvaro de Mendoza, despachado por el capitán Robledo a reconocer esta misma Sierra Nevada) y halló que entre los pantagoros y dicha sierra se formaba una provincia, que sin extenderse mucho ni estrecharse poco, se hacía respetar de todas las naciones vecinas, con ser de las más belicosas de Indias, porque, además del valor y destreza de sus naturales, con que sabían ofender a sus enemigos, tenían para su defensa cercados todos sus

pueblos de estradas encubiertas o palizadas tan fuertes, que para ganarles la provincia era preciso invadirlos de uno en uno, y para cada uno se necesitaba de asedio muy dilatado, por la destreza con que sabían aprovecharse de aquellas fortificaciones, por cuya causa la llamó Maldonado la provincia de los palenques, bien distintos de los que tenían en su contorno las sierras nevadas de Mérida, motivo que algunos han tenido para confundir esta jornada, que con tanta claridad expresa el adelantado Quesada en su "Compendio Historial". Pero no obstante que por Maldonado se reconociese la fuerza de los palenques, la poca sustancia de la provincia y el valor de sus naturales, llevado de aquella costumbre de salir siempre victorioso, trabó guerra con ellos, pretendiendo allanarlos por armas, de que se le originaron grandes peligros a cada paso, pues malogrados muchos asaltos en que las lanzas contrarias y flechas venenosas jugadas por la parte interior de los palenques le mataban alguna gente, y empeñado cada día más en combatir sus fortificaciones, llegó a trance que embestido (a tiempo que asaltaba uno de aquellos pueblos) de una fiera tempestad de lanzas, que de otros salieron para el intento, le mataron veintidós hombres en la guazabara, dejándole heridos a Gómez Nieto y a otros, aunque de parte de los nuéstros se hicieron maravillas hasta retirar al enemigo, en que obró mucho el esfuerzo con que en la ocasión se portó el capitán Juan de Angulo; y así, viéndose libres de la batalla y casi derrotados, desampararon la conquista, y vencidas otras muchas dificultades y encuentros dieron vuelta a Santafé a tiempo que, como llevamos dicho, pudo aprovecharse Hernán Pérez de este trozo de gente tan valerosa.

Componíase su campo de doscientos setenta hombres, en que se contaban doscientos caballos, número sobrado para cualquier conquista de aquellas partes, a no haberse guiado por tan vano ru-

mor como el que habían introducido unos con otros los españoles. De gente de servicio y vivanderos llevaba el ejército más de cinco mil indios moscas, sacrificados al cuchillo del hambre y del trabajo, y todos aquellos pertrechos de guerra y víveres que parecieron suficientes para la empresa. Y como el Hernán Pérez usaba de aquellas artes que fácilmente concilian los ánimos, y el cebo del interés sea tan poderoso para prender los corazones humanos, le seguían con gusto los más soldados y capitanes, que ya por los trabajos antecedentes y descanso en que se hallaban, pudieran jubilarse de nuevas fatigas. Por teniente general de Hernán Pérez iba Lope Montalvo de Lugo, y por capitanes de caballos Baltasar Maldonado, Juan de Céspedes, Pedro Galeano y Juan Muñoz de Collantes, y de infantería Martín Yáñez Tafur y Diego Martínez, que como cabos principales llevaban en sus compañías a Juan de San Miguel, Guzmán de Avellaneda, Pedro García Ruiz, Cristóbal de Monroy, Nicolás Gutiérrez, Alonso de Alvarado, Juan Rodríguez Gil, Diego Suárez de Montaez, Francisco Rodríguez, Lope de Salcedo, Francisco del Hierro Maldonado, Machín de Oñate, Maese Juan, Juan Fuerte, Barajas y otros de que no he hallado noticias. Por cabo de la gente que quedaba en el reino, y para que la gobernase en ausencia de Hernán Pérez, nombró a Gonzalo Suárez Rondón, de quien se hallaba bien satisfecho. Y ajustadas todas las cosas que miraban a su conquista, empezó a marchar a primero de septiembre de este año en que vamos de cuarenta y uno, y como casi todas las noticias recientes que daban los indios conformaban en que El Dorado estaba a las espaldas de Santafé, en los dilatados llanos de San Juan, para seguir aquel rumbo le fue preciso atravesar al principio hasta cincuenta leguas de cordillera muy fría, que media entre los llanos y el reino, y bien conocida en aquella región con el nombre de Páramo de Fosca, si bien por otras partes lo recibe

de diferentes poblaciones que más se le avecinan, siendo en todas tan ásperos sus caminos respecto de las ciénagas, tremedales, montes y frío que en él se padece, que habiendo gastado muchos días con pérdida de veinticinco caballos y alguna gente de servicio, llegó el ejército al pueblo de Nuestra Señora, aunque ya necesitado de víveres, y habiéndose allí proveído de algunos, siguió la cordillera cincuenta leguas al sur, camino que antes habían llevado los alemanes con Jorge Spira, por evitar los afanes de marchar por las tierras anegadizas de los llanos.

Habitan en aquella parte los indios macos, que si bien ocupan corta población, fue la mayor que hasta allí habían encontrado los nuéstros en la jornada; y porque desde el pueblo de Nuestra Señora no habían visto vitualla alguna, detenidos ocho días recogieron toda la que hubo en sus términos, dispuestos a penetrar las montañas que allí se interponían, siguiendo la sierra al poniente. Con esta determinación en pocas jornadas llegaron al río Papamene, donde se encontraron con otra nación de indios guaipis, de quienes llevaban noticias de que tenían comunicación y trato con los de El Dorado, y fueron tan a su deseo otras muchas que de ellos recibieron, que animados nuevamente los nuéstros, determinaron proseguir su marcha sin escarmiento de los trabajos padecidos ni temor de los futuros que amenazaba el empeño. Experimentose aquí, como siempre, el engaño continuado que usan los indios para desviar de sí a los españoles, asegurándeles más adelante todo aquello que inquieren como dudoso, y lo poco de que necesita nuestra ambición para ensanchar los términos de la esperanza; pero como cualquiera que mire a bienes temporales se desvanezca de ordinario entre desgraciados sucesos, después de muchos afanes aportaron a las tierras de los indios choques, nación guerrera y que se alimenta de carne humana, y habiendo tenido con

ellos varios encuentros en las nueve jornadas que se gastaron en atravesar lo áspero de su provincia, llegaron al río Bermejo, término último hasta donde penetró la audacia de Jorge Spira, que distará quinientas leguas del mar del norte. Pasado este río, se halló Hernán Pérez falto de guías porque los que tuvo hasta aquel paraje dijeron no conocían aquellos climas; mas sin que este azar lo divirtiese, ni la aspereza de la tierra que tenía presente le obligase a mudar dictamen, despachó dos cabos, cada cual con veinte hombres, para que el uno procurase descubrir la parte baja y el otro la sierra; y aunque las diligencias que hicieron fueron muchas, no pudiendo hallar salida de aquellas montañas volvieron sin esperanza ni en qué fundarla si no fue en seguir el camino que subía a la sierra de Yagueza, que venía a ser la misma que siempre les había servido de norte.

Con estos afanes prosiguieron treinta leguas más de jornada por la aspereza de aquellos montes, pero considerando que la falta de víveres crecía más cada hora, y perecía mucha gente de hambre y enfermedades ocasionadas del trabajo y mal temperamento de la tierra, resolvieron dar vuelta a los países bajos, por donde anduvieron muchos días sin más alimento que el de algunas raíces con que entretenían la debilidad de los cuerpos faltos de fuerza cuando más la necesitaban para abrir los caminos a valentía de brazos, y cuando era trabajo tan continuado el de todos, que hubo algunos días en que hicieron diez y doce puentes para vencer los impedimentos del agua, que con los demás elementos parecía estar conjurada para su ruina. Estas fatigas, pues, que los condujeron a lo sumo de la miseria, fueron causa de que las enfermedades se extendiesen por todo el ejército, muriendo algunos soldados y la mayor parte de los indios vivanderos y de servicio, sin que se viese humano semblante entre todos que no pronosticase desgracias a cada uno. ¡Raro su-

frimiento y constancia singular, no abrir la boca para la queja el que milita, ni volver paso atrás para el reparo el que perece! De esta manera llegaron a un corto lugar, que llamaron del Sacramento, donde vieron algunas muestras de la canela de los quijos, que sale por el reino de Quito, y cuando pensaron ser aquella señal de algún alivio, después del continuado curso de tragedias pasadas, fue desde allí el principio de las mayores desdichas y trabajos con que la fortuna pudo examinar la fortaleza española; porque las tierras donde se cría aquella especie (es una cascarilla formada a la manera de un sombrerillo del mismo color y gusto que la canela de oriente) no es ponderable cuán inhabitables sean por las ciénagas, ríos y tremedales de que abundan, y sobre todo tan estériles de frutas, raíces, aves y peces, que en todas ellas apenas se hallara género alguno de alimento; y como la distancia que ocupan estos árboles de canela se prolongue por más de cuarenta leguas, y fuese forzoso caminarlas todas, murió en ellas mucha gente de hambre, y otros a las manos de ciertos indios que habitan en una sierra puesta dentro del término de las cuarenta leguas, a quienes llamaron de los Palenques, por tenerlos hechos para su defensa y por ser, aunque pocos, muy belicosos y haber de pelear con ellos forzosamente para salir de aquellas miserias.

Vencidas estas dificultades a costa de muchas vidas, y libres ya de aquel país estéril, dieron en una mediana población, que llamaron de La Fragua, donde pasaron grandes peligros en el esguazo de dos poderosos ríos, y después de haber tenido diferentes encuentros con los indios, considerando que la gente iba fatigada y se había encontrado alguna vitualla, resolvió Hernán Pérez detenerse allí dos meses, en cuyo tiempo, haciendo las diligencias posibles para descubrir camino que lo condujese a mejor terreno, y visto que no

se hallaba y que habían de perecer aprisionados en aquellos montes si continuaban la dilación en buscar remedio sus cabos, determinó, por último, dar la vuelta a uno de los dos ríos que se habían esguazado, pero como con las muchas aguas habían crecido entrambos, y toda la tierra que habían caminado antes estuviese inundada, hubieron de empeñarse sus gentes en abrir nuevas sendas para el intento, que se consiguió con mucho trabajo, hasta que, llegado el ejército al río y siguiendo su margen hacia la parte del nacimiento que tiene, dio en un valle que corre dentro de las sierras, al que los naturales llamaron Mocoa, y es el mismo de donde salieron después las primeras pinturas nombradas de Mocoa, que vienen de Indias en tabaqueros, cofrecillos y diferentes vasos de madera, bien estimadas en estas partes de Europa por el primor con que se labran ya en la villa de Pasto, donde se ha pasado el comercio de este género tan apetecido de los hombres de buen gusto. Allí aprisionaron algunos indios que por señas dieron buenas noticias de la tierra que había más adelante, y despachando alguna gente a que la descubriese la fue siguiendo Hernán Pérez con todo su ejército; mas, encontrándose en el camino con algunas naciones que, fiadas en que los españoles no podían valerse de los caballos, les hacían diferentes acometimientos en todos los pasos estrechos, que no son pocos, se precisaron los nuéstros a ir continuamente sobre aviso y peleando por instantes, sin detenerse algún día, por la gran noticia que les habían dado en Mocoa de una tierra que llamaban Archibichi; pero entrados en ella después de tan dilatados trabajos, se hallaron en el valle de Cubundoy, que es en el término de la villa de Pasto, perteneciente al gobierno de Benalcázar.

Este fin desgraciado, que no tuvo suceso menos malo si no fue el de no haber perecido todos, fue el de la ruidosa conquista de El Dorado que empren-

dió Hernán Pérez de Quesada, habiendo caminado desde la entrada de la provincia de los macos hasta Cubundoy doscientas leguas de montaña, tierra áspera, estéril y anegadiza, en cuyo espacio se retardó un año y cuatro meses, y murieron ochenta españoles, más de cuatro mil indios y ciento diez caballos, saliendo los demás capitanes, infantes e indios, tan débiles y enfermos, que pareció milagro llegar vivos después de tantos riesgos y trabajos padecidos. El rumbo qde siguieron fue por la sierra que corre al sur, desde la entrada de las montañas hasta Cubundoy, de la otra parte de la sierra, y atravesada pasaron a la otra, donde de presente están las poblaciones y ciudades de Guacacillo, Popayán y Pasto, desde donde el capitán Hernán Pérez, habiéndose encontrado con Francisco de Quesada, hermano suyo, menor, y de los primeres que pasaron a la conquista de Chile con Diego de Almagro, donde dio a un tiempo muestras de sobrado valor y de inquieto natural, dio vuelta al Nuevo Reino por la provincia de Neiva, dejando solamente a la posteridad la admiración que debe causar en tan larga y peligrosa jornada el sufrimiento invencible de aquellos doscientos españoles, por cuya falta pudiera exclamar Alejandro Magno con más razón que por los diez mil griegos que echaba menos para la conquista del Asia, y que la disciplina militar en que se habían criado fuese tanta, que jamás imaginasen motín ni faltasen a las órdenes de su general, aunque se hubiese de ejecutar a costa de los mayores riesgos, y porque esta vuelta al reino fue por el año de cuarenta y tres, y los sucesos del que llevamos piden referirse en su lugar, concluiremos este capítulo con referir la fundación de Málaga.

Luégo que Hernán Pérez salió en demanda de El Dorado y Gonzalo Suárez Rondón se vio con el supremo dominio del Nuevo Reino de Granada, en que lo habían puesto sus méritos, no pudiendo

resistirse al deseo ambicioso con que los hombres aspiran a eternizar sus memorias con el recuerdo de nuevas poblaciones, en que talvez los apellidos o nombres de la patria dicen quiénes fueron sus primeros fundadores, trató vivamente de fundar una ciudad a quien llamasen Málaga, en demostración de que conservaba en el pecho el dulce amor de la que tenía por madre; y como en la jornada de la Casa del Sol hubiese reconocido que sobre las quebradas de Tequia, que se comprenden dentro del país de los chitareros, ofrecía el terreno disposición para lograr su intento, eligió por cabo superior a Jerónimo de Aguayo, caballero cordobés, de quien podían fiarse empeños de más consecuencia, y ordenole que con veinte caballos y cincuenta infantes tomase aquella empresa a su cargo, respecto de que los moscas estaban ya tan quebrantados con la continuación de la guerra que no osarían impedirle el paso, y los chitareros apenas verían los caballos sobre sus pueblos cuando ocurrirían a resguardarse en los últimos términos de su provincia. Con esta orden salió Jerónimo de Aguayo de la ciudad de Tunja, y llevando consigo muchos buenos soldados, entre quienes iban Juan Vejarano, Salvador Martín, Juan de Trujillo, Pedro García de Cañas, Juan Gascón, Fernando de Garibay, Gonzalo García, Pedro Blasco Martín, Diego García, Pedro de Segovia, Lope Méndez, Pedro Gutiérrez, Juan de la Cueva y Pedro Rodríguez, fue entrándose por las naciones de los tundamas, cerinzas, sátivas y chitagotos, sin más peligro que el que ocasionaban los sustos que podía causar tanta muchedumbre de gente ofendida como encontraban a cada paso.

Habiendo, pues, arribado al río Sogamoso por la parte que llaman de Chicamocha, y es por donde más acanalado entre peñas corre furioso a encontrarse con las aguas del grande de la Magdalena, y reconocida la dificultad de pasar los caballos, respecto de que el ímpetu de los raudales y

encuentro de las piedras no dan lugar al esguazo, y que para el tránsito de los naturales se valían de una maroma que afijada sobre dos grandes troncos de la una y de la otra banda, suministraba forma para que, puesto en ella un cargador de fajas pendiente de una tarabilla que corriese por toda la maroma alándola con sogas, pudiesen, ligados los cuerpos en el cargador, conducirse de la una a la otra parte, hubieron de conformarse con la costumbre del país, y aventurados primero por agua cinco arcabuceros de los más fuertes y diestros para que de la otra ribera asegurasen el tránsito de lo restante del campo (por no llevar el río tanta agua que les pudiese impedir el esguazarlo a pie resistiendo la furia de su raudal), lo ejecutaron con dicha y consiguientemente la disposición de la maroma y tránsito por ella de la mitad de la gente para que ayudase al de los caballos, que asimismo se consiguió con aladeras y sin desgracia, y últimamente el de todo el campo, cosa bien singular y no vista hasta entonces por los nuéstros, por no haber seguido aquel rumbo Hernán Pérez cuando fue en demanda de la Casa del Sol, sino el de la otra banda del río, esguazándolo por el vado de Socha; y así, vencido éste, que pareció el mayor embarazo para la facción, con facilidad se atropelló el segundo, que fue un numeroso escuadrón de indios, que al abrigo del primer vado de la quebrada de Tequia se presentó en orden de guerra, y al primen ímpetu de los caballos y carga de arcabuceros se desapareció entre las quiebras y amagamientos de aquel áspero país, dando lugar a que Jerónimo de Aguayo, en sitio al parecer conveniente, fundase la ciudad de Málaga, cuyos primeros alcaldes fueron Pedro Rodríguez y Pedro de Segovia, si bien la experiencia de su mal terreno y ningún comercio ocasionó la poca permanencia que después tuvo, y aumentó la vecindad de Pamplona, fundada ocho años después, como veremos en su lugar.

CAPITULO IV

EL OCABITA Y LUPACHOQUE SE FORTIFICAN EN DOS PEÑONES: RINDESE LUPACHOQUE POR LAS ARMAS AL CAPITAN PINEDA Y EL OCABITA, A PERSUASIONES DE ALONSO MARTIN, DESPUES DE DIFERENTES ASEDIOS.

EL mal ejemplo del Suta y Simijaca, por el año antecedente, como dijimos, fue incentivo de la rebelión de otros caciques poderosos; pero el castigo que en los primeros hizo el ejército español no fue parte para enfrenar la ferocidad del Ocabita y Lupachoque, de suerte que abandonasen la guerra que una vez abrazaron, matando a su encomendero Mateo Sánchez Cogolludo, por ver si encontraban la libertad entre las ondas de sus peligros. No eran señores tan poderosos que se pudiese recelar que en algún tiempo campeasen vencedoras sus armas; mas eran dueños de tan fuertes sitios, que se dificultaba mucho hallar forma de poder sujetarlos. Había, pues, esta diferencia entre las fortalezas de uno y otro cacique, recíprocamente unidos para auxiliarse: y era que Lupachoque, si bien ocupaba un elevado peñón bastante a resistir con arte a los nuéstros, era tan corto de sitio que no se hallaba capacidad en su eminencia para el abrigo de toda su gente, ni abundaba tanto de piedras que pudiese dar munición equivalente a la forma con que se guerreaba por entonces, y más cuando las sendas que guiaban a la cumbre, si bien peligrosas, no del todo imposibilitaban dar paso a los nuéstros. Mas la de Ocabita era tan capaz en lo alto, que desahogadamente alojaba a todos sus

parciales, y eran tantas las piedras de que abundaba que no parecía posible agotarse en el asedio de muchos años; y como si éste lo tuviese presente, se había proveído de vitualla suficiente para no rendirse por hambre, disciplinando al mismo tiempo su gente, para no quedar vencido por fuerza, dificultades que reconocían bien los nuéstros para temerlas, pero como se recrecían mayores de que se les pasase su atrevimiento con disimulo, prevaleció el parecer de que se allanasen aquellos caciques por armas cuando no bastase la seguridad del buen trato que se les ofreciese para que admitiesen la paz.

Para ejecutar este medio Hernán Pérez, en cuyo tiempo y antes que saliese al descubrimiento de El Dorado sucedió lo referido, eligió a los principios persona que le diese a entender cómo se pondría enmienda en lo pasado, y las conveniencias que hallarían sus gentes en desistir de la guerra, a que los movía la resolución de su desesperado aliento. Mas tan lejos se hallaban de ajustarse a su dictamen los dos caciques, que ninguna cosa les agravió tanto como oír la propuesta, en que si bien se les aseguraba la paz no se prometía alzar los tributos, punto principal que movió toda la máquina de su rebelión. Y como presumían incontrastables los sitios en que se habían fortificado, respondieron que pues los españoles mezclaban la paz que ofrecían con los tributos que repugnaban ellos, se resolvían a pagarlos con las puntas de sus dardos, para que los cobrasen con más atención de que nacieron libres. Con esta respuesta fue preciso apresurar el remedio, antes que la omisión despertase nuevos inconvenientes, y más cuando las alteraciones de un pueblo oprimido con tributos son fuertes ejemplos, que rompiendo el yugo de la violencia arrastran los demás, que están a la mira, para que corran incitados al centro de la libertad; y porque la empresa necesitaba de cabo experimentado que la gobernase, pareció en

una consulta de todos los capitanes del reino se cometiese a Juan de Céspedes y Gonzalo García Zorro, cuyas hazañas los tenían bien acreditados en aquel nuevo mundo, y dícelo Castellanos en su "Historia General de Indias" con estas palabras:

> Y porque convenía brevemente
> Allanarse también aquella roca,
> Pues a quedar ilesa se acrecieran
> Otras alteraciones enojosas,
> Entraron en consulta, y acordaron
> De común voto dar aquella empresa
> A Céspedes y a Zorro, capitanes
> Antiguos y cursados en dar orden,
> Como con poco riesgo se venciesen
> Estas dificultades semejantes,
> Los cuales aceptaron aquel cargo
> Y fueron en demanda de Ocabita
> Y del que se llamaba Lupachoque.

Y así prevenidos de balas y pólvora, que se empezó a labrar entonces en la ciudad de Tunja, partieron a su conquista con cien hombres arcabuceros y ballesteros, número que pareció conveniente para vencer las dificultades que se habían de encontrar en el manejo de la guerra. Conducidos, pues, los dos capitanes al peñon de Lupachoque, en que se hallaba recogida su gente, gastaron los primeros días en reconocer por todas las partes de su recinto la que sería más a propósito para emprender la subida, en que forzosamente había de consistir el dichoso remate de la empresa; pero como por ninguna se descubría senda que no estuviese pronosticando desgracias con los riesgos que representaba a la vista, plantaron sus tiendas y alojaron disgustados de haber admitido facción tan dificultosa por armas. Mas como la nación española tiene por descrédito de sus pasadas victorias todo lo que no es proseguirlas, aunque se representen imposibles y sea tanta la am-

bición con que aspira a ganar fama, que se la promete más grande mientras los peligros se le ofrecen mayores, al siguiente día se dispusieron a dar asalto al peñón, aunque en la ejecución encontrasen la muerte. Y porque el destino que guardaron siempre fue convidar con la paz antes de romper la guerra, despacharon persona que la asegurase a Lupachoque; pero él, que de nada se recelaba tanto como del trato español, sin dar oídos al mensajero, dio la respuesta con las puntas de una tempestad de flechas encaminadas a quitarle la vida.

Irritose tanto la cólera española de la desatención del cacique, que sin el reparo que le debía dictar la prudencia para tan arduo empeño se arrojó a contrastar la inexpugnable eminencia, comenzando a subirla los nuéstros, unos en pos de otros, por las sendas que menos arriesgadas se representaban; y aunque prevenidos de fuertes escudos concibieron esperanzas de buen suceso en la expugnación, fue tanta la cantidad de piedras que cayó de lo alto a embarazarles el paso y tan espantoso el ruido que despeñadas formaban, que asombrados los nuéstros de su avenida se retiraron desordenados donde la distancia los asegurase de peligro tan grande. Y aunque por muchos días probaron por diferentes partes el asalto, ninguna traza ni esfuerzo bastó para que no desesperasen de la victoria mientras Lupachoque se valiese de aquella artillería, que, próvida la naturaleza, labró para que se defendiese; por lo cual resolvieron dar vuelta a Tunja sin más fruto de la jornada que la admiración de que la hubiesen perdido, de que resultó suspenderse la empresa hasta que partido Hernán Pérez a su descubrimiento y poblada la ciudad de Málaga, tuvieron lugar los caciques rebeldes de repetir nuevos insultos; mas como Gonzalo Suárez y sus capitanes discurriesen que de allanarse aquel movimiento resultaría la paz y quietud de la tierra, y con la dila-

ción podría crecer la centella de la rebelión hasta encender todo el reino, determinaron elegir nuevamente a Juan de Pineda, capitán de valor, para que, prevenido de gente escogida, no desistiese de la opugnación hasta reducir a Lupachoque a que por hambre o por fuerza sujetase la cerviz a la obediencia jurada, y salioles tan buena esta elección que habiendo llegado al peñón con otros cien hombres, se supo dar tal maña que repitiendo cada vez con más coraje los asaltos en que se señalaba siempre Diego Romero de Aguilar, y menoscabado Lupachoque desde los principios de gente y piedras, en menos de tres días, con lamentable destrozo de los defensores, consiguió la victoria, que antes pareció imposible a dos capitanes de mayor fama.

Divulgado el suceso entre los moscas con aclamación y espanto general de las naciones, le pareció a Pineda que consiguientemente se le rendiría Acabita, en quien la fama del vencedor haría la primera batería para facilitar el rendimiento. Pero como la obstinación no se gobierne por las reglas del discurso, produjeron tan contrarios efectos la confianza de Pineda y la resolución de Ocabita, que ésta fue de resistirse a los españoles hasta morir, y aquélla se desengañó brevemente de llegar a vencer, porque habiendo practicado todos los medios suaves para reducir su rebeldía, los despreció de suerte con palabras y obras, que resuelto Pineda a probar fortuna, esperándola no menos favorable que en la empresa de Lupachoque, dispuso que su gente asaltase al Ocabita en su misma fortificación. Pero como las sendas para el avance eran más estrechas y peligrosas que aquéllas, y la provisión que tenía de piedras era inagotable, porque abundaba de ellas la cumbre en que se alojaba su gente, salió tan desgraciado el primer asalto de los nuéstros, que aun no habían dado los primeros pasos resguardados con las rodelas cuando cargó de suerte la estruendo-

sa multitud de piedras, que asombrados del riesgo desistieron del intento, por no perecer entre las inconsideraciones de su arrojo. Y aunque picados del mal suceso intentaron otras muchas veces enmendar la primera retirada, todas cuantas lo pretendieron se encontraron con mayores dificultades de conseguirlo, porque ni sobresale el esfuerzo donde el arte y la naturaleza se ligan para mostrarse contrarios, ni prevalece el ingenio donde los medios se imposibilitan para desvanecer los discursos, y así tuvieron por más cuerda resolución la de volver a Tunja, donde se recibió con templanza la victoria de Lupachoque por la resistencia gallarda del Ocabita.

Pero apenas levantaron el sitio los nuéstros cuando, valiéndose Ocabita de la ocasión y más insolente con la victoria, corrió la tierra llenándola toda de fuego y sangre con asombro de los indios pacíficos, que por no cooperar en los designios de que el levantamiento fuese general, eran los primeros que perecían a los filos de sus macanas. Robó los pueblos y saqueó las casas, talando los campos con daño común de todo el país, hasta que, rico de despojos y vituallas, volvió a resguardarse en su peñón. Y como no eran de tan poca consideración estos inconvenientes, que no se le representasen mayores a Gonzalo Suárez, se halló forzado al empeño de sujetar aquel soberbio cacique, que desvanecido con la prosperidad de sus armas violentaba con hostilidades a los indios vecinos para que lo siguiesen en la rebelión que mantenía a pesar de los españoles, y como en todos los encuentros de aquellos bárbaros habían salido victoriosos, y en éste del Ocabita se descubrían señales de que podría trocarse la suerte y el ejercicio de las armas hacer guerreros a los que nacieron ociosos, se determinó a ir personalmente a la conquista con todas las fuerzas del reino, que ya parecían forzosas para la conclusión de tan difícil empresa. Háse de aventurar alguna vez todo

el cuerpo por la defensa de un miembro, pues a no despoblar nuestro Filipo el Grande a todo Aragón por engrosar el sitio de Barcelona, no la desamparara el francés ignorante de que aquella muchedumbre podía originarse de aquel desamparo. Para el efecto, pues, que va referido, llamó los capitanes y personas de más crédito militar y entre ellos aquel famoso Alonso Martín, de quien hemos dicho que sabía con perfección el idioma de los indios. Las palabras de Castellanos con que empieza a referir lo que vamos diciendo, son éstas:

Mas Gonzalo Suárez que regía
En aquella sazón la tierra nueva,
Considerando los inconvenientes
Que se le ofrecían si quedase
Aquel indio soberbio con su honra,
Determinó venir personalmente
Sobre él luégo con toda la pujanza
Que de buenos soldados en la tierra
De esta gobernación tenían nombre, etc.

De que se reconoce que las noticias de estas empresas no han estado tan sepultadas que se puedan atribuir a otros cabos que no sean los que van referidos; y volviendo a Rondón, marchó luégo que tuvo juntas sus fuerzas al asedio de Ocabita, y porque el peñón formaba por la parte inferior ciertas concavidades que se resguardaban con algunos peñascos que le servían de cubiertas para los que en ellas se entrasen, llevó en su campo mucha cantidad de escalas, barras y azadones que facilitasen la facción de ocuparlas, respecto de ser tan ventajosas para los nuéstros, que puestos en ellas no podían ser ofendidos del enemigo con piedras y tenían sobrada comodidad para poderlos herir con los arcabuces. Pero habiendo llegado con todo el campo a vista de Ocabita (que bien fortificado y vanaglorioso del mal suceso de Pineda, esperaba igual fortuna en esta segunda opugna-

ción), antes de ceñir el peñón le pareció a Gonzalo Suárez usar de la más precisa diligencia en semejantes lances, haciéndole saber el deseo que tenía de conservarlo en paz, así a él como a sus vasallos, en caso que, depuestas las armas, observasen la fe prometida al rey de España, de que se les seguirían todas las conveniencias que pudiesen desear.

Encargose de esta embajada el capitán Alonso Martín, diestro en el idioma y trato de los indios y dotado de aquella sagacidad de que siempre supo aprovecharse en semejantes ocasiones. Desnudo, pues, de todas armas, fue subiendo por una de las sendas que tenía el peñón, trabando conversación con aquellos indios que se descubrían los primeros en la cumbre, y le daban respuestas encontradas del todo a sus intentos; pero como éstos se encaminaban a pacificar a Ocabita, instaba tan diestramente con la suavidad y frases del idioma en que se lo llamasen para tratar con él cierto negocio a que le importaba dar oídos, que vencido el cacique del donaire y rendimiento con que lo llamaban, se le mostró entre su gente en parte que pudiese percibir sus palabras: con que más confiado el Alonso Martín no cesaba de ir ganando la cumbre y usando de todas aquellas lisonjas bastantes a templar el ánimo más guerrero, las repetía a cada paso que continuaba sin parar. Unas veces le templaba el ánimo con ruegos y súplicas y otras le inclinaba la voluntad con los elogios que de su nobleza y persona le decía; y como el corazón humano de nada se paga tanto como de los propios aplausos, suspendieron de suerte al Ocabita las glorias de verse lisonjeado por hijo del sol y de la luna y los ofrecimientos de paz y buenos partidos que se le proponían de parte de los españoles, a quienes tenía por invencibles, que sin atender a lo que más recelaban sus gentes, se halló con Alonso Martín en la cumbre, si bien desarmado, como dijimos, para persuadirle más bien a

que su trato no era fingido, como se lo manifestaba de nuevo con más corteses rendimientos después que llegó a su presencia, de que el Ocabita no se sentía disgustado.

A este tiempo Gómez de Cifuentes, Paredes Calderón, Juan de Tolosa, Diego Rincón, Francisco de Mojica y Pedro Niño, reconociendo el peligro en que se había puesto Alonso Martín y la ocasión que se les iba a las manos con el divertimiento en que estaban los indios, subieron apresuradamente sin que fuesen sentidos hasta llegar a lo más alto del peñón, donde vieron al Ocabita, que hablando con Alonso Martín en respuesta de su embajada, le decía: **Capitán español, bien creo habrás reconocido que a no ser con gusto mío no hubieras llegado a este sitio, pues a una multitud como la que miras armada, poca oposición pudiera hacer un hombre solo; pero háme persuadido de suerte el denuedo con que te has expuesto al peligro de verte rodeado de mis armas, que las he suspendido por no malquistarme con la inclinación que me violenta a escucharte. Y aunque pueda dudarse si lo que has obrado nace de valor o temeridad, yo más me inclino a que ha sido efecto de la confianza que has hecho de mi nobleza, y de la que tienes en la discreción con que sabes proponer tus intentos, que califico por buenos, pues sola una buena intención sabe encontrar seguridades entre los mayores riesgos como entre los enemigos aplausos, y supuesto que tú has fiado la vida de Ocabita en fe de que sus tratos no bastardearán de su sangre, justo será que él también fíe su libertad y la de su gente de ti, pues eres uno de aquellos que ha puesto el sol por árbitros y dueños de tantas monarquías, la paz a que me convidas acepto, y de la guerra enojosa en que me había empeñado desisto, pues no hay destreza en el valor, como se ve a la corriente de una fortuna deshecha que se apresura en favor de los contrarios; mas persuádete a que así como yo y mi gen-**

te se fían solamente de tu palabra, así quedaremos si faltas a ella superiores a los tuyos en la fama, pues mal podrá ésta ocultar en la posteridad, cuando publiquen nuestras desgracias, que mi nación procedió más noble aunque no tan dichosa.

La respuesta de Alonso Martín fue echarle al cuello los brazos y ratificarle con sus compañeros las promesas anteriores, con que alegres todos dieron aviso al campo de los españoles, que, gozosos del buen suceso, subieron al peñón y con iguales correspondencias regraciaron al Ocabita, viendo que por un medio tan impensado se había conseguido una empresa de que pendía la quietud de todo el reino, y que tan fácilmente se terminase la guerra, a cuya mira estaban tantas naciones suspensas, con el fin de unirse a la parte que saliese victoriosa. Decía Pirro que le había conquistado más provincias la retórica de Cineas que la fuerza de sus ejércitos; y tanto más debió el Nuevo Reino a la persuasiva de Alonso Martín que a las hazañas de tantos héroes famosos, cuanto excede la gloria de conservar a la dicha de adquirir. Diole Gonzalo Suárez las gracias de todo, atribuyendo justamente a su valor y destreza el buen fin de tantas prevenciones, y confirmadas las paces y capitulaciones que asentaron con el Ocabita de no hablar más de la muerte del encomendero, y darle otro que se contentase con un moderado tributo para aliviar su gente, la condujeron a sus pueblos, donde permanecen hasta hoy leales y obedientes al rey, y a su ejemplo quedaron también desde entonces sosegadas todas las provincias de Tunja, donde la fe católica se fue extendiendo, y el culto divino ha crecido hasta el grado que hoy se experimenta en los magníficos templos que se han levantado.

CAPITULO V

EL ADELANTADO LUGO SE PREVIENE PARA SUBIR A SANTAFE: FUNDASE POR SU ORDEN EL BARBUDO, Y SALIENDO DEL CABO DE LA VELA ENCAMINA SU EJERCITO POR EL VALLE DE UPAR, CON VARIOS SUCESOS.

MIENTRAS corrían los acaecimientos que se han referido en el Nuevo Reino, se ocupaba don Alonso Luis de Lugo en poner y quitar ministros de justicia a su voluntad en toda la gobernación de Santa Marta, desde el cabo de La Vela, donde se hallaba; y queriendo dar principio a sus designios con mejor acuerdo que sus antecesores, dispuso una junta de los capitanes y soldados más experimentados que con él se hallaban, para elegir camino que no tuviese los embarazos que se habían encontrado en las jornadas de Quesada y de Lebrón. Y habiéndose conferido largamente sobre la propuesta, resolvieron de común acuerdo que la ruta se debía seguir por el Valle de Upar y sus llanos hasta Sompallón, pueblo (como dijimos) fundado sobre las márgenes del río grande y a la banda de Santa Marta; y así, por ser este rumbo el que parecía más a propósito y para que no se le retardase el viaje, determinó excusar su entrada en Santa Marta, que distará del cabo de La Vela como sesenta leguas de costa, contentándose solamente con remitir órdenes a la ciudad para que de allí acudiesen a su campo algunas personas que habían vuelto con Lebrón, y otras que bajaron a la costa después que Hernán Pérez partió al descubrimiento de El Dorado, por no hallarse bien con el gobier-

no de Gonzalo Suárez Rondón, de los cuales fueron el maese de campo Juan Ruiz de Orjuela, el capitán Jerónimo de Inza, Mateo Sánchez Rey, Hernando de Mora, Juan de Castellanos, Pedro de Acebo, Pedro Martín, Agustín de Castellanos, vecino que fue de Tunja, el capitán Alonso Martín, recién llegado del reino, y otros buenos caudillos que, por aquel tiempo, que ya era principio de marzo del año de cuarenta y dos, estaban en Santa Marta; y como sobre la novedad del gobierno, que siempre arrastra mucho, eran las órdenes muy apretadas, le acudieron todos con buena prevención de armas y caballos, por estar ya los más tan mejorados de caudal que no necesitaban de socorros ajenos. Más, animado con esto el adelantado, y teniendo a punto cinco bergantines en el puerto de Santa Marta, en que puso cantidad de mercancías, pólvora y pertrechos de guerra para la defensa de los indios del río, que por aquel tiempo eran muchos y guerreros, embarcó un buen trozo de soldados, nombrándoles por cabo de los bajeles y de ocho canoas que habían de ir en su convoy, al maese de campo Juan Ruiz de Orjuela, de cuyo valor y capacidad para la administración de cargos mayores tenía el adelantado sobrado conocimiento, y ordenole que si la armada llegase a Sompallón antes que el ejército de tierra, lo esperase allí para disponer unidos lo más conveniente a la jornada.

Dispuesto así esto antes de partirse de aquella gobernación el adelantado, y discurriendo que para navegar aquel río sería de gran conveniencia fundar algún pueblo de españoles en la provincia de los malebuyes (que descubrió el licenciado Santa Cruz al tiempo que gobernaba en Cartagena), para que desde allí se refrenasen las correrías continuas de los indios, mandó al capitán Gonzalo Pérez, justicia mayor de Santa Marta, lo ejecutase por los medios más breves que le fuesen posibles; y como este capitán fuese hombre de mu-

cha actividad, dio luego gente y todos los despachos necesarios para el efecto a Francisco Henríquez, soldado de confianza, el cual, sin perder tiempo en lo que se le ordenaba, fundó dentro de pocos meses una razonable población cercana a otra de indios, que tenía el nombre de la provincia, aunque los españoles, despreciando el antiguo lo llamaron el pueblo del Barbudo, por cuanto el cacique que en él hallaron tenía barbas como los españoles, cosa bien extraña y que pocas veces se ha visto en aquellas costas, donde los que las habitan son generalmente lampiños, si no es ya en el tiempo de la ancianidad, en que les nacen pocos pelos, y éstos muy separados.

No encontró pocas dificultades Francisco Henríquez en la fundación de este pueblo por la valerosa resistencia que halló en sus naturales, que son belicosos, y había de contrastarlos con la opugnación de sólo cincuenta españoles que llevó consigo; pero obrando éstos aun más de lo que pareció posible, y valiéndose de la industria de halagar y acariciar los indios, presentándoles hachas, sal y cuentas de vidrio, preseas las más estimadas de ellos, consiguió la pretensión que llevó, mas tan mal asegurada que no servían los indios si no era en aquellos ministerios que les parecía ser de su propia comodidad; y los españoles, sin adelantar a más el dominio, se entretenían con la esperanza que fundaban en algunas muestras de oro que se descubrían en la comarca, y aun con todo esto no fuera posible que perseverase el pueblo, si después no acudiera con más fuerza de gente desde Santa Marta el capitán Luis de Manjarrés, que de veras sujetó y obligó a que obedeciese a los nuéstros aquella nación, aunque de suyo fiera e intratable. Y a lo que parece de las noticias más claras que se han podido adquirir, fue la causa de esta segunda invasión de Manjarrés haber sido tan cauteloso el trato primero de aquellos indios que, sabiendo estar Francisco Henríquez dispuesto

a poblarse de asiento con su casa y familia en Tamalameque, por serle de mucho interés el repartimiento que allí le había cabido, maquinaron traza para salir de aquel yugo intolerable, que ellos decían tener sobre sí.

Esta la consiguieron más bien dispuesta que la imaginaron, porque, ajeno el Henríquez de aquel riesgo que le amenazaba, arrojó al agua un bergantín de buen porte, y sin más defensa de la que podían hacer Lope Henríquez, su hermano, y Francisco Nieto, su cuñado, con veinte negros desarmados que servían al remo, embarcó a su mujer y las preseas que tenía de más valor, que fueron muchas, por ser hombre de los poderosos de aquella gobernación, y ordenándoles que fuesen delante se detuvo en Santa Marta a concluir la fábrica de otro bergantín en que había de embarcarse él, y como en aquel tiempo estaban de paz todos los indios de la una y otra ribera del río hasta Sompallón, salió el primer bergantín olvidado de aquellos bajíos que la fortuna dispone contra la seguridad más feliz, y como su propio descuido era el piloto, que lo conducía a las manos del enemigo, por la confianza con que inadvertidamente se aventuró a una desdicha, la encontró a pocas jornadas en la crueldad de aquella pérfida canalla, que estando sobre aviso para el asalto, y ensangrentada más mientras la resistencia era menos, acometió tan fieramente al bergantín que a los primeros encuentros no dejó en él persona con vida, si no fue aquella infeliz dama que vivió entonces para que desestimase la vida después, y reservó de la muerte su desgracia para que muchas veces muriese, pues aun a las noticias se ocultó de suerte su fin lastimoso, que jamás pudo saberse la parte en que padeció aprisionada, si bien es de pensarse que su esclavitud sería de tan pocos días como ella contaba de años, porque si la necesidad es cuchillo de la vida, si el atrevimiento escollo en que peligra la honra, y si la villanía

superior la más cruel arma contra la nobleza ultrajada, ¿cómo podía vivir mucho tiempo entre bárbaros, villanos y atrevidos, quien labró su desdicha con las prendas de noble, entendida y honrada, para dejar este lastimoso ejemplo de infelicidad a nuestras noticias? Pues aunque el sentimiento del esposo fue tal que no excusó diligencia para saber de ella, y en el castigo general que Manjarrés hizo en toda aquella banda de Tamalameque se repitieron muchas para lo mismo, ninguna fue bastante para que la protervidad de aquellos infieles manifestase el fin que tuvo aquella dama, que yo calificara siempre por el más cruel golpe para Francisco Henríquez, pues no expresando cuál fuese, siempre concebiría todos los trágicos que pueden caber en los espacios de una hermosura infeliz. Y si la pluma hubiera de empeñarse en otros sucesos iguales a éste, acaecidos en el mismo río, faltara tiempo para lo principal de la historia, pues aun de presente las pocas reliquias que permanecen retiradas de las naciones de Vélez, tienen bien lastimados con sus asaltos algunos ojos, que se han visto en el Nuevo Reino acreditados de muy sensibles con la continuación de sus lágrimas.

Partida, pues, como dijimos ya, la armada de los bergantines, que iba a cargo del maese de campo Orjuela, salió a su jornada el adelantado don Alonso Luis de Lugo, con trescientos españoles y doscientos caballos, algunas bestias de carga, mucho número de gente de servicio y treinta y cinco vacas con sus toros, que fueron las primeras que se vieron en el Nuevo Reino, y se vendieron en precio excesivo al capitán Melchor de Valdés, valeroso caudillo de aquel tiempo y vecino que fue de la ciudad de Ibagué, de quien trataremos cuando llegue el caso de hacer mención de su fundación; y como el rumbo que se eligió para la jurnada fue tan diferente del que llevaron Quesada y Lebrón, fue siguiendo su ruta desde el cabo de

La Vela al sur, encaminándose al Valle de Upar, por la tierra que llaman de Herrera, que atravesó por el remate que se nombra del Jaguei, y donde se encuentra la quebrada de Aguasclaras, hasta llegar a dos ojos de agua clara, aunque no delgada, que forma la tierra, y dispuso allí la Providencia, para los que andan este camino, que desde entonces se llama del Adelantado, y de cuyo sitio se descubre la sierra en que habitaban los indios coronados, en cuyas faldas están ciertas acequias de que se valían aquellas naciones confinantes, y un áspero monte, que después eligieron para fortificarse y formar palenque muchos negros fugitivos de aquella gobernación y de la de Venezuela.

Desde este desembocadero de la sierra tienen principio los llanos espaciosos del gran Valle de Upar, y como las dos cordilleras que lo ciñen estuviesen pobladas de diversas naciones de indios belicosos, al mismo tiempo que el ejército marchaba por lo llano se ocupaba en la conquista de ambas cordilleras, así de la de mano derecha, en que habitan los aruacos, como de la otra, en que moran los itocos, babures, tupes y guanaos, con quienes tuvo diferentes encuentros, aunque no de tanta consideración como deseaban los nuéstros, por el recato con que los indios hacían los asaltos y surtidas, si bien hubo algunas en que los guanaos se llevaron dos soldados, que retuvieron vivos con el fin de cambiarlos por cierta india, señora poderosa entre aquellas naciones, que los nuéstros habían aprisionado, y por su libertad, que se consiguió brevemente, los volvieron libres de daño alguno, suceso que rara o ninguna vez se ha visto practicado en el dejamiento y desatención de aquellos infieles. Pero desembarazados ya los nuéstros de aquella guerra continuada, llegaron a Sompallón, lugar asignado para incorporarse con los que habían partido por el río grande, que se retardaron a causa de la cruel guerra que les movieron de todas partes los moradores de sus

costas, gobernados por un indio que se dio bien a conocer con las obras y nombre temido de Francisquillo.

Este se crio desde muy pequeño en Santa Marta, en la casa de Francisco de Murcia, escribano de cabildo; pero atraído de su patria o guiado de su mala inclinación, aun no había cumplido diez y seis años cuando ausentándose de quien lo había criado, olvidó la fe en que lo habían instruído, y retirado a aquellas montañas del río supo disponer con tal arte su fortuna entre los indios, que siendo de la corta edad que va referida, se apropió tal imperio sobre todos los pueblos, que obedeciéndole conformes como a rey soberano, se hacían por su disposición todas aquellas hostilidades que podía ejecutar su mal ánimo contra los españoles, de quienes fue acérrimo enemigo, y lo manifestó con asaltos y encuentros peligrosos que tuvo con ellos, en que perecieron algunos heridos de las flechas envenenadas que usaban los indios cuando los designios de Francisquillo se ponían por obra, de los cuales el más particular era que saliesen los suyos a todas las partes de río donde llegase la armada de los bergantines, con señales de paz y copia de vituallas, que era el cebo para que arribasen los nuéstros, por la falta de víveres con que en aquellos tiempos se hacía tan peligrosa la navegación, y que habiendo comido a gusto y concluídas las cortesías últimas con muestras de amor, se portasen de suerte que al tiempo de levantarse los vasos, les hiciesen la salva con una rociada de flechas y jaculillos, rompiendo en guerra abierta, sin dejar arte ni camino de ofenderlos como a enemigos que afirmaban ser de la libertad indiana.

De estos indios aprisionaron los españoles algunos, y preguntada la causa que tenían para socorrerlos con vituallas tan generosamente, si aquellos beneficios habían de rematar siempre en guerras tan declaradas, respondieron que Francisquillo les decía que hacer la guerra a los contrarios

con hambre era traza ejecutada por ánimos viles, porque los espíritus grandes nunca empleaban sus fuerzas en los que las tenían postradas a la necesidad, y que así debían los suyos dar a los españoles todo el bastimento que les pidiesen, para que no se dijese de ellos que peleaban con enemigos débiles, sino con españoles, cuando no tuviesen disculpa de ser vencidos. De esta suerte, asaltada a cada paso, siguió la armada su ruta hasta Sompallón, donde ya esperaba el adelantado con su ejército, y cuanto se complació con su vista, tanto se apesaró después de saber que habían muerto en Tamalameque dos capitanes famosos, que fueron Juan Núñez y Alonso Martín, teniendo este último por humilde losa para el recuerdo de sus hazañas la misma ribera en que sus enemigos tanas veces lo aclamaron victorioso en la jornada antecedente de Lebrón. Estos dos capitanes lo eran de bergantines propios en que llevaban géneros de Castilla, que valdrían más de cien mil ducados de plata en el reino; y aunque la disposición de sus testamentos fue ajustada, el cumplimiento no le correspondió, porque el adelantado, al tiempo que se hicieron las almonedas y la de su teniente general, Juan Benítez Pereira, en el mismo lugar de Sompallón, dispuso que uno de sus criados hiciese las posturas y se le rematasen las más preseas y géneros en precios tan bajos, que los que valían más de mil quinientos pesos de buen oro sacaba por menos de cincuenta. ¡Notable desahogo de gobernador!, y bien reparable, a no haber pasado a costumbre en tantas partes de las Indias. Pero estas conveniencias que tuvo en estos bienes no consiguió con los del capitán Jerónimo de Inza, por haber muerto antes de salir de Santa Marta, donde su hacienda, que fue muy considerable, se distribuyó por su orden en obras pías, dejando claro nombre de sí, no menos por las disposiciones de su muerte que por los empleos heroicos de su vida.

Rematados, pues, así, los bienes de los capitanes difuntos, y bien aprovechado Lugo en los días que ocupó hasta el ocho de mayo, trató luégo de proseguir su jornada desde allí por el mismo rumbo que los ejércitos de Quesada y Lebrón habían llevado. Pero son tan iguales los trabajos y miserias de todos, que tengo por mejor no repetirlas, cuando basta para reconocerlas el saber que después de cuatro meses de jornada faltaban ya del ejército más de cien hombres y de los caballos más de ciento sesenta, y a este respecto de la gente de servicio y ganados que llevaban, siendo las fatigas del camino y las enfermedades tantas, que muchas veces desconfió el adelantado de poder llegar al reino, según le ocurrían los embarazos, pensamiento con que, afligido muchas veces, se entristecía de suerte que recataba lo viesen; y aun estuvo talvez determinado a dar vuelta al puerto en que había dejado los bergantines, y de allí a Santa Marta, desesperado de una empresa en que tantas dificultades se le ponían delante. Pero reconocido este desconsuelo por Juan de Castellanos, le ofreció que dándole veinticinco hombres que lo acompañasen se adelantaría a la ciudad de Vélez para disponer que de allí fuese socorrido el campo, empresa que facilitaba su ánimo y la experiencia que tenía de los caminos por haber sido uno de los soldados que subieron al reino con Gonzalo Jiménez de Quesada. Con esta oferta, bien admitida de Lugo por la esperanza que abría a sus primeros designios, y dejada a la voluntad de Castellanos la elección de los compañeros, se previnieron de buenas armas, y partidos del ejército sin más alimento que algunas raíces de bijao que les ofrecía el monte, siguieron su difícil empresa por espacio de ocho días, tiempo en que llegaron a la sierra de Atún tan debilitados de hambre, que aun aliento para sufrir el peso de las armas no tenían; pero reconocido este aprieto por un esclavo negro que iba con ellos, a quien llamaban Manga-

longa, y deseoso de buscarles algún socorro, como quien se hallaba entre todos con más vigor para sufrir los trabajos, se apartó de ellos, y siguiendo una senda que encontró al acaso, se halló a poco trecho en un pueblo en que a la sazón habían concurrido tantos indios, que receloso de morir a sus manos, y sin darle tiempo el temor para otra cosa, volvió huyendo a los suyos y dando alarma, porque alterados los bárbaros con su vista lo seguían hacia la parte por donde iban los españoles, por los cuales pasó Mangalonga sin detenerse: mas ellos, viendo las temerosas demostraciones con que iba, y cogidos también del espanto, huyeron tan desordenadamente que, dejándose atrás a Juan de Carvajal, un buen soldado que por su flaqueza no pudo correr tanto como ellos, fueron causa de que cayese en poder de los indios, que inhumanamente cargaron sobre él a despicar su fiereza, dándose por contentos del prisionero sin pasar más adelante en alcance de los veinticuatro restantes, que fue su total remedio, aunque comprado a precio de la vida de Carvajal, que luégo la perdió a sus manos con diferentes géneros de muerte.

El susto que padecieron los que huían fue tanto que sin dar lugar a unirse aportaron por aquellos montes a las partes que el temor los conducía; pero Francisco de Barajas y Otelo, que acertaron a correr juntos hacia un río cuya corriente iba siguiendo el campo a la parte de su nacimiento, viéndose faltos de vigor para caminar por tierra hicieron una balsa de maderos livianos, en la cual, faltos de sustento y fiados en la Providencia divina, se entrégaron a las aguas; mas ella, que no falta a los que tan de corazón como éstos dos soldados invocaban a María Santísima (como confesaron muchas veces) los proveyó de cierta fruta no conocida hasta entonces de los nuéstros, a la que llamaron nísperos, más por la semejanza del sabor que de la apariencia, y determináronse a comer de ella viendo que así lo hacían los micos y

monos de que abundan aquellos montes, por tener ya experiencia de que esta especie de animales no come fruta alguna que sea nociva a los hombres. Con este socorro, encontrado tan a tiempo, y por no privarse de él, les fue preciso saltar en tierra y caminar por ella algunos días, bien temerosos de algún fin desastrado que les hubiera sido forzoso, a no encontrarse cuando menos pensaban con Mateo Sánchez Rey, que con algunos gastadores iba por un cañaveral abriendo camino para que pasase el ejército, que distaba una jornada; y como las dichas no previstas más se extrañan que alegran a los infelices, fue celebrada ésta con lágrimas (demostración fúnebre en que talvez rebosan los gozos de una buena fortuna) correspondiendo a ellas el piadoso genovés viéndolos tan débiles, que más parecían cuerpos difuntos que españoles vivos; y como las acciones generosas sean hijas de la nobleza, para acreditarlo así los socorrió luégo con cecina de caballos que morían, y algunos granos de maíz tostado, alimento que tenía reservado para sí y el regalo de más estimación que por entonces podía encontrarse.

Animados con el socorro Barajas y Otelo, le dieron cuenta de su desgracia y del suceso de los compañeros, y Mateo Sánchez avisó luégo al adelantado para que se reparase aquel daño, como lo hizo disponiendo que el capitán Lorenzo Martín, con doce infantes los menos impedidos, partiese al socorro, encaminándose a la parte donde los dos españoles dijesen haberse dividido los demás de su compañía, y procurase auxiliarlos a todos siendo posible, o hallar algunos de los que se habían ocultado en los montes. Y para que más bien se considere el miserable estado a que llegó el ejército del adelantado, socorrió a cada uno de los doce con un cuarterón de queso de Canaria y dos velas de sebo de ración, sustento débil y asqueroso y que les había de servir todo el tiempo que se ocupasen en la jornada. Pero ya los aprietos del

hambre eran tales, que Fernando Suárez, uno de los que iban a la facción, se comió una de las velas en presencia del adelantado, saboreándose con ella como pudiera con el diacitrón más regalado, y aun recorriendo los pabilos por no dejar de algún modo quejosa la extrema necesidad que padecía. Con este socorro, pues, partió Lorenzo Martín con los doce compañeros sufridores de trabajos y fatigas las más grandes, pues las que padecieron pudieran causar asombro a aquellos invencibles españoles que rompieron las nieves y rocas de los Alpes, para que, a pesar de los elementos opuestos, triunfase el mejor africano de toda la potencia romana. Mas habiendo llegado al sitio que les mostró Barajas ser el mismo en que fue rota la gente de Juan de Castellanos, dispararon algunos tiros de arcabuz, a cuyos golpes repetidos acudieron luégo Castellanos, Valderrama, Mangalonga y Francisco de Henao con otros doce compañeros, aunque tan desfigurados de los trabajos padecidos que solamente descubrían las pieles y huesos como en trofeo de su paciencia, no habiendo sido ésta bastante para que los demás, que se despartieron por los montes, dejasen de perecer al aprieto del rigor y del hambre.

Este socorro impensado, cuando tenían por infalible la muerte, les fue de tanto alivio que, alegres de su dicha, se abrazaban a un tiempo derramando lágrimas en festivas señales de su gozo, y lo más cierto, porque no causaban menos lástima los unos que los otros; mas como Lorenzo Martín tuviese muchas experiencias de semejantes lances en que se había hallado, y supiese que divertidos los males atormentan menos, y él fuese dotado de buena gracia y facilidad en la poesía, que permitía su profesión militar y el estilo de aquellos tiempos, procuraba divertirlos unas veces con donaires y otras con versos que les decía, y lo consiguió de suerte que, olvidados de la necesidad presente, parecía no haber pasado por ellos

los trabajos referidos; con que animados así los unos y otros, y visto el estado en que se hallaban, resolvieron por menos peligroso acometer al pueblo descubierto por Mangalonga, asaltándolo al romper el día, por ver si encontraban alguna vitualia; pero salió tan contrario este designio que cuando lo ejecutaron estaba ya el pueblo reducido a cenizas, y todos sus vecinos retirados a diferente sitio, como es costumbre entre aquellas naciones cuando saben que las extranjeras tienen ya noticia de los lugares en que habitan. Y fue de suerte que los nuéstros no tuvieron allí menos peligroso alojamiento que el pasado, que les tuvieron prevenido las montañas, mas el hambre, solícita investigadora de los secretos más arcanos de la avaricia, no dejó por todo el contorno cueva ni lugar oculto que no escudriñase, hasta que en algunos de los más retirados halló una razonable cantidad de maíz y raíces con que se reformaron de fuerza y salud hasta que llegó lo restante del campo, que fue dentro de muy pocos días.

CAPITULO VI

PASA ROBLEDO PRESO A ESTOS REINOS: HEREDIA Y BENALCAZAR SE APODERAN ALTERNADAMENTE DE ANTIOQUIA DESPUES QUE SE FUNDO LA CIUDAD DE ARMA, Y LUGO PROSIGUE SU JORNADA HASTA LA CIUDAD DE VELEZ.

POBLADAS las villas de Anserma, Cartago y Antioquia por el capitán Jorge Robledo, y pareciéndole que los méritos adquiridos en sus descubrimientos y conquistas bastaban para la pretensión de alguna merced real, con que pudiese continuar sus servicios sin el resentimiento de hallarse sujeto a cabo superior, a que lo encendían honrosamente la envidia de los premios conseguidos por Benalcázar y otros que no tenía por más beneméritos que a sí, dijo a su gente que resolvía volver a Cartago, para lo cual convendría le diesen treinta hombres que lo escoltasen, de cuya artificiosa propuesta se valió para lograr los ocultos designios con que se gobernó siempre, pues habiéndole respondido que sería de menos inconveniente pasar con doce hombres a Cartagena y de allí a Cartago, que llevarle los treinta que pedía, cuando necesitaban de muchos más para el resguardo de tantos enemigos como había en la provincia, aceptó la oferta y salió para Cartagena a ocho de enero de este año de cuarenta y dos, y atravesados los valles de Nori y Guaca, arribó en dos días a la sierra de Abide, de donde salió con gran trabajo por estar ya cerrados los caminos que el licenciado Badillo y Luis Bernal abrieron. Pero caminando siempre a poniente llegó a un río

de los muchos que entran en el grande del Darién, según la relación de un negro que iba en la tropa y decía conocerlo; y aunque la falta de vituallas obligó a los que lo escoltaban a proponerle matase los caballos para comer y se arrojasen en balsas por el río en demanda del mar del norte, Robledo no vino en ello, pareciéndole cosa muy arriesgada ponerse en lance de ser sentido de los indios de sus riberas, y más cuando de puro desmontar tenían tan botos los filos de las espadas y machetes de que podían valerse, como aguzados los del hambre, con quien valerse no podían, y así prosiguió en su rumbo contentándose con matar un caballo para el sustento de los indios de servicio que por falta de maíz perecían, hasta que dieron en un pedazo de tierra que les pareció roza, donde con poca diligencia descubrieron sembrados tres granos de ají o pimiento, de que recibieron grande alegría por parecerles que estaban ya cercanos a alguna población.

A pocos pasos que dieron salió cierta la sospecha, pues precediendo algunos gritos de papagayos y aplicando la vista a la parte en que los daban, descubrieron una roza en sazón de hasta cien fanegadas de maíz, que fue para ellos el único remedio de la vida, por ir ya tan desfallecidos y con las bocas tan llagadas de la actividad de las yerbas no conocidas que comían, que a no tener este encuentro tuvieran el de la muerte. A esta dicha se llegó la de encontrarse ocho días después con un indio que estaba pescando, y a las preguntas que le hacían respondía solamente: San Sebastián, San Sebastián, palabra en que los nuéstros entendieron lo mismo que él pretendía explicar, pues juntamente señalaba con la mano a la ciudad, que distaba de allí quince leguas y había fundado en la culata de Urabá el adelantado Heredia, como dijimos. A las voces acudieron luégo otros indios con sus arcos y flechas, y conociendo a Juan de Frades, que había militado en aquellos países,

se lanzaron a abrazarlo llamándolo por su nombre y proveyendo a todos de aves, maíz y frutas, los encaminaron a San Sebastián de Buenavista, adonde llegando destrozados hallaron en el gobierno de la ciudad al capitán Alonso de Heredia, a quien la maravilla de que tan pocos españoles hubiesen atravesado con tanto valor por aquellas tierras ásperas y pobladas de indios guerreros no bastó para que el buen tratamiento que debía hacerles de compasión no lo trocase por el rigor de prenderlos y desvalijarlos de cuanto oro llevaban, por codicia infame, a que acudiendo luégo el adelantado su hermano fulminó causa contra Robledo, con el pretexto de que estando la villa de Antioquia dentro de la jurisdicción de Cartagena, se la había usurpado poblándola, y preso con los autos lo remitió a estos reinos con justo pesar de Robledo, pues aunque el viajo era conforme a su pretensión, no quisiera hacerlo con nombre de reo.

En viéndose preso y reconocida la intención de don Pedro de Heredia, que era de entrarse a ocupar todo cuanto en las provincias de Hebéjico y Arbi había descubierto y pacificado, cosa que no podía estar bien a los propios intereses que lo traían a Castilla, ordenó a Pedro de Cieza de León, que era uno de los doce que lo habían escoltado, fuese luégo a dar cuenta a la Audiencia de Panamá de los intentos de Heredia, con el color de que se excusase el rompimiento a que podía llegar por ello con el adelantado Sebastián de Benalcázar, el cual, por este tiempo, sentía tan mal del capitán Jorge Robledo por haber desamparado sin su orden la conquista de aquellas provincias y la nueva población de Antioquia, aunque fuese con la intención de volver a Cartago, que lo declaró por desertor de su oficio y de todo lo demás que tenía a su cargo, en cuyo tiempo llegó Pedro de Cieza a Panamá, y cumplida su comisión pasó a Popayán, donde halló con el sentimiento referido a Benalcázar, que aumentó con la sospecha de los de-

signios que lo podían traer a Castilla, de que resultó hacer nuevos procesos y cúmulo de declaraciones contra él, pareciéndole bastarían a inhabilitarlo de cualquiera merced que le pudiesen hacer en perjuicio suyo.

Don Pedro de Heredia, por otra parte, resuelto a emprender lo mismo que tenía sospechado Robledo después que lo remitió a estos reinos, salió de San Sebastián a los diez y seis de marzo, y atravesando con buen golpe de gente y caballos los mismos países que de presente tiene por imposibles de conquistar el dejamiento de los indianos, y llegado a la villa de Antioquia fue requerido por Antonio Pimentel (que a la sazón era alcalde) a que pues. en aquella villa vivían con la quietud en que la habían fundado y era su gobernador el adelantado Benalcázar, no tratase de inquietarlos sino de volverse a su gobierno; pero la respuesta fue prender al alcalde y regidores y declararse gobernador de la provincia, alegando que, además de ser lo que obraba tan conveniente al servicio del rey, le pertenecía la dicha provincia como comprendida en los títulos y términos de su gobernación, a que no asintiendo Alvaro de Mendoza ni otros vecinos de la villa, se salieron de ella, y a pocas jornadas se encontraron con el capitán Juan de Cabrera, lugarteniente de Benalcázar, que de orden suya iba a aprehender a Jorge Robledo por los motivos que había sacado de la relación de Pedro de Cieza, como se ha dicho. Noticioso, pues, de todo, el Cabrera, se dio cuanta priesa pudo y llegó a Antioquia a tiempo que el adelantado Heredia había despachado parte de su gente a la pacificación de un lugar vecino que andaba alterado; por cuya causa, aunque resuelto a resistir a Cabrera, hizo cuanto pudo a fuer de soldado; el otro se hubo tan valerosamente que entró por fuerza de armas a la villa y prendió al adelantado, de cuyo encuentro salieron algunos heridos, y porque al Cabrera le pareció no estar bien

fundada entre la aspereza de tantas breñas, la mudó al valle de Nori, donde permanece dos leguas distante del Cauca a las márgenes del río Tonusco, abundante de los mejores pataloes que se crían en las Indias, y a cuyas aguas atribuyen las calidades del lete cuantos las reconocen por imán de forasteros.

Yace esta ciudad al nordeste de Popayán, poco más de cien leguas distante, en la provincia de Hebéjico, tan famosa por la riqueza de su cerro de Buriticá, como por otros muchos minerales que tiene de oro, jacintos, granates y cristal de roca con tal abundancia de todo, que así por los que concurren a comerciar en ella estos géneros, como por la fertilidad que tiene para socorrerla de víveres el valle de Aburrá, en que tantos han mejorado de vida con las chagualas que hallaron en sepulcros y guacas, ha llegado a ser lugar de quinientos vecinos, los más de ellos de grueso caudal, y entre quienes apenas se hallará alguno que no se sirva con vajilla de plata. Bien crecido número para ciudad que estando tan retirada de las primeras de Indias y en región tan cálida, no goza de las conveniencias de puerto. Fortaleciola próvidamente la naturaleza de tunos y espinos que la amurallan contra las invasiones de indios guerreros, pues en ellos ha librado la defensa de muchos años contra sus cuerpos desnudos. Goza de tal sanidad su temperamento, aunque calidísimo, que no admite serenos, como se experimenta dejando en las calles o patios algún pliego de papel para reconocer la certidumbre con que se dice que lo hallan tan seco a la mañana, como lo pusieron la noche antecedente. Diósele título de ciudad en primero de abril del año de 1544. Es cabeza de gobierno y compréndense en él las ciudades de Zaragoza, Cáceres, el Guamocó, Arma y Caramanta, con la villa de Aburrá. Su moneda usual para el comercio es de oro en polvo. En lo espiritual está sujeta su iglesia parroquial a la

catedral de Popayán. No tiene religión alguna fundada, y a pocas leguas en una población de indios se venera la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Sopetrán, cuyo prodigio repetido de rebosar la manteca de su lámpara es anuncio seguro de maravillas mayores, y debiose este tesoro a la fervorosa devoción del oidor don Francisco de Herrera Campuzano, natural de la villa de Hita, y al transporte que de él hizo desde Santafé el capitán Agustín Antolínez de Burgos, natural de Valladolid.

De sus primeros conquistadores se conservan algunas reliquias, aunque las menos veneradas, como sucede en todas las demás partes de Indias, con quienes, mezcladas algunas casas forasteras, han producido muchas nobles familias, que cada día se van ilustrando más, pues si para ello bastan las armas, sus naturales son los que mejor cuenta han dado de sí en las guerras del Chocó. Si se requieren letras, podrán testificar las escuelas del Nuevo Reino y Quito, que los criollos de Antioquia, Cáceres y Zaragoza acreditan siempre haber sido criados en minerales de oro; y si este metal es el que realza prendas tan relevantes, a muy pocos ha desamparado la fortuna en esta parte. Hecha, pues, la nueva fundación de Antioquia por Juan de Cabrera, y dejando en ella por gobernador a Isidro de Tapia, natural de Madrid, dio vuelta a Cali, y con la noticia de que el adelantado Benalcázar había pasado a Cartago, fue en su demanda a darle cuenta de la prisión de don Pedro de Heredia, a quien, sin verlo, remitió con guardias por el mar del sur a la Audiencia de Panamá para que le castigase el exceso de haber usurpado ajena jurisdicción, mientras él, ocupado en allanar la provincia de Arma, no lograba medio de cuantos probó su industria para pacificarla: tan obstinada fue siempre como esto la ferocidad de aquellos bárbaros. Pero viendo que no podía ya de otra manera sojuzgarlos, resolvió fundar allí

una ciudad que llamó Santiago de Arma, distante diez y seis leguas de Anserma y cincuenta de Popayán, al nordeste; poblola el capitán Miguel Muñoz, y aunque abundante de minas de oro, ya sea por el mal terreno, ya por falta de naturales, procedida de haberlos tenido tan crueles que se comían padres a hijos, y hermanos a hermanos, ha llegado de presente a tal disminución que apenas entre algunos vecinos conserva el nombre que la ha hecho famosa, con haber sido sus términos teatro de la lastimosa tragedia del mariscal Jorge Robledo.

El adelantado Heredia, en el interin, había negociado bien en Panamá y vuelto a Cartagena con resolución de tomar venganza del desaire padecido en su prisión (y llamaba desaire no haber permitido Benalcázar que a él se le hiciese otro mayor) trató luégo de ir otra vez a Antioquia con cien infantes, sin perder tiempo en otras prevenciones que pudiese suplir el valor; y fuese ya por no haberle podido resistir Isidro de Tapia, que se hallaba con menos gente, o porque siendo ambos naturales de Madrid y amigos antiguos, se conformaron en perjuicio de Benalcázar, como discurrieron algunos, el Heredia se apoderó segunda vez de Antioquia y repartida la tierra entre sus parciales, salió en demanda de la junta del Cauca y río grande, y pasada la puente de Bremico dio en unas serranías ásperas en que después se fundó la ciudad de San Juan de Rodas, y de donde se volvió por la falta que tenía de caballos para pasar adelante. En este tiempo el adelantado Benalcázar había enviado por gobernador de Antioquia al bachiller Madroñero, hombre de maña y esfuerzo para todo, y que hallándola con alguna falta de los parciales de Heredia, lanzó de ella los que tenía dentro y repartió la tierra entre los suyos, gobernando hasta tanto que necesitó de volver a Cali a dar satisfacción a Benalcázar de algunas quejas que contra él le habían escrito; con cuya

ausencia se dio tiempo para que vuelto Heredia de su descubrimiento recobrase la ciudad de sus contrarios, de quienes prendió algunos y repartió cuarta vez la tierra, de suerte que primero la repartió Robledo, luégo Heredia, después Madroñero y esta última que referimos otra vez Heredia, y dejando por su lugarteniente al licenciado Gallegos, que desde la retirada del río grande se ocupaba en la conquista de las provincias de arriba, resolvió parecer personalmente a la defensa de un juez de residencia, que contra él había llegado a Cartagena. Madroñero entonces, noticioso de la partida del adelantado Heredia, revolvió con poca gente sobre la ciudad, y apoderándose de ella entre los embarazos que pudo ocasionar a sus contrarios con el sobresalto intempestivo de la invasión, aprisionó al licenciado Gallegos y con otros lo remitió a la cárcel de Cali, de donde lo sacaron los aprietos en que se hallaba el virrey Blasco Núñez Vela, para que después de las varias fortunas que tuvo en la guerra por todo el curso de su vida experimentase la mejor muriendo gloriosamente en la batalla de Añaquito, de que me ha parecido dar cuenta anticipada, por concluir con la infeliz jornada del adelantado don Alonso Luis de Lugo.

Retírase tan presto el semblante de las humanas felicidades, que apenas (como dijimos al capítulo antecedente) se alegraron los soldados de Lugo viéndose unidos, cuando reconocieron su mayor peligro hallándose juntos; por una parte consideraban en la falta de vituallas su riesgo, y por otra en el rigor de las enfermedades su ruina; ni para evitar ésta discurría medio útil la consulta de algunos, ni para detener aquélla encontraba socorro la diligencia de todos. Pero como entre los inconvenientes donde se embaraza el más atento desvelo, es prudente consejo abrazar el primero que facilitare la necesidad, y ésta le proponía al adelantado, para el reparo de su gente, el socorro

de las vacas que llevaba en el campo con esperanza de que el beneficio del tiempo abriría algún camino a mejorar fortuna, comenzó a repartir de algunas que hizo matar, raciones tan limitadas que solamente sirviesen de entretener la vida de aquellos que por horas esperaban la muerte; mas de éste, que pareció remedio eficaz para el aprieto, resultó mayor daño para los suyos, porque, acostumbrados a la debilidad de mantenimientos de yerbas y raíces que producían los montes, solamente sirvió el socorro de la carne de que se introdujese en su ejército otro nuevo achaque de que perecían muchos y peligraban todos: infeliz estado aquel en que el alimento ejecuta la misma pena a que condenaba el hambre. Viéndose, pues, don Alonso en éste que pareció último desengaño para desconfiar de la empresa, trataba ya en público de volverse a Santa Marta, como quien pretendía reservar las reliquias de su ejército en las resoluciones de su arrepentimiento; pero llegando esta determinación a la noticia de un negro llamado Gaspar, que iba en el campo, se presentó intrépido en la presencia del adelantado y le aseguró que en el término de quince días daría noticia en el reino del estado en que se hallaba, para que lo socorriesen, si a él se le aseguraba la libertad que apetecía, pues aunque el riesgo era grande, confiaba salir de él, como quien otra vez había trajinado aquellos caminos con el dueño a quien servía cuando Lebrón subió al reino.

No pudo la promesa ser más conforme al deseo del adelantado, pues aunque asegurada por tan humilde sujeto confiaba se movería con él toda la máquina de sus designios, siendo para su pretensión el más a propósito; y así, habiéndole prometido la libertad que pedía, cumpliendo primero lo que tenía ofrecido, y si no lo cumplía amenazándolo con la pena de quitarle las narices y las orejas (palabras de que se valen de ordinario los españoles para que obedezcan prontamente los de

esta nación), le dijo por último que se partiese luego: y como acaso se hallasen presentes a lo referido Antonio de Berrío, natural de Granada, y otros ocho mancebos animosos que lo imitaban en la poca edad y mucho valor, el Berrío entonces, terciando por el negro o por habérsele encendido el ánimo con la emulación, o porque debió de ser echado de ellos para tener ocasión de lograr su intento, le dijo al adelantado que pues el negro no temía los peligros que se podían encontrar en la empresa, no lo amedrentase su señoría representándoselos mayores; y para que todos se asegurasen de que el negro cumpliría su palabra, él y los ocho infantes que estaban en su compañía se ofrecían a escoltarlo hasta el reino, con firme esperanza de que por aquel medio había de socorrerse el ejército, de suerte que llegase entero. No pudo excusar agradecimientos debidos el adelantado a tan noble oferta, cuando aun solamente con la hecha por el negro Gaspar se prometía dichose término a tantos trabajos; y así, remitiendo a mejor fortuna el premio de aquel servicio, hizo que de su despensa diesen a cada cual de los nueve un cuarterón de queso y tres o cuatro cabezas de ajos, que fue todo el socorro que pudo caber en los términos del aprieto en que se hallaban.

De esta suerte proveídos (porque en las Indias no hay más ayudas de costa para servir con fidelidad en las guerras), dieron principio al empeño, entregándose voluntariamente a los accidentes peligrosos de aquella jornada, siguiendo las pisadas del negro, que diestramente los guiaba por aquellos montes ásperos y sombríos de las sierras de Opón, que tantas veces fueron lastimoso sepulcro de españoles, mientras no se halló camino que con riesgos menores se frecuentase para entrar en el Nuevo Reino. Pero como esta entrada de los nueve españoles no pudiese ocultarse a los bárbaros que habitan aquellos contornos, se supo después que los del valle del Alférez dieron noticia a los

que ya estaban sujetos a Vélez, y éstos a sus encomenderos, de cómo iban por la montaña otros muchos españoles, que no teniéndola por cierta y con deseo de saber la verdad despacharon por la ruta que señalaban los indios pacíficos diez hombres, de los cuales fueron los cuatro Diego Gómez, Gabriel Fernández, Pedro Gutiérrez y Martín Fernández de las Islas, que, con riesgos y trabajos tales que de cada cual pudiera referirse hazañas heroicas en vencerlos, partidos de Vélez siguieron su ruta con orden de que certificasen de todo y volviesen con la nueva de las noticias que hallasen de la entrada de los españoles, para que de Vélez saliese más gente al encuentro con socorro de víveres, como quienes sabían la penuria que se padecía de ellos por aquellos montes.

Bien la experimentaron Berrío y compañeros, aunque su paciencia y valor habían sufrido las hostilidades del hambre, de suerte que a su pesar habían ya contrastado con la aspereza de la montaña al tiempo que los que iban de Vélez con muchos indios yaconas se hallaban cercanos a ella. Mas, no habían los de Berrío descubierto bien la tierra limpia cuando vieron a los otros bajando por una colina rasa, y como seguían el mismo rumbo que ellos llevaban y na pudieron hacer distinción de las personas, juzgando que serían algunos indios de los que contrataban con las naciones de Vélez, se emboscaron entre las matas que ciñen las entradas del bosque con pretensión de asaltarlos de repente y aprovecharse de las vituallas que llevasen; mas, como fuesen llegando los de Vélez al sitio en que Berrío los esperaba, reconocieron los suyos por el traje y el idioma en que iban platicando ser todos españoles; y así, arrebatados de aquel gozo con que de repente suele una favorable fortuna asaltar los descuidos de una continuada desgracia, salieron de tropel de la emboscada y saludando cortesmente a los de Vélez que, recobrados del susto, correspondieron con

demostraciones iguales al gozo de haber encontrado tan brevemente a los mismos de quienes llevaban noticia, supieron el estado miserable de los demás, y cómo don Alonso Luis de Lugo iba con el gobierno de Santa Marta y Nuevo Reino; y porque Martín de las Islas y otros cuatro que lo conocían desde que estuvo en Santa Marta con el adelantado su padre, determinaron pasar adelante hasta encontrarlo, y que los seis compañeros diesen vuelta a Vélez, con Berrío y los suyos, para avisar de todo al capitán Rondón, que gobernaba entonces el reino por ausencia de Hernán Pérez, y como éste recibiese carta en la ciudad de Tunja en que el cabildo de Vélez le hacía relación de cuanto había sabido, llamó luégo a García Arias Maldonado, al capitán Pineda, a Hernán Venegas, Pedro de Colmenares y a otros caballeros de su séquito con los cuales, lo más bien proveído que le fue posible, salió de Tunja en demanda del nuevo gobernador, llevando por delante gran número de indios con abundancia de víveres, dispuestos en la ciudad de Vélez, y para que fabricasen casas y ramadas en todas las partes que alojase el ejército desde que saliese a la tierra limpia, socorro que le pareció forzoso, según el aprieto que concibió padecería entonces, pues eran pasados ya treinta días desde que Antonio de Berrío se apartó de él.

En el tiempo que se practicaban estas prevenciones se hallaba el adelantado tan ajeno de semejante dicha, que era lo que menos presumía su desconfianza, y aun se persuadía a que el suceso de Berrío habría sido muy contrario a sus deseos, que viene a ser la balanza en que ordinariamente cargan el juicio los desgraciados; y así, reconociendo cada día más el peligro con la tardanza de Antonio de Berrío, de quien sospechaba algún fin desastrado, determinó al día siguiente del en que se hallaba (que fue lunes) recoger las reliquias de su gente y con ellas dar vuelta a la costa de San-

ta Marta. Hallándose con este pensamiento no poco afligido, aquel mismo día sobre tarde entró por el campo Martín Fernández de las Islas con sus compañeros, y como de los más antiguos de la costa fuesen conocidos, corrieron a gran priesa a la tienda del adelantado pidiéndole albricias del socorro y dicha que se prometían, y aun no bien enterado, preguntaba la causa de su alborozo, cuando se le puso delante Martín Fernández pidiéndole la mano, a que el adelantado correspondió con semblante risueño diciéndole: Martín, en esta sierra, de quien se esquiva siempre la claridad del cielo, claro está que había de ser hombre de mi patria el mensajero de la luz y de la esperanza, y así cuantos peligros amenazaron nuestras vidas se conmutan ya en seguridades que nos promete tan diligente guía. De aquí pasó a preguntarle el estado de las provincias y de sus moradores, enderezando siempre las palabras a descubrir caminos de su conveniencia. Pocas horas antes no pensaba en más interés que el de la vida, y ya parece que no apetece la vida sino para pensar en sus intereses. Este es el lunar con que la codicia afea talvez los más primorosos esmeros de la naturaleza. Tenía el adelantado ilustres prendas de sangre y valor para ser bien quisto, y nada parecía que tenía teniendo codicia. Desmiéntense todos los vicios a la sombra de un corazón liberal, y ahóganse las virtudes más grandes entre la sed de un espíritu codicioso. Para estos dos extremos previno la fama todo el caudal de los pueblos: desprecios para la codicia, téngala quien la tuviere, y aplausos para la generosidad, aunque se administre por los más viciosos.

Bien satisfecho, pues, Lugo, de la relación de Martín Fernández, dispuso salir de aquel sitio al siguiente día en demanda del Nuevo Reino; y como los de Vélez estuviesen tan cursados en el conocimiento de aquellos caminos, se les fue haciendo a los del ejército desde entonces menos molesta la marcha, aunque de los enfermos no fueron pocos

los que quedaron muertos antes de salir de la montaña. Pero cuando ya se hallaron libres de su aspereza, fueron recibidos con aplauso increíble del capitán Rondón y demás caballeros de su comitiva, que próvidamente tenían dispuestas por el camino casas y chozas en que hospedarlos con la decencia debida a quien los gobernaba. Hallaban las mesas abastecidas de los mejores alimentos de la tierra, como fueron venados, conejos, tórtolas y perdices, grande abundancia de pan de maíz, yuca y batata para los soldados y razonable copia de bizcocho para el adelantado y gente lustrosa, a quienes agradó mucho hallar jamones tan buenos como los de Rute, hechos en el reino desde que estuvo en él el adelantado Benalcázar, que fue el primero que entró en sus provincias ganado de cerda y gallinas, aunque éstas las había de antes por haberlas introducido Frederman desde Venezuela, de cuya abundancia gozaron todos hasta la ciudad de Vélez, donde llegó el adelantado a tres de mayo del año de 1543, por haber terminado ya el de cuarenta y dos sin otra novedad para aquellos reinos que la de haber presentado su majestad por obispo de Cartagena a fray Francisco de Benavides, hijo de los marqueses de Fromesta, religioso jerónimo, y por primero del Nuevo Reino y Santa Marta a fray Martín de Calatayud, de la misma orden, que sucedió al doctor don Juan Fernández de Angulo, fallecido el mismo año al combate de melancolías y disgustos que se le ocasionaron ejerciendo el gobierno de aquella provincia. Arribó, pues, Lugo, tan fatigado de los males pasados, que de trescientos hombres que sacó de la costa solamente le quedaron los setenta y cinco, y de doscientos caballos, los treinta; por donde se reconoce que tal fue la aspereza de los caminos y cuántas alabanzas se deben a la constancia de Gonzalo Jiménez de Quesada, pues solamente pudo vencer con ella dificultades que, aun allanadas por dos o tres veces, le parecieron incontrastables a Lugo.

LIBRO DECIMO

SAQUEAN LOS FRANCESES A SANTA MARTA Y CARTAGENA.—PRINCIPIOS DE LUGO EN SU GOBIERNO CON ALGUNAS PRISIONES.—ANULA LOS REPARTIMIENTOS HECHOS POR LOS QUESADAS.— PRENDE A LOS OFICIALES REALES POR EL DOCEAVO, Y QUEBRANTADAS LAS PRISIONES HUYEN CON OTROS A LA ESPAÑOLA, Y DOMINGO DE AGUIRRE A CASTILLA. VUELVEN LOS DOS QUESADAS DE LA JORNADA DE EL DORADO, PRENDELOS LUGO Y AJUSTICIA AL ENCOMENDERO DE SACHICA.—FELIPE DE UTRE SALE DE CORO, Y ENTRADO EN LOS LLANOS, LLEGA HASTA MACATOA CON LA NOTICIA DE LOS OMEGUAS.—PROMULGANSE LAS NUEVAS LEYES A PEDIMENTO DEL OBISPO DE CHIAPA Y ORDENASELE A MIGUEL DIEZ DE ARMENDARIZ PASE A EJECUTARLAS Y VISITAR LAS PROVINCIAS DEL NUEVO REINO.—DESTIERRA LUGO A LOS QUESADAS.—EL CAPITAN VENEGAS DESCUBRE MINAS DE ORO Y FUNDA LA CIUDAD DE TOCAIMA.—EL CAPITAN VALDEZ ENTRA EN MUZO Y PIERDE LA BATALLA DE ZARBE.—FELIPE DE UTRE DESCUBRE LOS OMEGUAS, RETIRASE POR FALTA DE

GENTE Y CORTANLE LA CABEZA ALEVOSAMENTE.—LUGO SALE DEL REINO PARA CASTILLA, Y EMBARGADO EN EL CABO DE LA VELA, LLEGA ARMENDARIZ A CARAGENA.—LOPE MONTALVO TRATA DE CONVENIRSE CON JUAN DE CABRERA.—BENALCAZAR MUEVE GUERRA A LOS PICARAS, Y DEJALA LLAMADO POR EL VIRREY BLASCO NUÑEZ VELA.—ARMENDARIZ DESPACHA POR TENIENTE DEL REINO A PEDRO DE URSUA, Y DE ANTIOQUIA A ROBLEDO.—MATA UN RAYO A LOS DOS QUESADAS.—MARTINEZ ENTRA EN MUZO Y SALE DESBARATADO.—LUGO LLEGA A LA CORTE, Y DESPUES DE VARIOS PLEITOS SIGUE LA GUERRA EN EUROPA HASTA SU MUERTE.—PEDRO DE URSUA ENTRA EN EL REINO Y PRENDE A LANCHERO Y A OTROS DE LOS CAQUECIOS, Y FUNDASE LA CIUDAD DEL RIO DE LA HACHA.

CAPITULO I

LA ARMADA FRANCESA DE ROBERTO BAAL SORPRENDE A SANTA MARTA Y CARTAGENA, Y EL ADELANTADO LUGO PRENDE AL CAPITAN RONDON Y A OTROS: ANULA LOS REPARTIMIENTOS HECHOS POR LOS QUESADAS, Y APLICASE LOS TRIBUTOS

LAS emulaciones que se tenían las dos coronas de Francia y España no eran de tal calidad que pudiesen por mucho tiempo contenerse dentro de los términos de una buena correspondencia; y así, rotos por este año de cuarenta y tres los conciertos de la paz, despertaron tan vivamente el fuego de la guerra en las entrañas de la Europa que ardían las fronteras de Flandes con la invasión de las armas francesas por la parte de San Quintín, y no menos trabajadas se veían las costas de Italia con la armada de Barbarroja, que llamado del rey Francisco y unido con el príncipe de Anguiano, acometió a Niza (después de arruinado Rijoles en el faro de Mesina) y si bien entró a la ciudad con lastimoso estrago, no pudo rendir el castillo en muchos que lo tuvo sitiado hasta que, temeroso de la buena fortuna de Andrea Doria, que navegaba al socorro, levantó el sitio para infestar con menos riesgo los puertos de Nápoles. No se contentó el rey de Francia con solos estos acometimientos, sin que arrastrado de su coraje dispusiese que de incendio tan general prendiese también alguna centella en las Indias; y como para este efecto tuviese dispuestos navíos en La Rochela, hizo que este año navegasen a aquellas partes, o para mostrar que su poder bastaba a inquietar toda la monarquía española, o para

divertir sus armas mientras corrían los precipitados deseos que siempre tuvo de fijar el pie en Italia.

Bastantes órdenes se habían despachado a las Indias contra las prevenciones que amenazaban de la parte de Francia; y aunque ésta fue la causa que tuvo el Consejo para que Lugo acelerase más su viaje, o porque la intención de éste fuese entrar poderoso en el reino para disfrutarlo, o porque no creyó que los franceses, sin conocimiento de la navegación, se aventurarían a tan peligrosa empresa, no solamente se descuidó de asegurar el puerto de Santa Marta, pero debilitó de suerte sus fuerzas sacando la más lucida gente para llevarla consigo, que lo dejó expuesto a cualquiera invasión de enemigos. En este estado, pues, se hallaba la ciudad, en que por ausencia de Lugo gobernaba Luis de Manjarrés, cuando a los diez y siete de julio parecieron sobre ella cuatro naos de guerra y un patache a cargo de Roberto Baal, que entrándose de flecha en el puerto y gritando España, España, tuvieron por algún tiempo suspensos a los vecinos, hasta que saltando en los bateles cuatrocientos hombres armados y avanzando a la ciudad reconocieron ser franceses y ellos no bastantes a la defensa. Pero aunque el acometimiento fue repentino, no tanto que no les diese tiempo de retirarse todos con hijos y mujeres a la montaña vecina, que hace espaldas a la ciudad, y de escapar la mayor parte de oro y plata que tenían consigo, de que se siguió que la entrasen sin dificultad alguna los enemigos, y en ocho días que allí se detuvieron la robaron a su placer, pues aunque el despojo no correspondió a sus deseos, les bastó para entretener la codicia con que salieron de Francia.

La primera diligencia que hicieron al entrar en el puerto fue apresar y echar a fondo todas las canoas y barcos que había en él para que no diesen aviso de su llegada en las demás partes de la cos-

ta; y asegurados así después del saco, pusieron bandera de paz para tentar si por comercio o contrato podían asegurar aquellas riquezas que se habían escapado en la montaña. Con este seguro salió Manjarrés a rescatar algunas pipas de harina para su gente y con esta ocasión le propusieron rescatase también la ciudad para que no quedase asolada, efecto que se seguiría no componiéndose luégo en la cantidad que se le señalase. Mas como el Manjarrés no diese oídos a esta propuesta, o porque no había el dinero que le pedían o porque le pareció acción indigna de españoles, fue tanto el enojo de los franceses que le pusieron fuego y arrasaron toda, hasta los cimientos, sin que de ello recibiesen mucho pesar los vecinos, porque siendo las más casas de madera, de que abunda grandemente la tierra, no tuvieron por considerable la pérdida, solamente la reconocieron grande cuando vieron que se llevaban cuatro piezas de bronce, y que para desfogar más la cólera francesa talaban y destruían cuantas huertas, árboles y casas tenían para recreo, y lo peor fue que no terminando en esto solamente la desgracia de los vecinos de Santa Marta, se hallaron impensadamente rodeados de nuevos peligros, porque viendo los indios pacíficos que con la invasión del francés se hallaban desordenados y faltos de aquella defensa que les daban los edificios, les pareció que habían llegado a la coyuntura de sacudir el yugo español, que aborrecían. Y así, dando parte a los taironas, poco distantes, y socorridos de ellos, tomaron las armas, y con buen ánimo acometieron a los nuéstros por tres o cuatro veces; mas, como ya habían partido los franceses, y ellos perdieron la ocasión, cuando en el monte se hallaban los nuéstros atemorizados, no fue difícil hacerles una valiente resistencia, porque Manjarrés, valiéndose de algunas armas que habían escapado los vecinos y animándolos con su ejemplo, no sólo sufrió los primeros encuentros sino que, pasando a más, los

embistió en sus alojamientos con tan buena fortuna que les obligó a que los desamparasen y a que aprovechándose de la ocasión los siguiese hiriendo y matando hasta que, pareciéndole sobrado el castigo, se retiró a la ciudad, donde, vueltos al siguiente día todos los caciques que habían estado antes de paz, y culpando a los taironas, consiguieron el perdón con promesa de no tomar otra vez las armas.

Mientras se combatía así en Santa Marta, habían corrido la costa las naos francesas hasta ponerse a vista de Cartagena, donde pensaban mejorarse de presa, y sucedioles tan bien, que llegando de noche al puerto de Bocagrande, que estaba a dos tiros de ballesta de la ciudad, y al presente se ha cerrado de arena, surgieron en él, sin que fuesen sentidas, y esperando a que rompiese el alba de los veintisiete de julio, arrojaron a tierra la gente, que guiada de un corso que había estado otra vez en la ciudad, la entró por armas, sin que hallase más defensa que la flaca de algunos vecinos que luégo fueron presos, porque los demás, con la noticia confusa de que habían surgido algunos vasos la noche antes, se retiraron al monte. Con este buen suceso de los franceses se repartieron en dos tropas, y encaminada la una a las casas del obispo D. Fr. Francisco de Santa María y Benavides, religioso jerónimo, que poco antes había llegado, le prendió y robó los bienes, y pasando la otra a las del gobernador don Pedro de Heredia, la acometió con daño de algunos negros que acudieron a defenderla, viendo que el Heredia, con una pica en la mano, y don Antonio, su hijo, con la espada, los animaban a combatir con los enemigos; pero sintiéndose herido el hijo en un brazo del tiro de un arcabuz, y reconociendo el padre la temeridad de oponerse a tantos, saltaron por una ventana, y retirados al monte con los demás, y atentos al peligro que podía correr Portobelo, despacharon en una barqueta a Juan de Reinaltes para que diese aviso de todo.

Luégo que el gobernador desamparó su casa la ocuparon los franceses, deseosos de encontrar en ella tesoros muy considerables, y no se engañaron mucho porque cayó en sus manos gran parte de lo mucho que malamente había adquirido el Heredia en el curso de sus conquistas. De allí pasaron a saquear toda la ciudad, donde hallaron bastante riqueza que se les aumentó más con haber encontrado en las arcas reales cuarenta y cinco mil pesos de oro, que pudieran pasar por descuento del rescate del rey Francisco, a no haber pasado primero por las manos de tan corsarios ministros. Con este buen suceso les pareció no detenerse más que los ocho o nueve días que se gastaron en tales robos y en el de muchas preseas de estimación que había en la ciudad, y determinados a seguir su ruta hasta La Habana, donde pensaban terminar sus empresas, pusieron en libertad al obispo y a los pocos vecinos que habían aprisionado, y sin pasar a los estragos que habían ejecutado en Santa Marta se hicieron a la vela poniendo las proas a La Habana, donde apenas llegados arrojaron a tierra la gente por la parte que hoy llaman La Punta, cuando, heridos de la artillería y acometidos de los nuéstros, fueron rechazados con tal ardimiento que, muertos treinta de los más señalados y puestos en desorden los demás con el espanto y miedo que concibieron, trataron de embarcarse con tal confusión, que a seguirlos nuestra gente con la misma osadía que los había rebatido no quedara francés con vida. Pero malograda la ocasión, la tuvieron para desembocar y volver con próspero viaje a Francia, donde, creciendo más la fama de las riquezas de Indias y el rumor de esta presa, se dispusieron nuevamente los ánimos de tal nación para continuar el viaje, si bien los sucesos siguientes no correspondieron al primero, como veremos después.

Casi por el mismo tiempo que corrían estas adversidades en la costa, se disponían otras iguales

en el reino, ocasionadas del absoluto dominio con que Lugo dio principio a su gobierno; pareció siempre que viviría violento, mientras no fuese en la corte de España, donde, participando del aura favorable que gozaba Francisco de los Cobos, comendador mayor de León y secretario del despacho universal, que era cuñado suyo, podría conseguir nuevas mercedes para aumento de su casa; y como para este fin tenía por medio el más eficaz dar vuelta brevemente a Castilla con la mayor riqueza que les fuese posible, y no sea fácil pasar un ministro en pocos días desde el extremo de la miseria al de la prosperidad sin que la tiranía y disolución dispongan los medios que tan violentas mudanzas requieren, descubrió luégo designios tan encontrados a la justicia y paz que se gozaba en el reino, que veremos presto en él turbada aquella tranquilidad qua corría en sus provincias, y tan partida en bandos su corta colonia de españoles, que solamente reinen en ella odios y enemistades que aumentándose más cada día con el fomento de Lugo, levanten olas tan perjudiciales de obstinación, que no puedan sosegarse en largo tiempo, hasta que la propia ruina los desengañe de que la codicia de Lugo fue el instrumento principal de su futura miseria.

El primer traje de que vistió el semblante para encaminar sus pretensiones luégo que le recibieron en Vélez fue de una soberanía tán opuesta a la llaneza que usaba su padre con los mismos conquistadores, que extrañándola éstos, se lastimaban entre sí de no ser tratados con la veneración debida a su calidad y servicios, pues en lugar de mostrárseles grato por tan ilustres hazañas como habían hecho en el reino, para que él fuese de los primeros que cogían el fruto, se les mostraba severo, majestuoso y tan altivo, que no le faltaba sino mandar que de la adoración le hiciesen obsequio, para que, afianzada su intención sobre rendimientos serviles, pudiese lograr los intereses a

que aspiraba, sin la contradicción que temía. No era este modo de portarse connatural a su inclinación afable, sino artificio de que pareció valerse para que los pretextos del buen tratamiento de los indios, con que pensaba introducir sus máquinas, pareciesen efectos de un celo cristiano, determinado a romper con los abusos, y no trazas de un ánimo codicioso, atento a cebarse con el sudor y sustancia de los primeros que derramaron su sangre en la conquista. Y porque entre las noticias que le habían dado de todo no faltó quién le ponderase que Gonzalo Suárez Rondón era la persona de más caudal que se hallaba en el reino, habiéndolo adquirido con la parte que le cupo en la repartición general de las presas y con los tributos que le daban los numerosos pueblos de Jeacabuco y Turmequé, y que asimismo era la persona en quien se hallaba autoridad bastante para oponerse, en caso que pretendiese alterar el gobierno que habían dejado entablado los Quesadas, determinó dar principio al suyo aprisionándolo con cadena y guardas, y dando a entender no se moviera a tan fuerte resolución si no fuera movido por la justicia, que le dictaba castigase el mal trato que había hecho a los indios en los asedios de Lupachoque y Ocabita, y el poco ajustamiento con que se había portado en la observación de las órdenes reales que tenía en esta materia, y ejecutolo así con sentimiento general de cuantos conocían sus prendas.

Preso Gonzalo Suárez, fueron también consiguientes las prisiones de todos sus parciales, y así pasaron por la misma fortuna muchos de los vecinos más nobles, entre quienes fueron García Arias Maldonado, Fernando de Rojas, Fernando Beteta, Juan Gómez, Cristóbal de Miranda, Pedro Enciso, Juan de Salamanca y Pedro Vásquez de Loayza, cuñado de Suárez, por haber casado con doña Catalina Suárez, su hermana; y para que se concibiese temor de que la entereza de Lugo miraba a la reforma de los desórdenes cometidos

hasta allí, empezó inmediatamente a fulminar procesos contra ellos, atribuyéndoles culpas tan graves que disculpasen su resolución arrojada, como si ya todos no le hubiesen traslucido la intención, así por sus palabras encaminadas al propio interés como por ver que los instrumentos de que se valía para mover la máquina de sus conveniencias eran Francisco Alvarez y Antonio Luján, personas de inquieto natural y hábiles para conducirla hasta el fin, aunque se aventurase con sus medios la inquietud de todos. Y aun era público que en cuanto a fomentar enemistades era el Francisco Arias tan diestro, que había sido en el Perú el que sembró las discordias entre Pizarro y Almagro, de que se originaron tan civiles encuentros, que por muchos años inundaron con sangre española las campañas de aquellos reinos, delitos que castigó la justicia divina brevemente, pues considerando el Arias que eran tales que lo tenían malquisto en todas las Indias, y que solamente podría asegurar la vida pasando a Castilla, se embarcó en el río grande con toda su hacienda, que pereció con él cerca de Santa Marta, en un repentino naufragio ocasionado de las brisas que se levantan ordinariamente en aquellas partes. Pero volviendo a lo que decíamos, como éste era gran papelista, y en esto no excediese a Luján, juntábanse los dos, y eran los consejeros por cuyo arbitrio gobernaba Lugo las más acciones que se reputaron por indignas de su persona, pues en realidad, fuera de la codicia que dominaba en él, no se le reparó en el reino otro vicio alguno que sobresaliese para descrédito suyo.

El segundo arbitrio de que usó para abrir camino más ancho a sus intereses fue proponer a los cabildos de las cuatro ciudades que halló fundadas, la nulidad que padecía el repartimiento hecho por los Quesadas, como personas que no habían tenido jurisdicción en materia de tanta importancia, y que privativamente tocaba al gobernador

de Santa Marta, y para sanar este yerro convendría que, representándoselo a él jurídicamente, declarase por vacas todas las encomiendas que se habían proveído; y por que no pensasen que su intención era de privar a los conquistadores de lo que tan justamente habían merecido, les daba palabra de no innovar en las provisiones si no fuese para mejorarlos, porque su ánimo era solamente de usar del derecho que le pertenecía en cuanto a este punto, y en lo demás asegurarlos y confirmar sus posesiones para que no fuesen revocadas por el Consejo. Bien claramente se descubría en la propuesta el fin a que tiraba el adelantado; pero como las prisiones y molestias que ya se experimentaban fuesen muchas y los pareceres de los hombres sean tan diferentes entre sí, no faltaron vecinos que, por lisonjearle el gusto a pesar del sentimiento interior que ocultaban, aprobasen su dictamen, si bien otros de corazones más desahogados se lo contradijeron públicamente, y en Vélez, donde fueron los primeros pasos que dio en esta materia, no quedó gustoso de la entereza con que se le opusieron Alonso de Poveda, Gonzalo de Vega y Alonso Fernández de Hiniesta, regidores de aquella ciudad. Mas como el adelantado se había revestido de autoridad tan despótica que no la sujetaba a leyes de la razón, ni bastaron estas contradicciones ni las que hicieron con resentimiento de la propuesta las ciudades de Santafé, Tunja y Málaga para corregir sus intentos, antes, empeñándolos más, dio luégo por vacas todas las encomiendas proveídas hasta entonces, y sin tratar de repartirlas de nuevo, como había prometido, empezó a cobrar para sí todos aquellos tributos que pagaban los indios a sus encomenderos. Y como esta forma corrió por más de catorce meses, vino a ser tan considerablo suma la que recogió, que los que más la moderan afirman pasar de doscientos mil pesos de oro; verdad es que los indios, ya

fuese por consejo de los encomenderos, ya por su industria y propia malicia, no le dieron el oro con aquellos quilates que debía tener, ni el adelantado conoció el fraude, engañado con la apariencia y color del metal, hasta que haciéndose en España los ensayos, se halló con el artificio menoscabado el caudal que aseguraba el peso.

Ni con sólo este medio se contentó el ansia de su codicia: antes se valió de otros muchos para enriquecer con la ruina de todos. Rara polilla de un reino la de un gobernador codicioso!, y monarca infeliz el que pasa entre las sombras del disimulo una culpa tan clara! La primera señal de impotencia para reinar que dio Enrique IV de Castilla, fue la permisión que dio siendo príncipe a Pedro Sarmiento para que sacase doscientas acémilas cargadas de los robos que, como gobernador, había hecho en Toledo. Y volviendo a Lugo, recibía con agasajo el oro y esmeraldas que le daban muchos de los vecinos para tenerlo propicio y engañábanse de suerte que los que más cabida juzgaban tener con él por este medio, eran los que más expuestos quedaban a que los despojase de todo, porque reconociendo por las dádivas el jugo que imaginaba en los dueños, les pedía prestadas cantidades gruesas que después no tenían más paga que en vestidos y galas que había estrenado en la corte a título de ser suyas, y en aquellas tierras faltas de comercio le salían vendidas por veinte y treinta veces más de lo que habían costado. A esto se añadió la forma que tuvo en la venta de los caballos que sacó de la montaña y le valieron una gran suma, porque habiéndolos dejado por algún tiempo pastar en las mejores dehesas, luégo que los vio lozanos y briosos dispuso que algunos picadores en diferentes días los paseasen en aquellas partes donde más ordinariamente asistían los vecinos a verlos pasar la carrera, a que se hallaba presente, y luégo preguntaba con disimulo a la persona que le parecía de caudal sufi-

ciente para pagárselo, qué le parecía del caballo, y como la lisonja sea tan connatural a quien depende más con deseo de seguir el gusto que de explicar el propio sentimiento, le respondía que era digno de que la persona real montase en él, y que no se pagaba tan perfecto animal con mil pesos de oro, y otros pasaban a dos; y aunque al decirlo no había cosa de que estuviese más lejos que de comprarlo, con todo esto se hallaba a la noche con él en su casa y con un criado que de parte de Lugo le representaba el afecto con que miraba sus prendas, y que, para muestra de su buena voluntad, le remitía aquel caballo por el mismo precio que él le había puesto. ¿Qué había de hacer, pues, el que dependía de su arbitrio y miraba tan distante el recurso contra la violencia, sino exhibir el dinero y pagar con él la pena de su adulación?

Junta ya de esta suerte gran suma de riquezas en poco más de un año, le pareció tiempo de repartir la tierra, y no como había prometido a los principios sino como le aconsejó después su conveniencia, acomodando parciales y amigos en los repartimientos que habían poseído los de Quesada, de que se originó tan grave sentimiento entre todos que ya no se murmuraba de Lugo en secreto, como a los principios hacían sino en público, y con tal desahogo, que maldecían a voces de su gobierno como injusto y tirano; no se oían por las calles de Vélez, Tunja y Santafé sino quejas y amenazas que produce la desesperación, sin que bastase a reprimirla ni el consejo de los más cuerdos ni el sufrimiento de los más lastimados; culpaban su poca fortuna, viendo que después de tanta sangre derramada en servicio de su rey quedaban expuestos a mendigar como pobres y a ser mofados en la paz los que más habían trabajado en la guerra. De estas quejas llegaban los ecos a Lugo, y quizá más sangrientos que las mismas voces, con que, receloso de algún movimiento, ponía más la

mira en oprimir la parte de los Quesadas y fomentar a los caquecios (así llamaban a los que militaron con Frederman y Lope Montalvo, por haber pasado por los pueblos de los caquecios, indios que demoran en los Llanos y confinan con los ibuyes); y aunque a los principios fue este nombre de desprecio, después corrió tan generalmente que no se disgustaban de él los interesados, antes lo tenían por seña para reconocer los que eran de su facción, a la manera que pasaba entre chilenos y pizarristas, y se vio entre güelfos y gibelinos, siendo infernal abuso que necesita mucho de remedio en todas partes y más en las Indias, porque éste es ordinariamente el origen de las parcialidades y la basa en que ha cargado el peso de tantas guerras civiles, en que los hombres que han perecido han igualado al número de los desafueros que se han ejecutado, porque entre españoles principalmente toman las armas los pueblos sin más causa para destruírse con ellas, que la de inclinarse a los apellidos o linajes, preceda o no agravio que los disculpe.

Estas fueron las primeras zanjas de enemistad que se abrieron en el reino, y por muchos años no pudieron cegarse sin que precediesen efectos muy perjudiciales, y así empezó Lugo a introducir aquellos odios en que sus vecinos expusieron la quietud y las haciendas al arbitrio de muchos jueces; pero porque ya se reconocía que la codicia de Lugo a la manera de un raudal furioso corría a destruir las provincias, y que sería bien detener aquel ímpetu que a ninguna advertencia se corregía, le pareció a Gonzalo Suárez, con parecer de otros, que había llegado el tiempo de valerse de algún medio bastante a detenerlo, aunque en la ejecución aventurase la vida; y así, dispuso que los cabildos requiriesen a Lugo con una Real Cédula del emperador ganada por el general Quesada, y remitida al Suárez con el mismo Lugo, sin que hubiese tenido noticia de ella, en que or-

denaba que ninguno de los gobernadores que pasasen a Indias despojase a sus conquistadores de los repartimientos que tuviesen hechos, sin que precediese determinación de su Consejo, adonde debían remitirse las causas para que tomase resolución en ellas, por pertenecerle privativamente su conocimiento. Y aunque bastó esta diligencia para que Lugo diese muchos pasos atrás en lo comenzado y para que entrase en alguna consideración de sus malos procedimientos, con todo esto no bastó a reprimirlo del todo, pues aunque dejó algunos conquistadores en posesión de los repartimientos que les habían hecho los Quesadas, a otros muchos despojó de lo que tenían, por aplicarse así las encomiendas más gruesas de Santafé y Tunja, y por acomodar a muchos de los que llevó consigo y de los caquecios parciales suyos, como dependientes y amigos qde se mostraron de Lope Montalvo, su deudo, aunque entonces se hallaba con Hernán Pérez en la jornada de El Dorado, y en aquella ocasión fue cuando se encomendaron los primeros indios a Jerónimo de Aguayo, Pedro Niño, Francisco de Manrique de Velandia, Juan de Sandoval, Juan Mayorga y otros que habían ido con Lugo.

Tampoco bastaron las quejas y amenazas de muchos a divertirlo de aquel tesón con que proseguía en buscar pretextos para destruir todos los hombres ricos que fingía culpados con el apoyo de algunos de mala intención, y como el principal a que había tirado siempre era Gonzalo Suárez, y éste en vez de templarlo con dádivas le había irritado más con la inhibición de la Cédula, hizo tantos aprietos y diligencias para descubrirle bienes que, faltando a los términos legales, puso a cuestión de tormento a Pedro Vásquez de Loayza sin más causa que ser cuñado de Gonzalo Suárez, y parecerle que sería parte en la ocultación de bienes que había hecho; y como en la realidad fuese así, y este género de vejaciones sea la raya has-

ta donde puede llegar la amistad en materias de interés, declaró Loayza tan conforme a su gusto, que descubrió el sitio donde el cuñado había ocultado el caudal y de que le había hecho sabedor, de donde le sacó Lugo para quedarse con él, dejando de tal suerte aniquilado a Gonzalo Suárez que aun para el sustento no tenía de qué valerse, habiendo sido poco antes uno de los caballeros más poderosos del reino. Y como pruébase con haber montado las cantidades que le quitó Lugo a más de cincuenta mil pesos de oro, plata y esmeraldas, y entre ellas una del tamaño de un pomo de espada de aquellos tiempos, y de limpieza y color excelentes, para que se vea cuán ciegamente procede un mal juego en las Indias, que por considerar tan distante el recurso para el agravio, obra como quien no tiene superior que lo castigue, y roba como quien confía en lo mismo que roba. Y por que supiesen que no eran delitos sino riquezas de González Suárez las que desvelaban a Lugo, apenas las vio en su poder cuando, mostrándose compasivo, lo puso en libertad y mandó que le alzasen las guardas después de nueve meses, en que a treinta pesos de oro por día le llevaron una suma sin ejemplar, y que aun pareciera grande en delitos muy calificados.

CAPITULO II

FELIPE DE UTRE SALE DE CORO A NUEVOS DESCUBRIMIENTOS, PENETRA LOS LLANOS HASTA LA PUNTA DE LOS PARDAOS, Y CON LA NOTICIA DE LOS OMEGUAS VUELVE EN DEMANDA DE LA CIUDAD DE MACATOA.

DESPUES que Montalvo de Lugo salió de Coro en demanda de Frederman, y acaecida la muerte de Jorge Spira, como dijimos, fue a gobernar aquella provincia de Venezuela el doctor Infante, que malcontento de ella la desamparó brevemente, dejándola al arbitrio perjudicial de los alcaldes; proveyó en el gobierno la Audiencia española al obispo don Rodrigo Bastidas, quien, olvidado de su principal oficio, despachó al capitán Pedro de Limpias (que ya era vuelto del Nuevo Reino) a sorprender los pueblos de la gran laguna de Maracaibo, para que con el precio de los indios que se aprisionasen pudiese él también aspirar al renombre de conquistador. Pedro de Limpias lo ejecutó de suerte que, cogidas quinientas piezas se vendieron en Coro, con que, animado el obispo con lo que más debía amedrentarlo, nombró por su teniente general a Felipe de Utre, caballero alemán, deudo de los Belzares y uno de los que siguieron a Jorge Spira en su infeliz jornada; por maese de campo a Pedro de Limpias, el más práctico de aquellas provincias; y por capitanes a Bartolomé Belzar, hijo de Antonio Belzar, mancebo de grandes esperanzas; a Sebastián de Amezcua y Pedro de Artiaga, dignos todos tres de los puestos que ocuparon; para que con la gente del país y buena copia que

había llegado a la isla La Española, de que se formaron tres compañías, las dos de a cincuenta infantes y la otra de treinta caballos, saliese dicho Felipe de Utre a nuevos descubrimientos, llevando presente, para no seguirlo, el error que cometió Jorge Spira en su entrada.

Ya era el mes de junio del año de cuarenta y uno, cuando bien prevenido de armas y víveres salió de Coro por la costa del mar, caminando las cincuenta leguas que hay hasta la Burburata, y desde allí al desembocadero de Barquisimeto, siguiendo siempre los pasos que llevó Frederman, y talvez las pisadas de Jorge Spira, aunque con más trabajos por haberse remontado los naturales del país amedrentados de los españoles, de que se les siguió a éstos gran penuria de bastimentos hasta que, finalmente, gastado casi tanto tiempo como sus antecesores, arribó al pueblo que Jorge Spira llamó de Nuestra Señora y Frederman de La Fragua, en que poco después se fundó la ciudad de San Juan de los Llanos, donde Felipe de Utre se alojó de espacio para invernar y descubrir más claras noticias de la tierra, entre las cuales tuvo la de haber pasado por allí poco antes Hernán Pérez de Quesada con más de doscientos cincuenta hombres y doscientos caballos; ésta le ocasionó tan confusos pensamientos que no se resolvía a elegir rumbo que le agradase, porque en seguir a Hernán Pérez consideraba que habiéndosele adelantado con tan superior número de gente, en caso que se encontrase con algún poderoso reino, había de ser preferida su gente en los intereses y quedar mal premiada la suya; y en el de buscar nueva ruta a sus aventuras se oponía el discurso de que no era posible que a quienes la dicha había introducido por tan dilatados y trabajosos caminos en las riquezas y prosperidades del Nuevo Reino, los desamparase en tan breve tiempo, sino favorecerlos hasta hacerlos dueños de provincias aventajadas y más prósperas que

las que dejaban a las espaldas, en que podrían acomodarse todos; pero fue su discurso tan vano como se vio en la infeliz jornada de Hernán Pérez.

Vencido al fin de los aprietos de este último discurso y conformados con él algunos de los suyos, que sentían lo mismo, levantó el campo y dispuesto a seguir a Quesada marchó más apresuradamente de lo que permitía la debilidad de alguna de su gente, y atropellados muchos de los inconvenienes que a cada paso se le ponían delante, entró en la provincia de Papamene, que empieza a correr de las espaldas de Timaná, por tener de ellas su origen el gran río que la riega y toma el nombre de la provincia. Alojado allí en una aldea para informarse más bien del rumbo que seguía, halló entre sus vecinos un indio principal que parecía tener dominio sobre algunos pueblos, como lo mostraba el señorío y seriedad de la persona, de quien informándose Felipe de Utre muy por extenso y pidiéndole consejo sobre si podría con seguridad seguir la ruta de Hernán Pérez de Quesada, respondió no convenirle pasar adelante por ser todos aquellos países despoblados y tener por cierto que los españoles que habían pasado habrían padecido muchas muertes y enfermedades por la falta de víveres y destemplanza de la tierra, como lo habían sabido de algunos indios confinantes; pero que si resolvía volver atrás, hallaría los reinos que deseaba, abundantes de plata y oro, y él sería su guía hasta introducirlo en ellos, y que para ir derechamente desde aquel sitio habían de caminar siempre el rostro al nacimiento del sol en demanda de la ciudad de Macatoa, fundada sobre las márgenes que tiene de la otra banda el famoso río Guayure, para cuyo crédito manifestó a los nuéstros ciertas manzanas de oro y plata que dijo haber traído un hermano suyo de aquellos reinos.

No fue bastante una relación tan llena de buenas esperanzas, ni la experiencia de que jamás hu-

biese variado el indio a las preguntas y repreguntas que le hicieron para sacar a Felipe de Utre del inflexible propósito de seguir a Hernán Pérez, persuadido a que la intención se enderezaba a sacarlo de sus tierras y divertir la ejecución de su intento por estar adelante alguna rica provincia de indios amigos del que lo aconsejaba y pretender, por aquel artificioso medio, relevarlo de la entrada de tantos españoles; y así, despreciando la propuesta y el parecer de muchos de los suyos, que se conformaban con seguir al indio, desalojó el campo y empezó a marchar por el rastro que dejó Hernán Pérez, llevando consigo al indio con promesa de que en dando vista a las primeras provincias que encontrase, tomaría la vuelta para aquélla de que le había dado noticia. Hízolo el indio con gusto por tiempo de ocho días; pero viendo la obstinación que llevaba el cabo en seguir su dictamen, aun con haber experimentado innumerables fatigas de montañas, ríos y tremedales, sin querer jamás atender a los recuerdos que le hacía de lo que le había prometido, dejó descuidar la gente una noche y volviose a su aldea. Con la falta del indio y las dolencias que ya padecía en ocho días, reconoció la gente el error que había cometido en despreciar su consejo y ponderábanlo ya tan en público, que llegaba a oídos del general, aunque nada bastó para dejar el tesón de la marcha en seguimiento de Pérez de Quesada, hasta que viendo ya casi toda su gente desalentada y duplicados los trabajos a cada paso, en que ya sobresalían más las quejas y murmuraciones de los suyos, tuvo por bien declinar rumbo a mano izquierda, dejando a la detecha el camino que iba siguiendo, cuando a pocas jornadas al suroeste descubrió una punta de sierra alta, ramo de la cordillera grande que se entraba por larga distancia en los Llanos, a quien llamaron la Punta de los Pardaos.

A primeras vistas concibieron todos ser distin-

ta cordillera, y animolos su codicia a que entrasen más en camino hasta encontrarla, por ser una de las noticias que había de las provincias de El Dorado, afirmar que estaban en distinta cordillera de la que todos habían seguido al sur. Con este dulce engaño se le acercaron, y desengañados de que era ramo de la que habían llevado desde el desembocadero de Barquisimeto, marchitaron aquellas esperanzas que tan verdes alientos habían producido, especialmente viéndose ya con el invierno a cuestas y atajados los pasos para volver atrás, con que, forzados, hubieron de repechar la Punta de los Pardaos hasta que las aguas terminasen, y pasáronla tan mal por los pocos habitadores que había en su contorno, que el mayor regalo que adquirían era talvez un bollo de maíz que, puesto a las bocas de los hormigueros hasta que se cubría de hormigas y amasado repetidas veces hasta que tuviese más de hormigas que de masa, lo tenían no solamente por dulce alimento sino por único remedio de la vida. Otros, apretados del hambre, no dejaban asquerosa sabandija de las que produce la tierra que no comiesen, de que resultó hincharse algunos, caérseles a otros los cabellos, barbas y cejas, y que, finalmente, acometidos todos de postillas y pestífera sarna, adoleciesen de manera que desconfiasen de remedio; y lo peor fue que los caballos, heridos del mismo contagio, se hinchaban hasta que no cabían en la piel y se caían muertos.

Con estas adversidades y otras que por mucho que se ponderen siempre serán ciertas, pasaron aquel invierno en la punta de Los Pardaos; pero apenas amagó el verano, cuando, desamparado el sitio revolvió Felipe de Utre por diferente camino del que había llevado, en demanda del pueblo de Nuestra Señora, que servía como de plaza de armas para las entradas de los Llanos, sin que fuesen menos sensibles los trabajos que padeció en esta vuelta con la mucha gente que llevaba en-

ferma. Y al fin, con pérdida de algunos infantes y caballos que habían muerto, llegó al pueblo casi un año después que salió de él en seguimiento de Pérez de Quesada; pero aunque fatigado, resuelto siempre a emprender el descubrimiento a que le había incitado el indio de Papamene, luégo que se reformase su gente, para lo cual empezó luégo a inquirir en los pueblos confinantes si había otros indios que formasen con la misma noticia. Hallolos con facilidad, y considerando que la relación que le hacían de aquellas provincias, que los de Papamene llamaban de los omeguas y los que tenía presentes de los ditaguas, correspondía a la primera que había tenido ya, dando ocasión la entrada del verano y dejando escoltados los enfermos con alguna infantería sana, tomó otra vez la vuelta de Los Pardaos y llevando consigo cuarenta hombres solamente, eligió entre ellos a Pedro de Limpias, que, además de ser práctico y mañoso en aprender con facilidad el idioma de los indios, era venturoso en las empresas, calidad que se debe atender mucho en la elección de los cabos, pues hay hombres por quienes los presagios más fatales para una desgracia se convierten en felices anuncios de una victoria; como por el gran capitán el incendio de la pólvora en la Chirinola y la caída del caballo sobre el Garellano; y otros de tan mala estrella que con las disposiciones más regulares de la milicia aseguran las fatalidades de un mal suceso, como lo apoyarán las fortunas de Felipe de Utre, que luégo comenzó con los guías a seguir la ruta que el indio de Papamene le había mostrado, y aunque pasaba por tierras de rarísimas poblaciones, no encontraba indio de los que se iban a las manos de quien no procurase tomar noticias de la ciudad de Macatoa.

Respondíanle a todo conforme a su deseo, animándolo a la empresa de los omeguas, por discurrir en su conveniencia, aunque bárbaros, que logrando el fin de encontrarlos, no experimentarían

más sobre sí enemigos semejantes, pues siendo tan acreditada la valentía de aquellos indios, tomarían bastante satisfacción de las injurias que los comarcanos tenían recibidas de los nuéstros, cuya mala opinión estaba difundida por todos los Llanos de unas naciones en otras, y así los guiaban con gusto por el rumbo más derecho, para que cuanto antes saliesen de sus tierras y pereciesen a manos de los omeguas, traza que estuvo bien a los españoles, pues por salir con su pretensión los guías los llevaron por caminos tan altos y enjutos, cuales no ha encontrado otro algún cabo de los que han *hollado* aquellas provincias, hasta que sin contraste de consideración se vieron sobre el caudaloso Guayure, cuyas profundas corrientes no dan lugar a esguazarlo, sino en canoas o a nado y siempre con la dificultad de batallar con sus aguas. Alojáronse sobre sus márgenes, y como ignorantes de la parte a que de la otra banda estaba Macatoa, despacharon algunos indios y españoles río abajo y a otros río arriba, por si acaso encontraban vado o algún indio de quien tomar lengua o canoas en que facilitar su tránsito.

Para lo primero salió vana la diligencia y para lo segundo aprisionaron sobresaltado en la playa un indio, que estaba mariscando solo, al cual (después de sosegado con blandas palabras de la cólera en que lo encendió la desgracia de caer en poder de gentes peregrinas) le dieron a entender que no trataban de hacerle mal sino solamente de saber a qué parte de la otra banda estaba la ciudad de Macatoa. Era el prisionero de una aldea vecina a ella y con mejor semblante les dijo por señas que a poca distancia el río arriba; pero que necesitaban de canoas para subir a ella y no las había. Entonces Felipe de Utre, aprovechándose de la docilidad que ya mostraba el indio y aventurando algo a la suerte, le dio algunos rescates y pidiole fuese a la ciudad y de su parte dijese al señor de ella, que con aquellos soldados iba en de-

manda de ciertas provincias y que para entrar en ellas tuviese a bien su amistad, que observaría perpetuamente sin consentir que en sus tierras ni de sus vasallos se hiciese hostilidad alguna, antes procuraría que sus obras pareciesen de padre en cuyo lugar iba a ampararlos y defenderlos en caso que necesitasen ayuda, como lo manifestaría la experiencia.

Dio muestras el indio de aceptar con gusto la embajada, y entrándose en una mala barquetilla en que apenas cabía, tomó la lengua del agua río arriba, y llegado a Macatoa supo hacer su oficio tan cumplidamente, y hablar de suerte en favor de los españoles, que al día siguiente bajaron cinco canoas con noventa gandules y entre ellos un hijo del cacique de Macatoa, y aunque hallaron a los nuéstros a punto de guerra, sin recibir ellos susto tomaron tierra con demostraciones pacíficas, y preguntando el hijo del cacique por el cabo de los españoles, y enterado de que lo era Felipe de Utre, que le salió al encuentro con Pedro de Limpias y otros, se fue para él, y habiéndolo abrazado el capitán, y el mancebo reconocido las demostraciones de paz, le dijo estas palabras:

Con uno de los moradores de estas riberas enviásteis ayer a saludar a mi padre, que es el señor de Macatoa, haciéndole sabedor de vuestra venida a estos países, y ofreciéndole vuestra amistad y pacífico tratamiento, sin daño suyo ni de sus vasallos, y dándole a entender no ser otros vuestros intentos que los de informaros de las naciones comarcanas, especialmente de aquellas que habitan a la parte de cierta sertanía que demora a razonable distancia de este sitio, el río abajo, en cuya demanda venís de climas remotísimos, a nuestra noticia; con promesa de serle agradecidos con buena correspondencia, en caso que os encamine a las tierras que buscáis. Por todo lo cual se halla mi padre más deudor vuéstro que yo sabré significaros, como quien reconoce por

vuestras palabras ser muy diferentes las obras de lo que algunos señores confinantes le habían dado a entender, afirmando que erades hombres feroces y crueles, enemigos de toda paz, movedores de guerra y derramadores de sangre humana, moneda en que pagábales a los miserables indios el hospedaje que os hacían y oro que os daban. Envíame, pues, a daros de su parte la bienvenida, y a deciros gusta de aceptar vuestra amistad, y hacer no solamente el informe que le pedís sino también serviros con todo lo necesario en vuestra jornada, dándoos seguros guías que os encaminen a los omeguas. Ruégoos también paséis a alojaros en su ciudad, donde más iuen pueda comunicaros y regraciar la amistad que le ofrecéis, para lo cual remite estas canoas y vasallos que os transporten a su corte, donde aun en caso que os portéis ingrato (cosa que no imagina), quiere aventurarlo todo por que no se piense que un hombre de su sangre pudo degenerar de humano, aun a vista de repetidos ejemplares de fiereza.

Respondiole agradecido y prudente Felipe de Utre, sirviendo ya de razonable intérprete Pedro de Limpias, y consultado entre los cabos sobre admitir o no los ofrecimientos del cacique, resolvieron, temerosos de algún trato doble, no pasar el río aquella tarde en tan pocas canoas, y decirle a su hijo volviese con ellas a su padre y le representase el verdadero afecto con que deseaban verlo, para lo cual se sirviese de remitirles otro día las embarcaciones que bastasen para conseguirlo todos juntos y lograr los favores y hospedaje que les prometía. No vino en ello la generosidad del mancebo, pues entendida la respuesta despachó luégo una barqueta, que brevemente volvió con otras tantas canoas, obligando a los nuéstros con la acción a que, libres ya de sospechas, o recelosos de que se atribuyese a temor su repugnancia, hubiesen de embarcarse llevando a nado los caballos, que con aladeras guiaban desde

los bordos. Pero atravesado el río y no pareciéndoles ya hora para marchar a la ciudad, se alojaron en sus barrancas, despidiendo hasta la mañana al mancebo, bien apesarado de que no pasasen luégo a Macatoa, donde, participada a su padre la noticia de lo sucedido, despachó a los nuéstros, al romper del día siguiente, cincuena indios cargados de carne de venado, pescado, maíz y cazabe, para que tomasen un refresco antes que desalojasen. Hiciéronlo así los muéstros, y marchando a la ciudad la hallaron desocupada de sus vecinos, que por hospedar más a gusto a los forasteros se habían retirado de ella como un tiro de arcabuz, sobre las mismas orillas del río.

Era la población como de ochocientos vecinos, de vistosas casas, bien tiradas calles y plazas anchurosas, siendo lo que más la hermoseaba la limpieza con que la tenían, pues no era fácil de hallar en su recinto alguna piedrecilla en que tropezase la vista, ni la menor yerba en que se reparase. Teníanla bien proveída de toda suerte de víveres de los que permite la tierra, y con disposición tan bien ordenada que, maravillados los nuéstros de ver aquellas urbanidades y policías tan extrañas que experimentaban, preguntaron al cacique la causa de ellas, y especialmente la de haber desocupado toda la ciudad, cuando sobraban cuatro casas para alojarlos, a que satísfizo el cacique diciendo: que considerada por los suyos la ventaja que les hacían los españoles en valentía, personas, palabras y modos políticos de vivir y tratar, hallaban no solamente que debían preferirlos en sus casas, pero que ellos no merecían acompañarlos en las viviendas sino servirlos, como lo habían hecho y harían. Era este cacique de mediana estatura, bien repartido de miembros, de rostro aguileño, liso y alegre, noble y generoso de condición, y de hasta cuarenta años de edad; y sobre todo de excelente discurso a estar doctrinado. Sus vasallos generalmente eran de más robusta y levantada estatura y llamábanse guaipis o guayupes en

su idioma; a los cinco días que se detuvo Felipe de Utre, y fueron de los últimos del año de cuarenta y tres, trató luégo de proseguir su jornada, y aunque de parte del cacique se le representó que su consejo no era que pasase a los omeguas con tan poca gente, pues por valerosa que fuese había de ceder a la valentía y numerosos ejércitos de los contrarios, con responderle Felipe de Utre que con eso se alentaba más a la empresa, y estaba resuelto a no echar paso atrás, si llevaba indios por guías, se sosegó el cacique y lo socorrió cumplidamente de cuanto necesitaba para nueve días que gastaría en llegar a otra ciudad en que estaba por señor un coligado suyo a quien lo recomendó de manera que no solamente lo salió a recibir de paz, sino que, aficionado a los nuéstros por la relación de su amigo y valor que traslucía en ellos, los proveyó espléndidamente, si bien no dejaba de admirar aquella gente extraña, vestida y barbada, y que montaba sobre caballos de cuya terrible y feroz vista no quedaba menos maravillado.

CAPITULO III

PRENDE LUGO A LOS OFICIALES DEL REY Y A LOS QUESADAS: AJUSTICIA AL ENCOMENDERO DE SACHICA: NOMBRANSE MINISTROS QUE EJECUTEN LAS NUEVAS LEYES, Y ORDENASELE A MIGUEL DIEZ DE ARMENDARIZ PASE LUEGO A SU VISITA.

PUESTO ya en mísera libertad Gonzalo Suárez, como dijimos arriba, asestó Lugo todos los tiros contra Pedro Briceño y Juan Ortiz de Zárate, tesorero el uno y factor el otro de la Real Hacienda, con el fin de reducirlos a que de los quintos pertenecientes al rey le diesen el doceavo que alegaba debérsele, en conformidad de las capitulaciones hechas con su padre. Y porque éstos lo resistían diciendo que todo el real haber que paraba en las arcas era procedido de lo conquistado por Gonzalo Jiménez de Quesada, cuando ya no era teniente de su padre, ni suyo, pues a ese tiempo había muerto don Pedro y él se hallaba en la corte, sin que fuese gobernador de Santa Marta ni de otra parte alguna de las Indias, por cuya razón no debían asentir a su propuesta sin particular orden del rey, fue tal su indignación, que viendo no tener derecho para justificar la demanda, ni para apremiar a quien se la contradecía, se valió de la traza común de fulminar procesos contra ellos acumulándoles como culpas muchas acciones de las pasadas y presentes, en que fue fácil hallarlos comprendidos; y con aquel color bastante a su entender para encubrir la causa y disculpar su resolución, los puso en prisiones bien apretadas, y también a Diego de Aguirre, de quien se recelaba mucho por su entereza,

y porque de la prisión de éstos y de las vejaciones que había hecho a otros conocía que no se le mostraban afectos todos aquellos que por sangre o dependencia eran parciales de los agraviados, prosiguió en procesar contra ellos con el pretexto del mal tratamiento de los naturales, de que usan casi siempre los gobernadores de Indias, aunque esto no lo hacía Lugo para seguir las causas ni para sentenciarlas, sino para valerse de ellas en caso que alguno se le mostrase enemigo, o pidiese en el Consejo el dinero que le había quitado.

No se hallaban muy ajenos de seguir este camino los que se veían aprisionados, pues considerando que mientras se dejasen estar a la disposición de Lugo siempre crecerían los agravios, se determinaron a buscar el remedio donde pudiesen, y así, una noche destinada para dar principio a su resolución, quebrantaron la cárcel y rotas las prisiones salieron de la ciudad siguiendo el camino de la costa; pero no tan secretamente que no llegase a noticia de Lugo la ruta que llevaban, de que, alterado por el castigo futuro, que recelaba si llegasen a los oídos del rey sus procedimientos divulgados entre las quejas de tantos como habían desamparado el reino para representarlos en el Consejo, ordenó a uno de aquellos que se le mostraban más obsequiosos que, prevenido de veinte hombres armados los siguiese hasta prenderlos o matarlos en caso que se resistiesen. Pero como ya el odio universal que le tenían había atropellado con la obediencia que le debían tener, y un superior malquisto no sepa discernir entre amigos y enemigos, ni aun esta diligencia tan a tiempo le salió favorable, pues aunque brevemente alcanzaron a los que huían, no fue para prenderlos sino para animarlos más con su ayuda, diciéndoles que su intención era seguirlos en cualquier fortuna. Y como para resguardo de la promesa les entregaron los despachos de Lugo, y partieron de las armas y vituallas que llevaban, fue

tanto el gozo de todos que ya se prometían fin dichoso a sus trabajos, y allí llegados al río grande, en que fabricaron balsas y canoas, bajaron a la costa, desde donde pasaron los más de ellos a la isla La Española a representar sus agravios en aquella Audiencia, y solamente Domingo de Aguirre se embarcó para Castilla, donde con algunas noticias que sabía se tenían de Lugo, y con la prudente relación que pensaba hacer de la forma de su gobierno, esperaba conseguir el remedio de que pendían los amigos que dejaba en el reino.

Bien conoció Lugo de estas premisas el mal suceso que le amenazaba, y cuán peligroso le sería dilatarse más en las Indias; y así maquinando por una parte dejar burlados a sus enemigos con parecer en la corte antes que lo forzasen a ello, y por otra disponer que en su ausencia se hallasen fuera del reino todas aquellas personas de cuenta que recelaba se le mostrasen contrarias en caso que se despachase por el Consejo algún juez a residenciarlo, tomando ocasión de la necesidad que tenía Santa Marta de un buen cabo que la reedificase y socorriese contra los indios alzados, nombró en ella por teniente suyo al capitán Juan de Céspedes, para tenerlo retirado de Santafé con aquel pretexto honroso, por ser uno de los que más cuidado le daban. Y como por este tiempo llegasen a Tunja los dos hermanos Quesadas y Lope Montalvo de Lugo con las demás reliquias del ejército que entró a la infeliz conquista de El Dorado, y Hernán Pérez fuese la persona de más autoridad a quien todos debían ocurrir con sus quejas, a que se llegaba ser el más agraviado de Lugo, pues no solamente le había quitado las encomiendas para sí, sino revocado también los repartimientos que había hecho entre los conquistadores, por cuya causa quizá apresuró su viaje con el hermano, sin atender a los partidos honrosos que le hacía Baca de Castro para que se quedase en el Perú; determinó Lugo no perder ocasión de

asegurarse de ellos y así, aunque los recibió la primera vez con urbanidad, en las demás ocasiones daba a entender no estar satisfecho de sus procedimientos, y aun los puso en prisión, si bien los soltó luégo.

Todas estas trazas aprovechaban poco para que Hernán Pérez no tuviese sobre los pueblos aquel séquito y autoridad que le había granjeado el arte apacible de su gobierno. Llegábase a esto ser de suyo tan liberal, que no tenía bienes que no lo fuesen para ser comunicados a cuantos soldados pobres necesitaban de ellos, con que la benevolencia popular que había ganado crecía al paso que lo trataban, y así andaba todos los días asistido de gran concurso del pueblo y cortejado en su casa con la entrada continua de muchos nobles. Con estas demostraciones, siempre sensibles para quien manda, se alteró el adelantado, de suerte que para resguardo de sus temores maquinó al punto la ruina de los Quesadas. No hay escollo en que tanto se rompa el disimulo de los superiores como el de los celos y envidia que les causa ver repartida con otros la adoración que tienen por suya, ni hay vacío en que tanto peligren los súbditos como el de un aplauso extraordinario en que todos reparan. Magnánimo sufrió Enrique III la rebelión de toda Francia por la muerte del duque de Guisa, y el sentimiento de las aclamaciones con que lo vio antes de entrar en París, no cupo en su disimulo. Conoció el rey católico que la seguridad de Nápoles, después de la batalla de Rabena, consistía en que el gran capitán pasase otra vez a Italia, y ordenóselo así; pero en sabiendo el concurso de nobles que lo seguía, suspendió la orden con aceleración porque pudieron más los celos que su conveniencia; y por no ver un vasallo con tanto aplauso, eligió aventurar todo un reino al estrago. No hay que buscar otros ejemplos en esta materia, ni hay más que decir, pues en llegando a este lance se olvidaron de la prudencia estos dos

monarcas, con haber sido el uno tan gran maestro en fingir como el otro en disimular.

Para ejecutar, pues, el adelantado Lugo los designios que le dictaban la envidia y su recelo, se le vino a las manos la ocasión por la melena, y fue que viendo los Quesadas la opresión que padecía el reino por tan extraños medios, y deseando se apresurasen los reparos para tanta dolencia, dispusieron se escribiese al emperador dándole cuenta del miserable estado en que se hallaban, y peligro que amenazaba en lo de adelante continuando el adelantado en el gobierno de aquellas provincias. Y porque les pareció que para más crédito de la carta que remitiesen, sería conveniente autorizarla con las firmas de muchas personas de las más nobles, cometieron esta diligencia a Bartolomé Sánchez, escribano y encomendero de Sáchica, de quien habían sacado diferentes testimonios algunos vecinos de Tunja para justificar sus quejas en el Consejo; pero como acciones semejantes no pueden ocultarse en lugares cortos, y más cuando resultan en perjuicio de los que mandan, no pudo correr tan secreto el negocio que no llegase a la noticia de Lugo, y quizá por alguno de los que tenían más prenda en él. Con esta ocasión, pues, la tuvo cierto día para prevenirse de algunos hombres armados, que eligió de los caquecios y de los que había conducido de Canarias, y ocultándolos en las casas de Gonzalo Suárez, en que él moraba, mandó le llamasen a los Quesadas, como que fuese para cierta consulta que fingió tener con ellos, y habiendo llegado a su presencia los desarmó el mismo adelantado y ordenó los pusiesen en la cárcel pública con buenas prisiones de grillos y cadenas, y con veinte guardas que no los perdiesen de vista.

A esta prisión tan acelerada se siguió luégo la de Bartolomé Sánchez, manifestando con ella que la causa de haber hecho las antecedentes era la conjuración en que decía haber cooperado todos

los de aquella facción; y era lo bueno que llamaba motín y alboroto a la obligación que tienen los vasallos de escribir a su rey dándole cuenta de lo que necesita saber. Pero cuándo no se califican así en las Indias aun acciones más lícitas, o para fomentar sus odios algunos ministros, o para que lleguen desacreditadas al Consejo las noticias de sus delitos. Verase mucho de esto en los años siguientes, y llegará tiempo en que, a vista de los desafueros de otros, se tenga en el Nuevo Reino por más que feliz el gobierno de Lugo, que, asegurado ya en su sentir por este camino, y para que no se presumiese le movía pasión en la causa, la remitió a Diego Sánchez de Santa Ana, alcalde ordinario, que a la sazón era hombre basto y de tan mal juicio que esperaba de él algún desacierto, para que, sin que se le atribuyese, lo llegase a dejar despicado. Como lo discurrió Lugo lo ejecutó el Santa Ana, si bien tan aceleradamente, que aun desagradó a los caquecios la ejecución, porque, persuadido a que lo que se intitulaba motín lo era en realidad, y a que se le había remitido la causa para que ejecutase castigo y no para que averiguase culpas, dio garrote aquella misma noche en la cárcel a Bartolomé Sánchez, y si no lo intentó con los Quesadas fue porque la costumbre de respetarlos le detuvo la mano para ofenderlos.

Divulgose luégo el caso, y aun dejó atónito al mismo adelantado que lo tenía previsto, porque naturalmente era piadoso, y rara vez tiene cabida la crueldad en corazones de tanto valor y nobleza como lo fue el suyo. De aquí recelaron todos que era manifiesto el riesgo en que se hallaban los Quesadas, y aun ellos, sospechándolo muy vecino, lo manifestaron a algunos caballeros de los que los visitaban en la cárcel estando presentes los guardas, y como de ninguno tenían más respuesta a sus preguntas que las que forma el temor entre la admiración y el silencio, y sabían que Cabrera de Sosa era uno de los más introducidos con

Lugo y no persona mal intencionada, le pidió Hernán Pérez, en cierta ocasión que lo fue a ver, le diese consejo sobre lo que debía disponer de sí, supuesto que como participante de las interioridades del adelantado y amigo de quien tan justamente se fiaba, tendría noticia del estado en que se hallaba su causa, y si el fin de ella habría de corresponder al que tuvo Bartolomé Sánchez. Y aunque Sosa le representó el inconveniente de manifestar lo que le habían comunicado en secreto, con todo esto tuvo arte para que, sin descubrirse, le asegurase que no se fulminaba la causa suya y de su hermano para sentenciarlos en pena de muerte sino, a lo que presumía, en caso que resultasen culpados para ejecutar algún destierro en que se terminase el enojo del adelantado, que no les fue de poco consuelo.

Mientras en el reino pasaban las cosas que se han referido en los capítulos antecedentes, no se hallaba en Castilla menos embarazado el emperador en elegir medios para el reparo de tantos desafueros como corrían en las Indias; porque habiendo llegado a España por el año de cuarenta y uno algunos religiosos de la orden de Santo Domingo, y representádole los daños y perjuicios que causaba a los indios el mal gobierno de les españoles y abusos que habían introducido para sus conveniencias, sin que por ellos fuesen castigados ni reprendidos de los superiores que debían hacerlo, en que se dilataron con especialidad, lo que bastó para enternecer el corazón piadoso del emperador, fue tanto lo que se alteró de aquellas particularidades que le repetían en las Audiencias Fr. Juan de Torres, Fr. Matías de Paz, Fr. Pedro de Angulo y Fr. Bartolomé de Las Casas, obispo que fue después de Chiapa (si bien este último con más ardiente celo, aunque vestido de mucha imprudencia, de que resultaron despdes graves inconvenientes), que ordenó luégo al doctor Figueroa, de su Consejo de Cámara (que adelante fue

presidente de Castilla) visitase el de Indias por un modo extraño y poco practicado en estos tiempos, que fue teniendo suspensos de sus plazas a los consejeros todo el tiempo de la visita, y así faltó por muchos días este tribunal, y Fr. Bartolomé tuvo ocasión de multiplicar memoriales ante el Figueroa, pidiendo el remedio de los indios y aun mezclando talvez algunas noticias que se pudieran excusar, aunque la santa intención que lo gobernaba era bien manifiesta. Pero, comoquiera que haya sido, de la visita resultó quitar la plaza al doctor Beltrán, que estaba bien hallado en ella, y mandarle a don Juan Suárez de Carvajal se fuese a residir en su obispado de Lugo, y aun se sospechó que por la autoridad del cardenal Loayza no fue removido de la presidencia entonces, mas quedó sin aquella mano absoluta que solía tener en cosas de Indias, y dentro de dos años se confirmó la sospecha viéndolo mudado a diferente presidencia, y puesto en la suya el marqués de Modejar, que con el doctor Bernal, que después fue obispo de Calahorra, y Gutiérrez de Velásquez, consejeros de los antiguos, y con Gregorio López, oidor de Valladolid, y Salmerón, que lo había sido de México, y entraron de nuevo, dio principio a la reforma de las Indias (después de varias consultas que precedieron de hombres doctos) haciendo treinta y nueve leyes, que se llamaron nuevas, y habían de observarse para el buen gobierno de aquellos reinos, y aunque las más de ellas no parecían haber sido hechas por hombres sino por ángeles, había otras que arrastraban tan forzosos inconvenientes y perjuicios que no era posible ejecutarse.

Además de lo referido se tomó resolución en que se fundase Audiencia en Lima, y por cabeza de ella Blasco Núñez Vela, veedor de las guardas de Castilla, pero de condición tan resuelta que era más propia para aquel oficio que para el de vi-

rrey de Perú en que lo nombraron, si bien el valor y fidelidad de que había dado bastantes muestras en servicio del emperador le hacían digno de mayores puestos, como no fuesen de administrar justicia, y más donde se necesitaba tanto de arte y blandura para que se digiriesen aquellas nuevas leyes en tan relajado estómago como el del Perú, cuya ejecución le cometieron, y en que pareció haber errado el Consejo; pues siendo algunas tan duras de admitir, y el virrey tan resuelto y caprichoso en seguir su dictamen, fueron consiguientes los alborotos y guerras civiles que inquietaron aquel imperio por muchos años. Y como estas leyes se habían hecho a pedimento de Fr. Bartolomé de Las Casas, decía entonces discretamente un ministro de los primeros de la corte que sería espectáculo digno de verse, si para acabar con las Indias enviasen a ellas juntos en un navío a este religioso y a Blasco Núñez, que de puerto en puerto y de provincia en provincia fuese el uno haciendo leyes y el otro ejecutándolas. Para México y que visitase su Audiencia se nombró a Tello de Sandoval, canónigo de Sevilla, que a la sazón era inquisidor de Toledo, o como dice Herrera, del Consejo de Indias, y fue acierto grande el que se tuvo en la elección de este sujeto para que ejecútase las nuevas leyes, como en la que se había hecho antes para virrey en don Antonio de Mendoza, pues bastó la prudencia de ambos para tener en paz aquel reino sin que faltase a la administración de justicia. A Santo Domingo y demás islas para el mismo efecto, enviaron por presidente al licenciado Cerrato, abogado en Granada, y que tuvo poco embarazo en lo que llevó a su cargo, respecto de los pocos indios que ya tenían las islas. Y para el Nuevo Reino (que es a lo que vamos) se eligió a Miguel Díez de Armendariz, natural de Navarra y colegial mayor de San Bartolomé en Salamanca, a quien se le dio comisión para que visitase los gobiernos de Car-

tagena, Santa María, Popayán y Río de San Juan, pensando que allí estarían ya fundadas algunas ciudades.

Diéronsele instrucciones muy buenas para que se gobernase en la visita que había de hacer primero en Cartagena, luégo en Santa Marta y después en el reino, residenciando a todos los que habían gobernado desde el general Quesada hasta el adelantado Lugo. Ordenósele que concluso esto, pasase a Popayán y Río de San Juan, en la costa del mar del sur, y terminada allí la visita volviese al reino, donde asistiese como juez de apelaciones de aquellos gobiernos, mientras allí se fundaba otra Audiencia. Que constando que alguno de los gobernadores había ejercido fielmente su oficio, lo dejase en posesión de él; y si no, lo remitiese a España o hiciese parecer en la corte por procurador, según fuese la calidad de las culpas. Que no permitiese que a los indios se les cobrasen tributos excesivos, sino los contenidos en las tasas que conforme a leyes se debían hacer. Que para enterar más a los indios de que la real voluntad era de que viviesen en libertad cristiana, llamase a los caciques y uzaques, y en lugar público, por medio de intérpretes, se lo declarase, y como iba a ejecutarlo así, y tuviesen por cierto que habían de ser tratados como vasallos libres y oídos en justicia los que estuviesen agraviados. Que atendiese con particular cuidado a que en todos los pueblos de españoles se enseñase la doctrina cristiana a los indios, habiendo para ello personas, hora y lugar señalados. Que pidiese a los caciques enviasen a la doctrina a sus hijos y súbditos, favoreciendo a los eclesiásticos que la enseñasen, y fomentando la fábrica de templos y monasterios. Que para obviar que entre los indios se introdujesen errores y doctrinas perjudiciales, recogiese los libros profanos y de mal ejemplo, pues por esta causa, y mirando a este fin, se había dado la prohibición de pasar libros a Indias. Que tomase noticias del fruto que habían

hecho los religiosos enviados a Santa Marta y Cartagena en la reducción de los indios y edificación de los templos, y diese cuenta. Que se informase de la vida y honestidad de los clérigos, y si conviniese dar cuenta de alguna falta, la diese a sus obispos. Que viese en qué lugar de la provincia de Popayán convendría erigir catedral, pues la de Quito estaba tan distante, y remitiese su parecer. Que oyese y determinase las diferencias que tenían Benalcázar y Andagoya sobre los términos de sus gobiernos. Que residenciase a Jorge Robledo, a quien se le había hecho merced del título de mariscal, y había de ir con él, y no hallándolo notablemente culpado en los cargos que había tenido y en las poblaciones que había hecho de Anserma, Cartago y Antioquia en términos de Popayán, lo pusiese por teniente de ellas, y diese cuenta al Consejo con su parecer sobre si convendría o no que fuese gobierno separado del que tenía Benalcázar, para que se le remitiese título o proveyese otra cosa.

Todas estas resoluciones estaban así tomadas por el Consejo; pero como las novedades que ocurrían a la corte de las otras partes del mundo fuesen muchas, y las armadas para pasar a Indias tengan espacios tan dilatados para aprestarse, ya estaban algo adormecidas las materias, cuando por el presente año de cuarenta y tres llegaron a Castilla diferentes personas de Indias, y entre ellas Domingo de Aguirre, que bien instruído en lo que traía a su cargo, y presentando las cartas y demás instrumentos que le habían dado, informó primero a cada consejero en particular, y después a todos juntos, de los procedimientos de Lugo. Representoles cómo errando las acciones desde que fijó el pie en las Indias, había despojado las arcas reales en el cabo de La Vela, y ajado a los ministros de su majestad a título de que le pertenecía el doceavo de los quintos de las perlas. Que por atender a particulares conveniencias, que juzgó tener entrando armado en el Nuevo Reino, sa-

có la gente más lucida de las ciudades de Santa Marta y Santiago de Sompallón, dejándolas expuestas al saco y al incendio de los franceses y de los indios, en contravención del principal motivo que tuvo el rey para mandarle partiese luégo a su gobierno.

Que contra el parecer de hombres prácticos eligió nuevos caminos para subir al reino desde el cabo de La Vela, en que perecieron los más de su ejército, sin que a vista del horror de la muerte, que tenía vecino, apagase la sed insaciable de su codicia, pues hallándose en las mayores miserias que se pudieron imaginar, tuvo arte para enriquecer con las haciendas que dejaban los que morían por su causa. Que luégo que llegó al reino vacó todos los repartimientos que habían hecho los Quesadas, cobrando para sí los tributos de todos los indios por más tiempo de un año. Que requerido con una Real Cédula para que no innovase en estas materias, despreció la orden, y apropiándose las mejores encomiendas distribuyó las demás entre amigos y parciales suyos, quitándolas a los beneméritos que las habían comprado con su sangre. Que perseguía con vejaciones y malos tratamientos a todos los hombres de posición, o con el fin de quitarles las haciendas, como lo había hecho con algunos, o con mira de que no quedasen con alas para oponérsele, como lo hacía con muchos. Que temerosos los vecinos de algún daño irreparable, desamparaban el reino guiados a la parte que los arrojase la fortuna y teniendo cualquiera per menos mala que la que experimentaban debajo de su dominio. Que con el mismo Aguirre y los otros ministros sus compañeros, había usado aun de mayores apremios que con los del cabo de La Vela, porque no le permitieron despojarse los quintos reales del doceavo que pretendía. Y, finalmente, que todo lo que obraba su espíritu codicioso en el reino, unas veces con maña y otras con fuerza, era de tal calidad, que no aplicándole presto remedio se despoblarían todas

aquellas provincias, que con tan duros afanes se habían sujetado a la corona.

Representados así estos excesos y divulgados después con mucha ponderación, en que no tenía poca parte el general Quesada, que se hallaba en Francia, o porque se presumía el más interesado en la ruina de Lugo, o porque en la realidad era el que más lastimado se hallaba de los filos de su codicia, hicieron tanta impresión en el Consejo que despertando de aquel olvido en que había puesto las resoluciones poco antes tomadas con particular estudio, y pareciéndole que cuanto representaba Domingo de Aguirre, y lo demás que pudiese acaecer en Indias, estaban prevenidos ya los reparos más eficaces, mandó que luégo se previniese armada en que los visitadores, virrey del Perú y presidente de Santo Domingo, y don Fr. Martín de Calatayud, electo de Santa Marta, partiesen sin poner más dilación en Sevilla que la que bastase para que a son de cajas se publicasen las nuevas leyes, diligencia que sólo sirvió de aviso para que, comunicando anticipadamente la noticia a los del Perú, los tuviese prevenidos y coligados para no obedecerlas. Pero ejecutada la orden se detuvieron en Sanlúcar mientras en la isla La Española instaban ambién Zárate, Briceño y otros vecinos que habían huído del reino, para que se les diese juez contra Lugo y los asegurase de poder volver a sus casas; que considerado por aquella Audiencia y presumiendo de la sagacidad de Lugo, que había de poner todo cuidado en huir el cuerpo a que lo cogiese en Indias la residencia de tantos excesos y agravios como había hecho y que, por consiguiente, había de intentar partirse a Castilla lo más presto y oculto que pudiese, despachó una provisión a todos los puertos en que podía tocar para que las justicias de ellos lo embargasen, y detuviesen remitiendo para después el nombramiento de juez, en que debían proceder con mucha prudencia por la importancia de no errar la elección.

CAPITULO IV

DESTIERRA LUGO A LOS QUESADAS.—EL CAPITAN VENEGAS DESCUBRE LAS PRIMERAS MINAS DE ORO Y FUNDA LA CIUDAD DE TOCAIMA.—VALDEZ ENTRA EN LOS MUZOS Y PIERDE LA BATALLA DE SARBE.

CON estos acaecimientos había terminado ya el año de cuarenta y tres, y entrado el de cuarenta y cuatro, memorable por haber padecido el sol un eclipse, que le duró todo el día a los veinticuatro de enero, y ajustados ya los procesos contra los Quesadas y conociendo el adelantado que los primeros cargos que les había hecho para prenderlos, no eran de tanta consideración que justificase por ellos la resolución que pretendía tomar, cargó todo el juicio de la causa sobre la culpa que cometió Hernán Pérez haciendo cortar la cabeza al cacique de Tunja, Aquiminzaque, y pareciéndole que esto era suficiente para ganar la aprobación del Consejo, condenó a los dos hermanos en destierro perpetuo de las Indias, sin reparar en que no habiendo concurrido Francisco de Quesada en el delito que ponderaba, había de ser la igualdad del castigo una clara probanza de que su mira no había sido a la satisfacción de la justicia sino al desahogo de sus pasiones. Pero como quien recela mucho de sus delitos discurre en los ajenos con imprudencia, ninguna consideración le fue a la mano de cuantas pudieron ocurrirle al entendimiento, para que no les notificase la sentencia de que apelaron los Quesadas para la Audiencia de Santo Domingo, y otorgado el recurso de apelación fueron en seguimiento de ella, con quebranto aun de sus mayores émulos, viendo salir pobre y desterrado del reino al mismo que lo había ganado

con valor y gobernado con aplauso, de que se le originó el desastre lastimoso que diremos después.

Libre ya Lugo de estos émulos, que recelaba dejar a las espaldas, aplicó el ánimo a generosas empresas que lo acreditasen o a lo menos sirviesen de velo a sus desaciertos, y como una de las cosas que más cuidado le daban era el haber sacado mucha gente (cuando pasó al reino) así de Santa Marta como de Santiago de Sompallón, pueblo que había fundado el capitán Valdez, por orden de Jerónimo Lebrón, de que se había seguido que no pudiendo resistir a los indios los pocos vecinos que habían quedado, se pasasen algunos a Mompox y los otros diesen vuelta a Santa Marta, nombró al capitán Lorenzo Martín para que fuese al castigo y poblase de nuevo con las personas que lo quisiesen seguir, y a Francisco Salguero dio gente y armas para que al mismo tiempo allanase las naciones que habitaban el gran Valle de Upar, y procurase fundar en él alguna ciudad con que asegurase el dominio de aquella tierra, y si bien ambas empresas no salieron como se pretendía, con todo sirvieron de freno para que los indios no corriesen la provincia con aquella libertad que solían, hasta que con el tiempo los fue acabando la guerra y sujetando el temor. Pero no era éste el negocio de más consideración que se le ofrecía a Lugo, sino el descubrimiento de minas de oro como basa que había de ser en que se fundase la duración del Nuevo Reino; y así, habiendo de elegir cabo en quien concurriesen prudencia y valor para guerrear con las naciones belicosas de los panches y pantagoros, que habitan de la una y otra parte del río grande, en cuyas provincias se decía estaban las minas, eligió a Hernán Venegas Carrillo, de quien hemos dado bastante noticia, aunque no era de los caquecios sus parciales, porque atendió más en esta elección al acierto de la empresa que al disgusto de su parcialidad.

Nombrado cabo de tanto crédito, fue mucha la gente noble que lo siguió, entre quienes se contaba Martín Yáñez Tafur, natural de Córdoba, que se había empleado con Diego de Ordaz y Antonio Cedeño en las conquistas de Paria y después en la de Cartagena, y militado con el licenciado Badillo hasta que salió a Popayán, y de allí pasó al reino; Luis Bernal, natural de Salamanca, como dijimos; Hernando de Salinas, Francisco de Montoya, Juan Ramírez de Hinojosa, Francisco Ortiz, Gómez de Castro, Antonio Portillo, Lope de Velasco, Antón Martín de Melo Sampayo, Francisco de Alcocer, Gaspar Tavera, Juan de Salinas, Miguel de Gamboa, Alonso de Olalla Herrera, Lope de Salcedo, Cristóbal Gómez Nieto, Juan de Chávez, Francisco de Figueredo, Cristóbal de Zamora Torero, Gaspar de Santafé, que casó con Beatriz Alvarez, Juan Ortiz Saavedra, Juan de Porras, Juan Díaz Jaramillo, Miguel de Morales y también Hinestrosa y Montero, con los cuales y otros muchos corrió en breve tiempo, con felicidad, las provincias más guerreras, siendo el primero que descubrió las de Ibagué, Santa Agueda, La Victoria y Mariquita, y por cumplir como debía las órdenes del adelantado descubrió asimismo las minas de oro de La Sabandija y del Venadillo, nombrada ésta así por un cervatillo manso que tenían los indios en aquel sitio; y la otra porque tiene su asiento en el río Guamo, llamado ya de La Sabandija por haber encontrado allí una muy venenosa, a la manera de avispa bermeja, aunque de este género se ven pocas. Y como después de conseguir esto tenía Venegas orden de poblar una ciudad en la provincia de los panches, que reprimiese la ferocidad de sus armas, repasó el río grande, y llenando toda su costa de aquel temor y espanto bastante a reducir los guataquíes y ambalemas, marchó contra los bituimas, que fortificados en una peña se pusieron en defensa esperando aun mejor fortuna que la que tuvieron con Hernán Pérez.

No fundaban mal su esperanza; mas como fuese tan feroz asalto el que le dieron los nuéstros, que en menos de dos horas quedase roto el ejército de los contrarios y el campo seguro, dio vuelta prestamente en demanda del río Patí, que es el mismo de Bogotá, y discurriendo con sus capitanes en que el valle de Tocaima sería el más a propósito para poblar en él, por estar en el centro de la provincia y bañarlo el río, eligió un llano que está a su margen, quince leguas de Santafé, al poniente, y en él, por el mes de abril de este año de cuarenta y cuatro, fundó la ciudad de Tocaima con tan buenos principios, que mereció tener por sus primeros pobladores a muchos vecinos de los más calificados del reino. Y así, nombrados los regidores, que lo fueron Miguel de Gamboa, Juan Ortiz, Juan de Porras y Miguel de Oviedo, y escribano Miguel de Morales, eligieron por primeros alcaldes a Hinestrosa y a Juan de Salinas, y consiguientemente dieron principio los demás vecinos a costosas fábricas de piedra, ladrillo y teja, y entre ellas levantaron después una iglesia parroquial de buen porte, y otra de Santo Domingo con hermoso claustro para los religiosos, aunque en la realidad se erró esta fundación, así porque se hizo muy dentro de la jurisdicción de Santafé, a quien se le estrecharon los términos, y de que se originaron algunos pleitos, como porque, con el tiempo, se fue entrando el río en la población, hasta asolar sus edificios cuando más hermosos crecían, daños que se hubieran reparado eligiendo para asiento otro de los que hay en la costa del río grande, que dista seis leguas de la ciudad, y con que se hubieran excusado otras poblaciones que se han hecho para la administración de las minas, pues aunque después se fundó la ciudad a la parte alta, en que hoy se conservan sus reliquias, siempre ha ido a menos por más que sus templos conviden a que la habiten.

Diose a esta ciudad por jurisdicción toda la que

hoy tienen las de Ibagué y Mariquita, y aunque de presente le falta, es bastante la que le queda para ser la que más dilatados términos goza en el reino. El temple es calidísimo, si bien sano por la benignidad de los aires y sequedad del terreno, en que hay para el sustento de la vida todo el regalo que puede apetecer el deseo; terneras, corderos, cabritos y conejos en abundancia; frutas de las mejores que se ven en las Indias, como son granadas, melones, piñas, anones y uvas, de que hay dos y tres cosechas al año. Las demás frutas comunes se hallan sinnúmero, y los dátiles que se siembran dan fruto a los dos años cuando más, cosa bien rara y que se experimenta desde que Antonio Portillo sembró el primer hueso en su huerta. Las aves son excelentes todas, y las hay tan regaladas y de varias especies como los peces que se cogen en el río grande y en el Patí para el sustento de la ciudad. Solamente se experimentan malas aguas, de que se crían hinchazones o cotos en las gargantas, y es la causa que dos leguas más arriba se mezclan con el río de que se bebe, los raudales de otro menor que pasa por minas de piedra azufre, si bien este daño es para la gente pobre, que por falta de medios no coge el agua de parte más alta. Túvose a los principios de esta fundación alguna esperanza de que había de ser una de las mayores de Indias, respecto de las cercanías de las minas, abundancia de naturales y fertilidad del país, y así fue por algunos años de las más aplaudidas y habitadas del reino, creciendo los edificios al paso que la esperanza, tanto, que después de haberse fundado Audiencia Real en Santafé, se consultó sobre mudarla a Tocaima, donde hubo muchos vecinos poderosos y ricos, de los cuales fue el uno Juan Díaz Jaramillo, que habiendo encontrado una mina de oro por modo extraño, sacó de ella tanta cantidad que lo medía por fanegas; y deseando eternizarse en la posteridad labró una casa que pudiera servir decentemente de alcázar, porque, además de las maderas

y otros ricos materiales que halló en el reino para su fabricación, llevó de Castilla tantos azulejos, vidrieras, rejería y artesones dorados, que después de asolada con las inundaciones y crecientes del Patí han sido bastantes las ruinas para hermosear las iglesias parroquial y de Santo Domingo, que se han labrado en la nueva ciudad, y, lo que es más, para el magnífico templo de la Limpia Concepción de Santafé, que es uno de los ilustres y aseados de las Indias, sin que de toda aquella riqueza y majestad haya dejado el tiempo otras señales, pues en el mío he conocido muchos de sus descendientes en suma pobreza.

No había puesto en menor cuidado a Lugo la nación de los muzos, porque desvanecida con la valiente resistencia que hicieron al capitán Lanchero, hasta obligarle a salir del país con el destrozo que padecieron sus gentes, corrían las fronteras de los moscas cebándose en carne humana, y confederados con el Saboyá maquinaban rebeliones y guerras que encendiesen todo el reino. De estos daños que padecían los pueblos del Simijaca y de otros mayores que amenazaban, corrían las quejas lastimosamente en Santafé, y éstas fueron las que obligaron a Lugo a que mandase al capitán Melchor de Valdez levantase cien hombres y algunos caballos, con que a largas jornadas caminase al castigo y conquista de los muzos. Era Valdez buen soldado y presto en sus resoluciones, y así en pocos días dio principio a la empresa; pero tan desgraciadamente que apenas tocó en tierra de enemigos cuando, acometida su gente por los costados de cuatro mil gandules flecheros, la pusieron toda en confusión, porque siendo los caminos tan estrechos que apenas permitían marchar de dos en dos infantes, y habiendo sido tan impensado el acometimiento, necesitaba cada cual de los nuéstros de pelear él solo con toda una muchedumbre de enemigos. Por otra parte, los caballos servían más de embarazo que de defensa, por-

que no pudiendo romper por los despeñaderos y estando el camino sembrado todo él de hoyos y púas de que se había valido la industria de los muzos, o ya cayendo en ellos, o ya quedando inmóviles y desarmados en el aprieto, servían de blanco a una tempestad de flechas que descargaban sobre ellos; mas venciendo la constancia de los nuéstros a la ventaja del enemigo, resistieron tan valerosamente los ímpetus del encuentro, que, matando muchos de los contrarios y jugando por instantes con más ferocidad los arcabuces, pudieron asegurarse, si bien con pérdida de los caballos y parte del bagaje que iba en la retaguardia, y fue donde más cargó el peso de la batalla.

Retirados con este suceso los muzos, y sin perderse de ánimo por el buen principio que habían dado a la guerra, convocaban todos los pueblos del país bajo para que, unidos en un cuerpo, hiciesen más fuerte la resistencia; y porque el mayor aprieto en que podían poner al campo español era el del hambre, talaron y recogieron todos los bastimentos y semillas de los contornos por donde marchaban los nuéstros, rompían los caminos, renovaban la traza de los hoyos y púas y ponían tales estorbos de árboles y troncos atravesados que bastasen a retardarles la marcha, ardides todos y máquinas que les enseñó la necesidad y que hicieron no menos dilatada que sangrienta para los nuéstros la conquista. Por otra parte, Valdez, reconociendo la dificultad de la empresa por la poca comodidad que hallaba para campear en el país, y por la astucia y valor que experimentaba en los muzos, deseaba encontrar sitio donde, con el desquite de los suyos, los dejase escarmentados; y así, recogida su gente y más prevenida que antes para los repentinos asaltos, marchaba con buen orden, pero con tantas dificultades y detenciones que había día en que por los impedimentos que le tenían puestos apenas podía caminar media legua, de que se empezó luégo a sentir en su campo

la falta de víveres y, por consiguiente, dieron algunos en desmandarse para buscarlos, cayendo en manos del enemigo, pues aunque Valdez aplicaba todo el ánimo para el remedio, era más poderoso el rigor del hambre que la amenaza de los bandos, y así, en poco tiempo, perecieron muchos de los indios cargueros y diez o doce españoles. Pero no siendo todo esto bastante a que diesen paso atrás de la empresa, penetraron y vencieron toda la cuesta de Toro, tan conocida en el reino por su aspereza, hasta bajar al río Sarbe, donde los muzos los esperaban con determinación de probar segunda vez fortuna, porque, reforzados con la gente más guerrera de la provincia, y conociendo por los que se desmandaban del campo español la penuria que padecía y cuán debilitado se hallaba, no quisieron dilatarse más en acometerlo.

Corre el Sarbe con rápidos y crecidos raudales por entre algunas piedras, si bien permite en el verano que puedan vadearse sus aguas; y aunque todo su curso lo sigue por tierras ásperas y muy dobladas, y ésta a que llegaron los nuéstros lo sea tanto, con todo esto tiene algunas arboledas de la una y de la otra ribera, y forma sobre sus costas algunas concavidades que se ocultan entre los pedazos de tierra escombrada que descubre la vista. Aquí, pues, tenían su ejército los muzos de la otra parte del río, mas con tal disposición puesto en celada, que sin sospecharlo los nuéstros dieron principio a esguazarlo, sin atender a que debían esperar a los últimos para que se hallasen juntos en caso que fuesen acometidos; y como esta ocasión era la que deseaba el enemigo, apenas vio que las primeras hileras se alargaban sin esperar la retaguardia que se prevenía para seguirlas, cuando, saliendo de las emboscadas divididos en dos batallones, el uno para impedir el paso del río y el otro para acometer a los que lo habían esguazado, que serían hasta sesenta españoles, los acometió con tal ardimiento que a no haberlo con

gente tan práctica la hubiera roto del primer encuentro. Pero como éste fuese rechazado con valor, y los muzos no desconfiasen de la victoria mientras tuviesen divididos a los nuéstros, se trabó aquí uno de los más porfiados combates que se vieron en aquellas conquistas. Sustentaban todo el peso los de la vanguardia, confiados en que serían presto socorridos de los compañeros; y éstos, deseosos de llegar a tiempo, se arrojaban al Sarbe entre la oscura tempestad de flechas que les disparaban para impedirles el paso, donde naufragaron algunos entre las olas de la sangre y del agua. La grita y voces que los indios acostumbraban en sus peleas lo llenaba todo de confusión. El desorden de los nuéstros los tenía en estado de que supliese la temeridad lo que pudiera haber hecho la disciplina. Caían por todas partes muchos de aquellos bárbaros, porque, como eran tantos, no daban carga los nuéstros que no fuese estrago fatal para sus tropas, aunque aprovechaba poco respecto de la muchedumbre, que crecía por instantes. Dificultábase a los nuéstros el socorro de unos a otros, y empeñado el enemigo en que no lo consiguiesen, no ponía menos cuidado en defender el tránsito del Sarbe que en apretar a los que habían pasado, que aunque se mantenían valientes, no parecía posible perseverasen más tiempo sin el socorro. Mas reconociendo Valdez que el peligro en que se hallaba su campo no consistía tanto en el valor de los contrarios como en la precipitación de los suyos, arrojándose al río con la espada en la mano detuvo a los que porfiaban en esguazarlo, y volviendo con ellos a la ribera dispuso que desde allí hiciesen espaldas con la arcabucería a los que peleaban de la otra banda, para que repasasen sin riesgo sus aguas. Dada esta orden, tocó a recoger, y ejecutándolo ellos se fueron retrayendo hasta el río, siempre cargados del enemigo; pero como los arbacuces de la otra ribera se disparasen tan a tiempo que le hiciesen daños muy

considerables, advertido el peligro se retiró la distancia bastante para que los nuéstros tuviesen lugar de ponerse en salvo.

Este fue el suceso de la batalla del Sarbe, en que murieron más de treinta españoles, y otros muchos quedaron heridos. De los muzos pareció haber llegado el número de los muertos a más de quinientos, y aquí fue donde perdieron de suerte el temor a nuestras armas, que se acreditaron de los más guerreros, como veremos después en la constancia y valor con que sustentaron la guerra. Mas considerando Valdez la gente que había perdido, y que la falta de víveres tenía en miserable estado la poca que le restaba, y que tanto más había de crecer el hambre cuanto más penetrase la aspereza de aquel país estéril, donde la conquista de los muzos necesitaba de más fuerzas que las que le habían quedado, resolvió ceder al aprieto en que se hallaba, y volviendo a Santafé, representar las dificultades de aquella guerra para que, examinadas con atención, se proveyese de más eficaces medios para emprenderla. Con esta resolución levantó su campo y, siguiendo el mismo rumbo que había llevado, empezó a marchar con aquel orden y prevención que se requerían para refrenar la audacia del enemigo, que apenas conoció el designio, cuando dispuesto a molestarle lo siguió seis leguas, procurando en la estrechez de los pasos, y con la oscuridad de la noche, lograr alguna ocasión en que romperle, mas halló siempre tan vigilante a Valdez, y tan reforzada de arcabuces la retaguardia, que bien escarmentado de algunos acometimientos que hizo y del daño que recibió en ellos desistió de la empresa, y Valdez tuvo tiempo de salir a reformar su gente a Simijaca, donde lo esperaban victorioso, y con el mal suceso que tuvo se concibió un temor tan grande que llenó de espanto los pueblos confinantes.

CAPITULO V

DESCUBRE FELIPE DE UTRE LOS OMEGUAS, Y VENCELOS EN UNA BATALLA: RETIRASE POR MAS GENTE A CORO, Y MUERTO ALEVOSAMENTE POR FRANCISCO DE CARVAJAL EN EL CAMINO. SE PIERDEN LAS NOTICIAS.

POR el mismo tiempo que el adelantado se ocupaba en el reino en apremiar a los ministros reales y procesar contra los Quesadas, se hallaba Felipe de Utre reforzando su gente, agasajado de la benevolencia que dentro de su pueblo le manifestaba el cacique parcial del señor de Macatoa, y esta afición que cobró a los nuéstros le hacía temer las desdichas que habían de encontrar, si porfiaban en pasar al reino de los omeguas, por saber la muchedumbre de gente bélicosa que tenía, criada toda su vida en marciales encuentros, no solamente con los extraños sino consigo mismos, destruyéndose en guerras civiles, polilla incurable de los países que abundan de prosperidades. Por estas consideraciones procuraba disuadirlos del empeño, representándoles el riesgo de llegar a las manos con enemigos tan prácticos, y vestidos como ellos iban, no como los otros, desnudos, de que habían triunfado hasta entonces con el espanto; además, que tenían en sus tierras animales casi tan grandes como los caballos, en que podían también montar para resistir a los pocos que llevaban (que según las noticias que siempre se han tenido de este reino, son carneros del Perú, y no camellos, como algunos afirman). Pero a todo esto añadía el cacique, que tenían suma riqueza de plata y oro, y muchos gé-

neros de pavos y gallinas de papadas coloradas. De todos estos inconvenientes se burlaban los nuéstros, no siendo más de cuarenta, animados con el aviso de la plata y oro, y grandes poblaciones, que era el fin de sus ansias; y así, reformados ya en el pueblo, pidieron al cacique guías de confianza que los metiesen en la tierra, y ofreciolas luégo, vista su determinación, y por lo que gustaba de su compañía determinó ir en persona con cien gandules hasta la primera población de los omeguas. Con tan buen guía marcharon por anchos y abiertos caminos, aunque faltos de gente, por espacio de cinco días, hasta que al último, bien de mañana, se hallaron sobre una aldea de hasta cincuenta casas, y preguntando al cacique quienes eran sus moradores, respondió ser las guardas de las sementeras de los omeguas, que en aquella aldea se recogían, cuando les permitía lugar la ocupación de su ejercicio; pero en sintiendo los vigías repartidos por el campo la gente forastera que entraba por sus tierras, se pusieron en huída para sus casas con el fin al parecer de ampararse en ellas.

Desde el sitio en que se hallaban los nuéstros, por ser algo elevado, descubrieron a corta distancia una población de tan extraña grandeza que aunque estaban bien cerca no pudieron divisar el extremo de la otra parte. Tenía las calles derechas, las casas muy juntas y sobresalía entre todas una, que estaba en medio, de tan elevada y anchurosa fábrica, que preguntaron al cacique guía qué casa señalada era aquella, a que respondió ser la del cacique Cuarica, señor de aquella ciudad, que le servía de morada, y templo para muchos ídolos que tenía de oro macizo de la estatura de niños de a cincuenta lunas, entre los cuales estaba el de una diosa de estatura de una mujer perfecta, y otras grandes riquezas suyas y de sus vasallos, que allí se depositaban. **Y más adelante** (dijo) **hay otros pueblos y caciques princi-**

pales que exceden a éste incomparablemente en vasallos, riquezas y ganados, y a este paso se van acrecentando hasta los fines de aquellos dilatados reinos; por lo cual, ya no hay necesidad de que os guíe, porque si a la entrada sabéis defender bien vuestras personas, podéis seguramente correr de unas partes a otras por donde os pareciere; pero para el mayor acierto os doy por último consejo que procuréis haber a las manos alguno de aquellos guardias que se han retraído a la aldea, de quien podáis informaros, y me daréis licencia para volver a mi casa.

Hallábase a caballo en esta sazón Felipe de Utre y todos los demás que los tenían, y aplicadas las espuelas a un tiempo corrieron en demanda de la aldea con pretensiones de lograr el consejo, si bien salió azarosa la suerte, pues a ninguno pudieron aprisionar; solamente Felipe de Utre, dueño de caballo más ligero, dio alcance a un gandul, que con su lanza en la mano trataba de escaparse; pero viendo éste su perdición tan vecina, volvió haciendo cara, y despidió con tal pujanza y destreza la lanza, que atravesando el sayo de armas de Utre lo hirió peligrosamente entre las costillas que caen debajo del brazo derecho, y corriendo arrebatadamente se entró en su pueblo, conmoviéndolo a voces, mientras el general, herido y vueltas las riendas al caballo, se incorporaba con los demás, que discurriendo no haber encuentro más perjudicial que el primero, si es desgraciado, vacilaban perplejos en la determinación que tomarían, si de avanzar al pueblo temerarios o retirarse por entonces prudentes. No ocupaban menos confusiones al cacique amigo que había estado a la mira, pareciéndole que ya toda la nación de los omeguas iría cargando sobre ellos, por la cólera en que los habían metido los guardas que huyeron, y parecíale suerte bien merecida en los españoles por haber despreciado el consejo de que no se trabasen con gentes tan belicosas. En esto

se discurría cuando, en confirmación de ello, se comenzaron a oír estruendos de grandísimos tambores (que los tenían, según afirmaba el cacique, de cinco y seis varas de largo). Resonaban fotutos y caracoles entre alaridos de toda suerte de gentes, que parecía haberse conjurado el mundo contra los nuéstros, como era la verdad, y hubieran experimentado aquel día, si no terciara la noche para que los enemigos detuviesen el paso, y los españoles dispusiesen que los indios amigos, llevando en una hamaca a Felipe de Utre, diesen la vuelta caminando toda la noche a paso tan largo que a la siguiente encontraron con él en el pueblo de su cacique, escoltado siempre del campo, donde luégo se trató de su cura, tomándola a su cargo Diego de Montes, natural de Madrid, no porque fuese médico ni cirujano sino por no hallarse otro que supiese tanto.

El modo que discurrió para curarlo fue bien singular, porque como la herida fuese entre las costillas y no hubiese tienta para reconocer si estaba superior a las telas del corazón, o las hubiesen lastimado, dispuso, con beneplácito del cacique, que montase a caballo un indio, el más anciano del pueblo, que debía de ser esclavo, y poniéndole el sayo o escaupil hizo que otro por la misma rotura lo hiriese con otra lanza semejante a las que usan los omeguas, prueba que le costó al viejo la vida, pues desmontándole y haciendo la anatomía de que necesitaba para la cura, halló que caía la herida sobre las telas, y consiguientemente rompiendo más la abertura, le hizo ciertos lavatorios, bastantes a que, meciéndolo de una parte a otra, limpiasen el lastimado cuerpo de mucha sangre cuajada, que ya estaba en ellas, dejándolo en disposición de que brevemente sanase, y al cacique y a su gente, asombrados de la entereza con que el herido había sufrido aquella cruel carnicería, y tanto que a una voz decían, que si entre los cuarenta españoles que tenían presentes había mu-

chos de tan valiente ánimo, podían entrar seguros a la conquista de los omeguas; pero éstos, aunque noticiosos de la retirada de los nuéstros con la oscuridad de la noche, no por eso apartaron el ánimo de la intención de seguirlos, como lo hicieron, pues pasado el primer cuarto de la noche, en que se reformaron de gente hasta en cantidad de quince mil combatientes, fueron en su alcance, sin que algunos de los españoles ni de los indios amigos los sintiesen, hasta que se pusieron a dos leguas del pueblo.

Diole el cacique el aviso del riesgo al general Felipe de Utre, el cual, como no estuviese para montar a caballo, ordenó al capitán Pedro de Limpias que gobernase la guerra. Era este capitán práctico y venturoso, como hemos dicho, y así, dispuesto todo con el acierto y brevedad que el aprieto pedía, salió al encuentro a los omeguas, que ya iban acercándose por un dilatado campo, divididos en escuadrones bien formados, con altos penachos, rodelas y lanzas de puntas tostadas, que eran sus armas. Nuestros caballos entonces, bien cerrados, aunque pocos, dieron principio a la batalla, que hacía más sangrienta el escuadrón de los infantes que los seguía, gobernados por Bartolomé Belzar, mancebo brioso, que, competidor de Limpias, hacía maravillas, y aunque al primer ímpetu de los nuéstros se opusieron los indios con resistencia de buenos guerreros, revolviendo prestamente Pedro de Limpias, los acometió con tanto coraje y destreza que se vio aquella bárbara multitud atropellada y rota de treinta y nueve españoles, cuando se prometía en las manos la victoria. Perdido entonces el ánimo de los omeguas, dieron principio a retirarse guardando el orden de la milicia en tales aprietos, como eran los que encontraban en la ferocidad de los caballos y corte de las espadas. Pero viendo ya que el mucho guerrear, en vez de quebrantar el ánimo de los españoles, les daba alientos para mostrarse invenci-

bles, ya no retirándose sino huyendo a espaldas vueltas, desamparaban la campaña dejando muchos de los suyos muertos y mal heridos, sin que de los nuéstros peligrase otro que el capitán Artiaga, que sanó con dificultad del golpe que recibió de una lanza.

Con tan milagrosa victoria y algunos días que bastaron para convalecer los heridos, resolvieron todos tomar la vuelta de Macatoa, y de allí la del pueblo de Nuestra Señora, donde consultarían lo que más importase para renovar la conquista de los omeguas. Dispuesta así la partida, de que no le pesó poco al cacique amigo, por el amor que había cobrado a los nuéstros, y por la intención de tenerlos consigo para ir observando sus ardides de guerra y políticos modos de vivir, a que grandemente se había inclinado, quisiera detenerlos más tiempo; pero vista su resolución, dioles todo lo necesario para la jornada, con vivanderos y guías que los condujesen a Macatoa, sin tropezar en el inconveniente de encontrarse con los caribes, que habitan el río abajo; mas, vueltos los guías al mejor tiempo, precisaron a los nuéstros a que marchasen al tino, en confianza de que no podían errar el Guaivare, que los encaminaría a Macatoa, llevando siempre el rostro al poniente, como sucedió arribando a él por parte superior a la ciudad, adonde, reconocido el paraje, despachó el general Utre a Pedro de Limpias con una tropa de doce infantes para que hiciese subir canoas, lo cual, conseguido al día siguiente, con abundancia de víveres que les dio el señor de Macatoa, repasaron el Guaivare y, sin accidente adverso que los retardase, llegaron al pueblo de Nuestra Señora, donde habían dejado los enfermos, después de tres meses que gastaron en este descubrimiento.

No es ponderable el gozo que se había engendrado en Felipe de Utre y su gente, con haber saludado los umbrales del reino de los omeguas, pareciéndoles haberse encontrado con las provincias

de El Dorado, en cuya demanda habían salido de Coro; y si les preguntáramos en qué se fundaban, se hallarían sin duda ajenos de sacar a luz alguna razón que lo persuadiese, especialmente habiendo sido tanta su inadvertencia que no hubiesen a las manos algunos indios de quienes poder informarse de las calidades de la tierra, riquezas y minerales, disposición de los países, número de habitantes, trato y otras cosas comunes al vivir de los hombres, y especialmente si sobre todas las provincias dominaba algún señor, soberano, rey o monarca; si no es que las señas que van referidas y la primera guazabara bastasen a persuadirles lo que más deseaban, causándoles el desvanecimiento de haber llegado a parte que ningunos otros habían podido, aunque lo habían intentado. Y porque podrá convenir en algún tiempo examinar juntas todas las noticias que se han adquirido para la certidumbre de estas provincias, no será fuera de propósito sucintarlas en este capítulo, advirtiendo que de las cuatro que hemos hallado en diferentes autores, es la segundá ésta que va referida, pues la primera la tuvo el capitán Francisco de Orellana por el año de cuarenta y uno, cuando, despachado por Gonzalo Pizarro (que se ocupaba en el descubrimiento de la canela), navegadas quinientas ochenta leguas hasta la provincia de Machifaro, que yace sobre el gran río de las Amazonas, que llamaron entonces de Orellana y después del Marañón, tuvo noticia de un gran señor confinante, la tierra adentro, a mano izquierda, llamado Aomagua; y a pocas leguas del río abajo, después de encontrarse con otro mayor que el que iba navegando, y a su boca tenía tres islas, dio en una aldea de hermosa vista, con cierta casa de placer, en que halló algún oro y plata y gran cantidad de loza vidriada, con excelentes dibujos, que dijeron los aldeanos conducirse de la tierra adentro, en que había muchos de aquellos metales. Confírmose esta noticia con descu-

brir dos caminos reales, a mano izquierda, por donde anduvo Orellana como dos millas, hasta que, viendo que se ensanchaban más a cada paso, volvió a la aldea, y embarcada su gente, navegadas otras cien leguas, se encontró con el cacique Paguana, en cuyo país halló carneros del Perú, sin que bastase alguna cosa de estas a mudar la pretensión con que iba de salir al mar del norte. La tercera noticia la derramaron en los reinos del Perú, por el año de 1557, ciertos indios brasiles, que habiendo salido de sus tierras hasta en número de doce mil, diez años antes, con ánimo de buscar provincias en qué ensancharse, por no caber en las suyas, después de muchos encuentros de guerra que tuvieron en la jornada (atravesados los Llanos y el Marañón, con dos portugueses por guías o cabos), dieron en un famoso río por el cual, subiendo, arribaron a la provincia de los motilones, afirmando haber encontrado muchas provincias, y especialmente la de los omeguas, poderosos en gente y riqueza, que luégo soñaron algunos ser las de El Dorado, si bien otros más cuerdos las tuvieron por las mismas que había descubierto Felipe de Utre, de que se originaron los aparatos con que Pedro de Ursúa, por orden del virrey, marqués de Cañete, se dispuso para su desgracia la conquista, llevando algunos brasiles por guías, y para que Lope de Aguirre adquiriese la cuarta noticia, por el año de sesenta y uno, en que, navegadas más de setecientas leguas desde que se embarcó en el río de los Motilones hasta uno de los pueblos de la provincia de Machifaro, en que traidoramente maquinó y ejecutó la rebelión a su rey y muerte de su general, y costeada toda la provincia hasta el pueblo de La Matanza, en que repitió inhumanos estragos, descubrió a pocas leguas del río abajo algunas tierras elevadas y limpias, de la una y otra parte del río, en que de día divisaban innumerables humos y de noche lumbres, señales manifiestas de grandes poblaciones,

y que los guías brasiles afirmaban ser de los omeguas, hasta que, viendo cuánto se retiraba de ellas Lope de Aguirre, se ausentaron una noche en demanda del Brasil, de cuya cercanía divisaban ya bastantes señales, como más individualmente lo refiere Fr. Pedro Simón en su "Historia de Tierra Firme".

De suerte que las cuatro noticias que se han tenido en diversos tiempos, y entradas de distantísimas partes, convienen en la certeza de que hay estas provincias, por la poca diferencia que hay en la pronunciación de aomaguas, omaguas, omeguas o ditaguas, y en que son tierras altas y limpias, abundantes de gente, oro y plata, y carneros semejantes a los del Perú, y en que dichas provincias están la tierra adentro, a poca distancia del río Marañón, más bajas que la de Machifaro, con quien confinan a mano derecha, subiendo el río arriba, y a la izquierda, bajando, pues aunque la gente de Aguirre refería estar a mano derecha, y otras tierras semejantes a la izquierda, es muy verosímil que por alguna gran vuelta del río padeciese engaño la vista, por lo cual se podrá inferir si se gozaban con fundamento los soldados de Felipe de Utre, que dejamos en el pueblo de Nuestra Señora, ufanos con las novedades que participaron a los que habían dejado enfermos, pues animados con ellas se alentaban a formar ideas de señoríos que habían de adquirir en aquellos reinos, quimeras todas que terminaron brevemente con lastimosas tragedias y noticias ciertas, que borró con sangre el odio y la ambición, para que hasta hoy no se hayan vuelto a rastrear aquellas primeras huellas de estos infelices descubridores, siendo gran parte de las discordias futuras las ordinarias que corrían entre los capitanes Pedro de Limpias y Bartolomé Belzar, sobre disponer las facciones del campo, pues siendo el uno montañés y el otro alemán, de que

jamás se hará buena mezcla, y pretendiendo éste, con realidades de valeroso y humos de favorecido del general, desvanecer aquella gloria a que ensalzaba a su émulo el renombre de venturoso y guerrero, tenían banderizado el campo continuamente, por más que trabajaba Felipe de Utre en concordarlos, aunque siempre inclinado a la preferencia de su deudo.

Por esta causa (habiéndose conferido y resuelto que para volver a los omeguas se necesitaba de conducir más gente de Venezuela) tuvo ocasión Pedro de Limpias de lograr la traza que muchos días antes había premeditado, para dejar la compañía de Utre y vengarse de Bartolomé Belzar, pues cautelosamente para el fin de engrosar el ejército se ofreció a volver a Coro con la seguridad de que juntaría bastante copia de gente, armas y caballos, y volvería con la celeridad posible a socorrerlo para la empresa. Pareciole bien a Felipe de Utre la oferta de llevar veinte infantes de escolta, y conseguida, salió tan apresuradamente, que sin detenerse, por la misma senda que llevó a la ida, llegó a las provincias del Tocuyo y Barquisimeto, donde halló alojado a Francisco de Carvajal, pues aunque lo llama Juan el cronista Herrera, seguimos en esta parte a Fr. Pedro Simón, que escribió con mejores noticias; era, pues, relator de la Audiencia de Santo Domingo, y con falso título de ella se había apoderado del gobierno de Venezuela. A éste procuró Limpias ganar la gracia, a que le ayudó Juan de Villegas, hasta que, conseguida, tuvo entrada para afear las acciones de Felipe de Utre y mal gobierno con que se portó en la jornada por seguir los pasos de Hernán Pérez y haberse retirado al mejor tiempo de la conquista de los omeguas, a que incitaba al Carvajal, pues se hallaba con suficiente ejército para la empresa, cosa que no le disonaba por ser la propuesta tan conforme al natural inquieto y ambicioso que siempre tuvo y que le facilitó

la desgracia de los alemanes, pues arrepentidos brevemente de haberse fiado de Pedro de Limpias y recelosos del mal tercio que había de hacerles en Coro, por los sentimientos que le habían traslucido de los encuentros pasados, levantaron su campo con gran presteza del pueblo de Nuestra Señora, pensando que a paso largo podrían darle alcance.

No tuvo efecto el designio, porque retardándose los alemanes con el embarazo de los enfermos, llegaron a Barquisimeto mucho después que Pedro de Limpias estaba en el Tocuyo con Carvajal, de lo cual, noticiosos éstos, y avisados los alemanes, procedían recatados los unos y los otros cautelosos, hasta que, acariciado el corazón sencillo y valiente de Felipe de Utre con las astucias del espíritu cobarde y mañoso de Carvajal, se hubieron de juntar y concurrir a comer juntos en un convite, donde, animado Carvajal de sus trazas, las tuvo para descubrir la pretensión que tenía de quedar superior. De que, sentido el alemán y aun favorecido de muchos de quienes confiaba su contrario, apellidando la voz del rey, quedó tan ventajoso que no solamente hizo gracia de la vida a Carvajal por dos veces, pero desvalijando de armas y caballos a los que se le mostraban afectos, pasó adelante distancia de cuatro leguas hasta alojarse en el valle de Quibor, para donde, sin perderse de ánimo Carvajal, y maquinando nuevas cautelas, despachó a su capellán con Juan de Villegas y Melchor Gruzel, bien instruídos del modo con que habían de portarse con Felipe de Utre, pues supieron asegurar su sencillez con tales promesas y rendimientos, que ajustadas ciertas capitulaciones ante escribano consiguieron la restitución de las armas y caballos que les había tomado y que pasase a Coro con los pocos que quisieron acompañarlo. Pero apenas se vio Carvajal con armas y gente más numerosa que la de su contrario, cuando empezó a marchar en sus alcances

con tanta celeridad que a pocas jornadas lo descubrió alojado sobre la barranca de una de las quebradas que corren por las montañas de Coro.

No se alteró Felipe de Utre de la llegada de Carvajal, porque con el disimulo de éste se persuadía su confianza a que la amistad capitulada era cierta; pero duró fingida en tanto que su enemigo se vio con las ventajas conocidas de la gente que ya llevaba, y así luégo aprisionó a los dos alemanes, a Palencia y Romero; y como no hay tiranía que no se alimente con sangre ni alevoso que no lo sea por el temor de encontrarse con otro, sin dar más términos a la tragedia de los presos que los que permite un corazón pusilánime, mandó a un negro que les ligase las manos y consiguientemente fuese cortando las cabezas de aquellos cuerpos inermes. Tenía el instrumento de que se valió el negro para el efecto embotados los filos, y debiendo menos tormentos a los golpes que al corte, saltaron a la repetición de tan prolongado martirio las cabezas de dos caballeros dignos por su valor de fin más dichoso, sin que aquel fiero monstruo de la crueldad insinuase alteración la más leve en la ejecución de aquella villana insolencia, vanagloria sí de igualarse en lo astuto y tirano con el otro Francisco de Carvajal, que por el mismo tiempo, sublevando el Perú, fabricaba sobre sangre vertida otro dominio fantástico para que notase aquella edad haberse visto en ella dos prodigios tan extraños como lo fueron dos Franciscos crueles y dos Carvajales traidores. Con tan lastimoso suceso quedaron sepultadas las noticias más claras del reino de los omeguas, fenecido el asiento y gobierno de los alemanes en Coro y amancillado de suerte el crédito del capitán Pedro de Limpias, que todo el cúmulo de sus hazañas y buena fortuna no ha bastado a borrarle el renombre de vengativo y alevoso.

Quitado el embarazo que tanto temió Carvajal, soltó luégo la rienda a sus crueldades, para que,

corriendo por la posta al despeño, lo precipitasen cuando menos pensaba. Para este fin dio vuelta a la ranchería del Tocuyo, y ordenando que la rozasen en contorno sin dejar árbol ni planta, reservó ilesa una ceiba de prodigiosa estatura, sin más pretensión que la de tener a sus ojos el patíbulo en que poner a todos los que se declarasen afectos a Utre, y a todos los demás que sin darle ocasión quisiese matar, para que se desahogase con sangre aquel corazón sediento de atrocidades, hasta que, piadoso el cielo, dispuso entrase por gobernador de aquellas provincias el licenciado Juan Pérez de Tolosa, quien, irritado de las tiranías que se ponderaban en Coro, tomada la gente que para el castigo tenía alistada el licenciadò Frías, su antecesor, y otra mucha que desgaritada del campo de Carvajal (por no estar al riesgo y la obediencia de tan mal hombre) buscaba quien la amparase, partió tan acelerada y secretamente que antes de ser sentido se halló sobre la ranchería del Tocuyo, donde luégo prendió al tirano y sustanciada la causa por los más breves términos que permite el derecho, lo condenó, a pedimento de la parte fiscal, a que después de arrastrarlo por los más públicos lugares de la ranchería, fuese ajusticiado con muerte de horca en la misma ceiba que reservó para otros, para que no se extrañase en todos los siglos el ver Amanes que dispongan el patíbulo para su malicia, en el mismo instrumento que previenen contra la inocencia; y aunque de parte del reo se apeló y alegaron algunas leyes del reino, para que ningún gobernador pueda ser condenado a muerte, si no es por el Supremo Consejo, el Tolosa estuvo tan firme en su propósito que ejecutó la sentencia, y Carvajal dio fin a sus días, y aunque sin el castigo condigno a sus culpas, pagó con una vida que perdió con justicia cuantas había quitado sin ella; siendo muy de notar que desde el punto que murió en la ceiba dio principio ella a secarse en tan breves días, que

los mismos que vieron la pompa de sus hojas admiraron la ruina de sus cenizas, y aunque las muertes de los alemanes acaecieron por diciembre del año de cuarenta y cinco y enero de cuarenta y seis, y poco después la de Carvajal, nos pareció que para no desabrir al lector sería bien recopilar antícipadamente el suceso de este descubrimiento hasta su fin.

CAPITULO VI

LUGO SALE DEL REINO PARA CASTILLA, Y ARMENDARIZ ENTRA EN CARTAGENA.—MUEREN LOS DOS QUESADAS.—ENTRA EL CAPITAN MARTINEZ EN MUZO Y SALE DERROTADO, Y JUAN DE CABRERA TRATA DE CONVENIRSE CON LOPE MONTALVO.

En las capitulaciones que se ajustaron entre el general Quesada y Benalcázar al tiempo que concurrieron con Frederman en Santafé por el año de treinta y nueve, fue una de ellas que dejada en el reino la más gente del Perú, se le permitiese al capitán Juan de Cabrera que con sesenta hombres fuese a la provincia de Neiva, que había descubierto Benalcázar, y pudiese poblar en ella alguna ciudad que estuviese sujeta a su gobierno. Y aunque ejecutado así, no permaneció la población por decreto del país, y el Cabrera dio vuelta con su gente al reino por no caer en manos de Lope de Aldana, que gobernaba ya en Popayán por el marqués Pizarro, con todo esto, vuelto Benalcázar de Castilla con el Adelantamiento, y no queriendo perder aquel derecho que tenía adquirido, llamó a Cabrera, su lugarteniente, y entrándose otra vez en la provincia de Neiva por este año de cuarenta y cuatro, buscaba lugar en que hacer aquella población que había intentado. La noticia de esta entrada de Benalcázar llegó en pocos días a Lugo, y causole dos efectos muy perjudiciales. El uno fue que muchos de los malcontentos dejaban en tropas el reino buscando amparo en Benalcázar; y el otro, que, receloso del cargo que le haría el Consejo si permitía que otro poblase en su gobernación, recibía notable pesar

de que se le ofreciese tan apretado lance que pudiese retardar el viaje que pretendía hacer a Castilla. Pero determinado a no empeñarse, de suerte que llegase a rompimiento, ni con tal omisión que le pudiesen atribuir alguna culpa, despachó al capitán Baltasar Maldonado para que, en su nombre, requiriese a Benalcázar no prosiguiese en la fundación que intentaba, supuesto que la provincia de Neiva, como descubierta primero por Gonzalo Jiménez de Quesada, se comprendía dentro de la jurisdicción del Nuevo Reino. Algunos penetraron que la intención de Lugo, dispuesta siempre a sacar alguna conveniencia de cualquier accidente contrario, cuidó más de lanzar del reino a Maldonado que de contradecir a Benalcázar sus pretensiones. Y a la verdad, no era tan mal fundada la sospecha que no se le pudiese dar crédito, porque su conciencia, fecunda de temores, lo traía con aquella inquietud que las culpas engendran en un corazón delincuente, y no había hombre de las calidades que concurrían en Maldonado que no le fuese formidable para la resistencia que temía; además que era el más íntimo de los Quesadas, y uno de los que a Hernán Pérez acompañaron siempre en sus conquistas.

Lo que resultó de la embajada fue que, noticioso Benalcázar de los excesos que cometía Lugo, y compadecido de los que se acogían a él, le respondió por escrito con aquella libertad y desahogo que hablan los que reconocen en sus contrarios la falta de limpieza de manos con que ellos proceden, y aun corrió voz de que deseaba ocasión de llegar a rompimiento con Lugo, lance que él no excusara, porque tenía tanto valor como podía tener Benalcázar, pero como se hallaba tan resuelto en pasar a España, remitió el despique de su enojo a los renglones de otra carta, y acelerando su partida, porque ya tenía labrados bergantines en Guataquí para la navegación del río, nombró por su teniente general al capitán Lope Montalvo de Lugo,

su deudo, para que gobernase el reino en su ausencia, pareciéndole sería bastante sujeto para desvanecer las quejas de sus contrarios, y porque lo había de ir escoltando hacia el río grande, subrogó en su lugar al capitán Antón de Olalla, con orden expresa de que prendiese a Cristóbal Gómez Nieto, a Pedro Negro, a Pedro Cornejo, a Domingo de Aguirre y a los demás que andaban fugitivos, y a Juana, india de Bogotá, con quien estaba mal amistado el capitán Juan Tafur. Hecho esto convocó mucha gente de ambas facciones para que le acompañase en guarda del tesoro real y suyo, con ordén de que hasta veinticinco hombres pasasen hasta el mar del norte, y entre ellos Juan de Céspedes, que había de quedar en Santa Marta, como dijimos; Lorenzo Martín en Tamalameque y Martín Galeano, por lo que le importaba no asistiese en el reino, y los otros que fuesen convoyando el tesoro hasta Tocaima, debajo de la conducta de Gonzalo Suárez Rondón, con promesa de licenciarlo desde allí, para que volviese a Tunja con los demás vecinos de aquella ciudad. Mas era muy contraria la resolución que llevaba dentro de sí, porque llegados al puerto del río grande aprisionó a Gonzalo Suárez, y, metiéndolo en el bergantín en que él iba, determinó pasarlo a España, no porque desease ni le fuese conveniencia el conseguirlo, sino por si acaso la estrechez y mal trato de la prisión lo acabase, y con su muerte saliese Lugo de los recelos en que se hallaba.

Con estas prevenciones llegó a Santa Marta, entrado ya el año de cuarenta y cinco, donde, como persona tan rica y que tenía el gobierno, compró un buen navío, y embarcado en él con Gonzalo Suárez, fue costeando hasta el cabo de La Vela, donde afondó apenas, cuando el alcalde Bartolomé Carreño y el alguacil mayor Pedro de Cales, bien prevenidos de gente armada, se entraron en el navío, y sin aquella reverencia que le tuvieron al principio sacaron los marineros, y, quitadas las ve-

las y timón, pusieron en libertad a Gonzalo Suárez, pareciéndoles que aunque el adelantado era su gobernador, estaban sus excesos tan manifiestos que el rey aprobaría la acción, en que también concurría el parecer del obispo de Calatayud, que se hallaba presente, por haberlo dejado allí la armada que pasó con Armendáriz a Cartagena, y hospedó al Suárez con generosidad. Ejecutado esto, se le notificaron ciertas provisiones de la Audiencia española, para que restituyese a las arcas reales enteramente cuanto había sacado de ellas con violencia a título que le pertenecía por la capitulación del doceavo. Obedeció Lugo y en su cumplimiento desembolsó la cantidad con más modestia que la que usó en el despojo, y valiéndose de aquella suavidad de palabras de que entre muchas prendas de gala y entendimiento lo dotó el cielo, pidió le devolviesen la gente de mar y demás instrumentos que le habían quitado, para pasar a Castilla, donde daría bastante satisfacción de sus procedimientos, y los que se mostraban quejosos debían representar sus agravios. Hiciéronlo así, y atravesado aquel pedazo de mar que corre entre el cabo de La Vela y La Habana, hizo escala en su puerto y allí el licenciado Juan de Avila, que gobernaba la isla, le embargó la persona y bienes por orden que asimismo tenía de la Audiencia española; pero deshízose presto toda aquella tempestad con cuatro mil pesos que le dio Lugo y le cobró después probándole el cohecho en Castilla.

Casi por el mismo tiempo llegó Armendariz a Cartagena, donde publicó sus nuevas leyes con poco sentimiento de los vecinos, por la cortedad de las encomiendas de aquella provincia, y remitiolas con real cédula al adelantado Sebastián de Benalcázar, para que las hiciese publicar en su gobernación, donde, con la noticia que ya se tenía de lo que pasaba en el Perú, sobre admitirlas o no, vivían sus vecinos con el recelo de que también

había de caer sobre ellos el rayo de aquel despacho, prorrumpiendo en lástimas y desesperaciones en sabiendo que ya estaba en poder de Benalcázar, hombre temido y respetado. Pero como éste considerase lo que importa atajar las alteraciones antes que lo parezcan, llamó a todos los vecinos de Popayán, donde residía de vuelta de Neiva, y propúsoles la imposibilidad que hallaba en faltar a la publicación de aquellas leyes, pues no habiéndolo hecho jamás en cosa perteneciente al servicio del rey, menos pensaba hacerlo en aquella ocasión ni sospechar que algunos de los presentes lo harían. Que si esta obligación era tan precisa de vasallo a príncipe, no tuviesen por menos propia la de su rey a vasallos en cuanto a oír sus quejas y remediarlas siempre que representasen la causa con la veneración debida a su majestad, y más cuando para dar lugar a ello suspendería la ejecución y permitiría fuesen a Castilla los procuradores que nombrasen, por ser éste el camino más llano para un acierto. Que retrocediesen la vista a las edades pretéritas y verían que ningunos de los vasallos que echaron por el atajo de los medios ilícitos, dejó de caer en los desengaños de su ruina. Que la reciente sangre con que inundaron a Castilla las comunidades les fuese triste recuerdo de lo que debe temerse un príncipe desobedecido aunque se halle distante. Y que pues tenían ganada la gloria de haber dado aquellas provincias a su rey, no la aventurasen entre los deshonores de una ciega resolución, arrastrando infamia perpetua a su posteridad. Oída la propuesta de su gobernador, se sosegaron luégo, animando sus esperanzas difuntas con la facultad de elegir procuradores; y consiguientemente se publicaron con toda solemnidad las nuevas leyes, y elegido Francisco de Rodas para que viniese a Castilla, interpusieron la suplicación de ellas que les fue admitida, y sin que se oyesen nuevos rumores sobre aquella materia se dio parte de todo a Armendariz, quien,

ejecutada la diligencia de haber hecho este despacho, trató luégo de la residencia del adelantado don Pedro de Heredia, que finalmente vino a parar (como todas las más que toman letrados a gobernadores de Indias) en quedarse con el gobierno el visitador y remitir preso a España al visitado, de donde pocos días antes había vuelto de la antecedente que le tomó el oidor Juan de Badillo.

En esta ocupación se hallaba Armendariz cuando la flota que había salido de España y seguido el viaje que se hacía entonces, tocó en Santo Domingo, y de ella supieron los de la Audiencia cómo poco antes había pasado a Cartagena, con que, atentos a desembarazarse de causas tan arduas, le remitieron todas las que tocaban al Nuevo Reino, y con esta ocasión los dos hermanos Quesadas, que ya estaban libres de la sentencia de Lugo y pretendían, con los más interesados que allí había, ir a representar sus agravios de nuevo ante Armendáriz, aportaron al cabo de La Vela en que residía el obispo y estaba Gonzalo Suárez, y deteniéndose algunos días mientras hacía tiempo para navegar, acaeció que, turbándose de repente el aire, cayó un rayo en la nao capitana en que iban y mató al general Archuleta, natural de Vizcaya, a los dos hermanos Quesadas y a dos marineros, y aunque libraron del estrago el obispo y Gonzalo Suárez, que habían concurrido a la nao, éste quedó por muchos años lisiado de un brazo y el otro de una pierna, desgracia impensada y que lastimó generalmente a todos los que iban en la flota y a los que se hallaron en el cabo de La Vela, donde, correspondiendo las demostraciones de dolor, dieron sepulcro honroso a sus cenizas. Este fue el fin lamentable del capitán Hernán Pérez de Quesada, y así terminó infelizmente sus días aquel de quien temblaron infinitas naciones: murió en lo mejor de su edad y cortole una fatalidad las esperanzas cuando más caminaban a una elevada fortuna.

Era hombre de buena y robusta presencia, agradable sobre encarecimiento a cuantos lo trataban; templado en las cosas prósperas y sufrido en las adversas; de costumbres populares para gobernar hombres, y de notable destreza en regir un caballo; pagábase de la lisonja, y aun comprábala, porque su inclinación lo arrastraba al aplauso; su liberalidad pareció más de príncipe que de particular. En menos de dos años y medio que gobernó por su hermano, derramó entre forasteros y soldados más de ciento cincuenta mil pesos de oro, ¡suma espantosa!, y que haciéndolo bienquisto, le fabricó los primeros tropiezos para su caída. Señalose entre los conquistadores del reino siempre que concurrió con ellos en alguna facción. Fue el primero que entrando en la provincia de Muzo abrió camino a la mayor riqueza de esmeraldas que admira el orbe. Pagose de su valor Furatena, señora de aquellos países, y pretendiolo para esposo, porque sus prendas fueron amables aun para los bárbaros. Con desgracia intentó el descubrimiento de la Casa del Sol; con gasto y trabajos excesivos la conquista de El Dorado; y como anuncios el uno y otro de un mal suceso, lo condujeron otra vez al reino para que la emulación lo arrojase adonde un rayo se acreditó de que siempre obra en lo más fuerte. Pero no dejaron estas prendas de mezclarse con algunos defectos de la fragilidad humana: notáronsele muchas flaquezas en que ordinariamente tropieza la juventud. La vanagloria y ambición, tan poderosas en el temperamento de su genio, pusieron a todo el reino en lance de perderse en la entrada de Lebrón, a no valerse su propia desconfianza de las artes de sus amigos. La sencillez de ánimo y facilidad que tuvo en dar crédito, ignoró el blanco a que tiraban los informes afectados que le hacían: por eso abrazó con imprudencia el error de cortar la cabeza al cacique de Tunja. Codició los bienes ajenos con ceguedad, pasión que reina en los que derraman los pro-

pios con desorden, y así fue gran parte en la injusta muerte del rey de Bogotá, y aun quizá la más culpada, pues elegido para su defensor, no solamente faltó al oficio, mas trocándolo al de fiscal, dejó correr la injusticia hasta el precipicio de tan gran desacierto.

No pasaban con mejor fortuna las cosas del reino, porque partido el adelantado Lugo, y dejado todo el gobierno a Lope Montalvo, hombre apacible y de condición atenta a no disgustar los vecinos, corrían los odios que habían producido las parcialidades de Quesadas y caquecios, sin aquel género de respeto que debe tener al brazo de la justicia, de que resultaba que los unos, atentos a conservar las mercedes que les había hecho el adelantado, y los otros a no permitirlo con ruina de tantas familias, disponían nuevas trazas con qué dañarse. Todo amenazaba una cruel avenida de males, y cada cual de las facciones pensaba quedar superior ganando al juez o gobernador que les fuese; y si alguna cosa detenía un general rompimiento en que peligrase todo el cuerpo del reino, era el temor que tenía cada cual de las parcialidades de que le cargasen la culpa. A este tiempo había crecido tanto la audacia de los muzos, que saliendo a la tierra fría, en que pretendían introducir la guerra, no se contentaban ya con ocupar los caminos para saltear, sino con invadir los pueblos y destruírlos con ejércitos formados, en que no tenía poca parte el Saboyá, siempre infiel a los españoles, y atento a valerse de cualquier accidente que lo pudiese mejorar de fortuna; ni Jerónimo de Aguayo, que gobernaba en Vélez, era bastante a reprimir el ímpetu de aquella nación, aunque lo había intentado con su riesgo alguna vez por aquella parte; ni por la de Simijaca, donde eran más crecidos los daños, se atrevía toda la nación de los moscas a salir a campaña para defender sus provincias. Y así Lope Montalvo, que en el gobierno militar era más vi-

gilante que en el político, ordenó al capitán Diego Martínez que con ciento sesenta hombres entrase al castigo y conquista de los muzos, pareciéndole que número tan crecido de gente y caudillo de tantas experiencias bastarían para todo; pero tenía ya esta nación tan perdido el temor a los españoles, y estaba tan ejercitada en las guerras pasadas, que con la noticia que le dieron los moscas de Saboyá y Lupachoque, se previno luégo para la defensa, fiada en que la aspereza del terreno y disposición que le daba para ejecutar sus ardides, había de ser el todo para conseguir una grande victoria.

Deseaba Martínez conseguir esta empresa, porque se había hecho la de mayor reputación en el reino; y considerando que la entrada que hizo Valdez por Simijaca se había errado, por la ventaja de sitios en que halló siempre al enemigo, determinó hacer la suya por las Furatenas, que son dos montes levantados en forma piramidal, el uno algo mayor que el otro, y que se miran de frente sobre las riberas del río Zarbique, llamados así con todo el país por contemplación de la primera cacica que vieron allí los españoles, o porque, fingiendo los indios que fuerón dos gigantes, marido y mujer, que se convirtieron en montes, llaman al uno Fura, que en su idioma quiere decir hembra, y al otro Tena, que quiere decir varón. Por aquí, pues, se resolvió Martínez a principiar la conquista, pareciéndole que las defensas no podían estar prevenidas; pero engañáronlo de suerte sus discursos, que desde que fue entrando en la provincia se vio a cada paso asaltado del campo contrario, y sin tener disposición para que marchase el suyo con orden, no había hora del día en que no lo acometiesen los indios, y siempre con daño de los nuéstros; pues aunque como tan prácticos en la milicia sufrían con valor, las surtidas eran por tantas partes y con tal ventaja de los muzos, por el conocimiento que tenían del país,

que no podían excusar muchos malos sucesos. Pero como los españoles porfían, aun cuando contra sus armas se conjuren los elementos, llegó su esfuerzo a penetrar seis leguas de la provincia, hazaña que se tuvo por singular en tan fiera contradicción como hallaban, y entonces fue cuando descubrieron las primeras minas de esmeraldas en aquella parte, encontrándose con una de ellas Juan de Penagos, con la ocasión de haberse apartado a sacar una guaca, si bien las que pudieron adquirir no igualaban a las que se habían visto en Somondoco, hasta que el tiempo manifestó lo contrario. También hallaron gallinas de las que se habían llevado de España, y lo que se pensó fue que las adquirían por rescate, o las habían robado de los indios moscas.

Puestos allí los españoles, consultaban el modo de proseguir la guerra, cuando todas las tropas de los muzos se descubrieron de frente con señales de provocar a batalla; y como de parte de los nuéstros no la rehusasen, pareciéndoles que en vencerla consistía la conclusión de la guerra, luégo se previnieron para el combate, y en viéndose a tiro de arcabuz, se encontraron de suerte unos y otros, que por mucho tiempo no se vieron sino muertes y destrozos, que el furor de la guerra ejecutaba para ruina de los hombres. Competían de suerte los arcos indianos con los arcabuces españoles, que si éstos hacían el estrago ordinario en los cuerpos desnudos, aquéllos despedían tan violentamente sus flechas, que no había sayo de armas que las resistiese, hasta que, introducido el veneno por las heridas, pedía apresurado remedio en el hierro y el fuego. Lastimoso estado aquel en que sirve de alivio el tormento más grande. Las lanzas españolas, sobre ser pocas, no podían hacer el efecto que otras veces, porque la maleza del sitio no permitía que se valiesen de los caballos, ni los perros soltados de frente hacían más daños

los contrarios, y manteníanse los demás con el mismo tesón que empezaron. Señalábanse entre los nuéstros Poveda, Oñate, Rivera y Martínez, empeñados con sus caballos en que no padeciese una derrota miserable su ejército; pero viendo que el daño crecía con los heridos y más de treinta que habían muerto en la batalla, se fueron retirando para mejorar de fortuna con la ventaja de sitio más llano. Entonces Itocó, general del campo enemigo, animando sus tropas, las provocaba de nuevo al combate: **Ahora es tiempo** (decía) **de que aseguremos la libertad, por quien tantas veces hemos tomado las armas. Mirad el desorden con que se retiran vuestros contrarios: pelead por la patria y herid en los que tratan de robaros la hacienda: yo iré delante y os abriré el camino para una gloriosa victòria, y si no lo manifestaren mis obras, no creáis más en mis palabras.** Con esto cargaron con furia los muzos, y resistíalos valerosamente Martín de Oñate, que, después de ilustres hazañas, se quedó el último para sufrir la carga del enemigo; más de tres mil indios lo cercaron por todas partes, hasta que, bañado en sudor y sangre, perdió el caballo y las armas entre la bárbara muchedumbre; mas, aun así, no desmayó su corazón valiente: el mismo coraje experimentaron los muzos después de caído; con una espuela jineta hirió y mató más de sesenta antes de perder gloriosamente la vida. ¡Suceso espantoso!, y que no me atrevería a escribirlo, a no haberlo hecho antes el cronista Herrera y estar verificado con la universal tradición de los indios. Era este caballero natural de Vizcaya, y uno de los que militaron con Jerónimo Hortal y entraron en el reino con Frederman, digno por cierto de inmortal fama para lustre de su nación.

Con la muerte de Oñate se aseguró todo el campo porque, asombrados los indios de que así batallase un solo español desarmado, y temiendo irritar de nuevo a los demás, dieron vuelta a sus

alojamientos, donde mezclaron el gusto de la victoria con el sentimiento de ver tan menoscabada la flor de su ejército. Los nuéstros, asegurados en mejor puesto, pasaron la noche y el día siguiente en curar los heridos, y como eran muchos y por el encuentro pasado reconocía Martínez con cuánto riesgo había de proseguir la conquista, determinó dejarla con parecer de sus capitanes, que no tenían por cuerda resolución aventurar su gente fatigada contra un campo victorioso y que por instantes se reforzaba. Y no pareció que lo acertasen, porque en la verdad fue tanto el estrago que padecieron los muzos entonces, que hubiera sido poca su resistencia después, a ser más resuelta la determinación de los nuéstros: prevaleció, empero, lo más dañoso, y dio vuelta por Vélez, desbaratado, para que otros cogiesen el fruto de sus trabajos y librasen de tan cruel enemigo a los moscas, si bien por ese tiempo no les era menos formidable la paz de los españoles que la guerra de los muzos, pues como la noticia del nuevo descubrimiento hubiese pasado a España y divulgádose por otras partes de Indias con ponderaciones grandes de su riqueza, eran tantos los que ocurrían a gozar de ella en cambio de muchos géneros de Castilla que subían de la costa, que para asegurar el comercio por la parte del río grande abrieron caminos los vecinos de Vélez hasta la boca del Carare, y para conducir las cargas se valían de recuas de indios pacíficos, que los encomenderos alquilaban como si fueran brutos. La ley de Partida ordena que en los ejércitos no cansen las bestias con las cargas, porque mueren o se dañan, que es cosa que se torna en gran menoscabo de la hueste; y siendo racionales los indios y declarados por libres, no bastó la ley para abstener a los encomenderos de semejante inhumanidad, y que se continuó por muchos días con perjuicio notable de aquella nación y mayor descrédito de la nuéstra, hasta que, publicadas las

nuevas leyes, y reconocido el celo piadoso con que el real ánimo se aplicaba a castigar este exceso, se abstuvieron de él y trataron de criar mulas, con cuyo arbitrio, creciendo el trato, creció Vélez, y se aumentara mucho más en gente y riqueza a no haberse mudado después el puerto del río.

La noticia de que Armendariz estaba ya en Cartagena se había divulgado en el reino, de que no se hallaba gustoso Lope Montalvo, por saber se había despachado a instancia de los enemigos de Lugo, y porque de toda aquella tempestad que amenazaba contra su mal gobierno, recelaba que no le había de alcanzar poca parte. La misma sospecha tenía Juan de Cabrera, que a la sazón se hallaba en Timaná, pareciéndole que había de ser comprendido en la visita por las dependencias de Benalcázar. Para excusar este lance quisiera hallar medio, aunque fuera encontrándose en lo más interior de los Llanos; y para conseguirlo despachó a Santafé al capitán Maldonado y a Diego Díaz de Herrera que le pidiesen permisión a Montalvo para levar gente en el reino y entrar a la conquista de El Dorado, en que le prometía buena hermandad y compañía. Rehusolo Montalvo a los principios, pareciéndole que Cabrera tiraba a entrársele mañosamente en su jurisdicción y poblar en ella; pero en sabiendo el rigor con que procedía Armendáriz, determinó seguir a Cabrera para librarse de todo. Por esto representaba a muchos las muertes y robos en que se habían mezclado, y cuántos daños excusarían si juntándose con él y Cabrera, que se hallaba ya en Neiva con cien hombres, entraban a El Dorado, mientras que llegado Lugo a Castilla le conseguía en propiedad el gomos de todos aquellos que deseaban nuevas conquistas; y aun corrió tanto el empeño de Montalbierno. A sus persuasiones se inquietaron los ánivo que avisó a Cabrera para que entrase con gente en el reino, donde se le juntaría él con la suya; mas el otro, que tenía ya noticia de cuánto había

rehusado antes lo mismo que entonces le ofrecía, no quiso moverse ligeramente ni aun verse con él, como le pedía, por haber entrado en recelo de que Montalvo procedía con cautela y era hombre doblado, como dice Herrera; pero lo cierto no fue sino porque, sabiendo que el virrey Blasco Núñez Vela se había retirado de Tumbes, y el estado en que se hallaba, se le envió a ofrecer, pareciéndole que seguir aquella parte que había de tener la aprobación real era el verdadero camino para dorar muchos yerros y aun para alcanzar grandes premios, como le hubiera sucedido a no haber muerto en la infeliz batalla de Añaquito.

CAPITULO VII

ARMENDARIZ NOMBRA POR SU TENIENTE A PEDRO DE URSUA EN EL REINO Y A ROBLEDO EN ANTIOQUIA.—ENTRAN EN LA CORTE LUGO Y QUESADA.—BENALCAZAR MUEVE GUERRA A LOS PICARAS, Y LLAMADO DEL VIRREY VA EN SU SOCORRO.

DESVANECIDA así la pretensión de Lope Montalvo, y terminada la desgracia de los dos hermanos Quesadas en el cabo de La Vela, prosiguieron su viaje a Cartagena las demás personas del reino, como fueron Gonzalo Suárez, Briceño, Zárate y otros, donde hallaron a Miguel Díez de Armendariz con tan pocas señales de abreviar su partida, que les fue de notable disgusto, y a él de no poco descrédito en Castilla. Instábanle apretadamente por el remedio de sus miserias, que consistía en subir al reino a usar de sus comisiones y atender al desagravio que Domingo de Aguirre había pedido en el Consejo. Y aunque procuraba entretenerlos con buenas esperanzas para dar tiempo a sus resoluciones, fue tanto el aprieto de los interesados que le obligó a desengañarlos de que no podía salir en muchos días de Cartagena. Con esta repulsa eligieron otro medio, y fue pedirle que, pues no tenía lugar la súplica que le habían hecho, nombrase por su teniente general en Santafé a Pedro de Ursúa, caballero navarro y sobrino suyo, para que a su sombra pudiesen ellos y otros muchos que vivían desterrados, volver a sus casas y asegurarse de Lope Montalvo y los demás caquecios que gobernaban la tierra, y como parciales de Lugo, era consiguiente que se les mostrasen contrarios. Rehusá-

balo al principio Armendariz, pareciéndole que la poca edad y experiencia del sobrino eran de mucho inconveniente para el manejo de negocios tan arduos; pero obligole de suerte con sus instancias Gonzalo Suárez, que les concedió lo que pedían, en que cometió un yerro notable, pues no podía tomar posesión del gobierno sin haberse presentado antes en él, y aunque así lo conocieron todos, no por esto lo despreciaron, viendo cuán despacio caminaba lo de Cartagena, y que Pedro de Ursúa había de ser recibido en el reino por el odio general con que se miraban las dependencias de Lugo, y porque los cabildos de las ciudades se darían por satisfechos con cualquier sombra en que apoyasen esta resolución.

Persuadidos, pues, a que todo había de suceder como lo discurrían, recibidos los despachos, partieron para el reino dejando en Cartagena a Armendariz, que, por darle compañero al primer yerro (aunque la elección fue acertada, porque el Ursúa salió uno de los mejores capitanes y ministros que ha tenido el rey en las Indias), dispuso también que el mariscal Jorge Robledo pasase a Cartago por gobernador de todo aquello que había poblado, nombrándole oficiales de la real hacienda, que vino a ser todo cuanto podía obrar en favor de Robledo, después de tomarle residencia conforme a las instrucciones que tenía del Consejo. Y aunque parece haberlo hecho por librarse de los aprietos que le hacía el mariscal, y en atención a los gastos que se le recrecían con la mucha gente que llevaba, y por la obligación de haber de tratar con toda decencia a su mujer, como hija que era de Juan de Carvajal, caballero principal de Ubeda y señor de la casa de Jódar; con todo esto ningún color bastó para que pareciese bien al Consejo, y sólo sirvió de que se le apresurase al mariscal la muerte y al dicho visitador su descrédito.

Casi por los mismos tiempos que Ursúa y Ro-

bledo salían de Cartagena, llegaron a la corte el adelantado Lugo y Gonzalo Jiménez de Quesada: éste de las peregrinaciones que hizo por la Francia, en que disipó más de sesenta mil pesos; y aquél de su gobierno de Santa Marta, en que adquirió más de cuatrocientos mil, y como en las cortes se repara todo, por más que algunos ponderen que nada se sabe, no dejaba de notarse con lástima el grande fausto que Lugo ostentaba con las riquezas mal adquiridas en el reino y la miseria en que se hallaba Quesada, siendo quien lo había conquistado con tantos afanes. Pero son juegos de fortuna en que no se extraña correr trocadas las suertes, y la de Quesada le había salido tan mala en Castilla, que al paso que tenía méritos se le dificultaban los premios; y así, dejada la pretensión del gobierno que lo había sacado de Indias, trató de la gratificación de sus servicios, punto más arduo que los demás, porque, como los príncipes gustan de que todos dependan de su liberalidad, derraman con repugnancia sus beneficios en aquellos que piden como acreedores, y así, luégo cesó la demanda al ruido de cierta acusación que le puso el fiscal (fundada en el proceso que contra él hizo Jerónimo Lebrón y había remitido al Consejo), en que lo acusaba de algunos excesos cometidos al tiempo que se hizo el descubrimiento, y de la injusta muerte que dio con tormentos al último Zipa de Bogotá, delito de grande escándalo para el Consejo, pues aunque pareció haberse hecho la causa por un hombre apasionado, sin embargo cortó por entonces los pasos a la pretensión de Quesada, hasta que llegase la residencia de Armendariz, de quien se esperaba más cierta averiguación de aquellos cargos, y por lo mismo se dilataba tomar expediente en los aprietos que hacía Lugo para que se le enterase el doceavo de los quintos reales que se le debía de todo lo adquirido en la conquista, según y como se había capitulado con don Pedro, su padre. Mas, llegada que fue la residen-

cia, tomaron diferente color los negocios, pues aunque resultó culpado Quesada en la muerte del Zipa, como los demás cargos eran de poca sustancia, solamente pareció al Consejo condenarlo en mil ducados, en destierro de las Indias por un año y en suspensión de los cargos de juez y capitán por otros cinco, pena bien moderada en el sentir de todos, pero hacía tal contrapeso la atención que se debía tener a sus servicios, que no solamente se halló obligado el Consejo a proceder con esta templanza, mas también a alzarle después la suspensión de los cinco años.

De esta benignidad se hallaba muy desconfiado Lugo en su residencia, pues, además que le resultaban cargos gravísimos en la secreta, en lo público fueron tantas las demandas que le pusieron de haciendas que había quitado, que no fueron bastantes los brazos que lo defendían para que no saliese condenado en las más de ellas, si bien en otras se compuso con las partes, y especialmente con la de Gonzalo Suárez, que abrazó por medio menos costoso el de una composición moderada que el de una buena sentencia. Con estos eargos, pues, que se vieron en juicio abierto, se atrasó tanto Lugo en el crédito que, despechado del ceño qne siempre hallaba en los jueces, no quiso o no pudo disponer que se viese su residencia, como pensaron algunos; pero lo cierto fue, porque hallándose apretado el fiscal con el derecho que tenía el adelantado al doceavo de los quintos, alegó que antes de resolver en este punto se viese si por la residencia general le resultaban algunos cargos tan graves que por ellos perdiese cualesquiera mercedes que por la capitulación se le hubiesen concedido a su padre; y como este golpe era el más sensible para Lugo, y de quien temía algún daño notable, tuvo por sano acuerdo no tratar más de su residencia ni de la pretensión del doceavo, y vueltas las espaldas a empleos militares de Indias, no le faltaron otros muy dignos de quien era, pues

aunque había muerto ya el secretario Cobos, alcanzó con poca diligencia que el emperador le nombrase coronel de tres mil infantes, con que por el año de cincuenta y tres pasó a servir a Córcega, en tiempo que la infestaban turcos y franceses, de donde poco después fue con el mismo cargo a Nápoles, y sirvió el año de cincuenta y cinco en la guerra de Sena, que hacía el marqués de Mariñano, en que dio sobradas muestras de su valor; y para continuarlas, acabada la guerra y dejada la gente en Italia, pasó a Flandes en demanda del emperador, donde murió en lo mejor de su edad y cuando ya el cúmulo de sus méritos le aseguraba grandes fortunas. Compitiéronse en él la bizarría del cuerpo con la valentía del ingenio y la grandeza del ánimo. La suavidad y discreción de sus palabras fueron gran parte para que muchas veces no pareciesen tiránicas sus acciones. Atropelló todos los vicios con entereza, menos la codicia, en que no supo corregirse magnánimo. Fue hijo de don Pedro Fernández de Lugo y nieto de Alonso de Lugo, el que en tiempo de los reyes católicos conquistó las islas de Palma y Tenerife, por donde mereció el título de adelantado de Canaria para sí y sus sucesores. Casó, conforme a su sangre, como dijimos, con doña Beatriz de Noroña, mas como le faltó descendencia pasó el adelantamiento a los príncipes de Asculi, en cuya casa estuvo hasta el año de 1659, en que habiendo muerto don Antonio de Leiva en Santander, de vuelta de Indias, quedó sin competencia en el marqués de Fuentes, rama ilustre de la casa de Medina Sidonia, que al presente lo goza.

Al tiempo que Lugo llegó a la corte (por que volvamos al hilo de nuestra historia), se hallaban en calma los del Nuevo Reino, esperando la resolución primera que tomaba Armendariz en Cartagena, y Pedro de Ursúa proseguía su viaje sin aquellos contrastes que encontraron los primeros

descubridores, porque el curso de la guerra tenía consumida mucha parte de los indios del río grande, hasta que, vencida su corriente y la aspereza de las sierras de Opón, llegó a la ciudad de Vélez con los que le seguían, donde se presentó con los poderes del tío; y habiéndolo recibido sin contradicción el teniente Jerónimo de Aguayo y demás capitulares, pasó tan apresuradamente, que antes de llegar la noticia de que hubiese aportado a Vélez, ya estaba en la plaza de la ciudad de Tunja, donde, siendo tan conocida la comitiva que llevaba, y sabiendo los vecinos quién era y el cargo en que iba nombrado, se juntaron luégo a cabildo y con el mismo rendimiento que se experimentó en Vélez, fue admitido al uso y administración de su oficio; con que, deteniéndose en Tunja dos días solamente, y acompañado de los mismos que subieron con él de la costa y de otros nobles, partió luégo para Santafé, donde, como en cabeza del reino, tenía Lope Montalvo su asistencia y trataba vivamente de volver otra vez al descubrimiento de El Dorado. Todo lo cual supo Ursúa por noticia que le dio el capitán Pedroso, a quien encontró en el camino con Pedro Vásquez de Loayza, cuñado de Gonzalo Suárez, que iba en la tropa; y como en la detención de Lope Montalvo tenían sus émulos librado el despique de verlo residenciado, y Ursúa la conveniencia de que le quedase libre aquella conquista, a que se inclinaba mucho desde que tuvo las primeras noticias en Cartagena, ordenó a Pedroso que, adelantándose de la tropa, partiese a Santafé y averiguase si era cierta la noticia que le daba, de que Lope Montalvo iba a verse con Cabrera en las Lomas de la Yuca, para asentar compañía en la jornada, y siendo cierto lo detuviese.

Con esta orden partió Pedroso, y habiendo llegado dos días antes que Ursúa, aunque sospecharon algunos que sería negocio grave el que lo volvía, ninguno alcanzó cuál fuese, porque él no lo dijo, y Montalvo excusó la ocasión de que se des-

cubriese; antes lo hospedó en su casa, porque en fe de amigo suyo el Pedroso se le entró por sus puertas, pareciéndole sería mejor traza para cumplir su comisión con prudencia, si no es que fuese por no faltar al estilo de halagar con la voz el que más sangrienta dispone la herida con el ánimo. Pero llegado el día de la ascensión de Cristo Señor Nuéstro entró Ursúa en la ciudad, y como la gente que lo seguía, así de Vélez como de Tunja, era mucha, y él entrase por la calle principal a tiempo que estaban en la plaza mayor los capitanes Lanchero y Gonzalo García Zorro, fue tanto el alboroto que les causó la novedad que concurrieron todos a saber quiénes eran a las gradas de la iglesia, donde desmontaron para orar en ella, si bien, como entre los de la tropa conociese Lanchero a Gonzalo Suárez y a Domingo de Aguirre, luégo dio en lo que podía ser, y comunicándoselo al capitán Zorro esperó a la puerta, dudando solamente que aquel mancebo tan señalado entre todos fuese elegido para juez de negocios tan graves; mas, desengañose presto, porque habiendo sido la oración más breve que devota, volvió a salir Ursúa, y en llegando a la parte donde estaban los alcaldes, que lo eran dichos capitanes Zorro y Lanchero, dijo: ¿Cuál de vuestras mercedes es el señor capitán Luis Lanchero? A que respondió él: Así me llamo, si manda vuestra merced en qué le sirva. Entonces Ursúa, que iba determinado a quitar aquel tropiezo antes de representar su título, se le llegó disimuladamente y le quitó la vara de la mano, con tal modo, que ninguno sospechó fuese con malicia, hasta que, reparando Lanchero en la acción, dijo: Caballero, ¿por quién o con qué autoridad me quitáis la vara? A que replicó Ursúa: Con la que veréis después, señor Lanchero, y montando a caballo con los demás, se encaminó a las casas de cabildo para que lo recibiesen.

El motivo que tuvo Ursúa para ejecutar una

acción tan arriesgada, y de que pudieran resultar muchos inconvenientes, fue el informe que repetidamente le hacían los parciales de Quesada, de cómo Lanchero era de los caquecios, y principal caudillo que mantenía la facción de los Lugos, siendo hombre de tanto valor y constancia en defender a los suyos, que ningún peligro lo apartaría de aquel empeño, y así convendría disponer anticipadamente que no se hallase en cabildo a tiempo que se presentasen las comisiones de Armendáriz; y aunque era así que la intimidad que tenía con Lope Montalvo era grande, y que había dado siempre muestras de valor en las guerras que emprendía, y de constancia en las amistades que profesaba, con todo eso pareció el informe apasionado, y a Ursúa no le granjeó crédito de juez independiente, porque Lanchero en materias del servicio del rey era muy puntual, y aunque de natural arriscado, lo templaba su buena capacidad con las obligaciones que tenía de caballero, y ninguno obedeciera con más rendimiento las órdenes que llevaba Ursúa. Pero como él ignoraba estas buenas prendas, y sea tan corriente en las Indias ponerse el juez de parte de aquellos que lo pidieron, ejecutó con arrojo lo que va referido y presentándose en cabildo, aunque con alguna contradicción, finalmente fue admitido al gobierno, en que tuvo gran parte la buena gracia con que dio a entender que su ánimo era de conservar en paz la república sin agravio de alguno ni afecto que lo arrastrase a la una ni a la otra parcialidad. Que la intención de Armendáriz era la misma que él proponía en beneficio del reino y conveniencia de sus pobladores. Que bien sabía que la omisión de sus antecesores en la administración de justicia era la raíz de aquel fuego de enemistades con que se abrasaban interiormente los bandos, y que el remedio consistía en que él procediese tan igualmente con todos, que ninguno hallase apoyo para fomentar sus pasiones. Que no ignoraba que para

negocio tan grande como el de reconciliar voluntades y administrar justicia entre hombres que más aspiraban a la venganza que a la razón, se necesitaba de persona de más edad y experiencias que en él había; pero que una buena intención suple por muchos años, y la suya era de entrar en las materias con la sonda del mejor consejo en la mano para no peligrar en los bajíos de las parcialidades, como se vería siempre que sin doblez lo aconsejasen, hasta que, ingeniado en las artes del gobierno, pudiese resolver por sí solo lo que más fuese en servicio de Dios y beneficio del reino.

Concluído el razonamiento con los del cabildo, de quienes presumió quedar satisfecho, salió acompañado con aplauso hasta las casas del capitán Venegas, donde se hospedó aquella noche mientras llegaban a ejecución las primeras resoluciones que tenía tomadas. Al siguiente día fueron aprisionados por su orden, en cárceles diferentes, Lope Montalvo de Lugo y Luis Lanchero, y bien asegurados, se mudó Ursúa a las casas de Lope Montalvo, recién fabricadas y buenas, aunque cubiertas de paja, por no haberse empezado aun a labrar teja; y entre el rumor de los motivos de la prisión y algunas diligencias judiciales, que corrieron aquellos primeros días, acaeció por descuido de los criados prender fuego en las casas a deshoras de la noche, de tal suerte que apenas Ursúa y los suyos pudieron librar las personas, principio que lo fue de nuevas inquietudes, y de que se engendraron sospechas en Pedro de Ursúa contra los parciales de los Lugos; porque, como sea cosa ordinaria inclinarse los jueces a la parte de quien los pide, hizo éste lo que acostumbran los más, y cargando la culpa a los caquecios prendió algunos más de los indiciados, como fueron Pedro Rodríguez de Salamanca, Francisco Manrique de Velandia, Martín de Vergara y Francisco Palomo. Pero haciendo reparo en que por el conocimiento de propia causa no lo concibiesen juez apasionado, remitió

el sustanciarla a su tío, para cuando subiese de Cartagena; y por cumplir con el principal negocio a que lo había despachado al reino, hizo publicar las nuevas leyes con mucho quebranto de los conquistadores, en que concurrieron ambas parcialidades, en demostración de que el daño común sabe conciliar para la queja los ánimos más distantes para el cariño, si bien no pasaron a más diligencia que a la de interponer súplica para el Consejo, que no admitió el Pedro de Ursúa, por disponerlo así las instrucciones del tío, aunque reconociendo lo riguroso de ellas disimulaba en su ejecución, en cuanto le parecía no peligrar su crédito, y aun fomentó que nombrasen procurador general para la corte al capitán Hernán Venegas Carrillo, quien partió luégo a su comisión, como uno de los más interesados en que se revocasen las nuevas leyes.

Al tiempo que pasaba lo referido en el Nuevo Reino y ardían los del Perú en el fuego de una guerra civil, el adelantado Benalcázar, atento al progreso de sus conquistas en las provincias rebeladas a Jorge Robledo, se ocupaba en reducir a Yrrúa, cacique belicoso de Carrapa, quien no solamente, despreciada la paz, había levantado la nación de los picaras, pero intentaba hacer lo mismo con la de los pozos, y hubiéralo conseguido si llamados éstos primero en socorro de Benalcázar con el partido de que los prisioneros y despojos que se tomasen en la guerra fuesen suyos, no hubieran abandonado las ofertas de Yrrúa, y marchado en favor de los nuéstros, que ya entrados en la provincia de Picara hallaron a sus contrarios en campaña, y tan soberbios, que sin temor de caballos y perros y arcabuces y lanzas, desafiaban a Benalcázar a que en campo abierto midiese sus armas con las suyas. No se les dilató mucho el deseo, pues al día siguiente, bajando nuestro ejército por una ladera, dieron los enemigos tan reciamente en la retaguardia, que se hubie-

ran llevado el bagaje a no cargar prestamente al socorro los pozos, que como más prácticos en aquel género de guerra, no solamente lo defendieron sino aprisionaron cincuenta picaras, que luégo fueron degollados y comidos con la fiereza que les permitía Benalcázar, por no hallar otro medio para vencer la obstinación con que todas aquellas naciones despreciaban la paz, para lo cual no necesitaba menos de que los suyos juntasen el valor y ejercicio militar a las ventajosas armas que tenían, que de las auxiliares de los pozos, tantas veces experimentadas a nuestra costa. Y porque la emulación de las naciones que concurren unidas a las empresas, muchas veces produce efectos maravillosos, acaeció que Diego González y Pedro de Cieza, mancebos briosos, como picados del buen suceso de los pozos, y mucho más irritados de la grita que sus contrarios daban a los nuéstros desde una colina en que estaban como mil quinientos de ellos, saliesen armados y solos en su demanda, y tomando una senda secreta les acometiesen tan repentinamente, que acobardados de su temeridad y del estrago de los suyos, se precisaron con el espanto a volver las espaldas.

No bastó lo sucedido para ceder a su mala fortuna los picaras, antes más obstinados se mostraban tan feroces que Benalcázar hubo de licenciar a los pozos para que les hiciesen la guerra; y fue tan bárbara y cruel, que no reservaban hombre ni mujer, niño ni viejo de los contrarios que daban en sus manos, que no fuese despique del bestial apetito que mostraban de carne humana. Los picaras entonces, reconocida su total perdición y la falta que padecían de víveres, repetían bárbaros sacrificios a sus dioses, y llamaban en su ayuda a los paucures y otras naciones vecinas, sin dejar las armas de las manos, mientras Benalcázar, mudado alojamiento, requería a todos los caciques de la provincia de Arma le diesen obediencia, lo cual, sabido en la villa y queriendo algunos pobla-

dores manifestar en obras la amistad que tenían al adelantado, pidieron licencia a Antonio Pimentel, que a la sazón era alcalde, para ir en su favor, y consiguiéronla Francisco Moyano, Antonio Quintero y otros, que llegados a la loma de Pozo, sin considerar que el país estaba en guerra, dieron principio a bajarla al medio día, y fin a Quintero, los indios que estaban de acecho, con cuya muerte, y la de una yegua en que iba entretenido el enemigo, tuvieron lugar los compañeros para salvar las vidas. No menos obstinado a los requerimientos de Benalcázar se mostraba Pimaná, señor de Paucuro, que retirado a los montes le hacía rostro a tiempo que malcontento de los cortos progresos de la guerra, se hallaba no menos desabrido con la noticia de la residencia que le tomaba Armendariz en Cartagena, y con la de que Jorge Robledo hubiese conseguido título de mariscal de Antioquia.

Para lo primero, considerado el peligro en que estaba la villa de Arma, bloqueada de tan belicosas naciones, trató de mudarla, y con parecer de su cabildo lo ejecutó a cinco leguas de distancia, y una y media del Cauca, y antes de cargar el juicio sobre el reparo de lo demás, se halló con un despacho del virrey Blasco Núñez Vela, que desamparado de la fortuna o por mostrar más entereza en mandar de la que permitían los tiempos, o por no haber encontrado en los conquistadores del Perú la que debieran tener en sujetarse a las órdenes del rey, se hallaba ya en Popayán, acosado de los capitanes de Pizarro, que desde Quito lo habían seguido hasta Pasto. Este despacho le llevó el capitán Rodrigo Núñez de Bonilla, que salió en compañía del capitán Nieto, que pasó a Santafé con otro semejante, para que lo socorriesen con armas y gente; y entendido por Benalcázar el aprieto del virrey, se resolvió luégo a ir en su favor, llamando para el efecto al capitán Rodrigo de Soria, que por su orden había pasado al des-

cubrimiento de entre los dos ríos, y sin esperarlo se puso en camino, donde recibió un pliego de cartas que Gonzalo Pizarro le remitía con un mancebo llamado Cabrera, en que le pedía matase al virrey, y ganaría eterno renombre con la milicia castellana de Indias; pero él, que sabía cuánto más glorioso lo conseguiría con las de España haciendo lo contrario, remitió las cartas con el correo maniatado al virrey, para que las viese y castigase al nuncio de tan cruel embajada, como se ejecutó quitándole la vida, mientras Benalcázar con su gente y la que llevó Diego Gutiérrez de los Ríos, arribó a Popayán, donde el virrey le dio las gracias de hallarse con tan buen esfuerzo de gente, ayuda que le faltó de Santafé y Cartagena, pues por omisión de Armendáriz y parcialidades que corrían en el reino, se faltó de suerte a obligación tan precisa, que el capitán Nieto volvió solamente con Alonso Díaz, Gaspar Tavera, Francisco de Figueredo, Juan de Chávez, Alonso de Hoyos y otros pocos aventureros que pasaron con el virrey a Quito, donde lo dejaremos ir, remitiendo a los historiadores del Perú la relación de su infeliz suceso.

Con semejantes fortunas se pasaba por este tiempo en las costas de Santa Marta, donde, llegado desde el año antecedente el capitán Juan de Céspedes, como teniente general del adelantado don Alonso Luis de Lugo, con orden de que reparase los estragos que en ella habían hecho los franceses de Roberto Baal, y castigase el alzamiento intentado por los indios sujetos, trató luégo de la reedificación de la catedral y casas de los vecinos, con aquel buen arte y maña de que lo dotó el cielo para gobernar gente de guerra; y habiéndolo conseguido en la forma más decente que se pudo por entonces, y disimulado con los indios pacíficos lo que habían obrado, en fe de las promesas que de nuevo hicieron al capitán Manjarrés, volvió el pensamiento a sujetar los taironas, pare-

ciéndole que mientras aquella nación no doblase la cerviz, jamás faltarían inquietudes y peligros en toda la tierra que corre desde las sierras nevadas de los aruacos hasta el centro de Urabá, en que prevalecían sus armas. Pero como las riquezas del Perú y Nuevo Reino no dejaban hacer pie en la costa a ningún hombre de los que pasaban de España, y de los antiguos habían arrastrado la mayor parte, no sabía qué medio elegir para asegurar la ciudad de los riesgos que por tantas partes la amenazaban, y lo tenían como aprisionado en su recinto desde que llegó a ella, teniendo a suma felicidad la de mantenerse al calor de una guerra defensiva.

Para mayor aprieto de estas fatigas acaeció que cinco naos y un patache de corsarios franceses pasasen a las Indias a repetir aquellas hostilidades que produce la guerra entre naciones tan opuestas como se mostraban por entonces la francesa y la española. Estas, pues, corriendo la costa de tierra firme, llegaron al cabo de La Vela, donde luégo apresaron otras cinco naos y una carabela que habían pasado de Andalucía cargadas de ropa, y llevadas de la codicia del rescate de perlas de aquella costa, estaban ancladas en franquía; con que ya dueños de doce embarcaciones, lo fueron también de aquellos mares, y como esto sucedió casi de noche, y para poner en cobro el real haber y hacienda de algunos particulares, se ausentasen muchos de la ranchería o villa que allí estaba fundada, fueron pocos los vecinos que quedaron a la defensa, como la intentaron al día siguiente, cuando el enemigo trató de echar gente en tierra, aunque viendo la determinación de los nuéstros se retiró a sus naos y puso bandera de paz, a que se respondió con otra, y llegado el patache a tierra pidió rehenes para tratar de ella, lo cual, conferido entre los de la ranchería y considerado el corto número de gente con que se hallaban para defenderla, y lo que les convenía escapar más de cua-

renta mil pesos que tenían de géneros de Castilla, hubieron de asentir a la propuesta, y entregados el alcalde Pedro Carreño y el alguacil mayor Pedro de Caliz, vino todo a parar en comprar de los franceses hasta sesenta negros que llevaban.

Ajustado el trato y detenidos solamente seis días, salieron del cabo de La Vela para Santa Marta, donde, a no estar avisado Céspedes, hubieran tomado de las arcas reales más de cien mil pesos que habían bajado de Santafé, aunque no les faltó pillaje entre las miserables ruinas de la ciudad, porque lo daba mayor en aquel tiempo el lugar menos poblado de Indias que alguna de las ciudades que ganaron los españoles en Picardía, y acrecentóseles el saco más de mil pesos en que Manjarrés ajustó el rescate de la ciudad, que pretendían quemar, de que resultó que los del cabo de La Vela, escarmentados del suceso que amenazaba otros más lastimosos, y descontentos del sitio por la falta de agua y leña que padecían, resolviesen desampararlo, y tomado su acuerdo eligiesen mudarse a otro sobre la misma costa del mar, treinta leguas a sotavento, junto a la boca del río de La Hacha, así llamado por haber dado una de hierro al guajiro que se lo descubrió a los nuéstros en ocasión que por aquellos arenales caminaban sedientos. Allí, pues, fundaron la ciudad de Nuestra Señora de los Remedios, que persevera hoy casi arruinada de las repetidas invasiones de los corsarios, con el nombre del río de La Hacha, y dos conventos de San Francisco y Santo Domingo, habiendo sido el origen y colmo de los mayores caudales que se han visto en la costa y la más rica no por los criaderos de perlas que la ciñen sino por depositarse en ella una milagrosa imagen de bulto de María Santísima, que tantas veces sin mirar a la ingratitud de sus vecinos ha vuelto desde su nicho públicamente la espalda al pueblo y la cara al monte en ocasiones que ha pretendido sorprenderla el enemigo, mostrándoles con la acción la

parte a que han de ocurrir para escapar las haciendas y vidas. Poco tiempo después se fundó a once leguas de distancia más a sotavento y treinta de Santa Marta, sobre la misma costa del mar y riberas del río de La Enea, otra ciudad que llamaron de Salamanca, de quien hoy permanece despoblado su asiento con el nombre de La Ramada, que tuvo en los primeros descubrimientos, y con la memoria de haber sido sus vecinos tan poderosos recogedores de perlas que las medían por fanegas.

FIN DEL TOMO III

INDICE DEL TOMO III

LIBRO OCTAVO

Págs.

El adelantado don Alonso Luis de Lugo sale de España para el Nuevo Reino, y arriba al cabo de La Vela. Los yalcones y paeces toman las armas y matan a los capitanes Añasco, Osorio y Ampudia.—Pascual de Andagoya se apodera del gobierno de Popayán, donde Benalcázar lo prende.—Rebélanse los sutas y simijacas y fortifícanse en dos peñones.—Hernán Pérez de Quesada mueve guerra a los panches, con varios sucesos.—Jerónimo Lebrón prosigue su jornada hasta la ciudad de Vélez, donde lo reciben.—Altérase Hernán Pérez con la noticia, y Lebrón se previene, hasta que remitidas las diferencias del gobierno a los cabildos de Santafé y Tunja, que no lo reciben, vuelve a Santa Marta, sentido de la repulsa: fulmina causa contra los conquistadores del reino y remite presos con ella a los capitanes Cardoso y Juan del Junco.

CAPITULO I.—Con la noticia de que se previene armada en Francia para las Indias, mandan al adelantado Lugo que vaya a su gobierno: hácese a la vela y tocando en Las Canarias y en La Española, da fondo en el cabo de La Vela, donde cobra con violencia el doceavo del quinto de perlas. 9

CAPITULO II.—Los yalcones y paeces toman las armas y matan a los capitanes Añasco y Osorio, y después a Juan de Ampudia.—Benalcázar vuelve a su gobierno y prende al adelantado Andagoya, que se había entrado en él con engaño. 16

Págs.

CAPITULO III.—Rebélanse los sutas y simijacas, fortifícanse en unos peñones, va contra ellos el capitán Juan de Céspedes, y después de muchos combates ceden con lastimoso estrago al valor de los españoles. 27

CAPITULO IV.—Rompen los panches por las fronteras de los moscas: entra en su provincia Hernán Pérez de Quesada, y aunque les mueve guerra con buenos sucesos, no quedan sujetos. 37

CAPITULO V.—Prosigue su jornada Jerónimo Lebrén, con varios sucesos, hasta el valle de Opón.—Muestra gran valor un indio en defenderle el paso, y finalmente llega a la ciudad de Vélez. 54

CAPITULO VI.—Quesada y Lebrón compiten sobre el gobierno con riesgo de romper en batalla: remiten sus diferencias a los cabildos, y con la resulta da vuelta Lebrón a Santa Marta. 69

LIBRO NOVENO

Ejecútanse varios castigos en el cacique de Tunja y otros señores.—Jorge Robledo prosigue sus descubrimientos hasta fundar la ciudad de Antioquia.—Hernán Pérez de Quesada entra a la conquista de El Dorado con mal suceso.—Jerónimo de Aguayo funda la ciudad de Málaga.—El Ocabita y Lupachoque se rebelan y fortifican, y después de diferentes asedios se rinden al capitán Rondón.—El adelantado Lugo se previene para subir al reino, manda fundar El Barbudo y encaminando su ejército por el valle de Upar, lo conduce hasta la ciudad de Vélez.—Jorge Robledo sale para Castilla, préndelo el adelantado Heredia y compite con Benalcázar sobre la ciudad de Antioquia con poca fortuna, en cuyo intermedio se funda la ciudad de Arma, y los franceses saquean a Santa Marta y Cartagena.

CAPITULO I.—Con la sospecha de que se rebela la provincia de Tunja, prende Hernán Pérez a Aquiminzaque y a otros caciques, que por su orden mueren ajusticiados. 87

CAPITULO II.—Vuelve a sus descubrimientos el capitán Jorge Robledo y con varias fortunas llega hasta la provincia de Hebéjico, donde funda la villa de Santafé de Antioquia. 96

CAPITULO III.—Vuelto el capitán Maldonado de la jornada de Los Palenques, sale Hernán Pérez de Quesada al descubrimiento de El Dorado con mal suceso, y el capitán Aguayo funda la ciudad de Málaga. 110

CAPITULO IV.—El Ocabita y Lupachoque se fortifican en dos peñones: rindese Lupachoque por las armas al capitán Pineda y el Ocabita, a persuasiones de Alonso Martín, después de diferentes asedios.... 122

CAPITULO V.—El adelantado Lugo se previene para subir a Santafé: fúndase por su orden El Barbudo, y saliendo del cabo de La Vela encamina su ejército por el valle de Upar, con varios sucesos. 132

CAPITULO VI.—Pasa Robledo preso a estos reinos: Heredia y Benalcázar se apoderan alternadamente de Antioquia después que se fundó la ciudad de Arma, y Lugo prosigue su jornada hasta la ciudad de Vélez. 145

LIBRO DECIMO

Saquean los franceses a Santa Marta y Cartagena.—Principios de Lugo en su gobierno con algunas prisiones.—Anula los repartimientos hechos por los Quesadas.—Prende a los oficiales reales por el doceavo, y quebrantadas las prisiones huyen con otros a La Española, y Domingo de Aguirre a Castilla.—Vuelven los dos Quesadas de la jornada de El Dorado, prendelos Lugo y ajusticia al encomendero de Sáchica.—Felipe de Utre sale de Coro, y entrado en los Llanos, llega hasta Macatoa con la noticia de los omeguas.—Promúlganse las nuevas leyes a pedimento del obispo de Chiapa y ordénasele a Miguel Díez de Armendáriz pase a ejecutarlas y visitar las provincias del Nuevo Reino.—Destierra Lugo a los Quesadas.—El capitán Venegas descubre minas de oro y funda la ciudad de

Págs.

Tocaima.—El capitán Valdez entra en Muzo y pierde la batalla del Zarbe.—Felipe de Utre descubre los omeguas, retírase por falta de gente y córtanle la cabeza alevosamente.—Lugo sale del reino para Castilla, y embargado en el cabo de La Vela, llega Armendáriz a Cartagena.—Lope Montalvo trata de convenirse con Juan de Cabrera.—Benalcázar mueve guerra a los pi caras, y déjala llamado por el virrey Blasco Núñez Vela.—Armendáriz despacha por teniente del reino a Pedro de Ursúa, y de Antioquia a Robledo.—Mata un rayo a los dos Quesadas.—Martínez entra en Muzo y sale desbaratado.—Lugo llega a la corte, y después de varios pleitos sigue la guerra en Europa hasta su muerte.—Pedro de Ursúa entra en el reino y prende a Lanchero y a otros de los caquecios, y fúndase la ciudad del Río de la Hacha.

CAPITULO I.—La armada francesa de Roberto Baal sorprende a Santa Marta y Cartagena, y el adelantado Lugo prende al capitán Rondón y a otros: anula los repartimientos hechos por los Quesadas, y aplícase los tributos. 161

CAPITULO II.—Felipe de Utre sale de Coro a nuevos descubrimientos, penetra los Llanos hasta la punta de Los Pardaos, y con la noticia de los omeguas vuelve en demanda de la ciudad de Macatoa. 175

CAPITULO III.—Prende Lugo a los oficiales del rey y a los Quesadas: ajusticia al encomendero de Sáchica: nómbranse ministros que ejecuten las nuevas leyes, y ordénasele a Miguel Díez de Armendáriz pase luégo a su visita. 186

CAPITULO IV.—Destierra Lugo a los Quesadas.—El capitán Venegas descubre las primeras minas de oro y funda la ciudad de Tocaima.—Valdez entra en los muzos y pierde la batalla del Sarbe. 199

CAPITULO V.—Descubre Felipe de Utre los omeguas, y véncelos en una batalla: retírase por más gente a Coro, y muerto alevosamente por Francisco de Carvajal en el camino, se pierden las noticias. 209

CAPITULO VI.—Lugo sale del reino para Castilla, y Armendáriz entra en Cartagena.—Mueren los dos Quesadas.—Entra el capitán Martínez en Muzo y sale derrotado, y Juan de Cabrera trata de convenirse con Lope Montalvo. 223

CAPITULO VII.—Armendariz nombra por su teniente a Pedro de Ursúa en el reino y a Robledo en Antioquia.—Entran en la corte Lugo y Quesada.—Benalcázar mueve guerra a los picaras, y llamado del virrey va en su socorro. 237